RAMÓN J. SENDER

MADRID-MOSCÚ

Notas de viaje, 1933-1934

Prólogo de José-Carlos Mainer



fórcola

MADRID-MOSCÚ



Ramón J. Sender

MADRID-MOSCÚ

Notas de viaje, 1933-1934

Prólogo de
José-Carlos Mainer

fórcola
SIGLO XX

Siglo XX

Director de la colección: Fernando Castillo Cáceres
Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer
Corrección: Gabriela Torregrosa
Revisión del ruso: Marta Sánchez-Nieves
Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: Celebración del 1.º de Mayo en la Plaza Roja de Moscú, 1933

La edición de este libro contó con la colaboración del Centro de Estudios Senderianos (Instituto de Estudios Altoaragoneses).

© Herederos de Ramón J. Sender, 2017
© Del prólogo, José-Carlos Mainer, 2017
© Fórcola Ediciones, 2017

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

ISBN: 978-84-17425-12-8

AÑOS TREINTA: SENDER EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

José-Carlos Mainer

EL JOVEN INSURRECTO

Nacido con su siglo (el 3 de febrero de 1901), Ramón José Antonio Blas Sender Garcés fue contemporáneo estricto, entre otros, de André Malraux y Nazim Hikmet, que vinieron al mundo en ese año; uno antes lo hizo su coterráneo Luis Buñuel y otro después, Rafael Alberti. Como ellos, Sender encarnó algunos emblemas de la centuria que estrenaba —la audacia y la aventura, el compromiso (y la decepción) del comunismo, la conquista de la independencia moral y la soledad de fondo— y vivió en carne propia las experiencias que el siglo les deparó a manos llenas: guerras y exilio, remoción de las relaciones entre la vida y el arte, una conciencia más aguda de la injusticia y una irreprimible fascinación por la rebeldía. Fueron hijos de una posguerra —la de 1914— que los hizo, a él y a sus compañeros, descontentos y revolucionarios y de otra —la de 1945— que los hizo desengañados y escépticos.

Sender vio la luz en el campo aragonés y siempre prefirió la fidelidad a los territorios originarios más que a sus abstracciones patrióticas. Tuvo presentes los paisajes de su lugar natal —el Alto Aragón—, que luego reconoció en las tierras del Rif o en las de Nuevo México, igual que Buñuel fue siempre fiel al fragor de los tambores de su Calanda nativa y Alberti a la luz deslumbradora de la bahía gaditana. Había sido también un adolescente díscolo y atrevido que llegó a Zaragoza en 1914 para estudiar cuarto de bachillerato en el instituto, tras un breve internado en un colegio religioso de Reus y haber hecho los primeros cursos de bachillerato en Tauste, donde dirigía sus trabajos el benévolo capellán de Santa Clara. En 1916, su numerosa familia se trasladó a Caspe —siguiendo siempre el destino administrativo del padre—, pero él permaneció en Zaragoza, donde se ganó la vida como mancebo de botica: de ese modo obtenía un

pequeño salario y una habitación en el establecimiento, a cambio de prestar allí sus servicios y dedicar las mañanas a las clases del instituto. Hizo lecturas intensas y muy diversas, vinculadas a dos acervos de libros tan típicos de su época como antitéticos en su origen: uno fue la Biblioteca de la Acción Social Católica, que atendía Jesús Comín Sagüés, abogado y archivero de rancio abolengo carlista; el otro fue el quiosco del anarquista Ángel Chueca, en el céntrico paseo de la Independencia zaragozano, donde Sender adquiría o leía prensa y folletos revolucionarios. Con el tiempo, recordaría aquellas andanzas en las páginas de su cautivadora *Crónica del alba*, donde confundió el apellido de Chueca —le llamó Checa— y hasta se atribuyó un mínimo papel en la sublevación ácrata del cuartel del Carmen (enero de 1920), que fue una idea del enfebrecido quiosquero. Chueca murió en el intento de asalto del cuartel y siete de los soldados que se habían sumado a la intentona, entre los que había un corneta de quince años, fueron fusilados.

Sender ya no vivía entonces en Zaragoza. Salió de su casa para ir a Madrid en 1918, obtenido el título de bachiller. En la capital volvió a ser mancebo de botica, a las órdenes de don Toribio Zúñiga, un farmacéutico bejarano que era impulsor de la revista *Béjar en Madrid*. Sender ya había logrado publicar algún trabajillo en la prensa aragonesa, pero su primer texto político fue un poema dedicado al final de la guerra de 1914, titulado «Paz», que apareció el 16 de noviembre de 1918, cinco días después del armisticio, en la revista bejarano-madrileña de su principal. Consiguió para sus escritos, sin embargo, otros acomodos más cercanos a sus inquietudes. En el periódico republicano *España Nueva*, publicó el reportaje «Cuando caían las hojas. Leiba Bronstein» (25 de mayo de 1919), que es una entrevista ficticia con León Trotski. El revolucionario ruso había vivido en España entre el 31 de marzo y el 25 de diciembre de 1916; llegó expulsado por el Gobierno francés y las autoridades españolas lo reexpidieron a Estados Unidos cuando pudieron. Es difícil que Sender lo viera personalmente y más todavía que le oyera contar sus desgracias familiares, advirtiera entonces su «expresión de venganza inexorable» y comprobase «en su rostro las huellas del viejo cincel oriental, el romanticismo de Cristo».

Escoltado siempre por sus correligionarios, Trotski recibió del país una impresión duradera que recogió en un capítulo de sus memorias, donde recuerda su visita al Museo del Prado, pero no la taberna de la calle del Espejo donde, al parecer, se confesó al joven Sender. Tampoco el soñador muchacho debía de saber mucho acerca de Rosa Luxemburg, a la que evocó en una encendida melopea de aire modernista, «A Rosa Luxemburg en el primer aniversario de su inmolación. Prosa rimada» (*El País*, 19 de junio de 1919). Lo cierto es que la homenajeada había muerto el 15 de enero del mismo año de 1919, en Berlín y a manos de los *freikorps* que liquidaron salvajemente la revuelta espartaquista. El poema toma como referencia el nombre de la revolucionaria que «fue rosa terciopelo, de color sanguinolento, / de pasión fue rosa como la flor lozana, suave y sutil». La única comparecencia de la ideología, a vueltas de esas galanterías escasamente revolucionarias, está al final: se recuerda su (falso) aniversario, «mientras nosotros, embriagados por ardiente inquietud, / engrosamos rugiendo el fiero alud, / que amenaza enseñando los dientes en lo alto de la sierra».

Aquellos fueron sus primeros contactos con «el fiero alud», al que otros llamaban «un espectro [que] recorre Europa», evocando la primera frase del *Manifiesto comunista* de 1848. Su sombra, o quizá su luz sulfúrea, había de presidir los trabajos de Sender hasta veinte años después, cuando hubo de reconstruirse a sí mismo, perdida una guerra, asesinados por los franquistas su esposa Amparo Barayón y su hermano Manuel Sender, rotos la fe y los vínculos que le unían al Partido por antonomasia, lejos de su país y en los azarosos inicios de otra nueva guerra mundial.

EL PERIODISMO COMO ACTITUD

El periodismo era cosa de jóvenes. Lo había sido desde sus inicios decimonónicos y por eso gozaba de un aura de bohemia y hasta de malditismo, de libertad y atrevimiento, que seguiría reclutando a muchos descontentos, soñadores y ambiciosos. A finales del siglo XIX su ejercicio adquirió un tinte más social y de denuncia, lo que en los inicios del siglo XX fue ya tendencia dominante. No importa mucho si

era un género literario (o, mejor, varios géneros) porque era fundamentalmente una actitud: su esencia estaba ligada a la captación vivaz de su tiempo, que cada vez fluía más rápido y cada vez era más intenso. La impresión de transitoriedad inestable se superponía a la esperanza del acontecimiento decisivo: ése era el clima en el que vivían tanto los propensos a la elegía como los partidarios de lo profético. La *crónica* —un galicismo semántico que fue muy temprano entre nosotros— se afianzó, a finales del XIX, como la percepción más personal de la incertidumbre entre lo duradero y lo mudable. El posterior *reportaje* nació del culto de la noticia y de aquella otra ansia inagotable de mutaciones históricas. Y de la posibilidad de verlas y contarlas…

El énfasis de veracidad que buscaban los nuevos medios de comunicación favoreció a este gremio de los profetas sobre el de los elegiacos. Primero fue el telégrafo, que difundía lo escrito a la velocidad de la luz; luego, el teléfono y, casi a la par, la fotografía y el cinematógrafo, que aportaban a la columna escrita la certeza de la imagen. La guerra de 1914-1918 fue —además de otras cosas importantes— el laboratorio que gestó un nuevo estatuto de la noticia, del comentario y del editorial. La *instantánea* fotográfica cambió la percepción de la realidad al captarla *in fieri*: en 1925 la nueva cámara Leica impresionaba directamente sobre una cinta cinematográfica de 35 mm que ofrecía espacio para treinta y seis tomas. La literatura sabía ya enfatizar la velocidad y la simultaneidad, las transiciones abruptas o el instante revelador, y sus procedimientos inspiraron los de la naciente narración cinematográfica, que primaba la sencillez y la verdad del testimonio. Lo habían sabido muy pronto la mayoría de los grandes escritores españoles del momento, que fueron periodistas incluso cuando escribían sus novelas: el Azorín de *La voluntad* y de *La ruta de don Quijote*; el Pío Baroja de *Vidas sombrías* o de *La lucha por la vida*; el Valle-Inclán de *La guerra carlista* y, sobre todo, de *La medianoche. Visión estelar de un momento de guerra*, quizá el texto más autoconsciente del nuevo rumbo de la descripción literaria.

Estos y otros muchos siguieron fieles a las dos almas del periodismo. Reflejaron —alguna vez con grandilocuencia— la

solemnidad de lo histórico y la inminencia del futuro que se busca cuando el presente es más desapacible. Pero también detectaron la presencia emocional de lo fugitivo y frágil, concreto y vulnerable, al pie de las abstracciones. Y siempre dejaron un hueco, modesto pero trascendente, para retratarse como testigos: para aquel «que estaba allí», como dijo un título impagable del gran periodista Manuel Chaves Nogales.

EL PERIODISTA SENDER

Sender siguió el camino estético de Baroja y Valle-Inclán, sus elegidos, y pronto hizo una carrera periodística de primer orden. En 1924, de regreso de su servicio militar en África como suboficial de complemento, ingresó como «redactor regional» en el periódico *El Sol*, el diario madrileño que leían en toda España la burguesía liberal y los profesionales y universitarios más virados a la izquierda. Habitualmente escribía de temas aragoneses, pero en 1925 alcanzó una gran notoriedad al narrar el desenlace del llamado crimen de Cuenca. Los hechos originarios habían ocurrido en 1910 cuando un campesino del pueblo conquense de Ossa de Montiel desapareció sin dejar rastro y las fuerzas del orden (a favor de la histeria local) lograron que otros dos modestos labradores confesaran un asesinato que no habían cometido. Quince años después, José María Grimaldos, la presunta víctima, apareció de nuevo y declaró que «un barrunto» le había hecho abandonar su pueblo sin advertirlo a nadie. Sender estuvo allí para hablar con unos y otros y recomponer una dramática historia de ignorancia, recelos y fatalismo, que sus cuatro artículos dieron a conocer a toda España. Quince años después, la convertiría en una de sus mejores novelas, *El lugar de un hombre*, que en su edición de 1939 se tituló *El lugar del hombre*.

En 1930, Sender abandonó *El Sol*, que, precisamente en ese año, afrontaba una crisis de importancia en la que se mezclaron dificultades de tesorería (fue un periódico muy influyente, pero nunca tuvo buenos números) y la confrontación política de sus accionistas monárquicos y republicanos. Para entonces, nuestro escritor ya enviaba sus incisivas «Postales políticas» al diario

anarquista barcelonés *Solidaridad Obrera* y escribía asiduamente para *La Libertad*, un diario madrileño surgido en 1919 como una escisión izquierdista de *El Liberal* y que pronto se distinguió por su cercanía al político liberal Santiago Alba y su hostilidad a la dictadura de Primo de Rivera. En 1925, Alba trajo como accionista al financiero Juan March y el diario, aunque perseveró en su línea política progresista, fue más cauto en su trato a la monarquía. Pero 1930 fue, sobre todo, el año de la primera novela de Sender, *Imán*, que había comenzado tres años antes. Logró el mejor de los relatos que se escribieron sobre la guerra de Marruecos y una de las joyas de la literatura europea sobre el horror colonial, que ya había inspirado las páginas de Joseph Conrad y que, algo después, estaría presente en las de André Malraux (que publicó en 1930 *La voie royale*) y Louis-Ferdinand Céline (*Voyage au bout de la nuit*, 1932).

En 1931, dio a conocer otra novela con visos de reportaje, *O. P. (Orden Público)*, que utilizaba sus propias (aunque reducidas) experiencias de detenido y preso político. De 1932 fueron otros dos relatos: *El verbo se hizo sexo (Teresa de Jesús)*, que es una excelente y respetuosa narración histórica cuyo título le hace flaco servicio, y *Siete domingos rojos*, espléndido retablo de la vida de los anarquistas de la FAI en los años de la reciente dictadura. A la fecha, Sender despreciaba el mundo intelectual presuntamente progresista —tan burgués y escalafonado, en el fondo— y exaltaba el mundo de los instintos —siempre más certeros— que hallaba en sus camaradas obreros y campesinos. Creía que la concepción elitista de la cultura estaba tan en ruinas como el capitalismo que la amparaba y en sus mejores artículos (como «La cultura y los hechos económicos», *Orto*, 1932) compatibilizaba la emoción libertaria con el análisis propio del materialismo histórico: era, en definitiva, un típico intelectual *comprometido* de su tiempo.

CASAS VIEJAS: REVELACIÓN Y CONVERSIÓN

En 1933, le llegó a Ramón J. Sender su segunda gran oportunidad periodística: informar acerca de la sublevación anarcosindicalista que había tenido lugar en la población gaditana de Casas Viejas (una

pedanía de Medina Sidonia), cuando sus vecinos obedecieron las consignas del reciente congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, que había convocado para el 8 de enero actos de «insurrección» contra la «República burguesa». Los camaradas de Casas Viejas habían asaltado con armas de caza el cuartel de la Guardia Civil y herido gravemente a dos guardias (que murieron pronto), pero la represión —en la que participaron la Guardia Civil y la Guardia de Asalto— causó la muerte de otro guardia y de veintiún campesinos, nueve de los cuales murieron en el asalto e incendio de la choza donde se habían refugiado y doce fueron fusilados in situ como venganza. El 19 de enero Sender —que se había desplazado de Madrid a Sevilla en avión, junto con su colega libertario Eduardo de Guzmán— publicó su crónica, «Tormenta en el sur. Primera jornada del camino a Casas Viejas», que encabezó las once que escribió hasta el 29 de enero, aunque todavía en los dos meses siguientes seguía dando noticias y opiniones de los acontecimientos, ya desde Madrid. Aquel mismo año recogió sus artículos en el libro *Casas Viejas. (Episodio de la lucha de clases)*; un año después, en 1934, lo pulió y amplió en *Viaje a la aldea del crimen. Documental de Casas Viejas*.

Los artículos sobre Casas Viejas propiciaron el acercamiento de Sender al Partido Comunista, cuando los ojeadores rusos de la MORP (Unión Internacional de Escritores Revolucionarios) ya lo tenían por «uno de los más grandes escritores anarquistas de la generación de 1930 que tiene mucha influencia sobre sectores de la pequeña burguesía» (citan ese informe Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza en su libro sobre la Komintern y España). En el periódico oficial del Partido, *Mundo Obrero*, se reseñaron favorablemente, aunque con alguna objeción, los artículos de *La Libertad* y Sender, muy halagado, contestó con una carta abierta donde reconocía que «si políticamente no estoy dentro de vuestros cuadros, prácticamente estoy a vuestro lado» («Una carta del camarada Sender», *Mundo Obrero*, 17 de febrero de 1933). Era momentos muy críticos: en España, los hechos que Sender había contado erosionaron gravemente la estabilidad del Gobierno izquierdista de Manuel Azaña, lo que con notable cinismo utilizó la derecha para llegar al poder; en Alemania, Adolf Hitler fue nombrado canciller el 30 de

enero, tras haber obtenido el 37 % de los votos en las elecciones de abril del año anterior; en Austria, el canciller Engelbert Dollfuss disolvió la cámara baja y empezó a gobernar por decreto, al frente de una amalgama de nazis, socialcristianos y conservadores agrarios.

Hubo consecuencias... El 11 de febrero se constituyó la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, en cuyos listados aparecía Ramón J. Sender al lado de una amplísima representación de la *intelligentsia* española, no siempre izquierdista e incluso liberal-conservadora: allí estuvieron el dibujante Luis Bagaría, los tres hermanos Baroja (Carmen, Pío y Ricardo), Jacinto Benavente, Concha Espina, Federico García Lorca, los hermanos Antonio y Manuel Machado, el escultor Victorio Macho, Gregorio Marañón, el guitarrista Regino Sáinz de la Maza, el jurista Felipe Sánchez Román, el médico Pío del Río-Hortega, Ramón del Valle-Inclán y el arquitecto Secundino Zuazo, entre muchos otros. Más comprometedor fue que —en el mes de abril— Sender asistiera en Madrid a las primeras reuniones de un Frente Antifascista, también de inspiración comunista, cuya convocatoria había firmado poco antes junto a José Antonio Balbontín, Wenceslao Roces, Dolores Ibárruri y Francisco Galán (hermano del capitán mártir que se sublevó en 1930 a favor de la República).

No estuvo, sin embargo, entre los oradores del mitin del Frente, celebrado el 12 de julio, porque el 31 de mayo ya estaba en Moscú como invitado oficial y escribía febrilmente los artículos que recogió en este libro, *Madrid-Moscú. Notas de viaje (1933-1934)*, que ahora se reedita por vez primera. A su regreso remitió una carta sumamente expresiva a los camaradas de la Unión Internacional de Escritores Proletarios, que se publicó en el número 4-5 de la revista *Octubre*, fundada por María Teresa León y Rafael Alberti. Tras recordar que «estuvo en Casas Viejas, esa aldea donde la República socialdemócrata de España defendía tres señores feudales y asesinaba 26 campesinos», reconocía que «ahora, después de mi estancia en la Unión Soviética, vuelvo con la mayor fe en el triunfo completo y definitivo. Y no sólo definitivo, sino inquebrantable. Después de todo lo que aquí he visto, no hay
razón para que un intelectual esté indeciso. En la trinchera

hay un uniforme y un fusil más... Al llegar aquí era un intelectual. Hoy es un soldado del frente de lucha y de la edificación socialista el que os deja. Saludos revolucionarios».

Esa autodestitución de la condición intelectual era su respuesta a un tiempo febril, pero también su opción por el comunismo frente al anarquismo. Uno y otro eran enemigos acérrimos, pero compartían mucho más de lo que sus militantes estaban dispuestos a confesar. En el fondo del totalitarismo autoritario del primero hay siempre la nostalgia de una obediencia espontánea y la
fe en la felicidad obligatoria; en el corazón de la acracia anida la tentación de la violencia lustral y la convicción del proselitismo a sangre y fuego. Uno y otro son movimientos que exigen un momento de *conversión* y una vida de entrega a los ideales. El comunismo español se nutrió de socialistas díscolos, hartos de cautelas, tanto como de anarquistas que, en el fondo, echaban de menos una organización más imperativa. Bajo la tutela de Moscú y entre fuertes peleas internas, el Partido español había expulsado en 1932 al equipo de José Bullejos, Serafín Adame y Gabriel Alonso Trilla, y llegaron a la dirección —siempre con el refrendo soviético, que otorgaba el comunista italo-argentino Victorio Codovilla— las figuras emergentes de Dolores Ibárruri, Jesús Hernández, Vicente Uribe y José Díaz, destinado a secretario general (y sucesor de Codovilla) en 1937.

EL FARO DE LA HUMANIDAD

Sólo la bullente ciudad de Nueva York atrajo tanto la atención de los europeos de los años veinte y treinta como lo hizo la construcción de la Unión Soviética. Las razones de la curiosidad eran antitéticas pero también simétricas: en Nueva York se admiraba (o se denigraba) la culminación material del capitalismo; en la nueva Rusia, la inédita construcción del paraíso socialista sobre las ruinas del más vetusto de los regímenes; en ambos casos, se advertía el triunfo de la tecnología y la industria sobre la rutina y lo arcaico.

Sender no fue el único visitante de la URSS que publicó sus impresiones. Los libros de esa naturaleza abundaron en los últimos

años de la dictadura de Primo de Rivera y el futuro fascista Ernesto Giménez Caballero los llamó, con sorna, las «romerías a Rusia». No todas fueron tan entusiastas como las de nuestro escritor... El más madrugador de los testigos, Fernando de los Ríos, era un catedrático socialista que acudió a negociar el ingreso de su partido en la Tercera Internacional y cuyo informe fue desfavorable, como contó con pormenor en *Mi viaje a la Rusia sovietista* (1921). También lo fue la opinión de Ángel Pestaña, que llegó como representante de la anarquista Confederación Nacional del Trabajo, y plasmó sus impresiones en un par de folletos, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi* (1924) y *Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso* (1929). Más benévolos fueron un republicano radical y antiguo rival de Blasco Ibáñez, Rodrigo Soriano, autor de *San Lenin (Viaje a Rusia)* (1927), y un burgués liberal y también republicano, Diego Hidalgo, que tuvo notable éxito editorial con sus impresiones de *Un notario español en Rusia* (1929), que fue traducido al francés. Mucho más conmovido, más aún que Sender, resultó el socialista Julio Álvarez del Vayo en *La nueva Rusia* (1926) y *Rusia a los doce años* (1929). Éste fue el más crédulo y entusiasta de los viajeros de su partido, como se comprueba a la vista de otros testimonios, los de Rodolfo Llopis, *Cómo se forma un pueblo. La Rusia que yo he visto* (1930), Julián Zugazagoitia, *Rusia al día* (1932) y Luis Amado Blanco, *Ocho días en Leningrado* (1932). Y su complacencia contrastó con las serias objeciones de un periodista liberal, Manuel Chaves Nogales, tanto en *La vuelta al mundo en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929) como en la novela *La bolchevique enamorada*, del mismo año, y luego en *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931) y en otra narración, inspirada en un personaje real, *El maestro Juan Martínez, que estaba allí* (1934).

La Unión Soviética que visitó Sender como invitado de la Internacional Comunista (la Komintern) era la consecuencia de una largo proceso revolucionario (empezado en 1905), que no interrumpió la catastrófica intervención rusa en la guerra europea. Tras la conquista del poder por los comunistas y el armisticio unilateral de diciembre de 1917, se produjo una sangrienta guerra civil, que tuvo además participación extranjera y que duró hasta

finales de 1920. En 1919, Lenin había fundado la III Internacional, que abrió a todos los socialistas del mundo; el quinto de sus congresos, posterior a la muerte del fundador (1924), sirvió para reconocer la jefatura de Stalin y sobre todo para proclamar la hegemonía del partido soviético sobre sus partidos «hermanos», que, en rigor, se transformaron en hijos menores de edad. Las nuevas medidas económicas cambiaron la faz del país: tras conocerse largas y mortíferas hambrunas, se procedió a la colectivización de la agricultura y a su organización en *koljós*; por otro lado, la exportación de productos agrarios facilitó capitales para el logro de la mayor obsesión del régimen, la industrialización, que consiguió en pocos años duplicar la producción de carbón y triplicar la de acero.

La fiebre industrial supuso la adopción de jornadas laborales de dieciséis y dieciocho horas. La colectivización se construyó sobre el exterminio de los *kuláks* (antiguos siervos que, emancipados por el zar Alejandro I, se habían convertido en propietarios medianos) y el desabastecimiento, seguramente provocado, de las regiones más insumisas. Todavía se discute hoy si la muerte de dos o tres millones de campesinos ucranianos —en el comienzo de los años veinte y después entre 1932 y 1933— fue un genocidio decidido por Stalin (los ucranianos lo llaman el *holodomor*, abreviatura de las palabras ucranianas «hambre» y «muerte») o un error de planificación, combinado con las pésimas cosechas y las requisas indiscriminadas de grano.

El lector de *Madrid-Moscú* advertirá que Sender tuvo noticias del envés del paraíso. Sabía lo sucedido en Ucrania y también en el Cáucaso, en las tierras de los antiguos cosacos, pero lo justifica, aunque quizá no muy convencido. En la segunda parte del capítulo «La educación internacionalista. Un joven ucraniano *depurado*», el muchacho le explica que los campesinos se negaban a entregar los frutos al Estado y que los *blancos* acudieron en su auxilio, aunque, al final, se levantaron contra sus nuevos amigos y «su adhesión al régimen soviético ha sido ya permanente. La colectivización la han comprendido luego poco a poco». En el capítulo «Cooperativas, cooperativas, cooperativas. ¿Y aquel suicidio?», se comenta, sin embargo, la reciente muerte de un comisario destinado en Ucrania.

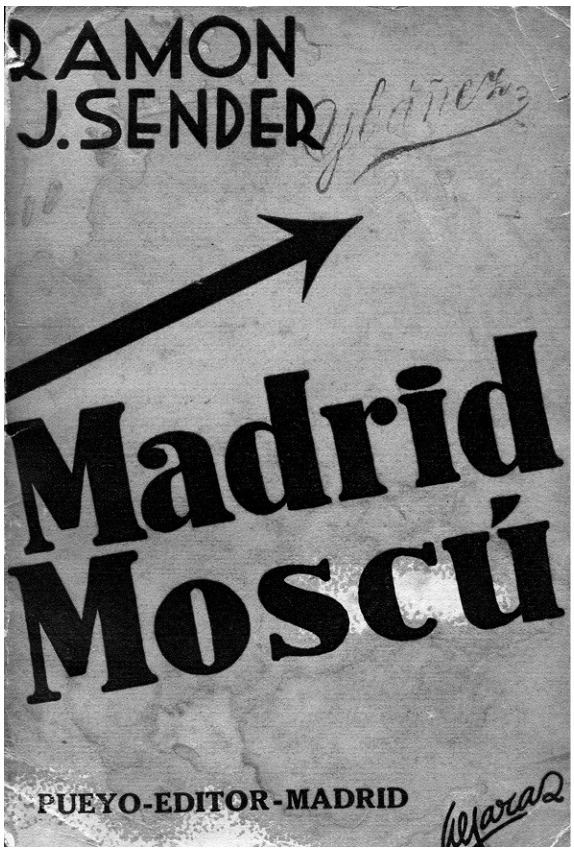
Sender recoge versiones «burguesas» y otras más o menos oficiosas que le inquietan porque coinciden en señalar que, «en la parte occidental de Ucrania, los *kuláks* han llegado a adquirir poder económico. Son muchos. Es el único territorio soviético donde ese problema no está liquidado aún [...]. Alguno puede que haya sido encontrado muerto de hambre al lado de un camino. Estos *kuláks* mantienen en sus reductos la religión, la explotación, la usura». La actitud de Sender es ambigua, casi penosamente ambigua... En el artículo «El triángulo de la construcción soviética. Un cadáver en la calle», un amigo soviético y Sender hallan a un hombre en el arroyo, que «podría estar muerto. Vestía ropas que un día pudieron ser hasta elegantes. Iba descalzo y llevaba los pies muy sucios». Su compañero hace esfuerzos por alejarse del presunto cadáver, que califica de «un burgués, un inadaptado, un desplazado. Prefieren llegar a eso». Sin duda, esos hombres habían vivido «agarrados a su dolor, cosa tradicional y típica de la vieja Rusia, que conocemos ya por su literatura antirrevolucionaria. Dostoievski era verdad. Andréiev, también». Y el autor concluye: «Es la lucha de clases, ya lo sé. Todavía hay guerra. También en España. Poco antes de venir a Moscú estuve en una aldea andaluza que se llama Casas Viejas. Pero, de todas formas, me ha impresionado», reconoce Sender a su acompañante.

Las dudas parecen despejarse de vuelta a Europa, cuando Sender coincide en el vagón de tren con un grupo familiar que abandona definitivamente su país y cuyos hijos padecen raquitismo y deformidades y contrastan con la lozanía brutal del padre, en mangas de camisa, con el chaleco cruzado por una gruesa cadena y grandes bigotes engomados: «Hay rasgos de cretinismo en sus gestos. Debe ser petulante y aparenta esa crueldad estúpida del que se ha hecho "un mediano pasar" sacando la piel a sus iguales. La mujer es anémica y arrastra su vejez prematura como puede. Va adherida a un gran canasto, de donde saca de vez en cuando algo que comer. El marido, cuando sale al pasillo, suele llevar un cigarro puro en los labios» («Adiós a la Unión soviética. Una familia de *kuláks*»). La triste escena, con visos de caricatura expresionista, tiene, sin

duda, una función compensatoria de la desazón vivida en una calle de Moscú ante aquel elocuente cadáver caído al borde de la historia…

SOBRE LA NUEVA HUMANIDAD

Los artículos de viaje de Sender, que fueron la primera redacción del presente libro, empezaron a publicarse en *La Libertad* el 27 de mayo de 1933 y concluyeron el 13 de octubre, tres meses después del regreso del autor. Encabezó todos bajo el título general de *Madrid-Moscú*, aunque en la edición en libro hizo muchos cambios en bastantes de los subtítulos explicativos y algunas modificaciones y ampliaciones en los textos. La serie tuvo veintiocho artículos, a los que deben añadirse cinco más, sin aquel título general, publicados entre noviembre y diciembre, inmediatamente después de haber escrito otra breve serie que también ampliaba su reportaje de Casas Viejas: en ambos casos estaba preparando ya los materiales para su impresión en libro. La nueva disposición convirtió los treinta y tres artículos en los cien breves capítulos de esta obra que Juan Pueyo terminó de imprimir el 20 de febrero de 1934, según reza el colofón; se vendió a cinco pesetas —no era un precio muy barato— y tuvo una cubierta simple pero llamativa, dibujada por Sebastián Alfaraz, que era un habitual ilustrador de libros y colaborador de la revista infantil *La Risa*: representa una flecha negra que cruza de oeste a este el mapa de Europa, uniendo la península ibérica y Moscú. También Alfaraz debió de ser responsable de las expresivas viñetas que salpican el texto.



Cubierta de Madrid-Moscú*, Madrid, Pueyo Editor, 1934, con ilustración de Alfaraz*

La estrategia del narrador de *Madrid-Moscú* es una calculada mezcla de impasibilidad y desparpajo, de curiosidad abierta a los hechos y de dogmatismo en sus presupuestos. Las primeras frases del libro son paladinas a la hora de entender el doble estatuto de invitado oficial y testigo desapasionado; se nos presenta como un experimentador de la prisa y la multiplicidad, signos de su tiempo («Son seis días de viaje —avión, tren, automóvil—; hablando más o menos mal catalán, francés, alemán»), consciente de la necesidad de tomar distancias —«es necesario detenerse un momento a reajustar las impresiones»—, aunque tampoco renuncie a emitir doctrina inapelable: «Puede resumirse en pocas palabras: la civilización mecánica, el progreso material, influye poco en la mentalidad de las gentes». Y es que su previa experiencia española y europea ha comprobado el general apego a los símbolos patrióticos más arcaicos, el recelo misoneísta de las gentes, el temor a otra nueva guerra. La

obertura de su viaje enhebra una jornada en la Cataluña enfervorizada por un catalanismo arcaizante, otras en la Francia cada vez más patriotera (que ahora ha rescatado la memoria de Juana de Arco), un rápido paso por la Polonia que presume de juntar treinta millones de habitantes, aunque sea más cierto que hay «veinte mil propietarios [...] confabulados con un general y ocho mil oficiales». Antes, el tránsito por Alemania le ha hecho ver que mientras un *junker* (un aristócrata) considera que Hitler es «un advenedizo», los cerveceros que eran socialdemócratas se hacen nazis y todos parecen «autómatas corriendo hacia su propia destrucción». «Hitler sabe que se hundirá con todos; pero quiere ser el héroe de la última batalla», consigna para terminar.

Por supuesto, esa veloz obertura está destinada a prepararnos para el encuentro con Rusia y su destino revolucionario, que contrasta con la confusión que ha precedido. Pero el narrador no quiere perder su distancia táctica y a la entrada no canta *La Internacional*, que corean sus entusiastas compañeros de viaje en tren, aunque nos hace observar el contraste «del gris friolento» y las banderas rojas que flamean y nos advierte que la estación es «grande, sólida, limpísima», a la que vez que por todas partes el inevitable tratamiento de «tovarich» (camarada) le recuerda donde se encuentra. Más adelante también muestra su renuencia a la visita habitual al mausoleo de Lenin y, como he señalado más arriba, refleja con cautela la inadaptación de muchos ciudadanos y las dificultades de la revolución.

Si se juzga la apariencia de los moscovitas, Sender aprecia que su nivel de vida es «el de Vallecas o Cuatro Caminos» y seguramente alguno de los más empobrecidos echará de menos «el origen de mis camisas europeas, de mis cigarrillos españoles, en todo lo que traigo del mundo que he dejado detrás». Sin embargo, de todas las reformas emprendidas por la revolución, precisamente la mayor ha sido la inmolación de la independencia personal, de la intimidad incluso, en nombre de la colectivización de la vida. Los domicilios privados son diminutos, hasta en el caso de los dirigentes, pero en cambio los espacios de sociabilidad son grandes: espaciosos comedores en las fábricas, oficinas amplias y luminosas, parques

culturales donde se practica deporte y cultura física, se ve teatro y cine, se escucha música o se baila. La camaradería impera sin mengua del ejercicio de la autoridad cuando procede que así sea. Y todo el mundo parece saber lo que tiene que hacer. El orden público se suele limitar a la reconvención amable de los encargados de velar por él y en todos los órdenes de la vida colectiva parece haberse impuesto un intercambio de papeles, pues hay soldados que pasan temporadas en las fábricas, como hay obreros industriales que dedican algún tiempo de su vida a participar en los trabajos de un *koljós* campesino: «Fábricas, cuarteles y *koljóses* son una cosa y la misma». La práctica de la *Chistka* (la «autocrítica»), que es tan habitual, no busca el conformismo, ni la intemperancia con el disidente, sino una mejor conciencia del papel de cada uno. Y paralelamente hay una jovialidad ante las dificultades y ante los problemas que Sender cifra en una expresión rusa que oye a menudo y se ha hecho traducir: «Nichevó», que significa «no importa».

Hay dos ámbitos de la sociabilidad burguesa —la función de la literatura y la práctica del amor— que la muerte de la intimidad y la fuerza de la colectivización han modificado muy pronto. Sender ha comprobado que en la nueva Unión Soviética los escritores, cuando se reúnen, no hablan de literatura, sino de política. Y que, si bien las bibliotecas abundan, los libros se traducen y florecen las literaturas en todas las lenguas de la Unión, lo más importante que sucede es el triunfo del nuevo teatro realista que, en gran medida, es una creación colectiva que implica a muchos, a autores y actores, a tramoyistas e iluminadores. En rigor, el motivo de la invitación de Sender era la celebración de una Olimpiada de Teatro Popular a la que, aunque lo oculte, asistieron otros colegas españoles de los que nuestro escritor no era el menos cualificado: en 1932 había publicado un volumen, *Teatro de masas*, que daba cuenta de algunas novedades de la escena europea revolucionaria. En las páginas de *Madrid-Moscú* lo sabemos discrepante del culto al poeta suicida Vladímir Maiakovski, que, en su opinión, encarna «el espíritu ruso tradicional, confuso, alucinado, no se sabe si contemplativo o dinámico, o las dos cosas juntas. Maiakovski era la Rusia revolucionaria, enferma de occidentalismo». Por eso, sin duda, aprueba las manifestaciones de sus oyentes, al

final de su conferencia sobre literatura española pronunciada en la Biblioteca de la Unión de Escritores: a ellos les gustan Baroja y Valle-Inclán y, «en cuanto a Unamuno, se ríen y confiesan que no lo entienden». Con ellos también coincide en pensar que «Dostoievski está liquidado» y mucho más Leonid Andréiev, que siempre fue un ruso *blanco* en una «lucha contra los fantasmas», mientras que «a Tolstói le admiran con una especie de compasión que quizá provenga del hecho de verlo toda su vida dedicado a conmover con la ternura y el bien, con la virtud cristiana y la bondad, a la pequeña burguesía de todo el mundo».

En cuanto al porvenir de la efusión erótica, Sender parece haber tenido primera noticia de un horizonte distinto al ver, despreocupadas, sonrientes y esbeltísimas, a las gimnastas de los parques públicos. Pero el tema comparece de forma más evidente en un interludio descriptivo y risueño —«La luz, la lluvia, el amor y otros meteoros»— a mitad del libro: son unas «pequeñas notas desperdigadas, que se obstinan en huir o en ocultarse por los bolsillos». Entre ellas, está el recuerdo del grito de alegría de una muchacha, oído en una enorme casa vecinal, al que ha respondido el grito de un muchacho. Y es que —cavila el autor, que ha venido hablando de la luz diferente de Moscú y de Leningrado, de los chaparrones repentinos y del grato calor de los mediodías— «el amor en la Unión Soviética tiene algo de meteoro, como la luz y la lluvia». Algunas páginas después, el capítulo «Conversación frustrada con la camarada Kuster sobre el amor» permite a Sender despacharse a gusto sobre el tema: «Este país es el único donde, sobre la base de una libertad completa y de una moral instintiva sana y fuerte, el encuentro de un hombre y una mujer puede ser, mejor que en ninguna otra parte, el amor». La camarada Kuster —mujer de mediana edad, no muy guapa y «un poco "deshabitada" y ausente»— le acusa de «misticismo», pero Sender suspende la plática, justo cuando ella va a tomar la palabra… La respuesta extensa quedó, sin duda, para un libro que la edición de *Madrid-Moscú* daba como de inminente aparición, *Carta de Moscú sobre el amor. A una muchacha española*, también impreso por Pueyo y que vio la luz a finales de 1934.

Es más que posible que las objeciones de la camarada Kuster a las opiniones de Sender tuvieran que ver con la interpretación más libertaria que comunista que el escritor hacía de las conquistas morales del régimen. Lo cierto es que —no solamente en estos aspectos— Sender se inventaba un comunismo que se compadecía bastante mal con la realidad del primer estalinismo. Puede que la ortodoxia marxista del momento suscribiera lo que Sender dice en «De una carta sobre la actitud moral ante Rusia» acerca de la relación de las viejas utopías igualitarias con la construcción del comunismo: los sueños de Platón, Agustín de Hipona y Tomás Moro —sostiene Sender— nada tienen que ver con algo que «está fundado sobre la técnica y la economía. Su historia no comienza con Licurgo, ni con Platón, ni con Isaías». Pero es muy dudoso que los miembros del Comité Central aceptaran el final de la argumentación: «[Su historia] comienza con el desarrollo del capitalismo industrial en Europa». Y menos todavía verían con buenos ojos el contenido del capítulo «De otra carta sobre lo secundario y lo principal» donde Sender va bastante más allá del planteamiento leninista de la Nueva Economía Política (NEP) y afirma que «el capitalismo nos ha dado un excelente arsenal de cultura técnica, de conocimientos y de experiencias de organización [...]. Es más sencillo. Aprovechan los mejores elementos del capitalismo para dar a la civilización un camino más seguro [...]. Este sistema no es la negación del capitalismo, sino su consecuencia dialéctica». Y tampoco es fácil que el estalinismo diera por buenas las críticas que en «Conclusiones del último amanecer en la Plaza Roja» un Sender que ha injerido bastante vodka expone ante un general que, no menos achispado, le ha pedido su opinión al respecto: nuestro escritor señala que en el ambiente intelectual ha advertido una posición demasiado «servil» respecto a las grandes figuras culturales de Occidente, lo que no es ajeno al complejo de inferioridad política que ha percibido en otros dirigentes. Pero, sobre todo, no entiende la inflexibilidad doctrinaria que se empeña en desdeñar las diferencias de los países occidentales a la hora de diseñar sus procesos revolucionarios. Posiblemente, ni siquiera un afable general, tras una noche movida, hubiera aceptado sin alarma una afirmación que desmontaba el principio de

subordinación de los partidos comunistas europeos a la todopoderosa Komintern…

La despedida, sin embargo, regresa a la misma ortodoxia que expresaba la carta a sus camaradas que se dio a conocer en la revista *Octubre*: «Ahí queda ese enjambre afanoso de hombres nuevos con la misión abrumadora de edificar otra humanidad […]. Cada vez que claváis el azadón en la estepa tiembla el campo andaluz, se agitan las espigas en Egipto y la vibración llega al cogollo financiero de Nueva York. Cada vez que estalla un barreno en Siberia se estremecen las cajas blindadas de los bancos en Inglaterra, en Alemania, en Francia». Ante la realidad de esa nueva Humanidad, los sueños anarquistas quedan muy lejos… Y, sin embargo, recién llegado a París desde Viena, harto de discusiones bizantinas con intelectuales, Sender acude a un acto libertario donde se habla de Casas Viejas: «Había tal histrionismo y tal vanidad intelectual pequeñoburguesa que me marché decepcionado». El final del libro es una finta magistral, entre la contumacia y la decepción, entre la fe y el escepticismo… Porque quizá la verdad esté en el viejo *communard* que, a la salida del acto, gritaba «enronquecido, delirante, su grito de los quince años: Vive la Commune!». Sender sabe que «vitoreaba su propia juventud, encendida y poderosa. Y que esa sinceridad no es más que cierta lealtad biológica a sí mismo. Pero no crean ustedes que es tan poco como parece».

EL FINAL DE UNA ILUSIÓN

El año de 1934 fue, para Sender, de una fecundidad prodigiosa. Publicó sus dos libros moscovitas —*Madrid-Moscú* y *Carta de Moscú sobre el amor*—, además de *Viaje a la aldea del crimen. Documental de Casas Viejas*, pero también dio a las prensas una novela onírico-simbólica, *La noche de las cien cabezas*, de rasgos expresionistas, y un hermoso libro de crónicas, *Proclamación de la sonrisa*, que reúne muchas de las publicadas en *La Libertad* con anterioridad a 1933. El título, tan provocativo, invoca una nueva actitud y, en igual medida, la comparecencia de un nuevo autor-personaje. Ahora Sender vindica al *dandy* porque su curiosidad universal, su ligereza y su

mirada entre humorística y conmovida han representado siempre lo más lúcido de la burguesía de cada época. Es patente que el autor ha decidido, después de sus viajes purgativos al horror y a la esperanza, una excursión más serena donde se combinan bellísimas estampas autobiográficas ambientadas en el Alto Aragón, recuerdos más cercanos de la guerra del Rif, estampas de la corrompida política europea y encuentros con la obra de otros escritores.

La *Proclamación* no es un libro desengañado, pero sí expectante. En octubre de 1934, los sucesos de Asturias —una revolución armada, donde confluyeron socialistas, comunistas y anarquistas, que fue brutalmente reprimida— suscitaron en él serias dudas políticas; ante el estallido de la Guerra Civil en julio de 1936, su actitud fue, sin embargo, inequívoca y el escritor participó activamente en la propaganda republicana y fue oficial adscrito al Estado Mayor republicano en la defensa de Madrid contra los franquistas. Su interesante novela de guerra, *Contraataque* (1938), muy pronto traducida al inglés y al francés, sigue fielmente las pautas comunistas de interpretación de la «república burguesa», de la constitución del Frente Popular y del esfuerzo solidario de resistencia contra la sublevación. Por eso, las circunstancias de su ruptura con el Partido Comunista no son muy claras: su marcha a los Estados Unidos, donde participó en la propaganda oficial republicana, no parece haber sido una deserción en toda regla (como sostuvo, por ejemplo, el comunista Enrique Líster), pero lo cierto es que el autor ya no volvió a su país y permaneció en América. En México, mantuvo relaciones —más bien editoriales— con los muy activos trotskistas de la capital; en Estados Unidos —donde entró gracias a los buenos oficios de Eleanor Roosevelt—, fue acogido como un notorio refugiado europeo de izquierdas y sus trabajos vieron la luz en las revistas más importantes del progresismo procomunista norteamericano anterior al maccarthismo.

Aquel difícil viraje personal dejó huellas significativas en su obra: algunas tienen una nada desdeñable hondura simbólica —*Proverbio de la muerte* (1939), luego ampliada bajo el título *La esfera* (1947 y 1969)— y otras, un tono más autobiográfico, aunque siempre tocado de imaginaciones alegóricas, como *Los cinco libros de Ariadna*

(1957) y *Nocturno de los 14* (1969). El desengaño que narró fue el mismo de otros escritores a los que admiró o conoció, como Albert Camus, John Dos Passos, Arthur Koestler y George Orwell. Sus obsesiones anticomunistas tardías y sus manías persecutorias tampoco faltaron en otros miembros de su cofradía. Hoy, lejos del lazareto en que se confinó a bastantes de sus protagonistas, el anticomunismo intelectual se nos aparece como un humanismo de supervivencia que no siempre negaba todo su pasado, ni se entregaba en brazos de la reacción: resulta recomendable leer a la luz de esa trayectoria posterior las páginas febriles de *Madrid-Moscú*, que —más allá de sus cegueras y sus legítimas esperanzas, que de todo hay…— son una inmersión de primer orden en la cenagosa historia del siglo XX.

… Y UNA NOTA FINAL

Debieron de ser muchos los que leyeron este libro cuando apareció. Mi ejemplar —adquirido en una librería de viejo— está cuidadosamente encuadernado en tela con lomo de piel y lleva en su primera página la firma de su primer poseedor, Juan Ignacio de Olarte y Jáuregui, que puso al pie la fecha de su adquisición, el 24 de febrero de 1936. Lo hizo, por tanto, al día siguiente del segundo día de las elecciones generales que dieron un ajustado y discutido triunfo a las candidaturas del Frente Popular y que se celebraron los domingos 16 y 23 de aquel mes. Una rápida excursión por internet —que tuvo la humorada de hacer mi editor, Javier Jiménez, de Fórcola— nos lleva a las páginas digitalizadas del diario *ABC* donde el 15 de noviembre de 1970 apareció una esquela que recuerda que don Juan Ignacio de Olarte, abogado, falleció en Madrid el mismo día de 1969, habiendo recibido los santos sacramentos y la bendición de Su Santidad, circunstancia que recuerdan en su primer aniversario su esposa, madre, hermanos, cuñados, tíos y primos, casi todos de tan rotundos apellidos vascos como los del difunto. No sabemos a quién votó en 1936 el señor Jáuregui, ni cómo vivió los tres años de sobresaltos que siguieron y la larguísima posguerra, pero resulta obvio que todo acabó bien para este lector de Sender.

La cristiana esquela de *ABC* (archivo general de las clases altas y conservadoras del país) deja poco lugar a dudas y, a mayor abundamiento, mi exploración por la red me ha conducido a los «Ecos de Sociedad» del número del 13 de abril de 1941 del mismo periódico, que dan noticia de la boda de Elena de Yrizar y Olarte con don Jesús Valiente-Berriolope. Allí se acredita que José Ignacio firmó como testigo de la novia, su prima hermana, en un enlace al que acudieron muchos generales y magistrados. Y se hace difícil pensar que, al día siguiente del festejo, 14 de abril, ninguno de los asistentes tuviera un piadoso recuerdo para el décimo aniversario de la República…

Pero me importa más que en febrero de 1936 un joven abogado —seguramente de derechas— se interesaba por las cosas de su tiempo y por los destinos de la historia: también a su modo compartía aquella «lealtad biológica» que apreciaba Sender.

UNA BREVE ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

(PARA LECTORES CURIOSOS)

La bibliografía sobre Ramón J. Sender era todavía escasa cuando murió en 1982, aunque entonces ya se había reeditado en España buena parte de su obra del destierro y sus novelas empezaban a recibir una notable atención por parte de la nueva cinematografía española. El lector interesado dispone hoy de una completa exploración de su vida (Jesús Vived Mairal, *Ramón J. Sender, biografía*, Madrid, Páginas de Espuma, 2002), con numerosas aportaciones de quienes le conocieron. Su autor lo es también de una completa colección de sus trabajos juveniles (*Primeros escritos, 1916-1924*, ed. de Jesús Vived Mairal, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1993), que se han utilizado en este prólogo. En general, el Sender anterior al exilio de 1939 empieza a ser ventajosamente conocido. Su drama íntimo y su evolución ideológica han quedado plasmados en los muy perceptivos trabajos de Donatella Pini recogidos en su libro *Ramón J. Sender tra la guerra e l'esilio*, Roma, Edizioni dell'Orso, 1994. Pero el trabajo pionero sobre la politización del joven Sender fue obra de la hispanista japonesa —afincada en Estados Unidos— Michiko Nonoyama, *El anarquismo en las obras de Ramón J. Sender*, Madrid, Playor, 1979, libro del que nuestro autor tuvo pésima opinión, convencido de que Nonoyama trabajaba para los servicios secretos de la URSS, como Sender confidencia en una carta al antiguo trotskista (y empleado de la CIA) Joaquín Maurín. Poco después, vino otra excelente monografía, que también procedía de una tesis doctoral: la del profesor belga Patrick Collard, *Ramón J. Sender en los años 1930-1936. Sus ideas sobre la relación entre política y sociedad*, Universidad de Gent, 1980. Pero la más concienzuda y completa revisión de ese periodo literario es la de José Domingo Dueñas Lorente, *Ramón J. Sender (1924-1939), periodismo y compromiso*, Huesca, Instituto de Estudios

Altoaragoneses, 1994. Los datos de todos estos investigadores están muy presentes en mi prólogo.

El citado Instituto de Estudios Altoaragoneses custodia en su sede de Huesca un importante fondo documental y bibliográfico sobre el escritor, muy accesible a cualquier interesado. Y es uno de los impulsores de la colección de clásicos aragoneses Larumbe, que ha publicado ediciones prologadas y anotadas de algunas obras capitales del autor. Entre las que conciernen a nuestro periodo están las de *Siete domingos rojos* (ed. José Miguel Oltra, prólogo de Francis Lough, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004, col. Larumbe, 34), *Proclamación de la sonrisa. Ensayos* (ed. José Domingo Dueñas, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2008, col. Larumbe, 53) y *El lugar de un hombre* (ed. Donatella Pini, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Destino, 1998, col. Larumbe, 11), novela que
—como se indica más arriba— se basó en la indagación senderiana del final del crimen de Cuenca y convirtió a Sender en un periodista reputado. Su segunda gran aventura informativa se sustanció en un libro del que hay reediciones recientes: *Viaje a la aldea del crimen. Documental de Casas Viejas* (prólogo de Antonio G. Maldonado, Barcelona, Los libros del Asteroide, 2016).

La relación de Sender con el comunismo suscitará en algún lector preguntas acerca de los rumbos del que fue el Partido por antonomasia. Puede consultarse el libro de Joan Estruch Tobella, *Historia del PCE, 1920-1939* (Barcelona, El Viejo Topo, 1978), que ha sido injustamente considerado como una crónica oficiosa, aunque el mismo autor añadió después investigaciones sobre las zonas más oscuras en su *Historia oculta del PCE* (Madrid, Temas de Hoy, 2000). La dimensión cultural del incipiente comunismo español está presente en el libro de Rafael Cruz, *El arte que inflama. La creación de una literatura política bolchevique en España* (Madrid, Biblioteca Nueva-UNED, 1999); a su vez, la repercusión de la Revolución de 1917 fue tratada por Manuel Avilés Ferré en *La fe que vino de Rusia. La Revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931* (Madrid, Espasa-Calpe, 1999), que analiza numerosos libros de viaje que se han citado en este prólogo. Pero el más completo análisis de

esa bibliografía es el reciente trabajo de Andreu Navarra, *El espejo blanco. Viajeros españoles en la URSS* (Fórcola, Madrid, 2016), que ha visto la luz en la colección Periplos.

De importancia excepcional es la monografía de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939* (Barcelona, Planeta, 1999), que exploró numerosos archivos de la Komintern, incluidos los rusos. No será fácil encontrar registro documental de la ruptura de Sender con el comunismo y su salida de España en plena Guerra Civil; en todo caso, ya se ha señalado que lo que importa es la huella moral en su literatura, pues el sentimiento de soledad, de persecución y de muerte, lo mismo que el ansia de inocencia y el regreso a un cierto estado de naturaleza, le acompañaron hasta el final de sus días. La *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín* (Madrid, Ediciones de la Torre, 1995), ejemplarmente transcrita y estudiada por Francisco Caudet, nos acerca bastante a las razones personales de ese desarraigo.

MADRID-MOSCÚ

Notas de viaje, 1933-1934

REAJUSTE DE MEDIANOCHE EN PRUSIA

Al llegar a Berlín a medianoche —ocho horas vertiginosas desde Colonia—, es necesario detenerse un momento a reajustar las impresiones. Son seis días de viaje —avión, tren, automóvil—; hablando más o menos mal catalán, francés, alemán; teniendo que hacernos a cada paso una idea diferente de las proporciones de nuestra capacidad adquisitiva en relación con el medio, dando constantemente a la discreción una medida distinta, porque en Francia se puede hablar de cosas que en Alemania son impertinentes, y ordenando las palabras vírgenes que nos dicen los paisajes y las personas. Todo eso exige ciertas condiciones, alguna agilidad mental, dotes de adaptación especiales. Ejercitadas de una manera un poco imprevista, un viaje puede constituir para cualquiera una lección de sociabilidad. Para un español, mucho más. Nosotros seguimos nuestro cursillo dispuestos a aprovecharlo como cada cual. Vamos a empezar ahora con la lección prusiana, que es de las más duras y difíciles.

La impresión de conjunto de estos seis días de viaje puede resumirse en pocas palabras: la civilización mecánica, el progreso material, influye poco en la mentalidad de las gentes fuera de España. Hemos visto a un hombre dejar el avión, tomar su coche y dirigirse a la ciudad; subir a su hotel por una escalera móvil, comunicar desde su cuarto por teléfono con un país lejano y después ponerse a hablar de la política, de la moral, de las ideas sociales, con una mentalidad de la Edad Media. Pero de tal manera que los reaccionarios españoles resultan a su lado liberales. Y este hombre se considera, además, un hombre civilizado, producto de la Enciclopedia y la Revolución francesa. En Bélgica, en Alemania, ocurre lo mismo que en Francia. Bien es verdad que habíamos visto ya en Barcelona cómo los organismos de la joven catalanidad, los

órganos políticos de la autonomía —bajo los auspicios de *l'Esquerra* — están instalados entre agujas góticas y espadañas de catedral.

La verdad es que no hay más remedio que reconocer que las ideas políticas del plano medio español son algo más avanzadas que en estos países. Con las fábricas, los *trusts*, la racionalización, crece y se desarrolla por aquí la conciencia de patria, el sentimiento nacionalista, de una manera increíble. La gente tiene que mecanizarse e insensibilizarse en el engranaje de la vida urbana. Un número en la fábrica, un número en el autobús, el tique de la comida, los minutos contados para el tren que los lleva a casa. En el hogar, nuevos números y fechas. Pequeños organismos que actúan también mecánicamente. El ritmo de la ciudad es uno, invariable y continuo. Los hombres son pequeñas piezas que deben funcionar correctamente, su vida parece tener por único objeto facilitar la labor de un ser que desde lo alto lleva una estadística. Números sueltos y dispersos, cuyas sumas deben salir siempre bien. En esas condiciones, los hombres concentran su espíritu terriblemente en torno a un par de sentimientos. El primero, el de la patria. Yo no sé cómo estaría Europa el año 1914. Supongo, sin embargo, que en la primavera de aquel año los presentimientos de guerra no tendrían mucho más fundamento del que hoy puede encontrarles cualquier viajero que quiera ver y oír.

LOS CONDES DE BARCELONA.
COSTA BRAVA Y VÍSPERAS DE FIESTA

La Generalidad, el Parlamento, nos dieron en Barcelona una impresión muy distinta de la que esperábamos. Conocíamos Cataluña de años atrás, y más la del campo y de las fábricas que la de la ciudad. Suponíamos que la limitación de las soluciones autonomistas que representa la política de la Esquerra estaba impuesta por razones políticas del momento, entre las cuales era la principal no producir demasiadas dificultades a la República, ir elaborando lentamente una autonomía de horizontes amplios, sin romper el marco nacional. Creíamos en la capacidad creadora de la juventud catalana encauzada por el camino minimalista del Estatuto.

Pero a lo largo de nuestras impresiones en la Generalidad, en el Parlamento, salimos dudando de que esa juventud creadora de Cataluña estuviera en la Esquerra. Nos consta que existe y que trabaja por el porvenir. Pero fuera y lejos de allá.

Estando enterado, como todo español lo está, de la línea ideológica de la autonomía catalana, basta con alguna observación, al parecer fútil, para acabar de situar las cosas en su lugar. Yo no he visto en la Generalidad ni en el Parlamento ningún retrato de Francisco Ferrer, ni siquiera de Pi y Margall, y en cambio me he tropezado dos veces con San Jorge. En el despacho de Macià suenan las campanas de la catedral como debieron sonar en los tiempos medievales. Probablemente el edificio es el mismo. Yo no he encontrado el espíritu juvenil de Cataluña en el radio de la Esquerra. He encontrado, sin embargo, dispuestas las cosas como para una reconstrucción escénica de la corte de los condes de Barcelona. Lo que más me ha molestado en todo eso ha sido el espíritu mediocre que revela. Yo admiro y quiero a Cataluña por razones diversas y hasta por sentimientos contraídos en la infancia. Al ver desde el avión la cinta azul del Ebro, los caminos milenarios de Tarragona, los campos de olivar, vid y cacto azul, el festón blanco de la costa, nos sale al paso una limpia brisa de infancia. Nos sentimos más en nuestra casa en Cataluña que en Castilla.

Dejamos Barcelona por el camino de Port-Bou. La Costa Brava es de una bravura reposada y tranquila. Recuerda la costa levantina de Calpe, aunque ésta es de tintas más limpias y uniformes. Ya en Francia nos alejamos del mar. El tren se desvía hacia Toulouse. La vertiente norte de los Pirineos aparece vestida de vegetación verde, de un verde más claro que la española. Enseguida, el campo francés urbanizado, sin un rincón inculto, con la sensación un poco angustiosa de un campo con todas las plazas ocupadas, donde pagan impuesto hasta esas flores amarillas que en todas partes desdeñan.

En el departamento donde íbamos completamente solos entró un viajero de unos cincuenta años. Bastaba una ojeada para darse cuenta de que era un francés culto, democrático, devoto de la familia y de la autoridad. Cambiamos esas palabras neutras de los viajes. Luego se vio que le preocupaba mucho la política presupuestaria de

las Cámaras, y creía necesaria y hasta conveniente la inflación. Tomaba tan a pecho estas cuestiones que fuera de Francia hubiera resultado un hombre de ideas fijas. A través de los presupuestos fueron desfilando todas las cuestiones de la política interior; después, Ginebra y el desarme, con el anuncio del discurso del canciller alemán; luego, la Unión Soviética y el Japón. Al final, como los oradores clásicos, volvió al tema del comienzo, a los presupuestos y a la inflación. Por último, se quedó callado, y enseguida preguntó: «¿Qué le parece a usted?».

Yo iba pensando en los «locos repúblicos y de gobierno» de Quevedo. En lugar de contestarle, señalé con el dedo, a través de la ventanilla. Pasábamos por un puente. Abajo, un ancho arroyo de poca profundidad. En el centro, metida en el agua, una cama de hierro perfectamente armada, con su somier y sus boliches dorados, que lucían al sol. En las orillas, flores de égloga y una dulce casita con techo de pizarra. El francés sonrió y dijo: «Limpian la casa hoy porque mañana es fiesta».

El día de Juana de Arco, santa nacional, virgen épica. «Salvó el espíritu francés para la civilización.» El espíritu francés contra los ingleses. Santa Juana de Arco, abogada contra las invasiones —contra toda clase de invasiones, según los habitantes de la casita de égloga—, iba a ser rememorada en toda Francia con entusiasmo. El presidente de la República diría palabras solemnes, la familia aldeana de la pequeña casita tendría al día siguiente limpia la cama. Nuestro compañero de viaje remetía sus puños duros dentro de la manga y repetía mucho esas palabras: «espíritu francés» y «civilización».

PARÍS, CON GALLARDETES. LA PAZ VICTORIOSA

Francia acaba de obtener una victoria de guerra para la que tenía ya preparados los himnos triunfales, los uniformes nuevos. No importa que hayan pasado media docena de siglos. Francia cree en la inmortalidad del espíritu. Si el hombre, a pesar de renovar totalmente su organismo cada siete años, conserva recuerdos de la

infancia; si la materia muere y se substituye por completo en nosotros, perdurando, sin embargo, la llama azul del recuerdo, con las naciones pasa lo mismo. La sociedad feudal es substituida por la burguesía y por el capitalismo; las formas materiales de convivencia son otras; pero el espíritu que Juana de Arco salvó «para la civilización» permanece. Eso es lo que el 14 de mayo celebran los franceses con tanto entusiasmo.

Las calles, llenas de muchachos uniformados —exploradores, escolares, deportistas—, con la bandera nacional en el brazo. Bandas de música por todas partes. Los autobuses de la Ópera se detienen una vez y otra para dejar el paso a los piquetes de soldados; una identificación nacional en ese orgullo retrospectivo de haber roto el cerco de Orléans contra los ingleses. Todo el mundo coincidía en Juana de Arco, la muchacha campesina que hizo la más rápida carrera de caudillismo que se conoce. Es un tipo bien representativo de Francia. Campesina, tuvo alguna vez el haz de espigas entre los brazos. Virgen..., a pesar del entredicho de Anatole France. Católica visionaria. Con un amor maternal por «su rey» y un odio radical contra «el extranjero», llevó a la victoria a sus *poilus*, cayó en las intrigas de la Iglesia y unos obispos sin imaginación la quemaron para salvar el «espíritu». Triunfó Francia contra Inglaterra; pero triunfó también la mediocre tartufería contra la imaginación, la mediocridad que necesita hoy gallardetes, banderitas, uniformes brillantes, bandas de música, discursos huecos y cohetes para sentir el entusiasmo de vivir. Todo París estaba en las calles, en los parques. Las vendedoras de flores tenían una sonrisa recién estrenada. Los periódicos recordaban a la virgen de Orléans con un estilo «cívico», y era curioso ver diarios socialdemócratas, como *Le Populaire*, hablando del grave peligro de que salvó a Francia Juana de Arco y de la necesidad de que en ese día contribuyeran todos a acrecentar y robustecer la dignidad nacional y la conciencia de patria. Seguramente no sintió tanta emoción el Delfín al ser coronado después del triunfo.

Durante el viaje de Toulouse a París, poco más arriba de Limoges, habíamos visto en un campamento militar dos baterías de cañones montados sobre carriles en unas vías muertas. Cañones enormes,

como los que se suelen usar en las costas. Los franceses los miraban con inquietud. No quieren la guerra. Temen la guerra. Enronquecen cantando a la paz. Pero los franceses, como todos los pueblos, cuando hablan de la paz sobreentienden una paz victoriosa. Cantar a la paz es cantar a la victoria. La fiesta de Juana de Arco, que toda Francia ha celebrado este año, era —según me dijo un francés— una fiesta de paz. Puede que sinceramente lo crean muchos buenos burgueses; pero lo cierto es que todos los festejos eran a base de tropas y de alocuciones patrióticas. Al mismo tiempo, Paul Boncour y Norman Davis hablaban de las sanciones que habrá que imponer a Alemania si el Reich sigue empeñado en fabricar cartuchos y cañones.

HIERRO Y CARBÓN. AL FINAL, LA CATEDRAL DE COLONIA

Antes de salir de París nos sucedió un incidente, al parecer, nimio. En una estafeta inmediata a la estación del Norte, tuvimos que depositar un telegrama para Berlín. Nuestro francés con acento extranjero, la dirección del telegrama y el apellido con el que lo firmábamos produjeron mala impresión a la señora que había en la taquilla. «Éste es alemán», debió pensar. Mientras contaba las palabras nos miró de reojo. «Alemán del sur», puntualizó, seguramente. Entonces demoró cuanto pudo la tasa con el fin de ver si nos impacientábamos. Habló por teléfono con una amiga suya. Se prolongaba tanto la conversación y eran tan poco interesantes las confidencias que hacía sobre su vida privada que hubo que rogarle que se diera prisa. Aquello bastó para que se desatara en improperios contra Alemania y los alemanes. Cuando hubo terminado, le dije que era español y que iba a Alemania como turista. Me pidió perdón; pero quedó de todas formas con la impresión de haber hecho algo por la patria en un día en que el patriotismo lo invadía todo.

De París a la frontera belga, el patriotismo pequeñoburgués de Francia se nos volvió a ofrecer en distintas ocasiones. Un mutilado con la manga de la chaqueta vacía y un garfio de hierro sustituyendo la mano se sentó y sacó un libro del bolsillo. Un fotomontaje

reproducía en la portada una escena típica de las trincheras. El hombre leía y pasaba hojas con el garfio. Para que no se dudara de que sus heridas eran de la guerra, llevaba un botón en un ojal donde lo decía. Los demás lo admiraban y lo atendían con verdadera ternura. Todos los viajeros que hemos visto en Francia llevaban por lo menos un libro en la mano. Otros llevaban más de uno, y los defendían con un paquete de revistas literarias: *Les Nouvelles Littéraires*, o *Candide*, o *Les Annales*. Buen oficio en esta tierra el de literato. Casi todos los libros eran novelas psicológicas. El único libro de guerra que vimos lo llevaba el mutilado. Lo leía con fruición. Se veía que desde la guerra toda la vida de ese pobre hombre se había reedificado alrededor de sus heridas; toda su personalidad residía en el brazo perdido. La gente habrá llegado a convencerle de la trascendencia de su desgracia, y la cultiva con gusto. Hace seis años que nadie lee por aquí libros de guerra; pero el mutilado pone un placer masoquista en la contemplación de ese libro, en cuya primera página una granada levanta una gran columna de tierra. Se habló de Versalles y de Hitler. Todos encontraban muy suaves las condiciones de Versalles y verdaderamente insolente y provocadora la política de los nazis. Yo, por ver cómo reaccionaban, les hablé del pasillo de Dánzig y de la ocupación del Ruhr, donde obligaban a los rollizos burgomaestres a disponer prostíbulos para los negros de las tropas coloniales. Un joven, comisionista de balanzas automáticas, nos mostraba el campo por la ventanilla: «¿Y esto?», repetía. Las huellas de la guerra todavía están patentes. Chimeneas de fábricas que hubo que derruir para dificultar la puntería de las baterías enemigas; casas sobre cuyos muros maestros se ha vuelto a construir la parte destruida por las granadas; bosques talados; árboles jóvenes al lado de los muñones. El francés repetía con aire patético: «¿Y esto?». La dialéctica del nacionalismo es tan simple que hubiera sido estúpido recordarle las invasiones de Napoleón. Entonces me hubiera hablado quizá del derecho que asistía a Napoleón para invadir el mundo. ¿Qué derecho? «¡Ah! —me hubiera dicho probablemente— Napoleón era francés.»

Optamos por escudriñar el campo en busca de las huellas de los cuatro años. Se encuentran constantemente. Pero el campo está otra

vez parcelado, cultivado; las casas de labor, nuevas, y con flores en las ventanas. Sobre el lugar de las trincheras cruzan y se entretejen otros alambres espinosos que deslindan una propiedad de la otra. Hay pequeños postes aquí y allá, con teléfono, como en las trincheras. Este mutilado de la guerra puede dejarse todavía un dedo en las púas de esas alambradas. Y si se descuida por la noche y ambula entre ellas, aprovechando los estrechos espacios que dejan libres, puede recibir un tiro desde una cerca, lo mismo que en 1915. Entonces era la defensa de la patria. Hoy sería nada más que la defensa del gallinero.

Nos acercamos a Alemania. Los viajeros van desapareciendo. Hay una pugna de amabilidad entre dos jóvenes, porque los dos quieren quedarse con la maleta del mutilado para dársela desde la ventanilla. Entre la patria de 1915, el gallinero de 1933, la fiesta de la paz de Juana de Arco, el autobús de la Ópera que se detiene para dejar paso a las tropas azules; entre el mutilado satisfecho de su brazo menos y el pequeño rentista que le ayuda a ponerse el gabán pensando en la inflación, el espíritu francés sonríe desde la alegoría de un billete de cinco francos.

Luego vuelven las chimeneas, los carriles negros, el cielo con carbón y otra vez las chimeneas. Entramos en el Ruhr.

¿HA LEÍDO USTED A TÁCITO? PRESENTACIÓN DE UN EX-*JUNKER*

Llaman al tren que sale de París a las once de la mañana para llegar a Berlín a medianoche, tren de lujo. No lleva terceras, y los segundas son fastuosos. Salimos de París a las ocho de la mañana en un tren ordinario y en tercera. Pero para continuar el mismo día hacia Berlín era preciso esperar ese tren de lujo y pasar a uno de sus segundas, pagando la diferencia. Este cambio había que hacerlo en Colonia y tenía una hora larga de espera, durante la cual, después de encomendar las maletas a una vendedora de cigarrillos, me fui a ver la catedral. La catedral de Colonia es conocida en todo el mundo. La hemos visto reproducida centenares de veces en revistas y tarjetas postales. Durante muchos años ha sido estampada en las medallas de

las Exposiciones, en las marcas de fábrica y hasta en las monedas de fracción de marco. Lo único que me podía sorprender eran sus proporciones. Las catedrales españolas más grandes son ingrávidas, parece que van a echar a volar. La de Colonia es firme, maciza. Llevábamos una tarjeta de turismo con la correspondiente reseña artística e histórica; pero no la leímos. En la sacristía nos ofrecieron un álbum donde la gente firma. Había versos, citas clásicas. Yo escribí en español: «Es una maravilla del gótico, donde se espera el tren de Berlín muy a gusto». Luego firmé. Pero para esperar el tren es mejor la catedral de Sevilla. En la de Colonia hay poca diversidad. Los temas se repiten demasiado. Salimos pronto a la plaza y nos entretuvimos viendo a los primeros nazis que la Germania se dignaba presentarnos. En el fondo negruzco de los edificios destaca su traje color siena. Llevan en el paso marcial, en el aire a un tiempo protector y desdeñoso, dos mil años de orgullo. No es el orgullo del *junker* de 1917; pero es radicalmente germánico. Creemos conocer a los alemanes desde mucho antes de venir a Alemania. Lo único verdaderamente innegable de la civilización burguesa y de su influencia en la mentalidad de las gentes es esa facultad que nos ha dado de reducir el mundo a las medidas del individuo. Desde Madrid se puede llegar a sentir —no a imaginar, sino verdaderamente a sentir— la vida entera del planeta. La radio, el cine, los libros documentales, la transfusión y mezcla de idiomas y de ideas empequeñece deliciosamente el mundo. A mi abuelo le cabía dentro del radio de sus intuiciones comprobadas —dentro de su cabeza— la ribera del Cinca. A mi padre, Aragón, Castilla y Cataluña. A mí, Europa. A mis hijos, quizá, el planeta entero.

Alemania me hizo pensar mucho hasta que di con el librito de Tácito. Allí, relacionándolo con los hechos actuales y viendo cuáles son las calidades que permanecen a través de dos mil años, y por lo tanto tienen todas las probabilidades de permanecer otros dos mil, creímos llegar a alcanzar el secreto. Tácito nos dice que el germano es hombre grande, rubio. Que es hospitalario y peleador, cosas que no están reñidas, porque la hospitalidad no es siempre generosidad, sino a veces dominio sobre el forastero inerme. Nos dice también que gustan de reunirse en grandes grupos para beber un líquido

fermentado —la cerveza de hoy—, cantar y marchar a compás. Ya en el librito de Tácito se ve que la tendencia al grupo, a la masa, al canto y la danza en común —o a marchar a compás, que es igual— presenta un individuo subdotado intelectualmente; pero con tendencia natural a la organización y capaz de crear «en masa». El alemán es un hombre de mucha superficie y de poca profundidad. Un tipo ingenuo, cuya personalidad no nace de singularidades de su propio carácter, sino de la asimilación, en más o menos grado, de cualidades sociales convenidas y aprobadas por todos. La personalidad se la da la masa. A pesar de todo lo que fuera de aquí se pueda creer, Hitler es de una impersonalidad sorprendente. Quizá sea ésa una de las razones de su triunfo. Hitler no es una individualidad. Es un millón de germanos uniformados. No ha dicho en su vida Hitler una frase original, una idea verdaderamente propia. Desde el año 1919 viene repitiendo las mismas toscas generalidades sobre la patria, la producción industrial y la raza. La misma asimilación de una parte del espíritu revolucionario de las masas trabajadoras, que parece un movimiento táctico muy sagaz, no es sino el reflejo de la conciencia común. Una idea que estaba en la calle y que todo el mundo respiraba. Esto de las ideas generales enloquece a los germanos, como suele ocurrirles a los hombres de individualidad poco acusada. Un funcionario de tercera, que para vivir con el sueldo tiene que hacerse el menú de pie en los restaurantes automáticos —diez céntimos, un bocadillo de jamón; otros diez, uno de queso, o un vaso de cerveza—, y que vive en una casa antihigiénica, pequeña y oscura, es capaz de estar ocho horas rígido e inmóvil con sus calzones y su camisa pardos, en el umbral de un ministerio, y si al final otro nazi de mayor graduación se cuadra ante él y le da la mano, diciéndole: «Eres un buen servidor de Alemania», se siente completa y absolutamente feliz. Son unas palabras que llegan de la masa organizada y que, exaltando la impersonalidad del nazi, le diferencian momentáneamente.

En el vagón restaurante del tren, camino ya de Berlín, con el sol poniente a la izquierda, tuvimos de compañeros de mesa a unos seres inmensos, rígidos, con anchos rostros surcados de cicatrices. Nadie hablaba. Si lo hacía alguno, de tarde en tarde, era sin accionar, con

un leve movimiento de labios. La compañía que explota estos restaurantes se llama, por contracción de dos palabras —Medio-Europa—, Mitropa. Para el que llega con la preocupación del militarismo germánico, esa palabra en los platos, en las servilletas, en las copas, tiene cierta gracia. No había un solo comensal que no tuviera por lo menos una cicatriz en algún lugar visible. Es un signo de distinción. Todos eran, pues, o querían ser, gente de alcurnia. Pero el que batía el *record* estaba a mi lado. Llevaba la mejilla izquierda partida; la frente, surcada en diagonal. Tácito dice —pensaba yo— «que son gente peleadora. Los germanos distinguidos, hace dos mil años, holgaban, con las armas cerca, mientras trabajaban las mujeres o los hombres pusilánimes. Exhibían sus cicatrices como condecoraciones. Eran signo de aristocracia». Mi compañero se llamaba —luego cambiamos las tarjetas en el vagón— Federico von Weisburg. Tenía un metro ochenta de estatura. Había sido *junker* con el káiser Guillermo, y hoy es gerente de una industria en el Ruhr. Impidió que nos robaran al cambiar dólares en el restaurante, porque llevaba un periódico financiero donde venía el cambio del día. Nos hicimos amigos, cosa que me extrañaba, porque en medio de estos hombres rubios yo tengo cierto aire judío.

Luego supe que quizá ese detalle me favorecía, porque estamos en los días de la «expansión cordial» del nacionalsocialismo, y cuando se da una consigna aquí la sigue todo el mundo al pie de la letra. Hasta los alemanes que, como Von Weisburg, no son nazis ni acogen con entusiasmo a Hitler.

LO QUE OPINA EL EX-*JUNKER* DE LOS NAZIS

La mejor manera de hacer que digan su opinión estos hombres es atribuirles posiciones deliberadamente falsas. Comenzamos a hablarle como si fuera un incondicional de Hitler. En sus respuestas iba poco a poco rectificando, hasta situarse con toda exactitud. Mientras hablábamos yo advertía a través de las ventanillas el desfile ininterrumpido de chimeneas y fábricas. Ni una sola vez, a todo lo largo del camino desde la frontera, vimos el marco de las ventanillas

sin una o dos chimeneas. Más cerca o más lejos. A veces agrupadas en número de cinco o seis. A veces solas, subiendo entre un grupo lejano de árboles. En resumen, he aquí cuál es la posición de Federico von Weisburg, ex-*junker*, con tres cicatrices en la cara de otros tantos duelos habidos durante su juventud universitaria, y hoy hombre de negocios.

Personalmente, considera a Hitler como un advenedizo, sin preparación para dirigir el Estado. Hombre que no ha pasado por universidades, que no tiene cicatrices en la cara, que es más bien pequeño y moreno y que durante la guerra no fue más que simple soldado; no ve el Sr. Von Weisburg que pueda muy dignamente situarse en ese estrado de piedra negruzca, entre águilas rapaces, coronas y trompetas marciales, que es el poder desde la perspectiva prusiana de Unter den Linden. «Ya ve usted —nos dice— que era un simple pintor de puertas.» Sin embargo, el ex-*junker* espera el discurso que hoy mismo debe pronunciar Hitler en el Reichstag sobre el desarme para juzgar mejor su capacidad. Von Weisburg se considera por encima del canciller. Se advierte que si habla Hitler como un militar prusiano, retador, terminante, conquistará quizá a Von Weisburg. Pero teme que hable como socialista.

En dos cosas está de acuerdo nuestro interlocutor con los nazis. En su desdén por la democracia, sobre todo en el aspecto económico, ya que es partidario de la economía dirigida, y en el restablecimiento de las costumbres tradicionales de Alemania, desde las fórmulas legales de la cancillería hasta esos detalles nimios de recomendar a las mujeres que se dejen el pelo largo y que no fumen. Transige también con el socialismo nazi por lo que tiene de radical y de nacional. Pero detrás de su ponderación en los juicios personales contra el *Führer* está cierta confianza personal, de viejo *junker*, en Hindenburg. «Mientras Hindenburg viva...», ha repetido dos o tres veces. Hindenburg tiene ya ochenta y seis años. Lo más grave que hoy puede suceder en Alemania, según Von Weisburg, es que el viejo mariscal muera. Pero todavía subordina un poco estos temores, no los hace definitivos, hasta conocer el discurso de Hitler. Von Weisburg quisiera un discurso belicista.

—¿Pero usted cree que la guerra conviene a Alemania? —le preguntamos asombrados.

—Menos le conviene a Francia —nos dice.

Resulta que Von Weisburg cree que es necesaria una política abiertamente belicista porque no cree en la guerra y porque estima que esa política es la única que puede dar a Alemania una paz más decorosa.

EL SR. MÜLLER, CERVECERO DE GRUNEWALD

En el pasillo del vagón hemos podido hablar con el Sr. Müller, honrado cervecero de Grunewald, que era socialdemócrata hasta hace tres meses. No es fácil hablar sin más ni más con esta gente; pero siempre hay algún pretexto para dar aspecto lógico a una conversación con pie forzado. El Sr. Müller cree que Hitler es un ser providencial que va a arreglarlo todo en Alemania. En primer lugar, se va a acabar la libertad anárquica del comercio, de las finanzas. La nueva legislación social, los contratos colectivos, las tarifas oficiales, los consejos de fábricas, la intervención de las organizaciones sindicales en la producción van a dar un carácter totalmente distinto a la vida económica. La riqueza media se elevará. «Los grandes señores, los restos feudales que la socialdemocracia toleraba servilmente —dice Müller— se van a acabar.» Al Sr. Müller le parece todo esto como la realización exacta de su antiguo programa con un aliciente nuevo: el nacionalismo. No se avenía el Sr. Müller a su socialismo internacionalista, recordando la ocupación del Ruhr, las limitaciones de armamento, que limitan también el desarrollo de una parte importante de la actividad industrial de Alemania; las reparaciones, que esquilman a la pequeña industria, y, sobre todo, la vergüenza nacional de la salida de Polonia al mar. Eso de que un alemán, para ir a una ciudad tan alemana como Königsberg, tenga que cruzar por una zona polaca donde soldados extranjeros cierran y precintan el vagón, es algo insufrible para el Sr. Müller. Yo le he hecho esta pregunta:

—¿Y el káiser? ¿Y si los nazis vuelven a traer la monarquía?

El Sr. Müller ha soltado a reír. No lo cree de ninguna manera. ¿Qué tiene que ver el nacionalsocialismo con el káiser? Vuelvo a preguntarle:

—Si muriera Hindenburg, ¿no harían presidente al ex-*kronprinz*, a pesar de todo? ¿Y eso no sería la monarquía?

—No, señor. Aquí —dice rotundamente el Sr. Müller— no hay más rey posible que Hitler.

No se crea, sin embargo, que la posición del Sr. Müller respecto de Hitler es de absoluta e incondicional sumisión. El señor Müller no quiere la guerra y espera el discurso de esta tarde, que, a su juicio, debe ser de absoluta cordialidad pacifista. Serían las seis cuando miró el reloj y dijo:

—A estas horas debe estar hablando.

LA MUJER QUE TIENE UN HIJO EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN

En los trenes alemanes hay unas empleadas con delantal blanco y cofia que tienen por misión limpiar los antepechos de las ventanillas del pasillo. Cada diez minutos pasan un trapo por aquellos lugares donde se ha podido depositar carbonilla. Dentro de los coches no hace falta, porque sus cristales cierran herméticamente. Las mujeres pueden hacer viajes muy largos sin miedo a estropear su tocado. Una de esas empleadas, con la que conseguimos hablar, tiene un hijo comunista en un campo de concentración. Su marido es socialista de izquierda, y aunque con el nuevo régimen le han duplicado el sueldo —es portero de Lutherstrasse—, no ha abjurado de sus ideas. Esta mujer no pertenece a ninguna organización política, según dice. Sus ideas, por lo tanto, deben ser las de su marido y su hijo. Cree en la guerra inmediata. Es cosa de dos meses, todo lo más. Para ella todo este movimiento nacionalsocialista no es más que el preámbulo de la guerra. Ésta comenzará después de la revolución nazi en Austria, que está llegando, y que significará, más que un regreso a la clásica alianza, una anexión del territorio austriaco al imperio de Hitler. Chocan sus opiniones y la certera manera de expresarlas con su aire dulce y sumiso y su pelo gris.

—La bolchevización del partido nazi, a la que se va a pasos de gigante, sólo se puede sostener —dice— con el espíritu de guerra. Si Hitler hace una política pacifista, fracasa. El partido le supera y le arrolla. Como tiene que ir a la guerra, allí se liquidará todo.

Le interesa el discurso de Hitler de esta tarde, que debe ser, a su juicio —en él se ve el deseo de su marido y de su hijo—, violento y retador.

El tren sigue avanzando hacia Berlín. Es ya de noche. Son doce horas desde París, y comienza a sentirse el cansancio. Algunas estaciones antes de llegar comienzan a ofrecernos los diarios de Berlín con el discurso de Hitler. Lo más sustancial de ese discurso que toda Alemania —y toda Europa— espera con ansiedad es lo siguiente: «Si todos los países desarman, desarmaremos también nosotros. En otro caso, seguiremos organizando nuestra seguridad. Pueden tomar las potencias cualquier determinación. Desde ahora la aceptamos, aunque sin firmar ningún compromiso». Esto es lo más elocuente del discurso, lo más revelador. Al Sr. Von Weisburg le ha parecido bien, después de meditar un rato. Cree que es una amenaza. No firmarán ningún compromiso porque no pueden hacerse responsables de lo que suceda. Es una amenaza.

Al Sr. Müller le ha parecido el discurso lo suficientemente pacifista para aceptarlo con entusiasmo.

A la mujer que limpia las ventanillas, lo bastante imprudente y peligroso para seguir en sus trece.

Quizá el discurso de Hitler ha conseguido lo que se proponía: no alterar en lo más mínimo la delicada situación internacional sin dejar de satisfacer en el interior a todo el mundo. Cuando bajamos en Berlín-Zoo estamos persuadidos de que la guerra está en el ambiente. Es un hecho inevitable. Todos los países lo ven y se preparan. Todos están atentos, sin embargo —y éste es un síntoma mortal—, a desenvolver su política de modo que la responsabilidad histórica no caiga sobre ellos. Entretanto, las calles de Berlín, incendiadas de letreros luminosos, se van llenando del público que sale de los espectáculos. Son las doce, y estamos en el Zoo. En el corazón de Prusia, bajo el signo de la esvástica.

LA «NUEVA MORAL». BERLÍN, CAPITAL DE PROVINCIA

Todas las dictaduras padecen en sus comienzos el sarampión moralizador. La invocación de una nueva moral ha conmovido profundamente a las «masas neutras», como sucedió al principio de la dictadura de Primo de Rivera en España. Suelen tener razón cuando hablan concretamente de la «corrupción de la administración del Estado». Puede que sea el sistema y no los hombres, porque con todas las situaciones políticas sucede lo mismo. Al principio, los que toman el Poder hablan de la «alegre administración» de sus antecesores. Pasa el tiempo, y cuando son sustituidos resulta que también la administración estaba corrompida. Aquí la «masa neutra» ha acogido la campaña de saneamiento con alborozo. Según los ciudadanos que a sí mismos se llaman neutros —yo no creo en esa neutralidad, porque en política siempre se tiene una posición u otra—, los socialdemócratas administraban el dinero del Estado con una falta de escrúpulos verdaderamente escandalosa. La gente cuenta chismes sobre el automóvil de tal exministro y la fortuna de tal alto funcionario. Hasta que vinieron los nazis, la posición de la masa neutra era otra. Respetaban y adulaban a la opulenta socialdemocracia. Hoy caen en la cuenta de que aquello era inmoral. Mañana les ocurrirá lo mismo con los nazis. La neutralidad de esa masa es nada más que la falta absoluta de criterio. La campaña de los nazis, como cualquier otra, los convence, sobre todo si se trata de hacer víctimas y éstas han tenido autoridad hasta ayer.

Pero en nombre de la «nueva moral» —sí que son pretensiones— los nazis quisieran influir en todo. Para los que creemos que la moral va ligada al sistema económico es una aspiración excesiva. Pero todo es cuestión de nombre. Conviene saber el alcance de la campaña moralizadora y qué es lo que entienden los nazis por «nueva moral». Se conforman con poco. Hablan del saneamiento de la burocracia, la supresión de *dancings*, la recogida y quema de los libros «desmoralizadores», la vigilancia y castigo de la embriaguez y ponen rótulos en los cafés rogando a las damas que no fumen. Eso es todo. Hace mucho tiempo que esta última recomendación se hace, y, sin

embargo, las mujeres siguen fumando. También la cerveza se trasiega en abundancia, y ciertos libros comienzan a circular clandestinamente, lo que reportará grandes ganancias editoriales, si con el espíritu de organización que tienen los alemanes llegan a racionalizar la clandestinidad. En estas campañas, como en todas las que arrastran grandes núcleos de opinión, hay un fondo de verdad. En las acusaciones contra los socialdemócratas puede haberlo, y en la recogida y quema de libros, también. Y no lo decimos porque se hayan salvado dos libros nuestros, que todavía queda el rabo por desollar, sino porque la invasión de literatura erótica y decadente ha hecho estragos aquí y en todas partes. Lo absurdo es que se persigan y recojan, al mismo tiempo, los libros marxistas, que son todo lo contrario, y cuyo espíritu se lo quieren asimilar los nazis a su manera. Quizá queman estos libros, como han destruido en otros tiempos este y otros pueblos a sus conductores y guías, para salir al final asimilando y exaltando su espíritu.

El movimiento nazi es simple y directo. Con la campaña moralizadora, en lo que a Berlín se refiere, persiguen simplemente la «germanización» de la capital. Aunque al forastero Berlín le hace una impresión de prusianismo clásico perfecto, resulta que Berlín —según dicen los berlineses— no es Prusia. No es siquiera Alemania. Berlín, según los nazis, es demasiado cosmopolita —detrás de esa palabra entienden «demasiado francesa»—, porque tiene en sus calles rótulos en francés, porque hay *dancings* que rompen la tradición alemana, porque las mujeres fuman y llevan el pelo corto, como en París; porque la gente habla casi siempre en broma y tiene un ingenio fácil de gran ciudad. Por ese camino, Berlín, la ciudad que los campesinos llegados estos días de todos los rincones de Alemania para visitar la Exposición agrícola consideran una Babel peligrosa y turbulenta, llegará a convertirse en una ciudad de provincia, en lo que no ha sido nunca, porque en el siglo transcurrido desde su adolescencia —bien mezquina por cierto— no ha tenido tiempo de hacerse con una tradición ni con costumbres propias. Probablemente saldría ganando. Una ciudad de tres millones de habitantes fieles guardadores de la tradición de Heidelberg, de Stuttgart o de Königsberg sería mucho más interesante. Aunque los forasteros

tuviéramos que beber de un trago tres litros de cerveza en el vaso del Grial y cantar a coro en las sobremesas.

EL BARRIO DE LOS JUDÍOS RICOS. UN INCIDENTE. LA MENDICIDAD

Charlottenburg es el barrio de los judíos ricos. Será por eso por lo que abunda tanto la mendicidad. Es sabido que en esto del dinero al lado de la opulencia está la miseria, quizá porque son puntos recíprocos de referencia. Los mendigos de aquí no son como los de Madrid. Los de las terrazas de la calle de Alcalá son mendigos que llevan su profesionalidad en la cara, en los harapos. Aquí son mendigos de buen semblante y de presencia decorosa. Ayer se me acercó un individuo a preguntarme si estaban abiertos todavía los museos. Luego me habló de que acababa de llegar de una ciudad donde era profesor, y después me dijo que necesitaba un marco para comer. Se lo di y me dejó su tarjeta y su dirección. Iba afeitado y correctamente vestido. La mendicidad se complica en esa u otras formas que la hacen mucho más vergonzante. Pero a primera vista no se advierte. El que quiera encontrar los signos exteriores de la crisis tendrá que renunciar. No los hay. La gente va bien vestida. Razones de raza o de pigmentación hacen que tenga buen color y saludable aspecto. En ese barrio de Charlottenburg abundan las orquestinas callejeras, que entran por la mañana a tocar en los patios interiores. Todos van bien vestidos. Hay otros individuos que no son mendigos; pero que piden en la calle para sus organizaciones políticas o de beneficencia. Los protectores de animales, los «Cascos de Acero», etcétera.

Este barrio de judíos ricos ha sido poco castigado en los días de ofensiva antisemita. Por si acaso, muchos tenderos han puesto sobre el letrero donde campea un «Israel», un «Jacobs» o un «Coon» la bandera con la esvástica. No la hemos visto sino en tiendas modestas. Los grandes bancos conservan con toda insolencia los apellidos judíos de su razón social. Sin embargo, ayer hemos presenciado un incidente curioso. Al pasar por una calle próxima, vimos un grupo frente a un establecimiento. En el centro,

obstruyendo la puerta, había dos jóvenes nazis con el kepis, la camisa y el calzón pardos. La esvástica en una manga. Daban grandes voces y las repetían con cierta monotonía:

—¡En esta tienda no debe comprar nadie!

A veces variaban:

—¡El que entre en esta tienda es un mal ciudadano! ¡El que compre aquí es un ser indigno!

El nombre de la tienda revelaba el origen judaico de sus dueños. Naturalmente, no entraba nadie. Pero la fiebre antisemita ha remitido bastante. Hasta se echa un poco a broma el antisemitismo. En pleno Zoo un Casco de Acero, a la hora de la salida de las oficinas, agitaba la caja mediada de monedas, intercalando en su cantilena frases como éstas: «Señores, para construir un tren directo a Palestina».

Este humor es bien recibido por el público, incluso por los mismos judíos, después de la tormenta última. Pero los judíos también tienen su humor en relación con la situación política actual. Cuando ven aparecer a Goebbels en el noticiario cinematográfico semioficial, que hoy ocupa la parte principal de todos los programas, o encuentran su fotografía en el *Illustrische Zeitung*, y lo ven greñudo, flaco y macilento, guiñan un ojo y dicen satisfechos: «Les ha salido judío polaco».

Goebbels es uno de los más populares jefes nazis. Lo quiere la pequeña burguesía germana y tiene que transigir con su aspecto de judío polaco, que es el tipo humano que más odia y desprecia.

DIE HITLERJUGEND. NIÑOS DEMASIADO SERIOS

Una de las cosas que molestan y sorprenden en la nueva organización de Alemania es el ejército infantil nazi —*die Hitlerjugend* (las Juventudes Hitlerianas)—. En los parques cerrados, en los jardines de las escuelas, se ven a través de las verjas grupos de niños con la camisa parda, evolucionando militarmente bajo las mismas voces de mando del Ejército. Esos pobres niños, en la calle, al ir a su casa, van con una seriedad y una rigidez

lamentables. No se les ocurre discutir con otro, cambiarse un trompazo, cantar ni perseguir un perro. Van con la mirada a veinte pasos, el andar rítmico y firme, braceando con regularidad, el pecho levantado. Son números de una formación que, equivocadamente, se han separado de la fila y siguen marchando. Se piensa en las familias de esos chicos, probablemente orgullosas de la marcialidad del pequeño y del porvenir que le espera en el nacionalsocialismo. Pero sus cálculos fallan en este último aspecto. Hasta la mayoría de edad de esos muchachos han de pasar muchos años, y en esos años el espíritu nacionalsocialista, a pesar de toda la prudencia de que estos días hace gala Hitler, ha de correr graves aventuras. En ellas precisamente está la razón de su existencia, el aliento que lo mantiene en pie. El nazi y las *Hitlerjugend* tienen un espíritu romántico. No olvidemos que el romanticismo de los alemanes les induce a aventuras «de masas». Ese espíritu de aventura que tienen los nazis y que se infiltra a los niños hitlerianos debe deformar terriblemente esta generación infantil.

Educarlos, por otra parte, para un plazo tan largo es ocioso. El nacionalsocialismo alemán no ha venido a estabilizar las cosas, sino a precipitarlas. El ritmo, ya por sí acelerado, de la política europea no tolera pasivamente un movimiento como el de Hitler. Tiene que registrarlo con fuertes alteraciones. Las resistencias en la frágil política internacional son insuficientes. Ya veremos lo que tardan en fallar por un lado u otro. No hay duda de que el efecto moral de lo que aquí se da en llamar «revolución nazi» y la conducta de ese partido respecto de la política de armamentos tendrán una parte importante en el curso de los acontecimientos. Educar a los niños para tan largo plazo resulta un juego malsano e innecesario. A cualquier observador se le ocurre que si se les educa para el Estado, para los cuadros de mando de la civilidad nazi, no llegarán a utilizarse, y que si se les prepara para el Ejército, llegarán tarde. Si se trata simplemente de complicarlos en el romanticismo de las personas mayores, haciéndoles aprender la guardia de los nibelungos, es una labor de perversión. Hacemos estas reflexiones viéndolos evolucionar desde la calle, a través de una reja que tiene algo de la reja carcelaria, mientras hay otros parques llenos de sol y

abiertos a los cuatro horizontes. La gente que los contempla con nosotros da la impresión de que se hace estas mismas consideraciones; pero lo cierto es que siente no una emoción humana, sino cívica, ciudadana. Y no de cualquier ciudadanía, naturalmente, sino de un país que padece humillaciones de guerra. No hay duda —es necesario reconocerlo— de que la próxima guerra habrá nacido en Versalles. Esto es demasiado sabido. El fenómeno nazi, que hay que aceptar como un hecho consumado, tiene allí sus raíces. Estos niños son una prueba más, con la energía de sus movimientos, una energía teatral y decadente, pero en la que hay cierta sincera desesperación de personas mayores.

EL FLORICULTOR BÁVARO. *POLIZEIPRÄSIDENT*

Hemos tenido que ir varias veces, por razones distintas, a la Prefectura de Policía, que está en Alexanderplatz. La plaza presenta una singularidad bastante notable en Berlín: tiene perspectiva. Tiene las tres dimensiones. Como se dobla en ángulo recto y continúa con otro frente, se da la proyección de inmensos edificios de moderno estilo en dos o tres direcciones. Creeríamos hallarnos en el centro de Berlín. Pero Berlín no tiene centro. Si tomamos aquí mismo el tren, el metro, el autobús o el tranvía, podremos viajar aún durante tres cuartos de hora y encontrarnos al fin con otra gran plaza que pudiera ser también el centro de Berlín. Esto se explica teniendo en cuenta que hay trayectos de 45 kilómetros en línea recta, sin salir de la ciudad. En Alexanderplatz comienza el barrio más antiguo de Berlín —una antigüedad de sesenta años—, que tiene fama de ser al mismo tiempo el barrio cosmopolita. Hay comercios y fondas relacionados con productores y viajeros de Polonia, de los Balcanes, de Turquía. Está polarizado hacia Oriente, así como Charlottenburg lo está hacia Occidente. Aquí, en Alexanderplatz, es donde asoma un poco esa tercera dimensión que se echa en falta en el resto de la ciudad. Con las personas pasa lo mismo en Berlín. No tienen más que latitud y longitud. La profundidad, que es lo que da el carácter en España al

individuo, aquí hay que buscarla en los nacionalsocialistas, por un lado, o en los comunistas, por otro.

En una esquina de Alexanderplatz hemos visto a un hombre de unos cincuenta años, de dos metros de estatura. Llevaba un diminuto sombrero con escarapela y plumas. Guerrera de pana, pantalón corto —por encima de la rodilla— y gruesas botas de campo. Era un bávaro que, probablemente, ha traído algo a la Exposición de Agricultura o que ha venido simplemente a verla. Está en Alexanderplatz porque en su pueblo quizá no conocen otras direcciones para hospedarse en Berlín que las del barrio viejo. Es el *isidro*, con una variante: que aquí no llama la atención. Si un forastero mira con curiosidad a una mujer o a un nazi, al bávaro o al Casco de Acero, entonces es el forastero el que llama la atención. Su curiosidad excita la de los demás y llega a sentirse el centro de la atención de todos. En esos casos es bueno —en el autobús, en el tren— sacar un periódico español y ponerse a leer. Inmediatamente, la gente le sitúa a uno como extranjero y no vuelve a preocuparse.

El bávaro da dos vueltas sobre sí mismo vacilando y se mete en una cervecería. El *bock* de las once. Que ya no es *bock*, naturalmente. Es un jarro de tierra o de vidrio tallado maravillosamente. Aquí hacen filigranas en cristal y vidrio, que, por otra parte, es baratísimo. Todo el subsuelo de Berlín es de arena, y esta arena, que tiene una calidad especial, produce dos cosas exquisitas: espárragos y cristal tallado. El bávaro bebe su *bock* en un jarro de vidrio que tiene flores pintadas. Las mira con desdén, porque las que ha traído a la exposición son quizá muy superiores.

El *bock* auténtico es de madera o de barro cocido y tiene la forma de una cabeza de macho cabrío. Por eso se llama *bock*. En Baviera y en Prusia hacen la Fiesta del bock, naturalmente, a base de cerveza. Tiene algo de rito totémico. El boque —en Aragón lo llaman boque— preside la fiesta de la buena cerveza. El macho cabrío sustituye durante unos días a Hitler en la atención y la veneración de los buenos germanos. Este floricultor bávaro será quizá de los que inician la fiesta bebiendo de un trago los tres litros de ritual. Se encuentra aquí mucho menos adaptado que yo, por ejemplo. Es por eso por lo que deduzco que tienen razón los alemanes cuando dicen

que Berlín no es Alemania. El bávaro pregunta qué tren hay que tomar para la exposición, y se va. Yo pienso ir también, después. Hitler va a visitarla, y quiero verlo de cerca. Puede que sea una curiosidad masoquista; pero es que Hitler es el mayor espectáculo que hoy tiene Alemania.

En la Jefatura de Policía nos cuentan los días de estancia en Berlín con un rigor digno de mejor causa. Nos los regatean obstinadamente. Nos hacen pagar por cada día, y nos obligan a presentarnos en fechas fijas. El sábado debíamos haberlo hecho, y como no sabíamos que cerraban a las doce —los demás días cierran a las dos—, llegamos tarde. Tuvimos que presentarnos el lunes. Se armó algún escándalo. Yo me obstiné en callar y en no comprender nada. Como me hacían esperar demasiado, comencé a protestar en español, gesticulando mucho y dando grandes voces, cosas totalmente desusadas en Alemania. Como nadie me entendía, me hicieron caso enseguida. Me devolvieron un papel, lleno de fechas, sellos y firmas, y me marché. Si mañana no me he ido de Prusia, tendré que presentarme de nuevo.

OTRO ANIMAL QUE PUDIERA SER TOTÉMICO. BURGUESES EN *HERRENPARTIE*

Como ya es tarde y estamos en Alexanderplatz, bastante lejos de nuestra fonda, entramos a comer en un restaurante barato. Aquí, donde las muchachas de servicio tienen en cada esquina salones de baile tan elegantes como el Ritz de Madrid, con grandes arañas en el techo, cortinas de damasco y camareros de frac, los restaurantes económicos tienen el aspecto de cualquier gran restaurante de Madrid. Comemos muy bien por noventa céntimos de marco, con cerveza y postre de frutas, entre pequeños burgueses bien trajeados y servidos por doncellas ataviadas con lujo. Salimos a la calle. Alexanderplatz está casi desierto. Los comercios, cerrados; la circulación ha disminuido mucho. El cielo gris hace más blanco el pavimento, y las flores de los andenes junto a los raíles de los tranvías palidecen. Al lado de nuestro restaurante hay otro de lujo. Varios automóviles están parados enfrente. Un poco más allá, un café, en cuya terraza nos sentamos. Dentro suena la música, y en

varias pistas —el café es inmenso— baila la clientela. En esta ciudad, el lujo, el confort, el orden, la urbanidad son tan acentuados en todas partes, en la misma calle, que a veces ofenden. Mientras tomamos café se acerca a nosotros un par de veces el elegante *maître* a preguntarnos si estamos satisfechos. Sabe que le vamos a decir que sí; pero es necesario que el cliente vea que en este café están muy bien educados. En una mesa próxima hay una familia alemana. Deben ser furiosos hitlerianos, porque la hija, que tendrá unos veinte años, quiere fumar, y el padre se lo prohíbe y reprocha. Además, la madre y la hija llevan el pelo a la antigua, y la muchacha, para que nadie lo dude, suelto sobre la espalda. Un desconocido la saca a bailar. El padre corresponde a sus inclinaciones con largos saludos. Se va la pareja. Cuando vuelven, él le da un papelito, que ella se guarda nerviosamente: el número del teléfono. Mañana, esta noche, saldrán juntos. Cuando la muchacha vuelva a su casa, si es muy tarde, la madre le dirá: «Ten cuidado, hija mía». Esa advertencia se refiere a las enfermedades contagiosas y a la maternidad, no deseada. Luego la madre lo comentará con sus amigas: «Hay que divertirse». ¿Eso es el amor? No. Para la mayor parte de los alemanes, el amor —cuando llega— es una suave amistad que dura toda la vida y que tiene el aliciente de la complementación, de un instinto satisfecho en reciprocidad. No tiene el amor un sentido metafísico y religioso, como en España.

Seguimos en la terraza. Hoy es fiesta. Dan a las muchachas regalos. Pequeños objetos de propaganda del café. Sortean también entre los bailarines algunos juguetes graciosos, y una muchacha aparece muy contenta con un cerdo de goma que lleva a medio inflar entre los brazos. Terminan de inflarlo y se van; pero en ese instante salen del restaurante elegante cinco individuos. El chófer pone en marcha el automóvil y desde su asiento abre la portezuela de atrás. Dos de los individuos se dirigen a la pareja, muy ceremoniosamente. Piden permiso para besar al cerdo, y los cinco, a porfía, cubren de caricias al animal. Los dulces burgueses de la terraza sonríen con simpatía ante ese espectáculo, que a mí me deja estupefacto. Pero todavía hay más. Entre grandes extremos de entusiasmo dejan el cerdo en el suelo, y los cinco, cogidos de las manos, bailan grotescamente

alrededor. No parece que estén borrachos. Por la cara que ponen los alemanes que conmigo lo contemplan pienso que no tiene nada de extraordinario.

A la rueda de los cinco individuos se ha sumado el que iba con la muchacha. A ésta no se lo permiten. Uno niega, ante sus protestas, con una palabra solemne: «¡Herrenpartie!». Juerga de hombres. Hoy es el día de los hombres solos. El 25 de mayo, todos los años, los hombres se reúnen solos y se van a los restaurantes, al campo, a los lagos, a Potsdam. Los juerguistas siguen adorando al cerdo y yo no alcanzo el sentido de su entusiasmo. Son hombres de la alta burguesía que se divierten; pero ¿y el cerdo? Bien es verdad que de él salen esas *delicatessen* que inundan todo el país. ¿No serán también alardes de antisemitismo? Ya es sabido que los judíos odian y desprecian a ese animal. El *maître*, ante mi extrañeza, contempla también el cerdo con ternura, y exclama: «¡Qué lindo!».

Yo me voy hacia el sur, hacia el barrio popular, que comienza en el mismo Alexanderplatz, un poco más abajo.

JUEVES EN EL *NEUE WELT*, O SEA, EN EL NUEVO MUNDO

Estamos en el barrio más popular de Berlín. El día de los «hombres solos» se nota bastante. Hoy las mujeres se quedan en sus casas o se van, juntas también, a divertirse por ahí. El mayor placer es para los berlineses ir al campo, hacer un poco de gimnasia entre los pinos, bañarse en alguno de los lagos —lagos tersos y quietos, como nunca los había visto— y volver cantando a la ciudad, a seguir con su misión de tornillos y tuercas de la gran máquina. Para nosotros, esto tiene alguna novedad y muchos atractivos. Para los berlineses —la gran masa pequeñoburguesa— parece que ha de ser de una monotonía, de un tedio mortales. En sus ojos inexpresivos, adaptados ya a la mecanización urbana, a la racionalización del lujo, a la suntuosidad de veinticinco *pfennigs* y a la miseria bien portada y correcta, hay un vacío moral angustioso. Veamos, sin embargo, qué es esto del *Neue Welt*, en el día de los hombres solos.

Es un pabellón inmenso, de mampostería y madera, mezcla ya por sí bastante rara. Dentro hay un par de centenares de mesas, un estrado con una orquesta bávara al pie. En el estrado, unas bambalinas con el mar al fondo. Dentro del local crecen varios árboles frondosísimos, cuyas copas quedan bastante por debajo de la techumbre. Colgado del centro, con unos cables, un gran acorazado de madera, pintado de gris, con sus torres y cañones.

Las paredes, pintadas también. En un costado, el proceloso mar, con unas olas amenazadoras, en las que navega tranquilamente un transatlántico alemán de proporciones fabulosas. Peces de todas clases. Letras góticas cantando las glorias de Alemania por todas partes. La orquesta toca una musiquilla ligera. Uno de los músicos se levanta y canta, cara al público, una letrilla cómica. Viene a decir: «¡Pobre mujer! ¡No se ha casado, va mucho a la iglesia, se pinta demasiado y cuando un joven se le acerca sonríe feliz! Esa mujer es...». Aquí el público, a coro, rompe a cantar: «Tante Ana, Tante Ana». Lo repiten varias veces con distinta entonación. La tía Ana sale mal parada al final, entre las alusiones del público y las insinuaciones de la orquesta. Toda esta alegría es de una ingenuidad formidable. Entretanto, la gente bebe a placer. Cerveza negra casi todos. Hay pocas mujeres, y las que han venido fingen pelearse constantemente con los hombres que no las quieren a su lado. En algunas mesas uno se ha subido encima y baila. En la inmediata a la mía, el que baila es un viejo de barba blanca y piel rojiza, con una historiada pipa en la boca. Así, una hora y otra. Al final, todo el mundo se coge de las manos y canta a coro una hermosa canción, que acompaña la orquesta. Siguen el ritmo inclinando todos el cuerpo a la derecha y a la izquierda, con movimientos de péndulo. Resulta que *Neue Welt* es un mundo berlinés bastante viejo. La tradición se refugia donde puede.

Vinieron después los números de fuerza, en los que el entusiasmo de la gente llegó a alturas imposibles de describir. De pronto, unos reflectores iluminaron la techumbre. Por el lado izquierdo, entre los árboles y el techo, fue apareciendo la proa de un simulacro del Graf Zeppelin. Poco a poco, el aeróstato acabó de salir y evolucionó por la sala entre aclamaciones y vítores. Quedó anclado en un extremo, y

poco después, por el mismo lugar, hizo su aparición el Dornier gigante, de cien plazas, construcción nacional. El simulacro era tan fiel como el del Zeppelin, y la gente volvió a delirar. Todavía las voces, los aplausos, los pintorescos brindis por la grande Alemania duraban, cuando, de pronto, entró en combate el acorazado de la techumbre. Diez, doce cañones disparaban a un tiempo. El olor de pólvora llenaba el recinto. Habían dispuesto cohetes y petardos a bordo, que daban la impresión bastante bien. Los viejos, los jóvenes, los niños gritaban y sudaban cerveza. Yo pensaba en la impresión que todo esto podría hacerle a un francés.

Cuando me marchaba comenzó de nuevo la algazara. El portero me dijo que no debía marcharme porque entonces venía lo mejor: la matanza en cónclave de un suculento cerdo. Salí mareado de tanta voz, tantos vítores, tanto olor a sudor y a pólvora. Cerca de allí tiene el domicilio un amigo. Consulté el cuaderno de direcciones y me fui allá. Es pacifista e internacionalista. No estaba. Lleva ya mes y medio encerrado en un campo de concentración, haciendo la vida de prisionero de guerra.

Mi amigo seguramente no participa de esas efusiones en sus días de vacación. Es un hombre inquieto que estudia y trabaja. Probablemente pensará que esas fiestas del *bock*, del cerdo, e incluso las otras fiestas cívicas del águila de piedra, son resabios de los tiempos de la tribu y el clan, que tenían su animal tutelar. En cambio, los nacionalsocialistas creen que todo eso es germanidad, hecho diferencial. Claro es que no sólo cultivan la germanidad en ese aspecto. Para los jóvenes soñadores y las muchachas espirituales acaba de hacer la Ufa una nueva película con los nibelungos, el dragón y la inmunidad de Sigfrido, verdaderamente magnífica, que se exhibirá a cinco marcos en los salones elegantes. Por iniciativa nazi.

DIEZ AÑOS DEL FUSILAMIENTO DE SCHLAGETER. BANDERAS.

Hoy aparece la ciudad empavesada. El entusiasmo nazi estalla con cualquier motivo, y el de hoy es de los más serios, de los más

arraigados en el sentimiento nacional. Hace diez años que fusilaron a Schlageter, oficial alemán, detenido y juzgado como saboteador de la ocupación del Ruhr. Su sabotaje, inspirado por el patriotismo, hoy se exalta con la multiplicación de la esvástica y con cierta alegría callejera de día feriado. Friedrichstrasse, solemne y sobria, parece un zoco marroquí con tanto color y tanta indecisa línea al viento. Los días de conmemoración nacional, como hoy, deben ser verdaderamente aciagos para los adversarios del racismo. Yo veo en toda esa algarabía de colores, bandas militares y desfiles, con cierta fe en el porvenir, que se trata de una locura pasajera. Pero los que padecen la persecución directamente, en sus personas y sus familias, en los trabajos forzados de los campamentos de concentración, en la destrucción de sus organizaciones, deben sentir una impresión abrumadora.

El fusilamiento de Schlageter, cuya fotografía publican todos los periódicos, algunos con composiciones alegóricas, es un hecho de hace diez años que el racismo refresca en la memoria de los alemanes. Esta explosión sentimental está alentada por el espíritu de revancha. Los periódicos unen a lo sentimental las consideraciones sobre la política internacional: el viaje de Goebbels a Roma, los sangrientos incidentes entre socialistas y nazis en el Tirol, el fracaso de las conferencias del desarme. La atención de la gente está concentrada muy especialmente en esos dos puntos: Austria, que va a reincorporarse al Imperio, e Italia, único país latino que el racismo excluye de sus fobias. Hay pequeños detalles que tienen alguna elocuencia. En los menús de los restaurantes no hay ni una sola palabra francesa. Las hay, en cambio, italianas. En los conciertos públicos o privados no se oye sino música alemana o italiana. Han suprimido la música americana, las orquestas negras y argentinas. En todas partes, los conciertos públicos los dan bandas militares, a base exclusivamente de marchas bélicas, todas iguales, que, sin embargo, los alemanes saborean y diferencian muy bien. No sabemos si llegará a producirse la guerra de la manera regular del año 1914. No existe la seguridad política interior de entonces sino en Italia. Aquí son una incógnita, a pesar de todo, esas dos terceras partes de obreros comunistas incorporados al movimiento nazi. Pero se va a la

guerra. En este día de venganza nacional contra los jueces de Schlageter es una evidencia más clara que en cualquier otro. He aquí lo que algunas personas de distinta condición nos han dicho:

Un agrario de Hugenberg: «No nos conviene la guerra; pero Hitler ha hablado muy bien el otro día. Nuestro jefe nos ha dicho que debemos incorporarnos a Hitler y al nacionalsocialismo. Si es necesario, iremos adonde haya que ir».

Un Casco de Acero (con entusiasmo): «Está visto que Norteamérica considera muy mal negocio la guerra de 1914 y seguramente se mantendrá neutral».

Un soldado de la Reichswehr: «En agosto, a París».

Un ex-junker: «No creo que Hitler tenga capacidad para llevarnos a la victoria».

Uno de Von Papen (que tiene un pequeño castillo en lo alto de una colina en Turingia): «Parecía que Hitler iba a fracasar enseguida. Von Papen lo esperaba, y quizá también Hindenburg. Pero Hitler agita la bandera mágica, la de la revancha, hasta cuando habla de paz. En realidad, la política internacional es insegura».

Un ingenuo pastor protestante: «¡Pero si la política internacional la hacéis vosotros con vuestra política interior!».

La masa *amorfa* aquí no existe. Se manifiesta de pronto perfectamente formada detrás de una bandera. Su opinión la da con música. Canciones prusianas, de guerra, o bávaras, de hogar y patria. Durante el día de ayer pasaron y volvieron a pasar. Hoy también. Las formaciones deportivas de las muchachas que van al bosque o vuelven del parque, con sus faldas verde claro y sus banderas, bajo las esvásticas, completan la impresión de entusiasmo bélico, aunque esas muchachas tratan simplemente de divertirse «en corporación». No piensan en la guerra; pero odian a Francia y a Polonia, y respecto de Hitler, lo tienen por un hombre todavía joven, deportista y, sobre todo, nada aristocrático, muy campechano. Les gusta la idea de un canciller joven en mangas de camisa.

POSTAL DE HITLER

Quisiéramos dar una impresión lo más directa posible de la persona de Hitler. Desde luego, no es lo que se figuran en España los liberales, ni los gubernamentales, ni mucho menos la torpe y mortecina reacción, la gente de sacristía. Para éstos, Hitler, en España, representaría una especie de Anticristo precursor del Apocalipsis. Y, sin embargo, es, en Alemania, por el momento, su salvador. Para las derechas españolas siempre ha sido un problema insuperable eso de ver las cosas como son. Hitler es un hombre cuya profesión durante dos terceras partes de su vida ha sido la de peón de albañil. Pero cuidado con la simpatía. Un peón de albañil que quiere edificar un mundo nuevo es un genio o un loco.

Hitler no es ninguna de estas dos cosas. Hitler no es un genio, como dicen hoy muchos socialdemócratas de ayer. Ni un loco, como decían hace un año. Hitler es un peón de albañil que aspiró toda su vida a incorporarse a la pequeña burguesía y que llevó a ella su conciencia política natural de proletario. La pequeña burguesía lo ha asimilado con toda su formación natural de hombre del Sindicato de la Construcción —sección pintores—, imponiéndole, naturalmente, algunas condiciones. Como Hitler hizo la guerra con entusiasmo, y en su aspiración de pequeño burgués a un plano de consideración social entraba esa concesión del patriotismo (el patriotismo alemán en un austriaco lleva en sí mismo la raíz del deseado *Anschluss*, por el que se trabaja en estos días con ahínco), Hitler sólo podía incorporarse a la pequeña burguesía haciéndole esas concesiones. La pequeña burguesía ha encontrado en su calidad de peón de albañil un truco demagógico formidable. Hitler, rey electivo de la pequeña burguesía, que hoy lo es todo, trata al mismo tiempo de destruir el Tratado de Versalles y de salvar a la pequeña burguesía germánica contra las amenazas del socialismo. Se habrá visto que no hablamos de la aristocracia, de los grandes terratenientes ni de los monárquicos del káiser. Tampoco habla de eso, apenas, el nacionalsocialismo. El programa demagógico del peón albañil contra la alta burguesía está todavía por iniciar. La aristocracia y la alta industria saben que su salvaguardia, su protección, está

sobreentendida en todo esto. Ya veremos cuándo llega la expropiación sin indemnización de los barones. Y hasta qué punto los consejos de fábrica son tales consejos.

Por lo demás, personalmente, Hitler es un hombre de cuarenta y cinco años, mucho menos teatral que Mussolini, menos seguro de su fuerza que Mussolini, que debe gran parte de su éxito a la falta de personalidad. Representa exactamente al pequeño burgués alemán, proletario de origen, cuya exaltación por la socialdemocracia en los años posteriores a la guerra es el fenómeno más claro que presenta la historia de Alemania de los últimos tiempos. Ya hemos dicho que así como Mussolini es una individualidad fuerte, y que la fuerza del fascismo emana en Italia de su jefe, aquí es un millón de camisas pardas con la esvástica en el brazo. Hitler carece de contornos y mucho más de aristas hirientes. Su personalidad es no tener ninguna. En el caso de un atentado, el nacionalsocialismo perdería no a su jefe, sino a un individuo de la organización. Ésta no se resentiría en lo más mínimo. El secreto de su rápida ascensión y de la unanimidad casi absoluta con que se le acata es ése. Una de las medidas que personalmente ha tomado Hitler desde su llegada al Poder ha sido contra las personalidades perfectamente destacadas en las artes y las ciencias, que son casi todas judías, y no por casualidad, sino por características de raza. En esa medida, y en la ferocidad de los primeros tiempos del antisemitismo —hasta hace quince días—, hay como una venganza del espíritu pequeñoburgués germánico, impersonal, capaz de crear solamente «en organización», en masa, con estímulos primarios.

UN MILLÓN DE HOMBRES QUE NO OPINAN. FANTASÍA DE KUNFÜRSTERDAM BAJO LAS CAMPANAS DE AUGUSTA VICTORIA

Presume Hitler —y con él todos los nazis— de contar sus fuerzas con una unidad multitudinaria: el millón. Doce millones de votantes. Un millón en las milicias nazis. Pero hay otra unidad en nombre de la cual se orienta una parte importante de la política: el millón de alemanes muertos durante la guerra. La opinión de esos hombres no

se conoce. Claro es que no se gobierna para los muertos; pero cuando se les agita, suponiéndoles un espíritu de venganza —como pasa hoy concretamente con el caso de Schlageter—, hay derecho a hablar de lo que ellos podrían pensar. Especialmente, sobre el sentimiento de patria que les llevó a la guerra. Esa opinión la reflejaban con bastante exactitud algunos soldados de la Gran Guerra que murieron en el frente y escribieron después sus memorias, como Remarque, Ludwig Renn[1], Ernest Johansen. Resucitaron después lentamente, durante la socialdemocracia, mientras otros hombres que volvieron también muertos del frente destruían a tiros su propia materia vacía, sin espíritu. Durante el período posterior a la guerra hubo en Alemania cerca de trescientos mil suicidios. Aquellas crisis, de las que unos se salvaron con la vacuna del libro de memorias y otros rompiéndose el cráneo, pueden hablar por el millón de muertos, porque eran su propio lenguaje. Un lenguaje lo suficientemente diáfano. Nadie puede llamarse a engaño. La crisis que sucedió a la guerra era el lenguaje de los muertos, y si los nazis no lo quieren entender, peor para ellos. ¿Reflexiones sentimentales? ¿No es el fascismo, antes que todo, un supersentimiento fermentado, idealizado en delirio? ¿No es, como todas las embriagueces sentimentales, decadente?

En cambio, el otro sentimiento, el del millón de muertos, expresado por la crisis de la posguerra, ése no es decadente. Aquello era humanidad. Esto de los nazis es civilidad, concepto restringido y, al fin y al cabo, artificial. Se puede idealizar el sentimiento bien pegada la imaginación a lo simplemente humano, al hombre, y soñar y hasta delirar, sin caer en preciosismos y languideces. Es decadente el pequeño burgués que estrena su uniforme nazi y va por la calle atento al ritmo de su propio paso y saluda a un amigo elevando la mano, con el brazo rígido. ¿Todo eso para fijar en el tiempo una forma de civilidad? En cambio, es fuertemente humano y está lleno de belleza ascendente y creadora el silencio de un obrero que arregla un registro de teléfonos, maldiciendo contra el trapo de una bandera que se le interpone y que hoy le impide trabajar y mañana le propondrá nada menos que la muerte, en nombre del mismo sentimiento ocioso y preciosista que la ha izado en el muro. Conste que para hablar de estas cosas nos ponemos en el plano dialéctico

alemán, que, hoy por hoy, es el de la pequeña burguesía. Dialéctica en malos versos, con música militar.

Kunfürsterdam arriba, la pequeña burguesía camina de prisa bajo el revuelo de las banderas. En una esquina, un muchacho con pantalón de golf y medias de deporte nos pide limosna. Puede que ese chico desee una guerra con rancho a horas fijas y botín. Porque aquí el que pide limosna no es un pícaro, sino un desesperado. Éste es otro aspecto interesante: la desesperación. Pero no la de los de abajo. Gobernar para los desesperados, que es como a veces gobierna Hitler, no es gobernar para los muertos de hambre, sino para los otros, para los desesperados de la alta industria, que no exportan porque el marco está alto, y que no pueden bajar el marco porque es preciso pagar las reparaciones. La desesperación de los de abajo aquí no interesa. «Eso es marxismo», dice Hitler. O también: «Eso es judaísmo». Ese encogerse de hombros ya veremos adónde conduce al nuevo canciller. Es un lujo que le tienen que pagar los altos industriales de las fábricas. La cuenca del Ruhr tiene que echar humo para los humos del nacionalsocialismo, para el lujo demagógico de Hitler. Ya se verá hasta cuándo. Los agricultores de Turingia y de Baviera deben destinar cerca de la tercera parte de sus productos al lujo de las camisas pardas. Suponiendo que quieran, ya veremos si pueden. Hay entre tanto una parte de la alta industria liberada de los prejuicios nacionalistas, acostumbrada a considerar a algunos Estados y a algunos Ministerios de Hacienda como pequeños bancos de mayor o menor solvencia. Para ellos, el Dresdner Bank, el Discanto y el Deutsche Bank son lo mismo con la socialdemocracia que con Hitler, y tanto ayer con Brüning como hoy necesitan que el mapa económico de Europa varíe con las industrias de guerra, que son su último refugio y que convierten también las colosales arcas del Tesoro en pequeños bancos. Lo mismo se negocia en marcos que en francos y liras, mientras alemanes, franceses e italianos se matan con la peor buena fe. La alta industria, desesperada, preferirá la aventura —para ella es bastante clara— a la turbia perspectiva de estar alimentando, cada día un poco mejor —esto es necesario al nacionalsocialismo—, a seis millones de proletarios sin trabajo. La desesperación momentánea de esos muchachos de pantalón de golf

que piden limosna en las esquinas influye por ahora menos en la política de Hitler que la desesperación de las tres D: el Deutsche, el Dresdner y el Discanto.

Y estas gentes de Kunfürsterdam siguen andando con celeridad bajo el tremolar nada alegre —dominan el blanco y el negro— de banderas y esvásticas. Bajan luego a Unter den Linden, al relevo de la guardia de palacio, y acompañan en masa casi tumultuosa de entusiasmo a los piquetes que van al relevo. Piquetes grises, indiferentes, de movimientos sólidos. No saben seguramente adónde van, ni en Unter den Linden ni en Kunfürsterdam. Yo los veo como autómatas corriendo hacia su propia destrucción, la esvástica en el pecho y el brazo en alto. Sin vestidos, sin la envoltura de carne, desnutrida quizá, pero fresca de ejercicio y piscina, una muchedumbre de cráneos amarillos y esqueletos mondos. Los preside Hitler desde su trono de obrero del Sindicato de la Construcción, que ha realizado su sueño dorado de pequeño burgués. Hitler sabe que se hundirá con todos; pero quiere ser el héroe de la última batalla.

AMANECEMOS EN ORIENTE, ENTRE JUDÍOS.

El amanecer en el tren que nos ha arrancado de Berlín a las once de la noche va seguido de algunas molestias. Fronteras, Policía aduanera, pasaportes y maletas. Luego podemos ya dedicarnos a curiosear entre los viajeros y a contemplar el paisaje. Los viajeros son, en su mayoría, judíos. Llevan el traje tradicional: la levita hasta más abajo de las rodillas, con forma de chaqué por detrás; grandes botones forrados de negro, cuello planchado. Llevan también el consabido solideo. Otros, una gorra negra con visera blanca y larga. Son todos de piel blanca y barba muy negra. Hablan entre sí a voces, con grandes gestos. Desde luego, se hacen los amos del tren. Si quieren avanzar por el pasillo, meten una maleta contra un costado a los que están delante, nos pisan sin disculparse, escupen y discuten con los empleados. Se explica el odio del germano, hombre inmóvil, exagerado en la corrección, frío y formalista. Por las ventanillas, el paisaje se extiende a los dos lados con una gran monotonía. El tren

es limpio, y los servicios dan una impresión de orden; pero por mil pequeños detalles se ve que hemos salido de la civilización occidental, que tiene sus símbolos en las escupideras y en los ceniceros. El *Nicht rauchen* ha desaparecido, o lo que es peor, aunque subsiste, nadie le hace caso. La gente fuma en todos los vagones un tabaco que huele al hollín de los tubos de estufa. El paisaje, como decimos, es monótono y de una placidez que, a fuerza de perseverar, adquiere cierta violencia. Llanuras inmensas, de un verde claro. Algunos bosques aislados, muy tupidos. A veces, esos bosques se acercan a la vía y el tren corre bajo las arboledas. Hemos visto las primeras manadas de ocas, que con su paso torpe y su cuello erguido y gallardo hacen un efecto cómico. Pero es muy temprano aún y volvemos al coche con ánimo de dormir. Enfrente va un americano, un inspector comercial, con su gran cartera llena de notas y papel timbrado. Desde el primer momento hemos visto que es uno de esos viajeros dispuestos a defender sus derechos, los que él se atribuye, por todos los medios. Hemos unido a los suyos los nuestros, y hemos acertado. Desde Berlín a Varsovia, a pesar de que el tren iba lleno, nuestro departamento ha sido, efectivamente, nuestro. El tren se detiene. Hay algarabía de voces jóvenes en el pasillo. Esas voces adquieren una sola modulación poco a poco, y de pronto se convierten en una melodía. Diez, doce muchachas, cantan una hermosa canción. Tiene cierto aire religioso, con una indecisión y una fragilidad del ritmo que recuerdan las canciones chinas. Desde luego, es algo nuevo para nuestros oídos. Salimos al pasillo. Amanece a nuestra derecha un día espléndido de sol. Son un grupo de chiquillas de diez a doce años, arracimadas contra una ventanilla. Llevan unos sayos muy raros, y no hay una sola hermosa, ni siquiera de aspecto saludable. Pendiente del cuello llevan un crucifijo. Una monja las vigila. Me dicen que es un colegio que hoy —domingo— saca al campo a sus alumnas. Preferimos volver al interior y seguir escuchando. El crucifijo pendiente del cuello y los sayos del uniforme completan la impresión de haber entrado en Polonia.

El americano se incorpora. En el marco, a contraluz, aparece una silueta con gorro de piel. El americano grita en dos o tres idiomas: «¡No hay plazas libres!». Como el intruso vacila aún, el americano se

levanta y sale al pasillo. Da grandes voces, mostrándole el aparato que registra en la puerta las plazas ocupadas. Antes, el americano ha manipulado en ese aparato y le ha dado una propina al mozo de este departamento. El intruso se aleja. Después nos aseamos un poco. El compañero saca un frasco de alcohol y se fricciona los brazos y el pecho. Me lo ofrece y explica:

—Estamos en Oriente.

—Bueno, ¿y qué? —pregunto.

—Pues que en Oriente hay piojos.

Luego me da cuenta de que un hermano suyo que hizo la gran guerra y la revolución alemana contra los espartaquistas, logrando salir de ambas indemne, llegó a Polonia, agarró el tifus y murió.

—Todo por un piojo —añade—. Ese insecto es el que propaga el tifus.

Al saber que voy a apearme en Varsovia me recomienda que no tome el tranvía ni me siente en los bancos públicos, y que al escoger el hotel tenga mucho cuidado.

Ya cerca de Varsovia sube al vagón un campesino joven, con dos o tres grandes bultos, que instala como puede, sin oír las protestas del americano. Con ese campesino ha fallado todo, por más que, siguiendo las indicaciones del manual para el desarrollo de la voluntad, el americano mire al polaco fijamente en el entrecejo y le ordene que se vaya. El campesino cuenta con la mirada los asientos libres y se arrellana. Luego nos mira a los dos con indiferencia. Saca de un saco mugriento medio pan, lo corta en seis rebanadas y lo deja a su lado, en el asiento, rozando la suela del americano. De un bolsillo extrae un gran pañuelo, entre cuyos dobleces conserva un terrón de azúcar. Con el terrón entre las uñas en una mano y el pan en la otra va dando cuenta de las rebanadas, mordisqueando el azúcar. Cuando ha terminado con la última, todavía le queda medio terrón, que guarda otra vez cuidadosamente entre los pliegues del pañuelo.

—Éstos —dice el americano— son peores que los judíos y los griegos.

—Yo supongo que tipos de ésos los hay también en los Estados Unidos.

—Hombre, claro —concede—; pero son otra cosa. Comen de otra manera.

EL SILENCIO DE VARSOVIA. CADETES Y MUCHACHAS. DOS ESPAÑOLES HONORARIOS

Llegamos a Varsovia a las diez de la mañana, y hasta el día siguiente, a las siete, no sale ningún tren para la frontera rusa. Nos metemos en un hotel, cerca de la estación, y salimos a ver la ciudad. Las calles están llenas de gente endomingada. La ciudad tiene muy poco que ver. Pero tampoco nos interesa demasiado la arqueología ni la historia. Queremos ver la cara de las gentes, sus gestos, la manera de reír y de andar, que son a veces cosas verdaderamente curiosas. Queremos recoger «la atmósfera» urbana y relacionarla con nuestros prejuicios de orden político e histórico. Advertimos enseguida que hay muchos curas y bastantes oficiales del Ejército. Que éstos llevan un uniforme pintoresco, con una gorra de cuatro picos y unos calzones inmensos. Las muchachas tienen un aire más provinciano que las burguesitas de Madrid y sienten por esos oficiales un fervor cuya expresión, muy particular, me recuerda las operetas vienesas. Como en esas operetas, se hacen el amor en un parque cubierto de fina arena, que tiene una plazoleta con plafón azul y un palacete renacentista al fondo. Cerca se oyen acordes de trompetas. Me dicen que está por allí la Academia Militar, los cadetes de Pilsudski.

Antes de entrar en un restaurante al aire libre, con pérgolas y penumbras frescas, me peso en una báscula diminuta que regenta un enano con un aire verdaderamente importante. Es curiosa la escrupulosidad con que manipula las pesas argentadas, la solemnidad con que dice al final «sesenta y cinco», y extiende la mano para recoger los veinte céntimos de *zloty*. Luego entramos en el restaurante. Chicas elegantes, con un aire entre encogido y decidido. «Estamos en Oriente», decía el americano. En este aspecto —pensaba yo—, es mucho más oriental España. Y tomamos un café infame, arrullados por el silencio de la ciudad, verdaderamente notable. Un silencio de Salamanca o de Toledo. La ciudad tiene un millón trescientos mil habitantes. Pero el silencio es casi aldeano.

Muchachas y cadetes siguen flirteando. Cerca de mi mesa hay dos pollos que tratan de impresionar a unas chicas de una mesa próxima. La gente, a pesar de estar al aire libre, habla en voz baja y con mucha parsimonia. De lo alto del palacete renacentista llega una música americana amplificada por un altavoz.

Preguntamos al camarero si se puede comer allí. Se lo preguntamos en alemán; pero no entiende. Tampoco nos entiende en francés. Entonces, uno de los jóvenes de la mesa próxima se acerca, oficioso. Trabamos conversación. Habla en voz alta para que lo oigan las muchachas. Aquí tienen, por lo visto, la misma superstición de la cultura francesa que existía cuando Potemkin y Catalina II. Nos invitan a pasar a su mesa, y ya juntos, al saber que soy español, comienzan las preguntas y los ofrecimientos cordiales. Consideran a España aliada de Francia, y, por lo tanto, amiga de Polonia para un caso de guerra. Aunque ellos son pacifistas, eso sí, y no quieren la guerra sino como un mal necesario. Son universitarios recién licenciados, y al parecer tienen una educación liberal. Me preguntan lo que me parece Polonia.

—Mi impresión —les digo— es que se trata de una nación artificial. De una nacionalidad falsa. Hoy está Polonia muy orgullosa con el paso al mar, después de haber sido destruida por los alemanes. Pero no puede con su independencia. No cederá, sin embargo, un paso en esa cuestión. La impresión de conjunto es que Polonia, hoy como ayer, no puede vivir libre ni quiere perder su libertad.

Uno de los jóvenes era más patriota que el otro. Me dijo, un poco amoscado:

—¿Usted sabe que Polonia tiene treinta y tres millones de habitantes?

Son veinte mil propietarios, que es distinto, confabulados con un general y ocho mil oficiales. Claro es que esto no se lo dijimos. El otro parecía dispuesto a darme la razón. Ya en ese plan, comencé a enumerar algunas cualidades, según nuestras observaciones superficiales de viajeros, y los dos acabaron por darme la razón. Uno de ellos comenzó a encontrar defectos al espíritu polaco. Pero para acabar diciendo que, en definitiva, esos defectos podrían suplirse un día si en una oportunidad guerrera Polonia se sumaba a Alemania

para lograr la expansión territorial por Rusia. No sabemos qué relación puede tener la expansión territorial con el espíritu. Pagaron mi café. Salimos y tomamos un taxi, que pagaron también. Comimos juntos y tuve que porfiar bastante para pagar yo lo mío. Venían conmigo al hotel, al café, a todas partes. Nadie dudará de que se conducían como dos españoles típicos.

EN OTRO PARQUE. HOMENAJE A CHOPIN. SORPRESA Y DECEPCIÓN

En un simón exactamente igual al que hace años utilizaban en Madrid los castizos para ir a los toros, mis amigos eventuales me llevaron a otro parque, donde hay un monumento a Chopin a la orilla de un lago. Aquí los lagos son tan tersos e inmóviles como en Alemania. Verdaderamente románticos. El monumento a Chopin me gustó, porque no tiene nada de la severidad de los monumentos de otras partes. Hay algo infantil y monstruoso. Las proporciones respecto del lago, donde se refleja, son graciosas. Viene a ser como una gran bisagra negra que permitirá abrir el cristal redondo del lago y ver el azul del otro lado del mundo. Alrededor del lago estaban formados los niños de las escuelas. Niños y niñas creciditos. Aquí la infancia dura muchos años. Había dos bandas de música: una al pie del monumento y la otra oculta entre los árboles. Primero cantaron. Encontraba en las canciones la misma indecisión de ritmo y cierta persistencia en la melodía. Como en el tren. Luego se descubrieron, se pusieron firmes y las bandas tocaron el himno nacional. La que estaba oculta entre los árboles tocaba a destiempo, y venía a ser como el eco de la otra, con lo que el himno adquiría una expresión rara, cierta profundidad. Yo me descubrí también por cortesía con mis amigos y porque me habían dado el visado con la condición de no apearme del tren. Estaba en delito. Luego desfilaron chicos y chicas por delante del monumento, donde habían depositado coronas de flores. Yo dije a mis amigos que Chopin había muerto en España, y me rectificaron inmediatamente: «Chopin murió en París». Se veía que se quedaban con las ganas de añadir: «Y no murió en Polonia por casualidad».

Yo me guardé de hacer comentarios políticos respecto al régimen interior polaco. Nuestras conversaciones sobre el nacionalismo polaco y la política internacional eran sobre puntos demasiado vagos. Mis amigos se detuvieron frente a un hotel blanquísimo, rodeado de un jardincillo y una verja.

—Ahí está Pilsudski —me dijeron.

Se me quedaron mirando. Yo les hice concretamente la pregunta que ellos parecían hacerme con la mirada:

—¿Qué les parece a ustedes Pilsudski?

Me contestaron con vaguedades. Era grave hablar de Pilsudski hasta con un extranjero, por lo visto.

Volvimos a hablar del silencio de la ciudad y me dijeron que era debido a la crisis. Había una crisis profunda. Nadie tenía dinero. Los únicos seres que podían vivir eran los grandes latifundistas, verdaderos señores feudales, y los empleados del Estado. Para ser empleado hay que ser amigo del general. Entonces yo les pregunté si se trataba del fascismo, y me dijeron casi airadamente que no. Ellos eran fascistas y odiaban a Pilsudski. Ya apareció.

—Pero entonces ustedes, fascistas polacos, ¿qué opinión tienen de Hitler? Será curioso saber cómo concilian el nacionalsocialismo con el odio nacional contra el jefe nazi.

Podíamos hablar concretamente de política. Insistieron en las reivindicaciones nacionales contra Rusia.

Nosotros —me dijeron— llegaremos a un acuerdo, si es preciso, con Alemania, devolviéndole su zona oriental. Retiraremos las tropas de las estaciones ferroviarias y pactaremos para exigir a la Unión Soviética los territorios del sur hasta la península de Crimea inclusive.

Yo estaba perplejo. De repente se habían volcado. Algo había oído de eso durante mi viaje. Había ya alguna insinuación diplomática con el Gobierno del Reich. Mis circunstanciales compañeros me atajaron:

—Pilsudski no puede hacer eso.

Eso se lo reservan los fascistas. Hay fascistas en Polonia, como se ve. Hasta qué punto cuentan con las masas obreras aquí es cosa un poco difícil de averiguar. Ese trabajador que almorzaba con seis rebanadas de pan duro y medio terrón de azúcar no creo que

entienda mucho de nacionalismos ni de luchas al lado de los señores feudales para incorporar unos territorios que están en plena elaboración de su porvenir socialista a la barbarie de la aristocracia polaca. El programa fascista de estos jóvenes no comprende reivindicaciones sociales obreras. Lo bueno de este fascismo polaco es que no se disfraza, que trata de pescar sin anzuelo.

—Pero aquí —le decimos— el campesino no come, y el obrero come a medias.

—Es verdad —reconoce uno de ellos—. El obrero padece de una manera terrible las consecuencias de la crisis.

Pero no creen que sea indispensable darles de comer antes de anexionarse territorios donde no hay crisis —el fenómeno económico es otro—, y adonde la desolación de Polonia se correría como una epidemia. Creen en esas reivindicaciones con un criterio de opereta, con el mismo impulso inicial que los llevó a acercárseme en el elegante restaurante y a hablar francés en alta voz para presumir delante de unas muchachitas. De todas formas, eran fascistas. Ellos me tomaban a mí por un republicano español, liberal y demócrata. Por si acaso, yo les había dicho que iba a Praga, y como sabían que llegaba de Berlín, me suponían un turista desocupado y caprichoso. Me dieron tarjetas, me pidieron que les escribiera; lo prometí, y nos despedimos. Pero todavía preguntaron al conserje del hotel la hora de mi partida, y al día siguiente acudieron a la estación. Un letrero ponía en mi vagón: «Directo a la frontera rusa». Por esta línea no van a Rusia los turistas. Para los turistas, el Intourist[2] ordena los viajes por Königsberg y la Rusia blanca. Por aquí sólo van los comunistas o los escritores y periodistas a quienes se invita —ése es mi caso—, y que llevan el visado soviético en el pasaporte. Mis amigos se quedaron un poco desconcertados.

—¿No se ha equivocado usted de tren? —me preguntaron, no sé si en broma.

Yo les respondí desde la ventanilla, mientras el tren arrancaba:

—De ningún modo.

Les saludé con la mano y me metí en el vagón. Enfrente había un polaco tarareando una musiquilla que la noche anterior habíamos oído en un café donde la gente guardaba un silencio verdaderamente

religioso. Estos polacos, individualmente, son como nosotros, los españoles. Colectivamente, las gentes de ciudad son como los alemanes. El pueblo, la masa campesina y gran parte de los obreros son rusos. Polacos, lo que se llama polacos, no hemos visto ninguno.

EN LA FRONTERA. ¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES...! SEGURIDAD Y CONFIANZA

Desde Poznan vamos quedándonos solos en el tren los viajeros de Rusia. Mucho antes de llegar a la última estación polaca nos han abandonado dos pequeños propietarios que estaban muy sorprendidos de que en Madrid y en Barcelona hubiera más confort que en Varsovia. Creían de buena fe que en España no existían el teléfono ni el ascensor. Que pregunte en Berlín un alemán si puede ir a España sin coger el tifus o el cólera es todavía tolerable, porque en Alemania la sanidad pública está organizada de una manera irreprochable; pero que lo pregunte un ciudadano de un país como Polonia, en cuyos hoteles no hay agua corriente, un ciudadano de un país en período feudal todavía, es una incongruencia. Así pues, dejamos correr la vena nacionalista como cualquier español patriota y añadimos por nuestra cuenta todas las perfecciones urbanas de Nueva York. El polaco nos escuchaba con la boca abierta. No debió creernos. Hemos observado que esa idea sobre el progreso material de España parte en muchos casos de las corridas de toros, que ellos asocian al medievo, bárbaro y primitivo. Cuando un escritor les dice que en la India las viudas se dejan quemar vivas con el cadáver del marido, estos hombres del centro y del norte de Europa piensan: «Allá no hay autocares ni porteros uniformados; no debe haber aspirina ni teléfono». Con España y las corridas de toros pasa lo mismo.

Ya a solas, damos una vuelta por el vagón, a ver qué viajeros vamos a Rusia. El vagón es más largo que los españoles. Tendrá sus quince compartimientos. Hemos quedado unos diez viajeros. Hasta la última estación polaca vamos de un tirón. Allí comienzan a subir los aduaneros y la Policía de fronteras. Pasaportes, maletas. Estos hombres son de una finura exquisita. Apenas registran, piden perdón

constantemente. Son las tres de la tarde. El tren está detenido en una estación grande y solitaria. Sale de vez en cuando el sol y pinta de amarillo la desolación de estas llanuras, totalmente desiertas. Si Rusia comienza aquí, se puede decir que nuestra entrada tiene una solemnidad casi religiosa, a fuerza de silencio. Cuando sale el jefe de estación y habla a un empleado, su voz resuena como si el paisaje estuviera cerrado por grandes bóvedas de vidrio. Por fin reanudamos la marcha. No entramos aún en territorio ruso, sino en la zona neutral. Veinte kilómetros de territorio que no es ruso ni polaco. Una faja estratégica. En esa zona se podría establecer una gama descendente que abarcara las gradaciones entre el feudalismo y el socialismo: entre Polonia y Rusia. Mientras el tren avanza volvemos a recorrer el vagón. En todos los departamentos hay algún viajero. Tienen el aire concentrado e indiferente —una actitud instintiva de defensa— que solemos tener en Europa entre gentes extrañas. Poco a poco van saliendo al pasillo y se acodan en las ventanillas. Alguien señala con la mano hacia fuera y dice una frase que van repitiendo en dos o tres idiomas aquí y allá. Nos asomamos al exterior. El tren acorta la marcha y va acercándose a dos altos postes metálicos, donde flamea la bandera roja. Están unidos en lo alto por un bastidor que tiene escritas en varios idiomas las siguientes palabras: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Los viajeros gesticulan y hablan con vivacidad. Poco a poco se forma un gran grupo. En el gris friolento del cielo, en la soledad lánguida del campo, las banderas rojas tremolan bajo un viento suave. Oímos rumor de voces. El tren acorta la marcha. No es que vayamos a detenernos, porque para la estación falta un buen trecho. Es que el maquinista es un proletario y quizá esta emoción de entrar en la URSS es el único lujo de su vida. El rumor de voces humanas crece. Los viajeros se han reunido en haz. El puño cerrado, a la altura del hombro; los ojos perdidos en el aire, cantan *La Internacional*. Sobre el traqueteo de las bielas y el trepidar de las ballestas el himno tiene extrañas resonancias. Viene del inmediato vagón de primera un turista de la Agencia Cook. Es americano, va bien portado. Lleva una gorra que quiere ser proletaria, pero que acentúa más su elegancia. Al ver que yo no canto ni levanto el puño, se me acerca, me ofrece un cigarrillo. Hablamos

en francés. Está muy impresionado, aunque quiere disimular. Al darme fuego le tiembla la mano.

Me dice que es turista; pero que viene por esta línea —por Varsovia —. Ha conseguido el visado porque pertenece a una empresa que tiene técnicos trabajando en la URSS. El viaje es más corto por esta línea, y está satisfecho de poder hacerlo. Tiene el aire de un capitán que entra en un campamento enemigo. Los compañeros siguen cantando *La Internacional*, y el turista habla sin saber lo que dice, atento al himno y a los puños levantados. Mira mi jersey y mi gorra.

—¿No canta usted? —me dice sonriendo.

Digo que no con la cabeza. Está violento y quiere marcharse a su departamento. Me invita a seguirle. Repito el mismo gesto, sin hablar, y se va. El tren ha vuelto a acelerar la marcha. Hemos dejado atrás las banderas rojas. Se ve la estación a dos kilómetros, con la bandera en lo alto. Los compañeros de viaje han cantado tres veces *La Internacional*, y dan ahora los hurras de ritual, alzando las gorras. El tren se detiene lentamente. En el andén, dos empleados permanecen en posición de firmes, rígidamente, hasta que el tren se detiene. Los policías de la frontera, con largos capotes, van y vienen con papeles. Suben al vagón varios empleados, con blusas negras y bota alta. *Tovarich* —camaradas— se oye por todas partes. Nos ayudan a llevar las maletas a la aduana, que está a cincuenta pasos. La estación es grande, sólida, limpísima. *Tovarich*. Nos han revisado los pasaportes. Un empleado dice al turista americano:

—Puedo ayudarle a llevar las maletas, pero le cuesta dos rublos.

El turista afirma precipitadamente, y se lleva la mano al bolsillo. El empleado lo contiene con un gesto:

—A mí, no. Eso lo pagará usted en el *buró*.

Los compañeros de viaje, que iban concentrados, indiferentes, van ahora contentos, riendo y hablando a voces. Las diligencias de la aduana se hacen fácilmente.

ENTRAMOS CRITICANDO. AVENTURA DEL AMERICANO EN MINSK

Lo primero que queremos hacer es cambiar algún dinero. Unos llevan dólares; otros, marcos. Yo soy de éstos. Llevo también algunos *zlotys* polacos, esos restos de dinero que van quedando de cada país. Muy poca cosa si lo medimos con la capacidad económica del americano; pero, con la mía, diez *zlotys* son casi una fortuna. Una joven empleada del Intourist nos aconseja que no cambiemos. La paridad oro del rublo, creada para las necesidades del comercio exterior, nos sería ruinosa. Esto no nos lo dice, naturalmente. Como sabe que lo averiguaremos por nosotros mismos, se limita a negarse afectuosamente a cambiarnos. El que cambia es el americano. El empleado que le ha llevado las maletas entra con él en la oficina. Se sienta ante una mesa, coge un cigarrillo del paquete que el jefe tiene junto al tintero. El turista paga y se va, diciendo, quizá contagiado por el ambiente: «Buenas tardes, camaradas».

Cuando ha cerrado la puerta, los empleados sueltan a reír. «*Tovarich*. *Tovarich* capitalista americano.» Ríen de nuevo. Yo estoy esperando a que tasen un telegrama que pongo a Moscú. La muchacha encargada del servicio es joven y de una gran belleza. Mientras hace el cálculo del cambio para cobrarnos en *zlotys*, yo curioseo por la oficina. Me encuentro de pronto con un calendario que tiene la fecha 27 de mayo. Hoy es 29. Se lo advierto en el momento que entra el jefe, que había salido. Ella se ruboriza y corre a quitar las hojas. El jefe bromea a propósito de ese descuido. La muchacha sigue ruborizada. Y, sin embargo, parece una chica serena, muy difícil de alterarse. Salimos del despacho, con nuestro recibo en la mano, satisfechos de haber entrado en el país de la organización señalando un error. Cuando entramos en el tren soviético, debemos tener un aire verdaderamente insolente. Encontramos nuestras maletas instaladas en un coche cama de tercera. El tren lleva segundas y terceras. El americano debe estar en segunda y le debe costar un dineral.

Hacia las seis de la tarde llegamos a Minsk. La estación es grande y destartalada. Detrás se elevan algunas chimeneas. Edificios a medio

construir; vagonetas con madera y piedra. En lo alto de la estación, en la cima de las fábricas, la bandera roja. Las chimeneas dan al aire sus columnas de humo. Por el andén van y vienen obreros de la estación y algunos curiosos. Botas de agua hasta la rodilla; blusas negras o chaquetas de cuero. Hasta ahora no hemos visto más que obreros. ¿Y los burgueses? Huyeron; murieron quizá en la guerra civil o se adaptaron a la nueva vida y, enrolados en las brigadas de trabajo, llevan su chaqueta de cuero y sus botas altas. Pero he aquí de pronto un burgués. El turista americano pasea por el andén. Ha bajado a estirar las piernas. Primero son dos obreros, que se detienen a mirarle como a un ser de otro planeta. Después, seis u ocho. De pronto advertimos que todos los obreros, desde sus emplazamientos, hacen coincidir sus miradas en el turista y que éste comienza a aturdirse, por más que mira a las nubes, sigue el humo de las chimeneas y contempla la punta de sus brillantes zapatos. Uno de los obreros, al otro lado de la vía, con las manos en los bolsillos, lo observa con una expresión impertinente y terriblemente agresiva. No hemos visto nunca un rostro que exprese mejor el asco y el desdén. ¿Qué estará pensando ese obrero? Quizá piensa en los técnicos ingleses que saboteaban sus fábricas. El turista está incómodo. El turista cruza su mirada con la de ese obrero y retrocede. Desde la ventanilla contemplamos el espectáculo, que es verdaderamente soberbio. Si la voluntad de ese obrero pudiera cumplirse, en media hora quedaría liquidado el capitalismo en el mundo. El americano retrocede; pero no quiere darse por enterado, y lo hace complicadamente. Por fin, ya cerca de la escalera, pone en ella el pie con indolencia y resbala y cae. Entonces la expresión de ese obrero cambia. Abre una boca de a palmo y ríe. Las risas se contagian. Una voz lanza un comentario en ruso y se repite aquí y allá entre carcajadas. Pregunto a un amigo que habla ruso y francés:

—¿Qué dicen?

Mi amigo ríe también.

—¡La caída del capitalismo americano!

El turista aparece un poco después en el vagón restaurante con una cara de desesperación. Seguramente va pensando: «¿Quién me habrá metido a mí en este lío?».

LA *TOVARICH* QUE FRIEGA LOS PLATOS.
EL *UDARNIK* Y SU AUTORIDAD MORAL. EN MOSCÚ

(Cuando escribimos estas líneas llevamos ya en Moscú ocho días. Ocho días de observar atentamente, de atemperarnos al ambiente y de tomar notas en el hotel. Pero al escribir queremos retroceder al día de nuestra llegada y acabar de contar las impresiones del viaje.)

El vagón restaurante es amplio y cómodo. Conserva detalles de lujo de los tiempos del zar. Como las vías rusas son más anchas que las europeas, los coches son muy espaciosos. Junto a cada ventanilla, una gran maceta con flores. Un joven con la cabeza afeitada hace números en una pequeña mesa, donde tiene una maquinita de calcular. Sirven los dos coches cuatro empleados, dos hombres y dos mujeres. Éstas, con el pelo recogido con una cofia blanca. Ellos, con la cabeza afeitada. No hay en sus gestos ni cortedad ni ese servilismo que en los hoteles y ferrocarriles europeos molesta a fuerza de afabilidad. Se paga en todas las monedas. El joven de la máquina de calcular hace la reducción al rublo oro y devuelve los cambios en la misma moneda que se ha entregado. Viene a resultar una tercera parte más barata la comida que en los trenes de España. Ese primer plato de ensalada, donde se mezclan ocho o diez clases de frutas y legumbres crudas, es muy agradable. El plato de queso —una especie de requesón sin azúcar— está bien condimentado, y la carne también. La vajilla es tosca y fuerte. De una gran blancura, con pequeños adornos en colores, que son a veces un aeroplano, una chimenea de fábrica, una torre de radio o simplemente la hoz y el martillo. Nos encontramos entre estas gentes, que hablan un idioma incomprensible y que viven un régimen tan distinto, como si toda la vida hubiéramos convivido con ellas. Hay una sensación de agradable abandono, de seguridad, que tiene por causa la confianza y el natural abandono de esos obreros que van entrando al restaurante. La mirada de recelo de los desconocidos en Europa, el estiramiento, la estudiada sequedad, leves manifestaciones de un carácter forjado con violencia en la lucha diaria por la vida, aquí no existen.

Desde mi mesa veo a través de la puerta entreabierta de la cocina a una muchacha de unos veinte años que friega los platos. De pronto

esa chica —rubia y menuda— se seca las manos, sale al restaurante y se sienta en la mesa que acaba de abandonar el americano. El restaurante está casi lleno de obreros que han subido en Minsk o en otras estaciones. Otra vez las botas altas, las *válenky* de fieltro o de cuero, las chaquetas de pana o las fuertes camisas de algodón. La muchacha que friega los platos come la misma comida que el americano. A la hora de pagar corta un tique de un pequeño carné. Luego se acerca a un grupo de obreros que rodean una mesa y que comen discutiendo cuestiones teóricas. Se oyen las palabras *capitalismo*, *rabochii klass* y *brigada* con frecuencia. Enseguida se advierte que uno de esos obreros tiene una autoridad moral mayor que los demás. Cuando la muchacha que friega los platos se dirige a él llamándole *tovarich udarnik* caemos en la cuenta de que ese muchacho es un obrero distinguido de las brigadas de choque de Minsk. Si se pudiera establecer la comparación —es un poco absurda —, diríamos que el *udarnik* es el nuevo aristócrata. En cuanto a su influencia moral y a la consideración social, el *udarnik* ha sustituido aquí al gran duque. Como es un trabajador, viste como tal. Tiene los gestos bruscos de la fábrica. La autoridad personal del *udarnik* no se traduce en disciplina, sino en algo imponderable, en una aureola que lleva consigo a todas partes. Conviene recordar, porque tiene una gran importancia y es algo que se observa constantemente, que la autoridad personal carece aquí de signos exteriores. Un pequeño burgués, por mucho dinero que traiga, no encuentra en Moscú nadie a quien mandar, a quien ordenar de arriba abajo. El comisario de Instrucción, Lunacharski, a quien hemos visto en la mesa de al lado, en el café Metropol, era tratado por los empleados —*tovarich* Lunacharski— con el mismo afectuoso desenfado que yo y que la muchacha que ha detenido el camión cargado de ladrillos que conduce y ha entrado a comprarse un pastel —un fino pastel de la repostería burguesa— para comérselo junto al volante. Naturalmente que el *udarnik* que conocimos en el vagón restaurante, con una insignia prendida en la camisa, no tenía otro privilegio que el de sentirse plenamente satisfecho de sí mismo.

Como a mí me gusta la cama un poco dura, dormí muy bien en mi cama de tercera, en un departamento donde venían otros tres

compañeros —un francés y un matrimonio de Alsacia—. Desperté a las ocho. A las diez llegábamos a Moscú. En la estación, unos jóvenes con impermeables —el tiempo estaba lluvioso— y carteras bajo el brazo nos distribuyeron en distintos automóviles. El americano se había quedado solo junto a un montón de maletas. Miraba a un lado y a otro de la gran plaza. Mientras arrancábamos, el alsaciano, que conoce ya Rusia por viajes anteriores, nos decía:

—Ese americano ha alterado las normas de la organización de viajes. Los turistas deben venir por la línea de Königsberg, y no por Varsovia. El Intourist se encarga de ellos. Pero quizá por un capricho cualquiera ha obtenido el visado para venir por aquí. Ese pequeño capricho le va a costar algunos rublos, que pagará en dólares. Son buenos los dólares para comprar utillaje. Si no conoce la vida soviética, corre el riesgo de tropezar con grandes dificultades. Porque aquí no puede venir nadie caprichosamente y vivir en la anarquía de París o de Berlín. Tiene que venir a cargo de alguna organización. Para los burgueses está el Intourist, que les proporciona las comodidades europeas a precio un poco más elevado que los hoteles de tipo medio de París. El Intourist es también una organización correcta, que todo lo tiene previsto y resuelto. Pero un hombre que llegue sin más ni más a vagabundear en esta ciudad de tres millones y medio de habitantes, o en cualquier otra de la Unión, tropezará con dificultades insuperables para obtener una cama donde dormir. Aquí está todo controlado.

—Pero esto —advertimos— significa un aparato burocrático monstruoso.

—No lo crea. Las viviendas colectivas, las cooperativas, los almacenes, tiene su organización muy racionalizada, y todo se hace natural y automáticamente. El hombre que trabaja lo tiene todo aquí. De la fábrica, del taller, de la oficina parte toda la organización social. Ese burgués americano carece de taller, de fábrica y de oficina en Rusia. Puede traer muchos miles de dólares. Pero incluso para que su dinero pase a la Hacienda soviética sería necesario someterse a un procedimiento que hiciese imposible la especulación, que impidiera la más pequeña perturbación. Si no se somete, corre el peligro de morirse en un rincón con los bolsillos repletos de dólares.

—¿Quiénes son los que obligan a ese americano a someterse a este sistema?

—Hombres como el *udarnik* que iba en el tren.

—¿En nombre de qué?

—De la dictadura del proletariado.

EL PALETO EUROPEO. LA PLAZA ROJA AL MEDIODÍA

Ante todo, aquí hace frío todavía. Y estamos entrando en el mes de junio. Es una declaración que hacemos soplándonos las manos. Los diez días que llevo en Moscú han sido de mal tiempo. El cielo, nuboso; ventisca y lluvia. En invierno estas ventanas dobles que hay en todas partes, estos pasillos, cuyos muros tienen hornos con portezuelas de hierro cada dos metros, deben ser insuficientes. Pero el tiempo en la ciudad no es más que un accidente. Nos han dicho que en agosto hace mucho calor. Mucho calor quiere decir aquí veinticinco grados. Hoy hace el tiempo inseguro y friolento de marzo en Madrid. El aspecto de la ciudad es, sin embargo, de primavera. Flores en los almacenes, piernas y brazos de mujer desnudos. Los gorros de astracán, echados hacia atrás; los fuertes gabanes, ociosos y desabrochados. Mis zapatillas de cuero, compradas en el Torgsin —por fin sé lo que es una «zapatilla rusa»—, están perfectamente dispuestas para el frío. A Pío Baroja le irían muy bien para su reúma. Contemplando estas zapatillas no comprendo por qué se las trata en España con desdén. Las zapatillas rusas son excelentes. En España me costarían 15 pesetas. Aquí, 95 kopeks —no llega a un rublo—. Son datos muy importantes para el paleto europeo.

Como todas las grandes ciudades, Moscú tiene una personalidad concreta. París, por ejemplo, se nos antoja un inmenso café donde la gente habla del espíritu y cuida de no mojar en el vaso los *croissants*, porque es de mal gusto. Madrid, un patio de vecindad donde los vecinos llevan el alta y baja de las camisas del prójimo, contándolas en el tendedero. Berlín, un gimnasio. Moscú... Moscú es un campamento en pie de guerra. Una ciudad de tres millones y medio de habitantes, donde sólo hay soldados y obreros. No se sabe dónde

comienza el uno y termina el otro. Hemos visto por la calle grupos de cien o doscientos obreros con el fusil colgado cantando himnos revolucionarios. Tienen el fusil en su casa, y han ido quizá a hacer ejercicios de tiro. Hemos preguntado si no existe peligro para el Estado en esos fusiles, y nos han contestado que el Estado son ellos mismos.

—¿Quizá —hemos insistido— todos esos obreros pertenecen al Partido Comunista?

—No. Unos sí y otros no. Pero eso no importa.

Hemos visto a los obreros con fusiles. Igual que en octubre de 1917. En las fábricas hay diarios murales donde se extracta muy inteligentemente toda la información internacional sobre imperialismo y peligros de guerra. No sólo en las fábricas, sino en los vestíbulos de los cinematógrafos, hemos encontrado grandes esquemas en colores sobre el funcionamiento de la ametralladora, del fusil ametrallador y de las bombas de mano. Grandes letras blancas sobre trapos rojos llaman la atención del público sobre la conveniencia de estar siempre dispuestos a defender las conquistas de la revolución. Chicos y grandes se agrupan ante esos esquemas y comentan y discuten. El público —ya lo hemos dicho— es siempre proletario. En Moscú no hay más que proletarios. Por otra parte, en los cuarteles sucede lo contrario: hay gráficos con estadísticas de producción industrial muy minuciosas. Y en las fábricas hemos visto a veces soldados trabajando. El obrero y el soldado se confunden constantemente.

Hay muy pocos automóviles. Calles céntricas, muy concurridas, dan a veces la impresión del Jueves Santo en Madrid —del monárquico y del republicano— sin carruajes. Como aquí el comercio libre no existe, las cooperativas, los almacenes, no necesitan llamar la atención con alegres rótulos ni competir con llamativos escaparates. Por eso la impresión del Jueves Santo es más exacta. La circulación por la ciudad está reglamentada como en las ciudades europeas. Los tranvías y autobuses son muy frecuentes. Los conducen en muchos casos muchachas. El orden para subir y bajar es riguroso. Cerca de las paradas hay casi siempre un guardia del Soviet, sin armas. No hemos visto nunca agentes de circulación más vigilantes y sagaces ni

más bien instruidos. Es un espectáculo verlos cambiar de frente sobre sus tacones, hacer movimientos geométricos exactos y ordenar desde su sitio, sin hablar, sin dar un paso, todo el movimiento de un cruce de calles. Son los únicos guardias que hay en Moscú. Nadie ha considerado necesario poner, como en Berlín o en París, un agente por cada veinte ciudadanos.

Este gran campamento, cuyo fin no se advierte —por todas partes sigue prolongándose la ciudad—, tiene su cuartel general en el centro, como todos. Está en la Plaza Roja, inmensa, rectangular, cerrada a un costado por las murallas pardas y almenadas del Kremlin, flanqueadas por dos altas torres con cúpulas doradas. Los edificios del Kremlin suben sobre las murallas inmensos, encalados, con cúpulas bizantinas pintadas de verde. Cierra la plaza por los lados menores una basílica rojiza, con una perspectiva complicada, toda minaretes, torres y arcos bizantinos. La antiquísima catedral de San Basilio. Frente al Kremlin, varios edificios europeos, de aspecto suntuoso, con el estilo de las grandes avenidas parisienses. Fueron ayer *magasins* de lujo, casinos de duques y mariscales, joyerías y grandes bancos. Hoy se apilan sobre los mostradores jaspeados, contra los muros, todavía cubiertos de seda floreada, los sacos de harina o de azúcar; los cubren grandes carteles rojos con estadísticas, y quizá los estantes de una biblioteca escolar. Mujeres de rostro duro, muchachas de contornos firmes y ojos acerados, van y vienen, haciendo notas en cuadernos, atendiendo a este o al otro teléfono. Una palabra cruza el espacio en todas direcciones: *tovarich*, *tovarich*. Dan, como casi todos los hombres y las mujeres que hemos visto por ahí, la sensación de un olvido total de sí mismos. El ritmo es el mismo ritmo de los días de octubre de 1917.

Al mediodía, el reloj del Kremlin deja oír su carillón. El carillón toca una música lenta y solemne: *La Internacional*. Sus notas van a perderse en el rumor de las aguas del Moscova, río ancho y caudaloso que pasa al pie de las murallas del Kremlin por la otra parte, por el norte.

NI COMERCIO LIBRE NI INDUSTRIA PRIVADA. DIFICULTADES. EL PUNTO DE PARTIDA

Nos reíamos del turista americano, de las dificultades que iba a encontrar en esta gran ciudad para desenvolverse, a pesar de sus dólares. La verdad es que nuestra información sobre la vida en la URSS, lo que nosotros sabíamos antes de venir, no nos ha servido sino para explicarnos algunas dificultades, no para hacerlas desaparecer. Obtuve una cama de campaña en una habitación con otros dos compañeros. Así estuve ocho días, comiendo en un club de artistas, donde me dieron un talonario con tiques para las tres comidas; tiques para un paquete de cigarrillos diario y para la peluquería; pase para el tranvía. Como había sido invitado para la Olimpíada de arte revolucionario, y estaba dentro de esa organización, todo se hizo sencilla y rápidamente. Pero el día 5 de junio terminó la Olimpíada. Los compañeros escritores de la Unión Internacional me invitaron a continuar aquí. En una ciudad europea no tiene importancia que un viajero que va a una cosa concreta se quede un mes o diez años. Mientras lleve dinero para el hotel y el restaurante o haya en algún rincón del mundo quien trabaje o haga trabajar a sus semejantes para enviarle dólares, marcos o libras, si no tiene en la Dirección de Policía datos que lo señalen como hombre de ideas subversivas, puede quedarse en una ciudad y hasta destacar ventajosamente a fuerza de propinas y champaña. Pero aquí una de las cosas que se advierten enseguida es que con dinero no se hace nada que no se pueda hacer sin él. Para que yo me quedara solo con mi cama de campaña en una habitación modesta hubo necesidad de papeles, sellos y firmas sin fin. El teléfono llamaba y volvía a llamar: «¡Camarada responsable del hotel!».

En cuanto al restaurante, también hubo comunicaciones oficiales, y teléfono una vez y otra: «El camarada español debe obtener los precios del comedor colectivo».

No era fácil. ¿Dónde trabaja el camarada español? En su cuarto. ¿Qué hace? Artículos de prensa. Bien; ¿pero cuál es su organización? Ninguna. Circunstancialmente, como invitado, la Unión Internacional de Escritores. Muy bien. Ya tiene habitación, a precios

de trabajador. Ya tiene un restaurante donde hacer las dos comidas diarias. Para que se haga el desayuno en su cuarto necesita comprar víveres. En una ciudad de tres millones y medio de habitantes parece que ha de ser fácil comprar medio kilo de mantequilla, frutas secas, pan y té. No hay tal. Para el viajero que no está conectado con la organización del trabajo es casi imposible, y, desde luego, muy caro. Para el que trabaja es muy sencillo y más barato que en ningún país europeo. Para mí, que no puedo ser considerado como un trabajador de la Unión Soviética, pero que no soy un burgués y que estoy invitado por una organización intelectual rusa, no es difícil obtener la «carta de cooperativa». Cerca de donde vivo hay un almacén, que es el que me corresponde. Cada dos días hago la compra con mi cartera de cuero, que lleva también las notas de mis artículos, un libro de Achille-Delmas sobre la personalidad y unas fotografías en colores del Teatro Realista. Mi cooperativa es un salón inmenso con grandes columnas de mármol, dos arañas imperiales con sus doscientas lámparas cada una, un artesonado riquísimo. Es para enorgullecerse de comprar allí. Me dicen que fue la casa de recreos más afamada de Moscú. Todavía se ven sobre el mármol unas letras de metal, de estilo europeo, que dicen: *Baccarat*, y otras alusivas al antiguo destino de este palacio. Me detengo ante cada instalación; veo lo que me conviene. Al lado de los mostradores, en unos tableros, están los nombres de los artículos y los precios. Vamos escribiendo en una tarjeta la lista de artículos que vamos a comprar, trasladándonos de un puesto a otro. Cuando está completa, sumamos: tres rublos y sesenta kopeks. Entre esos artículos figura el caviar. En los distintos departamentos habrá unas doce cajas registradoras. En cualquiera de ellas nos dan, después de pagarlos, tantos tiques como artículos vamos a comprar, y después, con esos tiques, vamos a recoger nuestras compras. Salimos con la cartera repleta. A nosotros nos ha costado menos de cuatro rublos. A un obrero de fábrica, todo esto le cuesta en su cooperativa menos de dos rublos. Un *kulák* —burgués agricultor— de los que huyen de las aldeas con su oro escondido antes que someterse a la disciplina del Comité del *Koljós*, donde los que ayer fueron sus criados van a ordenar el trabajo colectivo y, naturalmente, el del mismo *kulák*, uno de esos fugitivos de la

burguesía en liquidación tiene que comprar esos artículos en el Torgsin, en oro, y le cuestan doce o quince rublos. Al americano turista le saldría por la equivalencia de unas ochenta pesetas si no existiera el Torgsin, mercado para extranjeros, donde se cobra en «valuta». Advirtamos que esos artículos son mucho mejores en las cooperativas de fábrica, donde tienen la calidad de los mejores y más caros artículos de las cocinas europeas. La organización, que parece tan complicada, es sencilla. Las cosas se hacen casi automáticamente. El *kulák* que quiera comprar estos artículos tiene que pagar tres veces más que yo. El americano, también. El obrero con la carta de taller o de fábrica los obtiene a mitad de precio que yo y mejores. A mí no me extraña. Es una dictadura de clase. El proletariado asume todas las iniciativas y todas las responsabilidades. Es natural que entre las armas para la eliminación de la clase enemiga figure ésta de condicionarle la vida a través de la organización del trabajo.

Salgo con mis vituallas y vuelvo a mi cuarto. Allí me encuentro a dos compañeros escritores, que me hablan de una comida que han organizado para esta noche. Me dicen que irán treinta o cuarenta. Algunos nombres los conozco; otros no. Me ven desempaquetar mis compras.

—¿No le resulta chocante esto de comprar su comida?

—Un poco —les digo—. Pero teniendo hambre carece de importancia que sea yo u otra persona quien vaya a la tienda.

—Aquí —dicen— no tenemos prejuicios. Es natural. En invierno nuestra organización recibe a veces una comunicación del Soviet de Moscú diciendo: «Camaradas escritores: Es necesario que ayudéis a quitar la nieve de las calles». Cogemos nuestras palas y nos dedicamos cuatro o cinco horas a ese ejercicio. Es muy saludable.

Los escritores, no pocos de verdadero talento, trabajando con palas y carretillas. Esto no lo sabían seguramente nuestros elegantes compañeros de Madrid. A algunos les iría muy bien para apaciguar sus nervios.

EN EL RESTAURANTE. SOBRE LA OLIMPÍADA. EL CONTRASENTIDO

El restaurante de los escritores no es tan confortable como los de las fábricas, ni mucho menos; pero está bien. Tiene su jardín, su campo de deportes. También un pequeño museo con manuscritos y ediciones raras. Domina en la casa, que es grande, cuadrada y blanca, el recuerdo de una personalidad poderosa, siempre vivo: Maiakovski. Existe por ese poeta revolucionario verdadera veneración. Yo he preguntado las razones que pudieron llevarle al suicidio. Nadie las conoce. En realidad, cuando ocurre eso es que se han perdido las razones para vivir y hasta para morir. Debe ser el vacío interior que les atrae como un abismo. Nadie sabe nada. Pero el suicidio de Maiakovski es el complemento de su obra. Quizá sentía el socialismo y se sentía incapaz al mismo tiempo de vivirlo. Su vida era caótica y desordenada. Ese broche del misterio que puso al final recuerda el espíritu ruso tradicional, confuso, alucinado, no se sabe si contemplativo o dinámico, o las dos cosas juntas. Maiakovski era la Rusia revolucionaria, enferma de occidentalismo. Esa enfermedad, por fortuna para las juventudes rusas, es ya desconocida. Se ven tipos macilentos, de gafas y melenas, con el espíritu congestionado; pero se irán muriendo rápidamente. Ésos no resisten.

En la mesa tenemos un compañero que habla francés. Ha seguido el trabajo de las Olimpíadas de arte. En el ritmo acelerado de este campamento la organización de la Olimpíada resultaba perfecta. Hemos visto verdaderas maravillas en teatro y cine. Desgraciadamente para los amigos del arte, la mayor parte de las obras no pueden ser exhibidas en los teatros españoles. Es decir, podrían exhibirse; pero las autoridades de Casas Viejas no entienden tampoco de libertades artísticas. Hemos visto teatro sintético, realista; teatro de propaganda. Hemos visto una obra antirreligiosa, puesta en escena con alardes de técnica, recursos de decorado e iluminación, que en España no se pueden ni imaginar. Pero ya se figurarán nuestros lectores que en un escenario español no se puede presentar a San Pedro en el cielo riñendo con su querida, ni a un sacerdote matando sus parásitos con un crucifijo. Las películas —

algunas sencillamente portentosas— es inútil pensar en llevarlas, por ahora, a España. Si se pudiera desprender la calidad técnica y el valor artístico de la tendencia revolucionaria, los teatros y cines de todo el mundo tendrían mucho que aprender. En eso, como en tantas otras cosas, los obreros y soldados rusos llevan una gran ventaja a los burgueses de los países más cultos. Tienen aquí una serie de artistas de verdadero genio dispuestos a proporcionarles un arte superior al de Inglaterra y Alemania. Los obreros no entienden de arte; pero tampoco entienden los burgueses. Llevan los obreros de ventaja que no están corrompidos por un intelectualismo y un idealismo sensiblero y falso.

A mí, la Olimpíada me parece muy bien. Las deliberaciones y conferencias, un poco vertiginosas, pero perfectamente organizadas. En un amplio salón se reunían hasta cuatrocientos delegados de todas partes del mundo. Un escenario cubierto de carteles y letreros en varios idiomas. El viejo bolchevique Félix Coon, alegre y parlanchín, apareciendo de vez en cuando, con un aire paternal y satisfecho. Se hablaba en todos los idiomas. Las butacas tenían un aparato telefónico que se podía conectar en tres o cuatro enchufes para oír, en lugar del discurso ruso, lituano o griego, su traducción al francés, alemán o inglés, que simultáneamente hacía un grupo de traductores detrás del escenario ante unos micrófonos. Muchachas jóvenes, algunas muy hermosas, iban y venían con papeles: «*Tovarich*, ¿tiene entrada para el teatro Meyerhold? ¿Ya le han dado la tarjeta de identificación? ¿Necesita intérprete para el museo antirreligioso?».

Algunas llevaban sobre su falda una guerrera militar con la correíta en bandolera y el cinturón. La sencillez y libertad de sus movimientos resultaba chocante para un español. Iban todas sin maquillar y tenían un aire muy distinto de lo usual en Europa. La mayor parte se sentían muy firmes y seguras en su conciencia comunista. Otras estudiaban para alcanzarla. Todas trabajaban mucho, iban de un lado a otro, estaban en todo. La mayor parte conocen la Revolución de Octubre por referencias, que asocian a sus turbios recuerdos de infancia. Han ido creciendo en otro ambiente y se han formado un nuevo espíritu, del que se ha desterrado para

siempre el sentimentalismo. También ellas son soldados en el campamento general, donde se elabora una nueva civilización con conquistas lentas y firmes. Trabajan, leen socialismo, asisten a reuniones y mítines. Son absolutamente iguales a los hombres en la ciudadanía y se desenvuelven en el mismo plano. Tienen, naturalmente, las diferencias que exige la maternidad y una legislación que las protege de los accidentes de la vida sexual. El aborto voluntario, controlado por la sanidad pública; las obligaciones de asistencia paternal, previstas. Por lo demás, mujeres y hombres participan por igual en las funciones de la vida social y de la vida oficial. Salíamos del club de madrugada para irnos a dormir. Por la mañana nos despertaba en la habitación la voz de la radio —en casi todas las habitaciones de Moscú, con la lámpara eléctrica y el lavabo, hay un amplificador de radio—, advirtiendo las cosas que se podían hacer, los lugares interesantes que se podían visitar, las reuniones que estaban preparadas.

Salíamos a la calle. Obreros y soldados. Siempre obreros que parecen soldados y soldados que desfilan en filas apretadas, con lento y rítmico paso, cantando alegremente a compás canciones revolucionarias. Entre la mano y la correa del fusil, un par de diarios de la mañana. Por los bolsillos del largo capote, libros asomando. El sol salía a ratos y destellaba en las bayonetas. Preguntamos a Fedor Kelyin, profesor de español, que nos acompañaba:

—¿Qué periódicos llevan?

—El suyo, el de su cuartel, que ellos mismos hacen.

—¿Y esos libros?

—Son novelas revolucionarias, probablemente.

Cuando me dice que *Imán*[3], mi libro antiimperialista y antibelicista, recientemente aparecido aquí, ha tenido éxito entre los soldados, me quedo de una pieza. Seguimos por la ciudad, hacia las oficinas de la MORP[4]. El campamento está otra vez en actividad. Cada uno va a lo suyo y nadie tiene nada exclusivamente suyo. No acabamos todavía de comprender el contrasentido que representa este alarde de organización sin violencias, espontáneo, aparentemente perfecto, en el país del mundo por naturaleza más reacio a la organización.

LOS AUTOCARES DE LA ÓPERA. MOSCÚ NO DUERME

Por la noche la ciudad es completamente distinta. Tiene una belleza regalona. Es necesario ir a la Ópera en un tranvía atestado de obreros, entrar en un cine, en un café, para advertir que no estamos en una gran ciudad europea, en Berlín o en París, sino en la capital de la Unión Soviética. La Ópera es un gran edificio mucho más suntuoso que el Real de Madrid. Varios reflectores iluminan la gran columnata, el friso de arriba y las cuadrigas que navegan en lo alto. El lujo y la riqueza de su interior son sorprendentes. El local está atestado de proletarios. Familias obreras ocupan los palcos proscenios, las butacas, pasean en los entreactos por los salones, toman su té en el *buffet*. El espectáculo es superior a lo usual en Europa. Ópera rusa. Una orquesta monumental; una dirección escénica exquisita. Decorado e iluminación al nivel de lo que se nos ha mostrado en la Olimpíada. La ópera no la hemos comprendido nunca. La música, si no es cantada por grandes masas corales, tampoco nos emociona. La tiple es algo que todavía no comprendemos, y el tenor nos divierte sin haber podido llegar a tomarlo en serio nunca. Pero la ópera, en Moscú, es un espectáculo de arte muy elevado y muy completo: pintura, teatro, música y también política. En la belleza diversa de matices y colores de *Petruchka* hay política. El espectador sentimental no se enamora de la tiple, sino del pueblo en fiesta. Así y todo, no comprendemos bien la ópera como espectáculo popular, porque se nos antoja un producto de una época occidental refinada, que comienza a fermentar y a descomponerse.

Termina el espectáculo hacia las once de la noche. Alineados en la gran plaza, junto a las aceras, hay hasta una docena de inmensos autocares con el aspecto confortable de los que se usan en Madrid para el turismo de lujo. Varios centenares de obreros los ocupan alegremente y parten para sus barrios. Yo cojo un tranvía, que me dejará por diez kopeks junto a la estatua de Pushkin, cerca de mi casa. Las calles siguen casi tan animadas como durante el día. Al llegar a la plaza del Soviet, cambio de parecer y me apeo para ir paseando. La animación de las calles no es de gentes ociosas, sino de

obreros y obreras que van y vienen con prisa. Algunos —hombres y mujeres—, en sus bicicletas nuevas y cuidadas. Me explico este fenómeno —a la una, a las dos y a las tres de la madrugada el aspecto de la ciudad es el mismo— por las fábricas, que trabajan de noche y de día; por las chimeneas, que no dejan de echar humo un solo instante. Cuatro brigadas de obreros las mantienen en constante actividad. Es el segundo plan quinquenal. Toda esta actividad, que en otro país constituiría un problema de orden y de salud pública, aquí se desenvuelve normalmente. Es necesario un espíritu tenaz y poderoso, una gran fe, para que no cunda el desánimo. Moscú no duerme. Moscú no descansa.

—¿En qué piensa el obrero —hemos preguntado una vez— cuando al final de su jornada se enrola en otros trabajos voluntarios, para seguir trabajando durante tres o cuatro horas más? La idea del plan quinquenal, ¿embriaga a millones de obreros hasta ese extremo?

—A muchos, sí.

Pero no es sólo el plan quinquenal. El obrero del campo ve cómo se hace acopio de productos en graneros y silos. Son víveres sobrantes. En las costas del norte y del mediodía se fabrican conservas de carne y pescado, que son almacenadas por cientos de toneladas. No hacen falta para el consumo normal. Hay otras fábricas que trabajan día y noche, y que no se ocupan de materias alimenticias precisamente. Todo eso lo hacen estos ciento setenta millones de obreros pensando en el curso de la política exterior, en un mañana incierto y también en los obreros de los demás países. Recordando el hambre que en los años siguientes a la revolución padeció el proletariado ruso y en la que pueden pasar los de otros países. Moscú no duerme, obsesionado por esa idea fija.

Efectivamente, hay muchas ideas fijas aquí y muy pocas en Europa. Esto ha de influir en la historia de este siglo, sin duda.

Asombra pensar en el estándar de vida, en el grado de bienestar y de confort que la vida podría alcanzar aquí si estos hombres no trabajaran sino pensando en sí mismos. En diez años han organizado el Ejército más poderoso del mundo, han construido el material de guerra más perfecto y abundante. Hemos visto ametralladoras y cañones de los tipos más diversos y complicados, y de una sencillez

de transporte extraordinaria. En cualquier parte, expuestos al público, se ven los gráficos ascendentes de la Marina de guerra. Pero, además, las reservas de víveres son fabulosas. Toda la actividad, la riqueza, el esfuerzo invertido en eso podrían haber hecho de la vida interior rusa la más muelle y confortable de Europa. Pero esta gente piensa constantemente en los obreros ingleses, alemanes, en los campesinos andaluces, en las multitudes hambrientas de China.

Moscú no duerme. Yo, que soy un pequeño burgués en medio del dinamismo socialista de estas gentes, me voy a dormir, porque a la una y media amanece, y si veo el día antes de acostarme me desmoralizo un poco. A la una y media el cielo clarea y a las dos es de día. Son las doce y media. Al entrar en el cuarto pongo el enchufe de la radio. Una voz repite: *Tovarich*... Y con *La Internacional* termina por hoy su trabajo nuestro amplificador negro y cónico, colgado de la pared como una boina.

CUENTOS DE LA NOCHE EN MOSCÚ. IVÁN EL TERRIBLE Y GENGIS-KHAN

Otra noche fuimos desde el café Metropol a la Plaza Roja con un español —sevillano—, de imaginación brillante, que está muy sorprendido de que los que hablan español en Moscú no le entiendan. En la Plaza Roja hay por la noche un silencio y una diafanidad de colores sorprendente. Aquí la noche no es verdadera noche cerrada sino durante algo más de una hora, de once a doce. Antes y después, el cielo conserva su color malva; los tejados, sus relieves pardos y grises. En la Plaza Roja se distinguen en plena noche el rojo cárdeno de la basílica, el rojo y negro de los mármoles del mausoleo de Lenin y el blanco del Kremlin, orlado de murallas ocre. Todo tiene unas proporciones colosales y una serenidad grave y misteriosa. A las doce, el carillón del Kremlin vuelve a tocar *La Internacional*. Cerca de la basílica, en el extremo norte de la gran plaza, se eleva una pequeña plataforma de piedra, circular, de metro y medio de altura y unos quince de diámetro. Por un costado tiene una pequeña escalinata de piedra bastante desgastada. Nuestro compatriota se situó frente a esa plataforma y me contó algo

verdaderamente espeluznante de Iván el Terrible. Ante el recelo con que le escuchaba, repetía a voces: «Quince mil hombres fueron decapitados ahí arriba, de uno en uno. No es broma. Un cuerpo de ejército se sublevó y, después de sofocado el movimiento, todos los soldados, absolutamente todos, fueron decapitados. Desde que salía el sol hasta que se ponía, dos verdugos estuvieron *trabajando* durante un mes».

Me cuenta otras cosas, verdaderamente terribles, de ese famoso Iván. Yo recuerdo a otro emperador guerrero que vivió aquí mismo, que tuvo sus plazas de armas dentro de esas murallas y que fue dueño de medio mundo: Gengis-Khan. Fue un caudillo que venía de China, quizá de una de esas repúblicas soviéticas chinas en formación. Gengis-Khan se hizo dueño de Rusia, dominó e incorporó a su cetro lo que hoy es Polonia, entró en tierra de germanos y llegó hasta el Rin. Tuvo el imperio mayor que conoce la Historia, después del de Carlos V. En realidad, los españoles y los rusos han sido los espíritus más tradicionalmente aventureros y guerreros. La represión de los tlascaltecas por Hernán Cortés fue mucho más terrible que la de Iván en esa plataforma y la de Gengis-Khan a la orilla del Moscova. El río se tiñó de sangre, como es de rigor en todas las represiones que se hacen cerca de los ríos. Gengis-Khan extendió su fama por todo el mundo. Yo recuerdo haber oído su nombre, desfigurado, a mi abuelo, en la aldea altoaragonesa, y mi abuelo no era un hombre culto, sino un campesino analfabeto, a quien enseñábamos a leer a los noventa años. Además, recuerdo también que cuando se enfadaba nos llamaba «moscovitas». Tenía de los moscovitas —que no sabía a ciencia cierta hacia dónde caían— una idea concreta: los consideraba hombres inquietos y terribles. No hay duda de que esta plaza ha sido en muchos tiempos el núcleo vital de mundos nuevos. De aquí partió el esfuerzo, una vez y otra, para unir en un solo destino a millones de seres de diferentes razas. Había una vitalidad esplendorosa en estos seres eslavos, tártaros, mongoles, turcos, judíos. Les faltaba el sistema. Un *diletante*, como, por ejemplo, Essad Bey —*Biografía de Stalin*—, diría quizá que hoy se repite el fenómeno; pero ya con el sistema perfectamente articulado: con el marxismo. No lo dice en su libro; pero, si estuviera aquí con

nosotros y le planteáramos la cuestión en estos términos, no dudaría un instante. Roma tuvo una cultura que consolidó su imperio y que influyó en la mentalidad de todo el mundo, España tuvo una religión, y con ella identificó razas, pueblos y costumbres bajo su cetro. La Rusia de Gengis-Khan no era una sola Rusia, sino muchas y muy diversas. No tenía una cultura, sino múltiples y diferentes; ni una sola religión. Le faltaba la unidad de Roma y de Castilla. Essad Bey diría que hoy tiene Rusia en el marxismo esa unidad y que se va acercando el momento en que esta Plaza Roja se ha de convertir en el ombligo del mundo. Claro es que Essad Bey es un escritor de mentalidad occidental. Un turco de mentalidad francesa, que ya es decir. Aquí esas palabras sonarían sin ningún sentido; no las entendería nadie. Aquí, donde cualquier pequeña república del Volga acusa al Comité Central del Partido Comunista ante un acuerdo determinado de desviación panrusa —una grave acusación, si las hay —, a lo largo de sutilezas y silogismos muy complicados, esas palabras carecen de sentido.

Salimos de la Plaza Roja. Queríamos ver *La madre*, de Gorki, que representan un día de éstos en el Teatro Realista. Yo creo que es hoy mismo, y que no la podemos ver ya porque es tarde. Mi compañero me dice que la representarán mañana. Como pasamos por el club de los artistas de teatro entramos a enterarnos; pero no nos entienden. Preguntamos en francés, alemán, inglés. Es inútil. Comprenden tres palabras: Gorki, Realista, teatro.

—*Diese nacht*? —preguntamos.

Pero no hablan alemán, ni francés, ni inglés. Por fin, una muchacha rusa dice:

—Gorki, Realista, teatro. Esta noche.

Resulta que en ruso «esta noche» se dice igual, exactamente igual que en castellano: «Esta noche».

LA NOCHE DE MOSCÚ PARA LOS VIAJEROS SENTIMENTALES Y ROMÁNTICOS. EL VIEJO RÉGIMEN Y LOS MURCIÉLAGOS

Los viajeros sentimentales que llegan por el Intourist y están tres días mirando el río Moscova y las cúpulas del Kremlin desde la

ventana, para atreverse a salir el cuarto y marcharse precipitadamente el quinto, suelen ver cosas que, efectivamente, hemos visto también nosotros todos los días, especialmente al oscurecer. Esas cosas son, invariablemente, alguna de estas tres: un pope andrajoso haciendo la señal de la cruz y pidiendo limosna en una esquina, acompañado de su mujer. Un tipo de cierta prestancia, que oculta sus barbas grises en unas solapas desdobladas y mugrientas y que susurra al pasar nosotros, desde lo hondo de un portal, alargando la mano. Un campesino que vende de tapadillo unas cajitas que contienen manteca o crema de leche.

El turista bien intencionado y sentimental, ante el primer mendigo, reacciona violentamente. Durante el viaje se ha olvidado de los mendigos de su país, y al encontrarse con el pope se conmueve. Pero el turista ignora que si el pope se enrolara en una brigada de trabajo tendría habitación y comida. Todavía le quedaría tiempo para decir misa si conservaba fieles, para ir de paseo y para aburrirse un poco, que es uno de los lujos de Occidente. Pero el pope prefiere la aureola masoquista de su martirio. Quizá espera ganar el cielo rascándose al sol, dejándose morir de hambre. Si algunas viejas le dan limosna, a escondidas, el pope va por la mañana al mercadillo libre —hay un mercado libre, con tasa y control del Estado—, compra algunos rábanos, unas semillas de girasol, que son el sustitutivo ruso del cacahuete, y dos caramelos; se oculta en las afueras y espera la hora de los murciélagos para volver a salir. Todo esto con su mujer, una vieja harapienta, de nariz colorada. A uno de esos popes lo hemos encontrado el otro día en el restaurante del Torgsin. Antes pasó por la caja donde se tasa el oro. En los establecimientos del Torgsin se compra con moneda extranjera y con oro y platino. Allí hacen sus compras los técnicos extranjeros que todavía viven pegados a la construcción industrial soviética y el personal de las embajadas. El pope vendía pequeños pedacitos de oro. Luego lo vimos con su mujer en una mesa del restaurante. Los dos comían con una voracidad terrible. Por encima de las solapas del pope, las greñas oscilaban a cada movimiento de las mandíbulas. Su mujer no le iba a la zaga. La muchacha que servía el restaurante los miraba, como yo, con regocijo. Cuando acerté a decirle, con las pocas palabras rusas que

poseo, que se estaban comiendo la corona del último icono, soltó a reír. Habrá que ver las turbaciones de ese pobre hombre, si conserva la fe, hasta convencerse de que debe destruir un icono para alimentarse, para no perecer de hambre.

Otro resorte sentimental muy socorrido entre los clientes del Intourist es el del aristócrata, a ser posible gran duque, que pide limosna en la penumbra del atardecer, desde un portal, mientras las brigadas de choque vuelven en camiones con la bandera roja, cantando. (Aquí se canta en común por menos de nada.) Esos aristócratas, por las mismas razones que el pope —negarse a reconocer el régimen soviético—, viven o mueren al margen de la nueva sociedad. Son muy pocos; pero, por eso mismo, cuando se les encuentra producen más impresión. Suelen instalarse cerca de los hoteles del Intourist, porque saben que sólo un turista puede darles limosna. Como carecen de lugar de trabajo, no tienen carta de cooperativa ni siquiera para el pan. Tampoco tienen casa. Odian todo lo que les rodea. Uno no se explica cómo no se han suicidado.

Por fin, queda el *kulák* fugitivo, que trae algún dinero de la aldea, donde ya lo ha perdido todo, y que quiere especular, como en los mejores tiempos, comprando algo en el mercado libre y tratando de revenderlo. La Policía cae sobre ellos. Van a parar a la cárcel, donde, por lo general, se educan, y al salir se alistan para trabajar; pero resisten cuanto pueden. En definitiva, tienen que hacer en la ciudad la vida de trabajadores que no querían hacer en la aldea. Bien es verdad que los comités en Moscú no están integrados por sus antiguos criados, como en los *koljóses*, razón muy importante aquí y en Roma y Pekín para un pequeño agricultor.

Éstos son los resortes sentimentales. Los que encuentra el viajero que ignora por completo la organización de la vida rusa. En esto veníamos pensando la otra noche, de regreso al hotel, cuando ya cerca de él nos salieron al paso dos chiquillos semidesnudos, descalzos, con unos chaquetones recogidos en algún vertedero, el rostro macilento, extraordinariamente inteligente. Tendrían de diez a doce años. Hacía frío. Les di diez kopeks, un poco preocupado. Pero de esto hablaremos mañana. Es otro resorte, quizá el más decisivo en la sentimentalidad de muchos viajeros. También a mí me hizo

reflexionar bastante. En realidad, la estampa de miseria en esos muchachos es algo verdaderamente dramático.

EL *BESPRIZORNYE* IRREDUCTIBLE. QUIÉN ES Y CÓMO SE LE TRATA

Ésta es la buena época de los *besprizornye*. Algunas docenas de los que han estado todo el invierno recogidos en sus covachas y zahúrdas salen al campo y a la calle. Las organizaciones del Estado los esperan con su cama, sus libros, su puesto en el taller, en las clases. No se les ocurre lanzar a la Policía en su busca. Sobre los *besprizornye* —los niños «sin domicilio»— no actúan nunca fuerzas armadas. Se procura persuadirles. Unas veces el hambre les hace buscar el cobijo de las organizaciones soviéticas. Otras, la labor capciosa de los pioneros y los *komsomoles*, que se disfrazan y se introducen en su misteriosa sociedad. Pero estos *besprizornye* son personajes muy notables. Por su aspecto y por su conducta, son los hombrecillos más encanallados, más bravíos, más irreductibles. Viste cada uno a su manera. Ahora que empieza el buen tiempo, la mayor parte va en cueros por las cercanías del río, con gran escándalo de las turistas inglesas. Estos chicos son maestros en todo género de simulaciones. Uno aparenta caerse en la calle y hacerse daño para desvalijar a los que se acercan a atenderle; otros se hacen el ciego y piden a una mujer que les ayude a pasar la calle para extraerle entretanto un salchichón de la cesta. Las víctimas lamentan en lo hondo de su alma estas ingratitudes; pero no se les ocurre denunciarlos. Saben que la Policía no debe actuar sobre ellos. Son niños. Los niños aquí son unos tiranos indiscutibles, absolutos. Bien es verdad que son unos niños que van asimilando por sí solos el nuevo espíritu. No se sabe lo que ocurre aquí; pero los técnicos y los diplomáticos extranjeros optan por dejar a sus hijos en los países de origen, porque, si vienen a Moscú, a los tres meses conspiran dentro de casa y discuten con sus padres la política de sus patrias respectivas. La simpatía por los niños y la tolerancia llegan, por extensión, a niños como los *besprizornye*, que no sólo no hacen nada útil, sino que perturban en cierto modo la vida. Hemos visto en una calle bastante concurrida a

uno de ellos fingir que tropezaba con una manga de riego abandonada sobre la cava de unos árboles para levantar un abanico de agua sobre las cabezas de los viandantes y mojarnos de arriba abajo. El chico salió corriendo y se quedó observando desde una esquina. La gente le amenazaba riendo. Se oía la palabra *besprizornye* aquí y allá sin rencor. Nadie se preocupa de las necesidades de esos pequeños porque saben que en cualquier momento que se acerquen a un establecimiento de puericultura los vestirán y alimentarán. Aunque al día siguiente vuelvan a escaparse. Que suelen hacerlo.

En un tranvía iban días atrás dos de esos pilluelos discutiendo a voces. Uno se soliviantó y lanzó a su compañero uno de esos insultos de un realismo verdaderamente complicado. Esos insultos que los chicos aprenden en todos los países con el primer cigarro. Una mujer protestó. No era manera decente de hablar. Entonces los *besprizornye* se burlaron de la mujer y le dedicaron expresiones de una suciedad no menos complicada. La mujer llamó a la compañera del control. El tranvía se detuvo, y el público de la plataforma obligó a bajar a los dos chicos, que lo hicieron de muy mala gana. Ya en la calle, y antes de que el tranvía arrancara de nuevo, desde su trinchera de mugre y harapos, uno de ellos escupió indolentemente, mirándonos con desdén, y dijo: «¡Qué poco psicólogos sois!».

La gente se reía. Mi traductor me explicó que esas palabras las han asimilado en sus conversaciones con los pioneros, que, disfrazados de *besprizornye*, se introducen entre ellos para tratar de convencerles, con discusiones o promesas, según los casos. A un chico de ocho años se le puede conquistar con un balón de fútbol de reglamento. ¿Cigarros? Cuantos quieran y más. ¿Libros de Jules Verne? Todo un estante, con estampas en colores y comentarios y anotaciones científicas sobre la posibilidad del viaje a la Luna. Estos chicos sienten la pasión de la política comunista, de la construcción socialista. En un cine al aire libre proyectaban una película de la guerra civil, donde las tropas rojas eran derrotadas. Un *besprizornye* hablaba con nuestro traductor de español:

—Dígale al camarada —Por mí— que eso ocurría entonces, cuando la gente no tenía ropa, ni fusiles, ni pan. Ahora no hay quien pueda

con nosotros. El imperialismo inglés lo sabe y no se atreve a intervenir en nuestros asuntos.

El chico decía «nuestros asuntos» muy serio. Iba sin camisa, con un viejo chaquetón de cosaco, por debajo del cual asomaban sus pies descalzos.

—¿Eres comunista? —le pregunté.

—Sí, pero todavía no me interesa la organización. Ahora estoy viviendo mi vida.

El chico tendría unos once años. Siguió hablando de la «liquidación definitiva de la socialdemocracia, que traicionó el año 14 al proletariado, y que ha sido tan imbécil que no ha sabido siquiera cobrarle la traición a la burguesía. Hoy la burguesía que los ha tenido a su servicio los echa como a una criada tonta». El chico hablaba con entusiasmo. Me explicó la razón por la cual había pocos automóviles en la calle:

—Mi padre lleva aquí trece años y no se acostumbra a ver las ciudades sin automóviles.

—¿Tu padre no es ruso? —le pregunté.

—No. Es un ingeniero suizo. Un burgués. Está en Bakú, en lo del petróleo.

—Pero ¿y tú?

—Es demasiado pequeñoburgués mi padre. Prefiero vivir mi vida. Como le decía, hay aquí pocos automóviles. Las embajadas tienen algunos Mercedes y dos Lincoln. Los técnicos y los camaradas responsables de las organizaciones emplean coches rusos, que gastan menos y que tienen el ballestaje para grandes distancias y malos caminos. Un coche superior al americano, créalo usted. Y ahora han terminado los planos para fabricar aquí en serie el coche anfibio, que va igual por tierra que por agua.

El pequeño buscaba entre los harapos media colilla. Yo le di un cigarrillo, se lo encendí y seguimos hablando. Me explicó que los pioneros y los del Komsomol entraban en su sociedad disfrazados para ir convenciéndolos; pero no podían con él. Lo llamaban para que discutiera y siempre los vencía. Tenía un argumento formidable:

—Ahí los tenéis, *tovarich* —decía a sus compañeros—. Para hablarnos tienen que disfrazarse. Comienzan ya mintiendo. Los

desenmascaro. Además, luego les pego. Ya sé que eso no es correcto; pero pienso seguir así hasta octubre, que ingresaré en el Komsomol.

—Pero entonces, si eres comunista y vas a entrar en el Komsomol, ¿por qué haces ahora eso?

—Ante todo es necesario vivir la vida. También Edison, que «inventó» la electricidad en la Unión Americana, fue un *besprizornye*.

LOS CHICOS EN LA VIDA ESCOLAR. EL COMITÉ DE ASISTENCIA

En la misma casa donde vive un amigo ruso que habla español y que me acompaña como traductor, acaba de ocurrir un pequeño incidente que aquí carece de importancia, pero que para nosotros la tiene. Un niño, hijo de una familia vecina, llega a la escuela tarde. El Comité de Asistencia, formado, naturalmente, por otros escolares, le pregunta los motivos que ha tenido para retrasarse, y el chico dice que por la noche llegó su padre a casa con dos o tres amigos y estuvieron bebiendo y cantando. Se despertó varias veces. Luego, por la mañana, tenía sueño, y ha seguido durmiendo. El comité nombra una comisión, que va a tratar la cuestión con el padre del niño, no en su casa, sino en el lugar de trabajo. La comisión la forman niños de nueve a once años. Se anuncian como tal comisión al Comité de Fábrica, y el obrero deja el trabajo y sale.

—Camarada —le dice uno de los chicos—, el Comité de Asistencia de la escuela tiene que plantearte una cuestión grave. Veníamos a tratarla directamente con el Comité de Fábrica, pero antes hemos querido escucharte a ti.

Le exponen el caso. Le hablan del alcoholismo, que a él lo convertirá en un imbécil, y de los trastornos que dentro de su casa produce su conducta. El comité escolar no está dispuesto a tolerar que el caso se repita, porque es responsable del orden en la escuela. El niño debe asistir puntualmente a la clase y debe haber dormido lo suficiente para encontrarse en estado de aprovechar el trabajo. El obrero se disculpa. Los chicos insisten en tratar la cuestión con el Comité de Fábrica, y el obrero suplica:

—Dejad el asunto tal como está, camaradas. Yo os prometo seriamente que no volverá a suceder.

Los muchachos anuncian que si se repite lo denunciarán al Comité de Fábrica sin escucharle. El obrero les agradece que no lleven la cuestión adelante e insiste en sus promesas. Los chicos vuelven a la escuela y anotan el incidente y su solución para el informe general, que deberán rendir en un momento dado. Para los chicos eso puede ser y es, de seguro, un juego más. Pero son pocos los hombres que toman las cuestiones importantes tan en serio como los chicos toman sus juegos. Quizá en esa actitud y seriedad de sus actuaciones hay cierto placer de «hacerlo mejor que los mayores». La responsabilidad es aquí el resorte fundamental de la organización. En todas partes existen los «camaradas responsables», cuyos nombres figuran a la cabeza de todas las actuaciones de carácter social. Así, la vida en toda la Unión Soviética —la sexta parte del mundo— es una maraña tupida de comités, asambleas, mítines, congresos. desde el Comité Ejecutivo Central de los comisarios del pueblo hasta el más modesto *koljós* de la montaña caucasiana. Desde el Comité Central del partido hasta la célula y el Comité de Fábrica. Pero, además, la actividad y el trabajo están saturados de conciencia social y política. El espíritu de esos pequeños escolares, que hacen sus «deberes» al mismo tiempo que el «informe» sobre la asistencia, que dibujan un perro en su cuaderno mientras esperan que se seque la tinta de un gráfico sobre las actividades de la escuela, ese mismo espíritu organizador se observa en todo. Esa organización avanza un paso cada día para no perderlo ya. En la vida soviética no se conoce el lujo material. Es decir, cuando lo hay —que lo hay, efectivamente— es para los niños. Pero es necesario saber que existe e ir a verlo, porque no está a la vista.

EL *DETSKIY SAD* Y EL *JASLI*. LOS COLORES Y EL ESTADO DE ÁNIMO

Insistimos en que el «estándar de vida» de aquí es inferior al de Alemania y Francia. El aspecto exterior de la población de la Unión Soviética —en cuanto a trajes, costumbres, viviendas, etc.— viene a

ser el de Vallecas o Cuatro Caminos. Un madrileño que pasee por la avenida de Pablo Iglesias, en Tetuán, advierte en el público de aquella barriada que todos pertenecen a una misma clase. No hay más que trabajadores, proletarios. Unos con chaqueta, otros en mangas de camisa. Algunos con corbata. Pero todos, desde luego, van al taller o vuelven de la fábrica. Todos viven de un esfuerzo, de una jornada. Esa misma impresión recibe el viajero en Moscú, si añade a los detalles de la indumentaria española las botas altas, la gorra de visera o la *rubasca*. Los movimientos, las actitudes, los gestos son voces, actitudes, gestos de fábrica o de taller. En las cooperativas, en los restaurantes, en los tranvías, la gente se conduce con esa franqueza y esa naturalidad de los obreros de Vallecas o de Cuatro Caminos. Hemos de advertir, aunque no nos crean, que las únicas colas que hemos visto en la calle eran para comprar papel impreso, periódicos o libros. Eso no debe extrañar si se tiene en cuenta que desde el primero de enero de este año se han impreso entre Moscú y Leningrado cincuenta y cinco millones de pliegos de dieciséis páginas y se han vendido cerca de cinco millones de libros. También se cuentan por millones los ejemplares de la prensa diaria. Repetimos una vez más que el nivel medio de confort es inferior al de cualquier país de primer orden de Europa, por lo menos en apariencia, lo que no tiene nada que ver para que en los restaurantes de fábrica y de taller los obreros coman aquí mucho mejor que la pequeña burguesía española.

El lujo es para los niños. Hay una serie de jardines de infancia —*detskiy sad*— donde las madres dejan por la mañana a los niños ya destetados que no tienen todavía la edad escolar. A media tarde, al salir de la fábrica, van a buscarlos o a quedarse con ellos hasta la noche. Es curioso ver pequeños de dos años y medio balbuceando en ruso. Me ocurre con ellos lo que al portugués en Francia. Una de las primeras palabras que aprenden es *tovarich*, porque es la que oyen con más frecuencia y la que van a necesitar antes. Ya en cuanto andan solos y pueden articular seis palabras juegan a la actuación colectiva, a las reuniones, censuran o aprueban el trato que se les da, reclaman más pelotas o más perros de trapo. O protestan colectivamente también contra la lámpara de cuarzo o contra el

solárium, a los que los someten demasiado tiempo. Claro es que se les hace caso siempre que no anda el médico por medio. Son pequeños anarquistas, que hay que educar poco a poco para la vida en común. Los días de buen tiempo —ahora, en primavera— están al aire libre y casi desnudos. Tienen todo género de juegos. Hay una muchacha por cada cinco o seis, que no los pierde de vista. Para los que ya tienen cuatro años hay pequeños gimnasios con pavimento de arena o corcho, donde pueden revolcarse a su gusto; médicos que los reconocen y establecen cuidados especiales y trato distinto. Al aire libre sólo pueden estar durante estos días de primavera y algunos —muy pocos— del otoño. Luego, el exceso de calor o de frío obliga a ponerlos a cubierto.

Ahí es donde los pequeños tienen sus palacios. Cada estación del año se les cambia el decorado. En primavera debe ser uno, y otro muy distinto en invierno. Hay colores calientes y colores fríos. Con el régimen de alimentación es necesario administrar también las impresiones visuales. Colores alegres, evitar aquellos que en determinadas circunstancias pueden ser deprimentes. Eso está perfectamente estudiado. Tienen también grandes libros de láminas con fieras, pájaros, flores, dibujados en color por pintores especializados. Pero estos niños son los que en cierto modo pueden desenvolverse por sí mismos dentro del radio limitado de un *detskiy sad*. Luego vienen los *jasli*, instituciones para los niños de pecho. Éstas abundan tanto como las otras, y en lugar de estar aisladas, en medio de jardines, están al lado de las fábricas, de los talleres y de las universidades e institutos. Las madres lactantes van a sus talleres y fábricas, a sus estudios en los institutos o universidades, e incluso a sus escuelas primarias, de analfabetos, con el niño, que dejan al cuidado de otras compañeras en instituciones tan confortables como las mejor dotadas de Europa. A la hora en que la alimentación del niño lo requiere, dejan el taller, la fábrica o la clase y van a darle de mamar.

Así como en la vida social y económica lo que ciega y enfebrece a todo el mundo es la estadística de producción —aquí toda la política es economía—, en la vida privada y de hogar la tiranía del niño es algo indudable e indiscutible. Trasciende a la calle y a la vida pública.

El niño ruso es un pequeño ser a quien se educa, nutre e instruye para brindar al mundo el día de mañana una mentalidad y un espíritu socialista puros.

VUELTA AL *BESPRIZORNYE*

Después de conocer estos datos y de haberlos comprobado personalmente, nadie extrañará nuestra indiferencia o nuestra fría curiosidad ante un *besprizornye*. Hemos visitado también el instituto que a dos kilómetros de Moscú tiene las puertas abiertas y la mesa puesta para estos niños aventureros. Hay otros de la misma clase en casi todas las ciudades soviéticas. En el de Moscú, varios centenares de chiquillos trabajan y estudian, juegan y corretean, educándose al mismo tiempo políticamente. Toda la organización está en sus propias manos. Ellos lo rigen y administran todo. Los profesores, los instructores, no hacen sino obedecerlos, y acatar sus acuerdos. Por lo menos ésa es la impresión que reciben los muchachos. La organización es perfecta. De entre estos muchachos se pueden escoger dos docenas de exasesinos, tres o cuatro de rateros y ladrones profesionales. Alguno hay que hirió de una puñalada a un pionero que iba a tratar de convencerlos a sus propias madrigueras. Hay que tener en cuenta que estos *besprizornye* no son los golfillos madrileños, civilizados y razonadores, sino verdaderas fierecillas en libertad, capaces de todo. El cajero de la secretaría general del instituto es un muchacho que tenía cuatro denuncias por robo. La confianza de todos sus compañeros al elegirle para ese cargo debió llenarle de asombro y fue la base de la conciencia de una responsabilidad social en la que quizá no había pensado nunca. Además, en sus manos el dinero está, sin duda, seguro. Conoce los riesgos que corre.

—¿Habéis visto —les preguntábamos— la película que han hecho sobre vosotros mismos, titulada *El camino de la vida*? En Madrid tuvo mucho éxito.

Un chico de unos nueve años contestó con vivacidad, y nos tradujeron la respuesta:

—Técnica y documentalmente, la película está bien; pero políticamente es sentimental y pequeñoburguesa. No nos extraña que gustara en Madrid.

EN EL HOTEL, EN LA CALLE. SEISCIENTOS MIL ATLETAS

Nuestra habitación da a un patio interior. Nos separa de la calle de Gorki una manzana de casas de aspecto modesto. Despertamos por la mañana. Nuestro reloj se ha estropeado durante el viaje y no sabemos la hora que es. La ventana está de par en par y el viento bambolea una cortina de tela de saco. Hay un sol pálido, y el viento, fresco, es muy agradable. El depósito del lavabo está vacío, y necesito agua. Toco el timbre, pero no acude nadie. Cojo la jarra y voy empujando puertas hasta dar con un cuarto de baño, bastante descuidado. En el hotel, en Berlín, no había ducha. En París, tampoco. Aquí he preguntado en vano. De pronto, al abrir una llave en la pila del baño, cae de lo alto el agua violentamente. Quedamos con la ropa calada. La ducha. Hemos encontrado la ducha. Frente a la pila hay una gran ventana que da a un espacioso patio interior. En las inmediaciones, otras ventanas, donde hombres y mujeres sacuden alfombras. No hay maderas ni cortinas. Se ducha uno, y la gente mira con indiferencia y sigue sacudiendo.

Desde las ocho de la mañana están desfilando por la calle de Gorki, con sus banderas y músicas, los jóvenes de la *Fizkultury*. Van a la Plaza Roja. Sus voces llenan la ciudad. Hacia las diez salimos del hotel. En apretadas filas de veinte desfilan, ocupando toda la calle, los chicos y chicas de la *Fizkultury*, grupos de obreros de las distintas fábricas de este barrio, con sus banderas. Van casi desnudos. Unos ligeros *maillots*, unas zapatillas de atletismo. Tipos fuertes, de todos los colores y edades: de quince a treinta y cinco años. El desfile comenzó a las ocho. Son las diez y siguen pasando. Banderas, carteles con alegorías: los obreros de aviación, de automóviles, de la edificación, de la metalurgia, las brigadas urbanas de saneamiento. A las once y media siguen desfilando todavía. En la lejanía, la calle de Gorki, recta y amplia, sigue pautada por las filas de cabezas y

hombros desnudos. A las doce, el desfile continúa. Nos dan cifras: «De este barrio, unos doscientos mil».

Chicos y chicas, mezclados. Las finas formas de las adolescentes, al lado de las líneas angulosas de los obreros. Cada quince o veinte brigadas, una banda de música, también de obreros. Todos cantan canciones revolucionarias, haciendo dos y tres voces. Las miradas perdidas en el aire, el paso firme:

Por los valles y montes
va la división roja
hacia la región del mar,
último baluarte
del ejército blanco.

Es la canción de los guerrilleros, la *Partizanskaya*. De este barrio van a la Plaza Roja cantando la *Partizanskaya* seiscientos mil jóvenes de quince a treinta y cinco años. Entusiasmo sencillo y severo, sin teatralidad.

Vamos a tomar nuestro desayuno al Torgsin, porque se nos han acabado los víveres, y anoche, cuando fuimos a la cooperativa, nos habíamos dejado el carné en casa. Ese carné es tan importante —la carta de trabajo— que al tratar de comprar sin él alguno de los artículos que se venden libremente tuvimos que desistir, porque hubiéramos agotado nuestros recursos. Un kilo de azúcar nos costaba treinta y dos rublos. Con el carné de trabajo nos cuesta solamente dos rublos. Ésa es una forma de la guerra de clases. Es necesario acabar de liquidar los restos burgueses, y nada mejor que cobrar a los *kuláks*, a los vagabundos elegantes o andrajosos, precios fabulosos.

El Torgsin está en otro barrio. Nos encontramos allí con otra gran avenida llena de jóvenes atletas que van a la Plaza Roja. Banderas, canciones. Un entusiasmo frío y tenaz. Éstos no son sino los jóvenes de la *Fizkultury*. Luego están los apretados escuadrones de la caballería roja, los batallones rojos de infantería, las brigadas de choque, los obreros armados, todavía los pioneros, los *komsomoles*, de uno y otro sexo. ¿Qué ejército podrían movilizar los Soviets? Y no sólo en Moscú, sino en todas las ciudades y aldeas de la Unión Soviética, más extensa que todo el resto de Europa. La ciudad está

embanderada de rojo. La hoz y el martillo, en el centro del trapo, color sangre, sobre el negro de los edificios modernos —negro de cemento granítico—, sobre el blanco de los antiguos palacios. La circulación ha disminuido mucho porque hoy no se trabaja. En el silencio de la inmensa ciudad las voces resuenan. Las canciones de mi barrio se unen con las de los otros sobre los tejados, bajo el trepidar de los aviones en lo alto y de tres dirigibles que evolucionan a gran altura. Aviones negros, triangulares, que suben y bajan con agilidad. Aviones también con la hoz y el martillo, de cinco motores, con dos cañones y varias ametralladoras. Ligeras escuadrillas de caza. Y más canciones y más banderas aún. Un avión desciende y llega a encajonarse entre las dos hileras de edificios, a cinco metros de las cabezas de los deportistas. Por un lado de la cabina asoma un puño, cerrado. El desfile se interrumpe. Todo el mundo se detiene. Millares de brazos desnudos se elevan en el aire, saludando. Los obreros saludan a su Ejército. Los que han construido el avión saludan a los que lo tripulan. No piensa en este momento nadie en las guerras con Europa. Piensan en los blancos vencidos y en la revolución en marcha. Centenares de miles de gargantas repiten con tesón: «Shli líjie eskadrony...». Y otras frases en las que figuran constantemente tres de las pocas palabras rusas que conocemos: *rabochi* —obreros—, *krestianski* —campesinos— y *krásnaia* —rojo—.

Efectivamente, aquí no hay más que proletarios. Aquí no hay más que una voluntad: la de los obreros. Se explica uno que vengan aquí trabajadores de países capitalistas y se encuentren turbados —como hemos visto días atrás—, y al marcharse, en la estación, lloren como chiquillos.

BLANCO Y ROJO ANTE EL KREMLIN. DOS AMIGAS EN EL *FIZKULTURY*

La Plaza Roja llena de atletas —blanco y rojo de los *maillots*— produce una impresión no menos imponente que llena de soldados. ¿No son soldados estos deportistas? Aquí todo el mundo es al mismo tiempo deportista, soldado y obrero. Es imposible diferenciarlos. Las mismas muchachas tienen, entre las filas, un aire enérgico y duro.

Serán capaces de vestir el uniforme y rodearse la cintura de granadas, dando el mismo rendimiento de un hombre, en las trincheras. Los diplomáticos extranjeros tienen que ver en esas muchachas soldados temibles, como en los obreros que desfilan con sus fusiles, y en los niños y jóvenes pioneros o *komsomoles*. Esa muchacha que hemos visto trabajar en la máquina de una oficina y saltar tres metros con la garrocha en un parque sabe manejar una ametralladora. En España no concibe nadie a su novia, a su hermana, arrojando granadas de mano. Aquí, cuando se ha atemperado la vista y el oído al ritmo ruso, no tiene nada de particular. Las imaginamos avanzando con los fusiles, con la ametralladora al hombro, sin ninguna sorpresa, porque en la vida diaria las vemos a nuestro lado hablar de todas las cosas con la misma desenvoltura y la misma firmeza de criterio que nosotros, sin la menor afectación de coquetería, sin la sombra de un prejuicio de sexo y mucho menos de un privilegio. Una muchacha desconocida os cogerá del brazo, os llevará de aquí para allá en un museo hasta haceros comprender por qué la ficha policíaca de Plejánov, en 1902, dice una cosa, y en 1908, otra distinta. Os presentará a otras muchachas que os darán su mano fuerte y musculosa con sinceridad, se agarrará a vuestras solapas para repetiros en una especie de esperanto —francés, alemán, inglés — algo que no acabáis de entender, y vosotros les cogeréis el brazo desnudo o el talle sin preocupaciones. Las veréis musculosas, decididas. Y, sin embargo, tienen a veces expresiones de dulzura, como la más femenina occidental. Si las tratáis con aire protector, no os entenderán. Rechazan la protección y no toleran fácilmente el dominio. Son tan fuertes físicamente como vosotros, están más enteradas de la política internacional que vosotros, saltan o nadan mejor que cualquiera de vosotros. Ganan a lo mejor en la fábrica, en la oficina, más sueldo que un hombre. En uno de los parques que hemos visitado hemos visto una avenida flanqueada de grandes bustos de *udarniks*, merecedores de consideración excepcional. Obreros de choque distinguidos. Una de esas muchachas nos decía emocionada: «Estos camaradas han trabajado muy bien por la construcción socialista».

Entre ellos hemos visto algunos bustos de mujeres. La mujer rusa lleva su belleza en la piel, en la lozanía del cuerpo. Sustituye el tocador por los gimnasios, las duchas y el río Moscova, donde las hemos visto nadar completamente en cueros. Niños y hombres nadaban también totalmente desnudos. La preocupación sexual no existe aquí. Estas reflexiones nos las hacíamos en la Plaza Roja, totalmente llena de atletas. Habíamos oído al pasar que dos chicas gritaban desde la fila: «Tovarich ispanski!».

La una trabaja en el buró central de librería. La otra, en el restaurante de los escritores. Llevaban sus frescos muslos al aire. Luego las perdí de vista en aquella muchedumbre alineada y geometrizada. Más tarde volví a verlas, cuando desfilaban para disgregarse. Toda la inmensa explanada, durante media hora, flameó de banderas y canciones. El entusiasmo por la revolución socialista —en marcha con la misma fiebre y el mismo tesón heroico que en 1917— es algo que nadie podrá imaginar si no lo conoce de cerca. Es inútil leer en Madrid o en París, formarse opiniones apriorísticas. Se habla de la disciplina. Esta misma fiesta de la Plaza Roja, proyectada en las pantallas de los noticiarios españoles, será una cosa muy distinta de la realidad. Dará una impresión falsa de la disciplina. Nosotros hemos sido soldados de un ejército en guerra. Sin embargo, la sensación de disciplina aquí es todavía mayor. Pero no es una disciplina de autoridades, de cuadros de mando y de órdenes terminantes, sino una disciplina que parte de «la base» —para emplear los términos rusos— y de un convencimiento y una pasión política individuales. En esta inmensa plaza, donde han afluido —sólo de nuestro distrito— doscientos mil hombres formados, no hemos visto un solo agente armado dando órdenes. Los lugares de emplazamiento de cada grupo, de las escuadras con las banderas, de las bandas de música los señalaban pequeños pioneros situados graciosamente en posición de firmes aquí y allá. Las formaciones gritaban, cantaban a placer. En un extremo era la canción de los obreros de aviación; en otro, las muchachas de las fábricas textiles. Los ecos de las diferentes músicas se entrecruzaban. Sólo se unificaron para cantar *La Internacional*. Cincuenta bandas de música le daban un ritmo reposado, pero firme y pujante.

Yo, deseoso de verlo todo, había cambiado de emplazamiento varias veces. De pronto advertí que cientos de miles de brazos desnudos se levantaban en el aire, agitándose. Se oían hurras y vítores. Miraba a un lado y otro sin comprender. Las dos muchachas amigas estaban cerca de mí otra vez y señalaban con la mano el túmulo de Lenin: «Los camaradas del Comité Ejecutivo».

Allí estaba el presidente de la Unión Soviética, el viejo campesino Kalinin, con su gorra proletaria, de algodón; su chaqueta parda. Reía, satisfecho, y levantaba la mano, saludando. En ese momento alguien me tocó el hombro. Eran dos escritores. Saludos, exclamaciones de sorpresa. Me preguntan si he visto el cadáver de Lenin, y cuando les digo que no me interesa se quedan estupefactos. Yo aclaro: «¿Para qué entrar a ver el cadáver si Lenin está vivo ahí, entre esas muchachas, en esas banderas, en estos himnos?».

No lo he visto ni iré probablemente a verlo. Me parece bien el túmulo, el mausoleo. Tiene una serena grandeza. Exhibir el cadáver me resulta de un sentido religioso primitivo y bárbaro, que no está de acuerdo con el espíritu de la vida soviética.

EN EL PARK KULTURY *ÓTDYJA*. TENIS, REGATAS, BIBLIOTECAS, CLUBS, TEATRO Y CINE

Ótdyja quiere decir reposo. Parque de Cultura y Reposo. Es uno de los grandes parques de Moscú, quizá el mayor. Por el centro pasa el río, cuyas aguas se han desviado en algunos lugares para formar estanques y cascadas. Por diez kopeks el tranvía nos lleva de *ulitsa* Gorki al parque. Además nos dan una sesión de masaje bastante más completa de lo que exigiría un entrenador de boxeo. Aunque el tranvía lleva tres coches, tomarlo —asaltarlo, mejor— es bastante difícil. Hay que subir por detrás y bajar por delante, como en Madrid; pero aquí subir por delante tiene el riesgo de la multa inmediata. Los coches son mayores, y entre la doble fila de asientos queda un espacio libre bastante amplio, donde nos arracimamos como podemos. Vamos entre una hermosa muchacha y un imponente viejo de barba y gorra de visera, que materialmente nos prensan. El viejo pregunta si nos vamos a apear en la primera

parada. Le decimos que no, y entonces forcejea para avanzar, haciendo cuña con codos y caderas. Se sitúa delante, hacia la plataforma anterior. La muchacha nos da diez kopeks. Los miro con atención, y en la duda voy a guardármelos para darle dos monedas de cinco kopeks, entendiendo que quiere cambiarlos; pero se echa a reír y me dice que los dé a los que están detrás de mí. Lo hago. La moneda pasa rápidamente de mano en mano hasta la cobradora, que entrega el tique por el mismo procedimiento. A veces le dan un rublo, cinco rublos, y los cambios, antes de llegar a su dueño, pasan por todas las manos del tranvía.

Llevamos bastante velocidad, y, sin embargo, tardamos casi tres cuartos de hora en llegar al parque. Cuando bajamos, esperamos a nuestros amigos, que deben ir en los otros coches. El tranvía arranca sin que los vea descender. Oímos nuestro nombre por allí cerca y encontramos a los tres amigos —dos chicas y un joven compañero de la MORP— esperándonos.

—¿Dónde estabas? —nos pregunta uno.

—Es que me había dejado un brazo en la plataforma y he vuelto a buscarlo —me disculpo.

Se lo traducen a las chicas y se ríen. Luego me dicen que dentro de seis meses se inauguran cinco líneas distintas del metro. Con ellas se descongestionará un poco la circulación.

—En esta ciudad hay sitio —añaden— para tres millones de habitantes nada más, y hay cuatro. Estamos en la misma entrada del parque. Pagamos en una taquilla treinta kopeks cada uno —en relación con el coste de la vida viene a ser treinta céntimos de peseta — y entramos. Hay una inmensa avenida con bancos rústicos, andenes de asfalto y de arena. A los lados se extienden los campos de deportes en todas direcciones. Grandes compartimientos con redes metálicas para el tenis. Explanadas para el fútbol. Recintos cercados para tirar al blanco. En todas partes, junto a un poste, sobre un quiosco, amplificadores de radio. La música de radio, bajo este cielo azul, sobre este paisaje domesticado —grandes postes entre los árboles con reflectores en lo alto—, resulta agradable. El parque tiene varios kilómetros de longitud, con sus bosques bravíos y todo. El río, orlado de bañistas y gente que toma el sol, trae todavía el agua un

poco sucia de los deshielos. Encontramos constantemente, junto a los andenes, pequeñas glorietas con estantes y libros. Una muchacha sentada detrás de una mesa de cemento recibe y anota las reclamaciones que se le hacen sobre los servicios públicos. Están distribuidas por todo el parque, y anotan también, para elevarlas al Comité de Kultury Ótdyja, las iniciativas del público. Algunos piden un nuevo club de lectura más cerca del río; otros, que instalen duchas en los mismos embarcaderos.

—Todas estas reclamaciones —nos dicen— estarán resueltas en la semana próxima.

Nos vamos al bosque más próximo. Los obreros saltan, con sus pantalones blancos o en *maillot*, para alcanzar con la raqueta la pelota. Las muchachas trepan por las escaleras fijas de un gimnasio al aire libre, saltan, siempre riendo. En este parque hay todo género de recreos, hasta de los que en España sólo conocen los aristócratas o los desocupados. Vemos muchachos con sus blanquísimas camisetas de *sport*, correctamente afeitados, que podrían ser estudiantes de Oxford. Son obreros.

Distribuidos por el parque hay clubs donde se merienda, se lee o se juega al ajedrez o al billar. Los salones de lectura tienen una gran mesa circular en el centro, llena de periódicos y revistas. Luego, otras mesas con cómodas butacas alrededor. El salón tiene una galería, a la que se sube por una gran escalera. Carteles revolucionarios por todas partes. La galería está encristalada, y los cristales cubiertos con cortinas claras. Parqué y alfombras de fibra vegetal. Al lado, otro gran salón con tertulia, juegos de damas y ajedrez y billares, lleno de obreros. Al lado del *tovarich*, vestido todavía de invierno, con el gran gorro de astracán encasquetado, encontramos a un atleta en *maillot* y a una muchacha con sandalias, bata blanca muy ajustada y dos pequeños círculos de tela de otro color, como adorno-insignia, junto al seno izquierdo o en el hombro.

Todavía hay otro departamento: un pequeño museo revolucionario. Banderas, armas de las que los mismos campesinos y obreros se fabricaban en los días de Octubre, autógrafos de Lenin con su letra ligada y veloz, fotografías policíacas de las principales figuras de la revolución, retratos de la juventud y de la infancia de Lenin, de

Plejánov, de Stalin, de Gorki. Nos quedamos en el club —después de agotar en el bosque las provisiones que llevábamos— hasta que se hace de noche. Hace calor. Un calor más desagradable que el de Madrid, porque Moscú debe estar a mucha menos altura sobre el mar. Comienzan a encenderse los tubos eléctricos de la portada de otros clubs lejanos. Los reflectores se encienden también, en racimos de cuatro o cinco, enfocados hacia diferentes lugares. El aspecto del parque es fabuloso. Dominan las sombras de la noche, que van llegando. Los reflectores se limitan a dar a los árboles y a las aguas cierta claridad difusa. Vuelven por las avenidas principales grupos de muchachos y muchachas casi desnudos, cantando. Uno pasa al lado de los cristales del club: «Naliválisia znamiona kumachom poslédnij ran».

Una amiga nos ha escrito con letras latinas estos versos, que son el estribillo de la canción y que hablan también de la derrota de la burguesía por los soldados rojos. La transcribimos para intercalar algunas impresiones fonéticas. Cuando salimos del club, el cielo está totalmente cubierto. Hay relámpagos azules y se oyen truenos en la lejanía. Los obreros siguen leyendo, jugando al ajedrez. Ante la proximidad de la lluvia, los que quedan en el bosque corren a los cinematógrafos, a los teatros o a los clubs. Muchos de los atletas que van desnudos cantan y esperan la lluvia con alegría. En un pequeño estanque donde siguen nadando los chicos bajo la luz de los reflectores y navegan las piraguas infantiles —siempre al cuidado de jóvenes guardias rojos, que van y vienen en una canoa llena de salvavidas—, se forman también los grupos de los que se van en dirección a la avenida de los tranvías. En cuanto se ponen en marcha comienzan también a cantar: «Kogdá sontse vzaidiot'i liudi smeiutsa». Que quiere decir una cosa muy simple y muy verdadera: «Cuando el sol aparece en el horizonte, el hombre se pone contento».

NOS TOMAN POR RUSOS. MULTAS EN LOS TRANVÍAS

Nos han multado varias veces por subir a los tranvías en marcha y por apearnos sin acabar de detenerse. Un rublo. Invariablemente, la

multa es de un rublo. Se acercan dos jóvenes vestidos de paisano y sacan un bloc después de hacer visible una placa en la camisa. Tienen el aire menos autoritario que se puede imaginar. Les dais el rublo, os entregan un papel impreso, en el que antes hacen con lápiz unos garabatos, y hasta otra. Digo esto porque es más cómodo pagar un rublo que romperse un brazo al subir o bajar entre el tumulto, en el lugar de la parada. Muchas veces nos zafamos. Podemos escurrir el bulto, porque esta ordenanza del Soviet no alcanza a los extranjeros. Pero en otros casos no nos han querido creer. Nos han tomado por rusos y no ha habido manera. Yo les hablaba en español, me encogía de hombros. Los jóvenes —pertenecen casi todos al Komsomol— me miraban con escama y se reían, creyendo que fingía la extranjería y admirados de lo bien que improvisaba un idioma desconocido. Tanto les divertía que acababa yo riendo también y diciendo alguna frase en ruso, que por cierto nosotros, los españoles, pronunciamos muy bien. Esto agravaba la cuestión. Acababa dándoles el rublo y marchándome. Como no llevo el pasaporte, porque se lo quedan los del comité responsable del hotel, no había manera de convencerlos. Yo no sé por qué razón me toman por ruso. Pero no deja de tener gracia que en Francia me consideraran alemán, y en Alemania, italiano. Que nadie me considere español, con lo que a mí me gusta.

Esto de creerme ruso se ha repetido con frecuencia. En la calle se acercan a hacerme una pregunta. En el tranvía me preguntan también, a veces, si para ir a tal o cual sitio deben apearse en un lugar u otro. En el trayecto hasta la casa de un buen amigo, el secretario de la MORP, Ludkiewicz, donde estoy invitado a cenar, tengo ocasión de comprobar esa misma observación varias veces. Mi amigo vive con su compañera en una casa colectiva al otro lado del río. El tranvía pasa un largo puente de hierro. Junto al mismo puente hay unas casas colectivas inmensas, de color negruzco y líneas duras y geométricas. Infinidad de ventanas se alinean en filas horizontales y verticales.

—Aquí —nos dicen— viven casi todos los miembros del Comité Central del Partido.

Como la crisis de vivienda en Moscú es bastante intensa, todo el mundo reduce su espacio en lo posible. Los que más, tienen dos

habitaciones: un dormitorio y un cuarto de trabajo. Los miembros del Comité Central del partido también viven así. Participan, como es natural, de la crisis en la misma medida que los demás. A la comida viene también un «general de Cuerpo», la equivalencia de un mariscal francés. También ese hombre, que tiene autoridad sobre centenares de miles de soldados, vive de la misma manera. Una sola habitación, con una cortina que separa la cama y otra que delimita el espacio de la ducha y el lavabo. Trabaja en su despacho oficial. Para la vida colectiva, para el trabajo en las organizaciones, naturalmente, no se regatea el espacio. Círculos, comedores, cooperativas, escuelas, teatros. Todo es espacioso, amplio, confortable. Para la vida individual y el desarrollo independiente de esa vida, las dificultades se acumulan. Hemos visto a grandes poetas viviendo en ocho metros de espacio, entre la cama plegable, la pequeña mesa de trabajo y unos estantes con libros. Si no supiera que es una necesidad, pensaría que era un recurso para obligar al ciudadano a reunirse con otros, acostumbrarle a la sociabilidad y a tratar en común todas sus cuestiones.

En el tranvía enseñamos a un desconocido un papel con la dirección de nuestro amigo, y para explicarnos dónde debemos apearnos se barajan palabras de cuatro o cinco idiomas. Ya allí nos apeamos. La casa es inmensa y tiene cuatro o cinco entradas a distintas calles. Penetramos por un estrecho pasaje. Vamos a tomar el ascensor cuando oímos que nos llaman.

Una muchacha está sentada detrás de una mesa con un pequeño bloc delante. Corta una hoja y nos la ofrece. Cinco kopeks. El ascensor cuesta cinco kopeks. Subimos y encontramos allí ya a diez o doce escritores y poetas. V. Stavsky, autor de *Razbeg*, que hemos visto la otra noche en el Teatro Realista, tiene un aire mitad campesino, mitad militar. Lleva una rubasca blanca de lino, con cinturón; botas altas y la cabeza afeitada.

Aparenta cuarenta y ocho años fuertes y firmes. Yo lo consideraba más joven, y no me equivocaba, porque tiene treinta y dos años. Bien es verdad que a los diecisiete andaba ya matando blancos. Después, a lomos de los tractores, por esas llanuras. Y mítines, reuniones. Y todavía lectura y estudio por la noche. Escribe dramas de un

realismo pujante y optimista. *Razbeg* es un primor dentro del género.

LOS «CAMARADAS LUDKIEWISZ». UN GENERAL Y UN SOLDADO

Hemos observado que aquí los escritores no hablan apenas de literatura, sino de política. Bien es verdad que hay dos frentes literarios: el de los «puros» y el otro. El primero fuma egipcios, bebe licores y juega a las cartas, como en Francia. Habla de la lírica con la misma terminología de París o Madrid. Aunque son compañeros muy corteses, nos interesan menos que los otros. Hacer un viaje tan largo para encontrarnos al fin con una tertulia de café madrileño sería absurdo. Con toda la gratitud que guardamos para sus atenciones, debemos reconocer, sin embargo, que es mucho más interesante la conversación de los compañeros que nos rodean esta noche. Tretiakov, Ludkiewisz, Stavsky hablan de todo menos de literatura. Cuando yo planteo al final la cuestión literaria —porque me conceden espontáneamente la palabra y no hay más remedio que hablar—, me contestan y aclaran los puntos que expongo con una justeza de matiz admirable. Estamos unos veinte comensales, algunos con sus compañeras. La de Ludkiewisz es profesora en la universidad. Ludkiewisz tiene una *politesse* francesa con cierta expresividad española, llena de cordialidad y simpatía. Habla y ríe constantemente. Su compañera parece más rusa. Va y viene, multiplicándose. Es rubia y fuerte. Menos activa que el marido, se ve que del trabajo intelectual hace el principal objeto de su vida. Entre los comensales está también el profesor de Filología latina de la Universidad, Fedor Kelyin, que fue un aristócrata antes de la revolución y que en los años anteriores al 17 dio su fortuna para los trabajos de conspiración y propaganda. Este gran amigo Kelyin lo es de todos los españoles. Habla español perfectamente. Y francés, italiano e inglés. Es mi providencia en Moscú. Un general —no recuerdo el nombre—, con su uniforme severo y simple. Me lo presentan como escritor. Es también escritor. General de una graduación superior a la de brigada y división. Yo estoy asombrado

de poder hablar sobre cuestiones literarias con un general. Su compañera es morena y bajita. Tiene una cabellera negra y crespa, de caucasiana. El general tendrá unos treinta y ocho años. A su compañera la hemos visto trabajar en un puesto de segundo orden de la MORP. Están perfectamente enterados del movimiento literario europeo, que les interesa especialmente a partir de Zola, al que consideran un escritor pequeñoburgués, que reaccionó contra su medio, logrando a veces libros verdaderamente revolucionarios. En España no recordamos haber podido hablar con un general tres minutos seguidos, entre otras razones, porque yo no entiendo de caballos ni de marcas de vinos, que son su fuerte. Relaciono estos juicios del general, maestro en esa discreción de finos matices, tan difícil de hallar entre los militares, con los desfiles de aviones de guerra y de dirigibles, de tanques y de secciones de ametralladoras.

—Por ahí existe la impresión —le digo— de que tienen ustedes el mejor ejército del mundo.

El general hace un gesto que podría ser de resignación, y dice:

—Es indispensable. Sería ridículo oponer a los ejércitos imperialistas razones sentimentales de pacifismo.

En Marruecos, con dos compañías de muchachos hambrientos y andrajosos, el general Silvestre desafiaba al mundo en 1921, cuando lo de Annual. Actualmente, hablar con un general español en activo o en la reserva es escuchar una serie interminable de juicios contundentes: la superioridad del acero de los fusiles, del motor Hispano de aviación, de los caballos andaluces y del soldado español, sobre los aceros, los motores, los caballos y los soldados del resto del mundo. Yo no puedo imaginar la conducta de un general español con un ejército como el de la Unión Soviética. El general saca de un bolsillo un periódico y lo desdobla.

—Es —advierte— el diario de un regimiento de infantería. He aquí —añade señalando con el dedo una columna— la opinión de un soldado sobre el libro de Valle-Inclán *La reina castiza*, traducido al ruso.

Se acercan Tretiakov y dos muchachas. Comenzamos a hablar del fascismo alemán. El caso de Hitler es un desesperado intento de retroceso. Se quiere hacer regresar la vida alemana todo lo posible,

porque la cultura, la técnica, la industrialización y la proletarización del obrero llevan al país al comunismo. La quema de libros es un acto subconsciente, donde se revela una vez más esa necesidad de destruir la cultura internacionalista posterior a la Revolución francesa. El caso de Hitler no ha impresionado a estos hombres. Lo consideran un acontecimiento natural en el proceso de descomposición de la burguesía. Estaba previsto. Hay una gran seguridad en esos juicios. Se adivina detrás la actividad de los hombres del campo, de la fábrica, del cuartel, que dan a la dialéctica marxista una comprobación de hierro y acero. Hay tres fábricas en la Unión Soviética —una en Leningrado, que vamos a visitar— que dan cada cinco minutos un tractor en disposición de ser utilizado inmediatamente. Los mecánicos capaces de manejarlos y repararlos salen de las escuelas más despacio. El obrero tiene un fusil en su casa, y el soldado, un volante, una palanca en la fábrica. Movilizar a diez millones de hombres perfectamente dotados con el material más moderno de Europa sería aquí cosa de muy pocos días. Y, sin embargo, la política exterior de la URSS es pacifista. La diplomacia rusa es la única que desarrolla una política verdaderamente pacifista. «Si no fuera por nosotros —me decía el otro día una muchacha estudiante que preparaba en una biblioteca su tesis de licenciatura sobre la Comuna de París—, Europa estaría otra vez en guerra. El comunismo es ya de hecho la única solución pacifista, porque si no se ha declarado la guerra ha sido por la coacción moral de la Unión Soviética y de las secciones europeas de la Internacional.»

El general, amable y culto —como un occidental—, tiene, sin embargo, una extraña firmeza al tratar las cuestiones teóricas marxistas. Una tenacidad por donde se vislumbra a veces al místico. No es ésta la palabra. Al místico de la dialéctica, porque el de aquí es un misticismo sin metafísica, un misticismo que todavía carece de palabra para expresarlo con exactitud. Al hablarnos del general nos han dicho: «Es un gran organizador».

La estrategia es una cosa. La organización, otra. A mitad de la comida llegó un soldado con unas pruebas de imprenta. Pasó a la habitación. El general se levantó de la mesa y se sentó en una cama turca. A su lado, el soldado. Revisaron las pruebas. El soldado le

hablaba como a un compañero: «*Tovarich* comandante». No vi la más pequeña muestra de que el soldado estuviera coaccionado por la autoridad del general. Hablaban también de cuestiones teóricas, de algo relacionado con las pruebas impresas. Cuando se fue el soldado, nos dijeron: «Estos muchachos tienen una sólida preparación marxista. La mayor parte son también excelentes organizadores».

Ése es el riesgo que ve el capitalismo en el Ejército ruso. La estrategia puede ser la misma en Inglaterra que en Francia y en la Unión Soviética. Pero allí donde estos soldados pongan el pie dejarán al proletariado organizado, con el fusil junto al teléfono socialista y al escritorio, de donde saldrán órdenes en papel timbrado con la hoz y el martillo. Ése es el peligro que ve Inglaterra y que conoce Alemania.

PALABRAS FRÍVOLAS DEL FORASTERO. LAS PRIMERAS IMPRESIONES

Fuimos dando nuestras primeras impresiones. Como había algunos que no sabían francés, fui hablando despacio para dar tiempo a que se las tradujeran al ruso. Mi primera impresión era —creo haberlo dicho ya— la de llegar no a una ciudad, sino a un campamento. Llevo veinte días aquí y no he tenido que rectificarla. Cuatro millones de soldados —mujeres y hombres— van y vienen, trabajan y discuten, en pie de guerra. No veo al enemigo por ninguna parte, y los primeros días ésa era mi preocupación constante. Por fin, hoy creo haber dado con él. Está dentro de la ciudad. En la posible desmoralización de los unos, en la traición de los otros. Está también en el origen de mis camisas europeas, de mis cigarrillos españoles, en todo lo que traigo del mundo que he dejado detrás. Pero, sobre todo, en la amenaza del ensueño supersticioso, del éxtasis, de los viejos vicios orientales y ultraoccidentales, ya liquidados aquí. Yo vivo todavía en Moscú —les dije— como en un campamento. Recuerdo muchas veces mi vida en Marruecos. Naturalmente que aquí es más cómoda y que tiene una lógica poderosa, cosa que nos faltaba en África; pero la sensación de actividad, con un solo fin, y de desdén absoluto por las formas exteriores de la vida propia y la de los demás es muy parecida.

Yo no pertenezco ni he pertenecido nunca a ninguna organización política. Por eso mismo, en un momento dado, puede que mis opiniones tengan cierta objetividad. Creo que la lucha, el esfuerzo, la acción revolucionaria de un ciudadano que trabaja son mayores aquí que en aquellos países donde los partidos comunistas luchan más intensamente contra el capitalismo. Cualquier viejo luchador español, francés, después de veinte años de duro combate, llega a la Unión Soviética y tiene que reconocer que, al lado de la capacidad de organización y de trabajo sistematizados de los obreros rusos, él no representa sino un diletante o un rebelde, sin otros impulsos que lo sentimental. Pero estas observaciones de carácter general son casi todas satisfactorias para los rusos. Hay otras de carácter muy personal que son casi siempre desfavorables o, en el mejor caso, neutrales. Son observaciones de literato —diréis—, pero yo os aseguro que no soy literato, que escribo libros y artículos porque no sé amasar cal y arena, ni curtir cuero, ni conducir un tranvía, ni siquiera multiplicar ágilmente en una oficina. Porque es lo único que sé hacer para vivir.

Una observación neutral es la siguiente: Estoy muy extrañado de oír hablar español en la calle, en el tranvía, en todas partes, sin poder descifrarlo. De pronto, oigo a mis espaldas una frase: «Mañana es jueves». Podría pensar que el que ha hablado es español, porque ha dicho, efectivamente: «Mañana es jueves». Sin embargo, el contenido de esa frase no tiene relación ninguna con el calendario. Quiere decir, quizá, que ha muerto su tía o que va a las tareas de la *Chistka* —asambleas de depuración del Partido Comunista. Esta observación les hace gracia. Afirman en corros, aquí y allá, riendo. Las otras observaciones de literato son que en el ambiente intelectual las mujeres han asimilado mejor el nuevo espíritu que los hombres. Me refiero al ambiente «pequeño intelectual», a los que a sí mismos se llaman «intelectuales», que no son, ni mucho menos, estos compañeros que nos rodean. Lánguidos caballeros de espíritu infecto y largas melenas que todavía suspiran hablando de Montparnasse, los únicos que aquí me han dicho: «Merci, monsieur» y «S'il vous plaît», cosas que desentonan de una manera terrible con el ambiente. En su mayor parte son traductores y poetas fracasados, que no

sienten la alegría del trabajo constructivo, y que si se llaman a sí mismos comunistas, sienten el comunismo de una manera lírica. Estas observaciones les hacen sonreír. Quizá tienen la misma opinión que yo, pero la cuestión «pequeño intelectual» aquí interesa poco al lado de la actividad creadora de tantos millones de obreros y campesinos.

La novela, el teatro, el cinematógrafo, la escultura y la arquitectura llevan aquí una gran ventaja a las del resto de los países. Las que están en el mismo plano o más atrasadas aún son la pintura y la música. Me molesta la falta de control en la música. Es extraño que den por la radio tanta música italiana en un país cuya música popular es fuerte y ascendente, y donde los oídos están hechos al ritmo de los motores y a la dura prosa de los letreros sobre tela roja. Finalmente, brindamos por los escritores proletarios soviéticos, y Ludkiewisz me contesta brindando por los escritores revolucionarios españoles. Todo sin ninguna solemnidad, naturalmente; con camaradería de campamento, de fiesta en la cantina o en la tienda del compañero. Alguien aparta vasos y platos para hacer unos juegos de manos, que son muy celebrados. De pronto, llega el profesor Kelyin con una confidencia:

—Esa compañera me encarga que le diga que tiene usted una risa muy española, pero que lamenta el que se ría usted pocas veces.

Vamos allá, dispuestos a reír hasta la consumación de los siglos. No me había parado a pensar; pero, efectivamente, ella tiene una sonrisa muy rusa. Si fuera un literato brillante, explicaría en qué consiste eso.

SÍNTESIS DE DOS CONTINENTES. CUENTO DE DOBLE FILO

La Strasnaya, o plaza de las Pasiones, es uno de los centros típicos de Moscú. Como Berlín, Moscú tiene perspectivas cortas, se mire desde donde se quiera. El único barrio donde las líneas de los tejados juegan con las curvas de los puentes y con la raya del horizonte es el del río, por la parte que da a las murallas del Kremlin o a la muralla china, que está al lado. Ésta bloquea un barrio que ayer fue de ricos

mercaderes y que hoy está inundado de cooperativas, almacenes y talleres. La Strasnaya es una plaza chata, que por un lado tiene una gran iglesia cubierta de carteles y letreros revolucionarios. Está convertida en museo antirreligioso, un museo que a los republicanos clásicos españoles —anteriores a la Constitución y a la reglamentación seudolaicista— les haría verdadera gracia, aunque no podrían identificarse de ningún modo con el sentido político que lo orienta.

Los republicanos clásicos españoles son nada más anticlericales, no antirreligiosos. Por el contrario, su anticlericalismo tiene a veces una intención moralizadora más cristiana y católica que la devoción de los curas. Ese museo es antirreligioso con un espíritu político de clase. Es bastante visitado por los viajeros del Intourist y por los campesinos viejos, que todavía no acaban de salir de su asombro. Hemos visto a una vieja de ochenta años santiguarse al pasar frente a esa iglesia. Debe ser analfabeta, porque la torre está cubierta de grandes letreros: «La religión es el opio del pueblo».

La plaza, que es baja y mezquina de perspectivas, se levanta por un costado con un edificio negro. En lo alto, unas letras blancas que de noche se iluminan: *Izvestia*. Un poco más a la izquierda, otro gran letrero: *Pravda*. Ésta es una palabra que se oye por ahí todo el día. *Niet pravda* —no es verdad—, o simplemente *pravda*, con interrogantes, preguntando.

La Strasnaya es una síntesis de Moscú, y Moscú lo es de Europa y Asia, incluyendo, naturalmente, en el Asia a las razas islámicas. No hay duda de que tiene que ser, durante algunas horas del día, el espectáculo mejor que se puede ofrecer a un viajero curioso. Pero esta plaza, que resume toda la vida de Moscú, tiene dos fisonomías: una para el turista y otra para el político. Para el turista resulta misteriosa, contradictoria, incomprensible. La cruzan tranvías y camiones. Las muchachas chóferes sacan su brazo desnudo por los costados del carruaje para hacer parar a los de detrás, con los ojos fijos en las señales luminosas automáticas. Hay unos quioscos de bebidas —limonadas y cerveza de muy baja graduación— y otros, automáticos, donde se sacan tiques para el autobús. Junto a uno de ellos vemos a un *kulák* fugitivo del sur —siete días de tren— remover

lentamente sus harapos al sol. Tiene frío. No lejos, un chico del norte —cerca del círculo polar— pide a la mujer que riega la calle que dirija sobre él la manga. Si observamos al público que circula por esta plaza, veremos que aquí, como en tantos otros lugares donde la actividad de la gran ciudad se mezcla y entrevera, no se advierten categorías sociales. ¿Existen las clases? Desde el punto de vista político y económico, todavía subsiste su escondida amenaza; ésa es la razón del rigor de la política económica interior que hace la vida totalmente imposible a los que rehúyen el trabajo e impone severos castigos a quienes tratan de especular con el trabajo ajeno. Esto último, en la Unión Soviética, es hoy imposible; pero no faltan quienes tratan de acumular riqueza usando todos los procedimientos, con una tenacidad, un sigilo y una audacia increíbles. Las dificultades con que deben tropezar son también un alarde de organización, en el que juegan el primer papel la finura psicológica de los orientales y la férrea teoría del Estado. El Estado llega a todas partes, diluido en la vida entera de la Unión. Sus representantes inundan los lugares de trabajo, la calle, las cooperativas. A veces, con gorra proletaria; a veces, con casco militar o con el gorro de astracán del campesino. Hombres o mujeres, es igual. En la Strasnaya hemos ido a preguntar a un guardia del Soviet —encargado de la circulación— qué tranvía debemos tomar para ir a un barrio lejano. El guardia estaba de espaldas. Al volverse, nos encontramos con un rostro de mujer encuadrado por el casco y el barbuquejo. Es guapa. Su expresión, dulce, está subrayada por la frialdad severa de su mirada. Nos contesta y nos alejamos sin darle las gracias —aquí no se usa— para quedarnos luego mirándola desde una esquina. Abre los brazos, gira sobre los pies. Con esos movimientos, que naturalmente en una mujer tienen siempre gracia, la circulación en este laberinto va como una seda. Desde un pequeño estrado de madera, esa muchacha —que tendrá veinticinco años— se hace perfectamente visible. Un amigo, profesor de lenguas orientales, que no sabe español, pero conoce un poco el francés y el alemán y, desde luego, perfectamente, quince o veinte idiomas y dialectos orientales, nos ha contado en la Strasnaya un cuento de doble filo. Un cuento soviético que tiene emoción política y gracia

callejera a un tiempo. Cuando nos falta alguna palabra recurrimos al selha, al dialecto árabe-berberisco, que se habla en la zona de Melilla y que él sabe perfectamente. He aquí por dónde el selha que aprendimos en Marruecos, y que todavía retenemos en cierto modo, nos ha sido útil en la Strasnaya.

Un obrero va con su niño de seis años por la Plaza Roja. El niño señala el mausoleo de Lenin y pregunta lo que hay dentro. El padre le contesta. El chico insiste:

—¿Y quién fue Lenin?

—Lenin fue —responde el padre— el que nos quitó las cadenas, hijo mío.

El niño pregunta todavía:

—¿Y qué son cadenas?

Esto tiene para los bolcheviques veteranos una gran emoción. Para hallar el segundo filo de este cuento hay que cambiar de protagonistas. El padre es judío. El hijo, naturalmente, también. El padre no es comunista, pero se adapta a regañadientes al régimen soviético.

Cuando el chico le pregunta qué son cadenas, el padre mira a su alrededor y, bajando la voz, le dice señalando los bolsillos del chaleco:

—Unas cadenas que tu tío Isaac y yo llevábamos aquí, de oro macizo.

BANDERAS DE LUTO. SIGUE LA IMPRESIÓN DEL MISTICISMO DIALÉCTICO

En la Strasnaya y en la plaza del Soviet, en *ulitsa* Gorki y en todo Moscú, han izado hoy la bandera roja con franja negra, de luto. Ha muerto alguna persona importante, o se trata de alguna conmemoración. Ya nos enteraremos. De momento seguimos en la Strasnaya. La gente lleva, como siempre, un paso vivo y mecánico, y en los ojos se advierte cierta lejanía. Son los ojos que corresponden a eso que hemos dado en llamar, mientras se inventa otra palabra mejor, misticismo dialéctico, o sea, un misticismo sin espíritu

religioso, sin ese espíritu de Occidente, siempre —quiérase o no— bajo la sugestión religiosa del hombre-dios.

Nuestro amigo dice que ellos no advierten estos matices y que les conviene mucho que vengamos los extranjeros a decírselos. Viven metidos en el torbellino, vertiginosamente. Pero ese impulso formidable que les permite mecanizarse en absoluto sin dejar de sentir perfectamente completada su vida parte de la sensación de lucha, de revolución en marcha, que recibieron el año 1917, y que todavía no los ha abandonado. Aquí no se hace una vida voluptuosa. No hay tiempo para la introspección ni para saborear el vacío de una hora, ni siquiera para detenerse un instante a interpretar los propios actos desde un ángulo individualista. Aquí cada cual trabaja con fiebre, pensando que su actividad es necesaria para el triunfo de la revolución. No tienen una idea local ni nacional de ese triunfo. Saben que todo el mundo los mira y que los obreros de los demás países sueñan con ellos. Desde este punto de vista, la labor de estas colmenas febriles de Moscú, de Leningrado, de Magnitogorsk, de Bakú, de Stalingrado, de Dniepostroy, son el hecho histórico más importante de este siglo. No sabemos lo que va a suceder en los setenta años próximos, ni si esta misma actividad creadora llegará a producirse en otro país; pero desde luego se puede asegurar que cualesquiera que sean los acontecimientos no se podrá superar.

Esa impresión de lucha heroica, limpia de efectismos, procede —hemos dicho— de la sensación de combate no interrumpido que ha dejado la guerra civil en todos los ánimos. Hay que ser héroe. Pero el heroísmo y el sacrificio carecen de importancia en sí mismos. Significan sólo lo que de creación puedan dejar en la vida soviética. Así, esos obreros que han terminado su jornada en la fábrica y podrían quedarse, bien afeitados, con su pantalón blanco y su camisa de *sport*, jugando al tenis o al billar en su lugar de trabajo, prefieren celebrar asambleas extraordinarias para intensificar la producción o mejorarla, sin que el Soviet les haya hecho ninguna indicación. Quieren que la raya roja de sus gráficos de producción suba un poco más. Van a las asambleas y después se enrolarán en un trabajo voluntario y gratuito o limpiarán sus fusiles cantando a coro, luego de hacer seis kilómetros de marcha para tirar al blanco. Es la

revolución. Ellos son los constructores y los responsables también. Ante sí mismos y ante sus «hermanos» del resto del mundo. A primera vista, y ante unos ojos poco amigos de profundizar, esto tiene el carácter de una locura colectiva. Podríamos preguntarnos si todo eso es necesario para conservar el régimen soviético o, por lo menos, para sostener el bienestar actual del proletariado ruso, muy por encima ya del nivel de la clase media de los países capitalistas. Pero es que la tensión de nervios es aquí muy elevada. Y está plenamente justificada por factores psicológicos. El régimen tiene muchos enemigos declarados o encubiertos que actúan en todos los planos, desde el del crimen monstruoso —la revolución en marcha enloquece a viejos rusos blancos— hasta el sabotaje, dentro de la burocracia o de la técnica superior. Los casos que se producen son estudiados con calma y serenidad y juzgados inapelablemente. Llegan a conocimiento de los obreros y justifican una vez más su fiebre creadora, su tesón, su reiterado esfuerzo. Algunos de esos casos monstruosos se suelen dar a conocer todos los años para la primavera, que es la época de los deshielos, y resucitan con vigor en la conciencia de las gentes los días verdaderamente trágicos de la guerra civil. En Moscú, en Leningrado, aparecen de pronto al disolverse la nieve, aquí y allá, cadáveres. Los cuerpos presentan heridas de arma blanca o señales de estrangulamiento. Después, con las averiguaciones policíacas van apareciendo los culpables. Se recuerda aquí un caso relativamente reciente de un viejo que fue oficial del zar y que vivió algunos años al margen del régimen soviético, con dinero que le enviaban sus compañeros expatriados. Este hombre —que cuando fue detenido padecía una locura taciturna — había asesinado a sesenta personas. Junto a su casa había otra semiderruida. El viejo era un religioso maníaco. Llevaba siempre su rosario y sus escapularios. Atraía con su apariencia beatífica a algunas viejas devotas y las asesinaba para robarles un poco de pan o de manteca. El cadáver iba a parar a las ruinas inmediatas y la nieve se ocupaba de ocultarlo. Hacía lo mismo —usando diferentes medios de convicción— con niños y con algunos campesinos incautos. Cuando lo detuvieron dijo que tenía varios lugares donde escondía a sus víctimas, y fue revelándolos poco a poco. Su manía era religiosa y

aristocrática. En la cárcel, hasta que lo ejecutaron, se pasaba los días rezando y acusando de herejes a los empleados de la prisión. Otros casos de locura de origen político, más o menos recientes, han desembocado también en el crimen. Hoy la gente está apercibida y el nombre y el aspecto de una persona desconocida no le dicen nada. Tiene que saber el lugar de trabajo, la cooperativa donde compra, para darle el título de ciudadano soviético, que inmediatamente otorga aquí al individuo la confianza y la jovial camaradería de los demás en todas partes, a todas horas.

En esta Strasnaya, si se pudiera analizar la vida de cada uno de los que en un instante dado coinciden en ella, encontraríamos, probablemente, todos los tipos representativos de la nueva Rusia. Bastaría con contar sus vidas para que todo el mundo se hiciera una idea exacta de la revolución, de la labor constructiva alcanzada, de lo que falta por hacer, de los peligros y de las esperanzas. Aparecerían todos los aspectos de la política comunista interior, exterior, las nacionalidades, el sabotaje activo o pasivo, el espíritu nuevo y el viejo espíritu que aún se resiste. Los tipos son muy diversos. Lo único que los identifica es esa mirada lejana, ese misticismo —dialéctico— (y permítasenos insistir otra vez en la contradicción) en el que arden todos. El aspecto, en general, es mucho más saludable y fuerte que el de la población española. Se hace mucho deporte. El alcohol —aunque por la noche hemos visto algún borracho— no es un problema de higiene pública. Por un rublo —la equivalencia de una peseta en la vida soviética— se compran botellas de vino ruso fuerte, denso, exquisito. Mejor que prohibir el alcohol es vender buen vino a precios bajos. El problema del alcoholismo está en Madrid en el valdepeñas artificial, por un lado, y por otro, en la constante insatisfacción moral, que lleva a las gentes a la desesperación. Aquí, donde la gente está ebria de porvenir y tiene por muy poco dinero un vino exquisito —más tanino y azúcar que alcohol—, el borracho es una verdadera excepción. Se llega casi a la conclusión de que un borracho no puede ser un verdadero ciudadano soviético. Será un pope o un *kulák* en liquidación. Desde luego, un contrarrevolucionario. En la Strasnaya hemos visto a esa muchacha en uniforme de guardia roja detener a un borracho. Se había apeado

del tranvía en marcha y cayó como un saco sobre el asfalto. Inmediatamente se levantó y comenzó a insultar a los viajeros. La muchacha sacó un silbato del bolsillo, y el borracho se la quedó mirando. Ella le ordenó con un gesto que se acercara. El beodo fue aproximándose con recelo. Ya a su lado, comenzó:

—*Tovarich*...

Ella negó con la cabeza:

—*Niet tovarich* —Nada de camarada.

Tenía la escena cierto aire de juego de niños. El borracho se quería marchar, pero ella lo contuvo con un gesto, sin tocarlo. El borracho la insultó. La miraba pensando, quizá, que con un buen puñetazo quedaba todo liquidado; pero lo cierto es que no se movía. Con una frialdad y una indiferencia absolutas, ella volvió a tocar el silbato y acudieron dos guardias con su uniforme sobrio y su casco gris. Uno de ellos le ordenó que le acompañara y marcharon juntos.

Ya sabemos cuál es el motivo de las banderas de luto. Ha muerto en Moscú Clara Zetkin, veterana bolchevique alemana. La muerte la ha sorprendido en su mesa de trabajo, cuando escribía un artículo sobre la socialdemocracia alemana, también muerta. En Berlín, el nacionalsocialismo la hubiera dejado agonizar en la cárcel, con la alegría de ver un nuevo claro en las filas enemigas. Aquí todo el país se conmoverá. Los obreros dejan un instante sus tareas para izar la bandera en sus fábricas; interrumpen sus asambleas para dedicarle un recuerdo cordial. Era una proletaria alemana. Una hermana de clase, con una preparación y una cultura superiores, al servicio de la revolución.

HABLANDO ESPAÑOL EN LA STRASNAYA. ¿QUÉ ES ESO DE LAS PASIONES?

Nos hemos encontrado en la Strasnaya a una muchacha estudiante que trabaja en la VOKS[5] —relaciones intelectuales exteriores— y que habla español con cierta graciosa dificultad. Yo iba leyendo un diario de Madrid. En la segunda página traía el relato de un crimen pasional, con las fotografías de los protagonistas. Más abajo, un telegrama de un pueblo dando cuenta de un infanticidio en

condiciones especialmente repugnantes. Esta muchacha —veintidós años fragantes, con los brazos al aire, musculosa y fuerte— quiso probar a leer. Lo entendía todo bastante bien. Pero esa página la dejó estupefacta:

—¿Es posible que sucedan esas cosas en España?

—¿Qué cosas?

—¿Por qué mató esa mujer a su hijo?

—Era soltera y quería ocultar su alumbramiento.

No lo entiende. Cree que la engaño y lee la noticia ella misma.

—Aquí dice —aclara— «ocultar su deshonra». ¿Qué deshonra? ¿Había cometido algún delito?

—Hombre, delito... Eso de tener un hijo siendo soltera es un delito allí.

No lo entiende. Aquí es un motivo de orgullo. A los dieciocho años, con un hermoso niño en los brazos, la mujer se siente tan orgullosa y feliz como una niña burguesa con su primera muñeca. Mi amiga cree que todo eso es la burguesía.

—También aquí —concluye— los burgueses cometían crímenes repugnantes.

Le hago observar que ese crimen lo ha cometido en España una proletaria. Los del crimen pasional pertenecen lo mismo a la clase trabajadora. Mi amiga lo resuelve con la fórmula que ya esperaba:

—Son razones económicas. El sistema económico haría cambiar allí, como aquí, la moral.

El agresor de esa mujer muerta era un hombre que no trabajaba y que necesitaba vivir. Su mujer tenía trabajo y no quería mantener vagos. Esa desgraciada campesina que mata a su hijo recién nacido cree que debe hacerlo para mantener la consideración de los amos, y con ella, una posición decorosa para seguir viviendo. Son razones económicas; muy bien. Pero lo cierto es que llevo un mes en Rusia y que estas noticias de España que en Madrid lee uno con la indiferencia que da la costumbre me sorprenden y me resultan casi incomprensibles.

Este periódico —y otros del mismo día que he visto— nos habla de un país remoto y bárbaro que nada tiene que ver con la España que llevamos dentro, con la España que nosotros recordamos desde la

Strasnaya. Esto del sistema económico, sabiendo que es verdad, no acaba, sin embargo, de ser una razón suficiente. En la Strasnaya —plaza de las Pasiones—, donde todas las pasiones de Europa y de Asia han venido a cristalizar bajo un sistema, esas pasiones de España son de una barbarie o de una estupidez inaceptables. Y no ya en la Plaza Roja —serena y lineal—, ni en Stalingrado, toda máquinas y zumbidos de motor, sino en esta plaza de las Pasiones, donde las del pope rijoso y del musulmán voluptuoso, del Smerdiakov, de los Karamazov, del campesino de Ucrania con el pelo largo y del georgiano con la cabeza afeitada, todavía se advierten y se manifiestan en sombras fugitivas y en el oro incendiado de una cúpula, en la mugre de un *besprizornye* y en la camisa de lino de un muchacho del Komsomol. Aquí —resumen y síntesis de todas las pasiones de Europa y Asia—, por no sabemos qué milagro, las pasiones españolas disuenan, son inexplicables. Pertenecen a un pasado vergonzante. Quizá a otro planeta donde hemos vivido no sabemos cuándo.

LA PRIMAVERA EN LENINGRADO NO TIENE NOCHE. HACIA EL NORTE

Hemos hecho algunos viajes. Como a medida que nos alejamos de Moscú nuestros artículos van a tardar más en llegar a España, hemos optado por dejar de escribir en ruta. Si los escribimos a la vuelta, en Moscú, van a llegar casi al mismo tiempo. Además, no es posible escribir por ahí. Y todavía otra razón: en viaje tenemos que escribírnoslos «a pulso»; no tenemos, como en Moscú, una amiga mecanógrafa que escribe con toda corrección el español y a la que se puede dictar. Si el lector observa la extensión de estos artículos, encontrará que esta observación tiene cierta lógica. En el viaje a Leningrado nos llevamos la máquina, pero fue un estorbo inútil. Al llegar a Kalinin, hacia medianoche, la cerramos y no la hemos vuelto a abrir hasta regresar otra vez aquí, a Moscú.

Kalinin, además del nombre del jefe bolchevique, de agudo perfil, por el que en toda la Unión Soviética existe una devoción unánime, es el de esa nueva ciudad, que tendrá unos doscientos mil habitantes,

y donde la actividad fabril se dedica casi exclusivamente al ramo de tejidos. En Kalinin nos encontramos con que el día nos venía persiguiendo desde Moscú, de donde salimos aún con luz. La llegada a Leningrado —sin haber visto la noche— nos produjo algún desconcierto. Cerca de Leningrado, la noche es como el día en Madrid, en invierno, a las cuatro de la tarde. Durante el viaje no pudimos darnos verdadera cuenta porque dormimos perfectamente en nuestro coche cama de tercera. Duro, pero muy limpio y cómodo. Llegamos a Leningrado con poco dinero. La ciudad tiene un aspecto señorial. Muchos palacios de piedra oscura, a los que hay que entrar para convencerse de que, en lugar de un gran duque, viven brigadas de obreros metalúrgicos o se ha instalado una cooperativa o un restaurante colectivo. Mucha menos gente por las calles que en Moscú. El mar, blanco y gris como el platino. El cielo, de un azul frío y uniforme. Como es inútil dirigirse a un hotel —no me recibirían en ninguno—, llamo por teléfono desde la estación a la editorial Federación. Tarda bastante en ponerse uno que habla francés. Me dicen que hay un compañero —de la Unión de Escritores— en la estación con encargo de instalarme, pero que vienen enseguida por si ese compañero no sabe encontrarme. Desde Moscú hemos tratado de la publicación de otro libro, y ahora firmaré el contrato y cobraré el primer plazo de los derechos. Aquí los escritores viven admirablemente. Pío Baroja me dijo, a raíz de la «crítica de masas» de su libro *Los visionarios*: «Sospecho que, a este paso, el día del triunfo socialista, a los escritores nos van a considerar como a criminales». Aquí, en Rusia, los escritores viven muy bien, cobran más derechos que en ningún otro país, agotan sus ediciones, a veces en la misma imprenta —antes de salir a las librerías—, y nadie trata de escamotearles un millar de ejemplares ni la más pequeña parte de sus derechos. Bien es verdad que en las empresas editoriales no hay capital que amortizar ni consejeros que saquen de la despensa del autor la gasolina para el coche o la librea para el criado. Los escritores viven muy bien. Claro es que viven mejor aún los obreros; pero eso, en los momentos de febril creación que atraviesa Rusia, me parece muy natural. Los escritores de Leningrado me instalan en un

hotel suntuosísimo, con un gesto que puede significar: «¡Qué le vamos a hacer! No tenemos otro más sencillo».

Eso no es obstáculo para que, si no hay agua, salga también, como en Moscú, con una jarra a explorar los corredores. Debo ir a la editorial a firmar el contrato. En Moscú todavía he de percibir el último plazo de *Imán*, que me servirá para pagar —a mi regreso— el avión hasta Berlín. Según lo que cueste el tren, mañana seguiré hacia el norte. Me gustaría llegar hasta Múrmansk, extremo de la región habitada, ya dentro del círculo polar. En esas regiones le suceden a la naturaleza cosas raras, y siempre es agradable sorprenderla en renuncios. Se muestra un poco histérica. Esa regularidad de la luz en España aquí no existe. La historia natural que estudiamos de chicos no prevé, por ejemplo, cómo resuelven aquí los árboles su cuestión clorofílica, porque los árboles son iguales que en Madrid. Sin embargo, la luz actúa constantemente sobre ellos. No hay noche. En primavera, y hasta muy avanzado el verano, en Leningrado es siempre de día.

Estamos más satisfechos en Leningrado que en Moscú, porque tenemos la impresión de haber salido del campamento. Nuestra prisa por ver la ciudad nos ha llevado inmediatamente a la calle. Los puentes sobre el río son más hermosos que los de Moscú, pero siguen dando la impresión de puentes de finca real. Se advierte la corte en la magnificencia de algunas avenidas, de algunas iglesias y del palacio. Todo está claro y responde exactamente a los recuerdos de la Revolución de Octubre, que muchos llevamos en la memoria como si la hubiéramos vivido. Nos satisface —repitámoslo— eso de que Leningrado no parezca un campamento. La gente no tiene tanta prisa; las calles están menos concurridas; en el hotel tenemos una inmensa habitación con dos balcones, estilo Renacimiento, de piedra. A la cama de campaña que tenemos en el hotel proletario de *ulitsa* Gorki sucede aquí un lecho con pabellón. Es la primera vez que dormimos de una manera tan importante. Un campesino de Georgia tendrá la impresión, en este lecho, de la revolución triunfante. Yo no puedo evitar una impresión molesta de aliado del zar. Duermo con remordimientos de conciencia, es decir, intento dormir, porque la luz que entra por los balcones me lo impide. A las doce y media me

levanto, enciendo un pitillo y me asomo al balcón. Querría cerrarlos, pero no tienen maderas. Las quemaron, quizá, en los días de la guerra civil para cocer la sopa de las tropas rojas, y no han vuelto a ponerlas, porque es más importante hacer camiones o traviesas de tren.

Hemos visto la fábrica. Diez mil hombres trabajando día y noche, relevándose en turnos. Mientras los unos trabajan, los otros juegan al ajedrez, estudian marxismo o saltan en los campos de deportes. También tienen salas de teatro y de cine. En los comedores hay música —orquestas europeas o rusas—. He aquí diez mil hombres que trabajan alegres y felices. A las fábricas, que constituyen una pequeña ciudad, llevan los artistas lo mejor de su talento —cine, teatro, música— para hacer el trabajo más agradable. Cada cuatro minutos —antes dijimos cada cinco, pero en las últimas estadísticas ha aumentado la producción— sale un tractor en estado de arar las tierras o arrastrar veinte toneladas. Hay que arar una extensión equivalente a toda Europa, y antes de la revolución no había en grandes regiones sino el arado asiático, más primitivo aún que el arado romano español.

De todo esto hablaremos más despacio. La noche blanca, que tantas páginas ha inspirado a poetas y cuentistas rusos, a nosotros no nos dice nada. El silencio de la ciudad, roto a veces por las sirenas de los barcos o el trepidar de una motocicleta de la GPU[6], nos revela de pronto que es de noche. Para percibir el silencio es preciso un punto de referencia —el silbido de un tren, la sirena de un barco—. Pero debemos dormir. Con unas mantas cubrimos los cristales. Una noche artificial dentro de nuestro cuarto. Ya en la oscuridad, encendemos la luz.

Fuera, la noche de Leningrado es una torpe equivocación de la naturaleza, entre el cielo azul y el asfalto gris. Noches para los místicos, no para los dialécticos. La desesperación de algunos poetas rusos, que escondían su amargura en las sombras, debía crecer hasta el suicidio en esas noches blancas, en esos meses largos sin una triste noche en la que aflojar los nervios y confesarse con alguien, o dormir sus sueños de vodka.

NO PODEMOS IR AL CÍRCULO POLAR PORQUE NOS HAN HERIDO EN LA CALLE

Camino de la estación vamos confirmando nuestra impresión de Leningrado. Una población civil en reposo. Fuera del marco de las fábricas y los cuarteles hay calles para el intelectual, para la florista y para el desocupado que quiere pasear. En Moscú hay que irse al campo, a los parques. También en Leningrado es posible, por ejemplo, detenerse a atar los cordones del zapato en la calle, cosa verdaderamente difícil en Moscú. Decididamente, Leningrado, como ciudad, nos gusta más. En Moscú hemos visto dos muchachas guardias de la circulación. Aquí lo son la mayoría. Y no hay —por lo menos visibles— otros agentes de autoridad.

Íbamos a la estación con bastante tiempo. Nos proponíamos quedarnos en Leningrado a nuestro regreso algunos días. De momento, queríamos llegar a Múrmansk, por eso de que está en el círculo polar. Pero de pronto oímos unas sirenas extrañas y vimos aparecer dos motoristas —uno de ellos femenino— a toda marcha. Otros, también haciendo sonar una sirena de alarma, iban en diferentes direcciones. Nos hicieron una indicación moviendo el brazo de izquierda a derecha. Yo no comprendía. Otras sirenas se oían más lejos o más cerca. Arriba, en el aire, zumbaban los motores de los aeroplanos. Yo me encogí de hombros y seguí mi camino hacia la estación. Pero, de pronto, vi que las ventanas se cerraban con estrépito. En una de ellas apareció una cabeza de mujer con la mascarilla de los gases puesta, mirando hacia arriba. Yo me preguntaba qué podría ocurrir. Como no leo periódicos rusos y las relaciones con Alemania son verdaderamente tirantes, llegué a pensar si habría comenzado la guerra. Pero todo aquello era demasiado rápido. El azul del cielo de Leningrado tenía un poco del verde mar bajo el sol. El sosiego de la ciudad se quebraba en escalofríos. Las sirenas continuaban clamando. Vi a dos ciudadanos salir corriendo y meterse en una casa. La calle estaba desierta. A mis espaldas se formó un pequeño remolino de humo parduzco. Los gases. ¿Irá en serio?

Llegué a pensar, como los héroes de las novelas, si estaría durmiendo o despierto. Dejé que el humo llegara hasta mí. Conozco el olor del cloro desde que estuve en Marruecos. Aquello no olía a nada que pudiera ser dañino. Un ciudadano en camiseta, con el pecho y los brazos negros del sol, me gritaba desde una ventana, haciendo bocina con las manos.

Luego se puso la mascarilla contra los gases y siguió haciéndome gestos, de los que no entendía sino cierta inquietud alarmista. Quince pasos delante se produjo una pequeña explosión y apareció otro surtidor de gases. Miré hacia arriba. Había tres aeroplanos evolucionando. Aunque no entra en mis costumbres, dije una expresión rotunda en español y miré a mi alrededor. Unos jóvenes marchaban tranquilamente con la mascarilla puesta. Llevaban la misma dirección que yo, y seguí detrás. Faltaba casi una hora para la salida del tren.

Pero al llegar a una plazuela vino sobre mí una camioneta sanitaria. Se detuvo casi en seco a mi lado y bajaron un hombre y una mujer con guerreras militares, la mascarilla puesta. Ella sacó otra y casi a la fuerza me la puso. Yo protesté y retrocedí. Más adelante aparecieron otros individuos —entre ellos dos mujeres— con las mismas mascarillas. Entonces yo recogí mi sombrero del suelo, y eché a andar. Pero, aunque llevaba mi mascarilla, los sanitarios no se daban por satisfechos. Habían armado una camilla y avanzaron hacia mí.

Yo aligeré el paso, diciéndoles que iba a la estación. Al ver que huía, uno de ellos tocó un silbato. Entonces yo me detuve y esperé, resignado. Trajeron la camilla a mi lado y me ordenaron que me tumbara.

—¡Pero, hombre, esto es demasiado! —gritaba en español, francés y una mezcla de alemán y ruso.

El hombre llegó a ponerse muy serio. Discutimos sin comprendernos, y casi a la fuerza me tumbaron en la lona. Con una gran celeridad me metieron en la camioneta. Las demás camillas estaban vacías. Cerraron la portezuela, y el carruaje partió velozmente. Yo, con la esperanza de que quisieran atenderme, les pedí que me llevaran a la estación. No me hicieron caso. Entonces encendí un pitillo y comencé a encontrarle a todo aquello cierta

gracia. Había que esperar a ver qué sucesos nuevos nos guardaba la suerte. Tuve la preocupación de que podía estar herido, e hice ejercicios de respiración. Como para fumar me había quitado la careta, volvieron a ponérmela y me hicieron tirar el cigarrillo. Todo con una especie de violencia amistosa, llena de confianza. Anduvimos durante más de media hora. El carruaje cambiaba de dirección a menudo, y una vez se detuvo para recoger a otro herido. Yo aproveché la oportunidad para volverles a hablar de la estación y del tren, y me daban la razón sin entenderme. Por fin nos detuvimos ante una casa que tenía en la puerta una bandera con la cruz roja. Fui a levantarme, pero me obligaron a permanecer quieto. Bajaron la camilla y me llevaron en vilo hasta el interior de la casa, donde había un gran patio con varias mesas. Unos soldados escribían. Al lado, otro departamento con gasas y frascos. Un muchacho que estaba detrás de la primera mesa se alegró al saber que yo era extranjero, y me habló algunas palabras en francés. Estaban satisfechos de las pocas víctimas que había. Le rogué que me dejara salir. Como si no me oyera, seguía hablándome del buen resultado del simulacro, y señalaba con el dedo unas cifras. Por fin pude marcharme, después de dejar mi nombre en dos o tres papeles distintos. Les devolví la mascarilla, pero el soldado me la volvió a ofrecer:

—Si sale usted y lo ven sin ella, volverán a traerlo aquí. Llévesela, y antes de subir al tren la da a un «camarada del orden».

—¿El tren? He perdido ya el tren.

—Entonces, cuando se vaya de Leningrado la deja en la Administración del hotel.

Salí a la calle con la mascarilla puesta y me puse a pasear por la ciudad. Como ya me había hecho la idea de quedarme, comencé a analizar aquellos extraños sucesos. Trataban de educar a la población para un caso de defensa. Luego supe que tres días antes habían anunciado en la prensa, en los periódicos murales de las escuelas y de los pequeños talleres, en todas partes, la necesidad de estar prevenidos. En Leningrado, si llega el caso, los aviones enemigos con carga de gases tienen, en realidad, muy poco que hacer.

Pero aquello de que Leningrado no tenía nada de campamento no era más que una ilusión de viajero que ha estado un mes en Moscú.

Ya se figurará el lector que he rectificado.

NOCHE ROJA, O SEA, LA NUEVA NOCHE BLANCA, LA DE LA PRODUCCIÓN

Las noches blancas de Leningrado tienen menos interés poético que las otras noches blancas del trabajo nocturno en los grandes centros de producción. Hemos visto los grandes talleres de metalurgia —una verdadera ciudad— iluminados durante la noche con centenares de reflectores que desde lugares estratégicos envían hasta los rincones más escondidos una suave claridad. El efecto de esta iluminación en lugares donde se trabaja al aire libre, en una extensión a veces de kilómetros, con toda clase de máquinas excavadoras, perforadoras, industrias auxiliares de hierro y cemento improvisadas para ahorrar transportes junto al lugar de la edificación, ferrocarriles, trompetas que anuncian la explosión de barrenos, grandes máquinas de emulsionar argamasa con su ruido torpe y sostenido, es verdaderamente fantástico. Los nuevos poetas soviéticos pueden muy bien limitar el círculo de sus emociones a todo este formidable aparato de creación. Dentro del radio de influencia de estas noches rojas cabe perfectamente la obra total de una buena generación de escritores. El caso de Stalingrado, ciudad creada después de la revolución, que hoy tiene medio millón de habitantes, era uno de los más notables hasta hace poco. Hoy posee ya el ritmo habitual de las grandes ciudades, rectilínea y joven, colectivizada en la forma y en el espíritu. Esa ciudad, como otras que están naciendo, es la primera del mundo que se construye racionalmente. Quizá haya alguna en los Estados Unidos, pero nunca tendrán este carácter. En España, en Francia, aquí mismo antes de la revolución, las ciudades nacían con una victoria guerrera o con un milagro. Las ciudades y, naturalmente, también las aldeas. La necesidad de la defensa hacía que las gentes se cobijaran bajo un castillo, colgando sus casucas de picos inverosímiles. La alegría del triunfo y la necesidad de mantener el campo conquistado inclinaban a otros a edificar en el lugar de la victoria. Primero eran los muros y los fosos. Después, el campesino que se acercaba a buscar protección o a ofrecer productos del campo.

Otras veces un pícaro o un alucinado divulgaba la noticia de un milagro, que la Iglesia acogía encantada. Sobre el milagro se edificaba una ermita y una aldea, que iba creciendo si las condiciones económicas eran favorables. Estas ciudades han nacido sobre una necesidad concreta de creación industrial. Son grandes ciudades obreras, con las comodidades de la civilización de Occidente y con un espíritu socialista ya formado. Las clases no existen en esos centros de actividad. Se vive en muchos aspectos la vida integralmente socialista, porque la intervención del Estado es mínima, no tiene sino un carácter administrativo secundario. Los mismos obreros controlan la producción, establecen la emulación socialista, construyen con la alegría de hacer algo suyo que al mismo tiempo no es individualmente suyo. Ése es el gran triunfo alcanzado hasta hoy por el régimen soviético. Se lucha por infundir esa misma conciencia a los campesinos en los *koljóses*. Los resultados son brillantes en algunas zonas, menos en otras, donde el Partido Comunista despliega todas sus facultades de persuasión, más que con palabras, con experiencias de orden económico. Al campesino hay que meterle la verdad por los ojos. Pero en esos grandes centros industriales, en esas ciudades donde por la noche se sigue trabajando en verano para compensar las deficiencias del rendimiento del invierno —en invierno no se trabaja en el ramo de la edificación—, la impresión no puede ser más sorprendente. Un obrero español transportado a esos lugares se creería en un país de ensueño. Un burgués o un intelectual no tendrían más remedio que reconocer que representan una modalidad de civilización totalmente diferente y encontrarían perfectamente realizadas muchas de las aspiraciones de orden técnico que por esos mundos no se consiguen por las contradicciones capitalistas.

Las noches blancas de Stalingrado, de Dniepostroy, de Magnitogorsk con el cielo florido de reflectores durante kilómetros y kilómetros, las vagonetas y los raíles iluminados, alegres de motores y del estruendo de los barrenos, representan una vitalidad inédita que no han sabido encontrar los demás países, y constituye una verdadera afrenta para los sistemas económicos —tan rendidos a la técnica y a la especialización— de Occidente.

En la fábrica de Leningrado —tractores y ametralladoras— me contaban que los mismos obreros, para evitar que la Administración de la fábrica tuviera que comprar moneda extranjera con la cual adquirir material de laboratorio —se trataba de instalar un laboratorio químico y un gabinete quirúrgico con arreglo a los últimos descubrimientos—, se reunieron y trataron de incluir en los planes de trabajo la construcción en la misma fábrica de todo ese material. Para ello, pidieron a los médicos los planos más modernos de instalaciones de radiotermia, de análisis y de cirugía, y construyeron todo el material, no sólo como en los planos se indicaba, sino con innovaciones y perfeccionamientos que han sido incorporados después a la fabricación en otros países. En esa fábrica me he encontrado con un español, que vino a abrazarme dando grandes voces. Los otros obreros, al ver su entusiasmo, decían riendo: «Ispanski temperáment».

SOVIETS EN LOS HIELOS POLARES

En el hotel nos encontramos a una escritora de Moscú que volvía de una rápida excursión por el norte. La habíamos conocido en los primeros días de nuestra llegada a la URSS. Nos contó muchas cosas a lo largo de todo un día de charla. En la región de Múrmansk, extremo norte de la Unión Soviética, dentro ya del círculo polar, hay pequeñas ciudades y aldeas donde la vida soviética es de una gran sencillez. La base económica de esas poblaciones es la explotación de los bosques, la ganadería y la pesca. Tilo, abedul y pino, en las maderas. Reno, en la ganadería. Toda la pesca de los mares del norte, las industrias del mar, que se completan con las salazones y conservas. La agitada vida de Moscú no la conciben los leñadores, pastores o pescadores de Múrmansk. Uno de estos últimos, que en la isla Kildin, cerca del *koljós* Lopar, de ganadería, preguntaba a nuestra amiga: «¿Viene usted de Moscú?», no lo creía. Por fin, cuando se convenció, le dijo:

—Debe ser muy grande aquella ciudad.

Nuestra amiga le preguntó cuántos habitantes creía que tenía Moscú.

—Lo menos mil —contestó.

El *koljós* Lopar tenía treinta y siete y le parecían a él muchos. Al responderle que en Moscú había más de cuatro millones de habitantes, el pescador soltó a reír. En su imaginación no cabía la idea de esa cifra. Cuatro millones —nos decía ella— le parecían una buena cifra para imaginar distancias entre el Sol y la Tierra, o para calcular el número de estrellas; pero de ningún modo para los habitantes de una ciudad.

La isla está separada del continente en verano. Durante los meses centrales del invierno los hielos la unen. En el verano, y en los días más calurosos, es frecuente que caigan algunas nevadas. El calor allí no sube de ocho o diez grados. El sol es amarillo durante la noche, y de un blanco opaco durante el día.

Nuestra amiga trae muchas fotografías. La región de Múrmansk está llena de sugestiones para los hombres de los trópicos. Tiene la atmósfera romántica que a los quince años atribuíamos a toda Rusia a través de sus cuentistas y sus poetas. «Un artista español o italiano, trasladado a la aldea de pescadores Umba —añade la viajera—, si resistía un año aquellos horizontes, acabaría por descubrir en sí mismo recursos y planos de sensibilidad ignorados, que en su ambiente natural —en España o Italia— no aparecerían nunca». Ya lo saben. Un viaje a Múrmansk puede ser el secreto para hacer que aflore una personalidad original. De esos choques, de esos grandes contrastes siempre nace algo. Pintores, escultores, poetas, músicos tienen el camino abierto. Los que se decidan obtendrán de mis amigos cartas para los pescadores o los madereros. Supongo que les harían caso, porque la civilización de Occidente no les ha contagiado sus prejuicios y prevenciones contra escultores, músicos y poetas.

Ahora bien, hay que hacer, para vivir allí, algún trabajo de utilidad social. Afortunadamente, las tres formas de la producción básica en el círculo polar soviético son universales, no requieren condiciones especiales, ni siquiera, en último término, la del idioma. Se puede talar madera, pescar o guardar renos. La madera cortada huele muy bien. El reno es un animal con el que habíamos soñado en la

infancia. Quizá no habíamos vuelto a encontrarlo desde que lo dibujábamos en las lecciones de prehistoria. Esto sólo ya lo hace digno de los poetas. Pero, además, es fino de líneas y todavía resulta más fino sobre la nieve. Por fin, pescar dentro del círculo polar, viendo como la propia respiración se hace nieve sobre los fuertes guantes, tampoco es tan vulgar. Los artistas encontrarían allí grandes alicientes para un trabajo manual que en otras partes, bajo el régimen burgués, podría resultarles intolerable. La temperatura en invierno, siempre por encima de los treinta grados —bajo cero, naturalmente—. Con diez grados bajo cero los trabajadores sudan, se levantan las orejeras, se quitan los guantes y descansan fumando y charlando. Con cinco grados bajo cero, al sol, duermen breves y deliciosas siestas después de comer. Y se canta a coro. Como la respiración sale en fumarola sobre la atmósfera helada, todos parece que se queman por dentro, y a nadie le extraña que la canción sea tan apasionada y cálida como, por ejemplo, en el Cáucaso. Bien es verdad que el contacto con un metal sometido a cincuenta grados bajo cero causa en la piel, según parece, la misma impresión que el contacto con una brasa. O sea, que puede haber en el círculo polar algo ardoroso y apasionado.

Donde esos madereros, pastores y pescadores ponen su pasión —me dice mi amiga— es en el régimen político en el cual viven. Más que por la intervención del Estado en su vida, que es una intervención mínima, porque tanto el sistema de producción como el de abastos y comercio lo establecen ellos mismos en sus asambleas. Donde perciben la fuerza creadora de los Soviets es en las grandes obras que se realizan en el norte y cuya fama llega a las más altas regiones de Múrmansk a bordo de veleros y vapores de carga. Últimamente, el canal navegable que une los mares Blanco y Báltico, abriendo el istmo en una longitud de doscientos kilómetros. De vez en cuando —y esto les toca más de cerca—, el rompehielos que avanza hacia el Polo, por las regiones donde ningún ser humano ha puesto el pie todavía, o los aviones con deslizadores para la nieve. Unos y otros llevan la bandera soviética y la dejan clavada cada vez más cerca del Polo, después de realizar el trabajo científico que motiva las expediciones. Cuando estos habitantes del círculo polar

ven regresar al barco o a los aviones con hielo en las alas o en las jarcias, sienten un orgullo de ciudadanía que desconocían bajo el zar.

Todo lo que antecede nos lo ha dicho nuestra amiga en el hotel, desplegando ante nosotros docenas de fotos. Volvía de sus vacaciones.

LA GUARDIA DE HONOR DE CLARA ZETKIN. DOS TIPOS VASCOS

El día de la muerte de Clara Zetkin estuvimos en la Casa de los Sindicatos, en la plaza del Soviet, donde se exponía el cadáver. Una multitud esperaba turno para ir entrando. Se ordenaba en dos largas colas, para entrar y salir.

Clara Zetkin debió ser hermosa. La muerte y la vejez habían dado una gran serenidad al rostro dulce y correcto. La lucha dejó pocas huellas exteriores en ella. Clara Zetkin reposaba en un sencillo féretro color madera, sin ningún aparato funeral. Coronas de flores blancas, amarillas, azules. Banderas rojas con letras blancas, que ya desciframos casi tan bien como un chico de cinco años. Dos obreros explicaban la biografía de la bolchevique en unas tribunas improvisadas fuera. En todos los cines y teatros, en los restaurantes y en los lugares de trabajo, soldados y obreros, designados por sus organizaciones, hablan hoy al público de Clara Zetkin. No sólo en Moscú, sino en toda la Unión Soviética.

En la cámara funeral de la vieja bolchevique dan guardia al cadáver las pioneras. Muchachas de doce a quince años, bien poseídas de su importante papel, con una graciosa seriedad. Hay entre ellas dos de una gran belleza. Se ve que han crecido dentro de la organización comunista. Que han nacido dentro de la «línea general». Fueron «octobriatas» cuando andaban a cuatro manos en los jardines de las fábricas. Hoy son pioneras. Pasarán a los Komsomoles cualquier día, y, por fin, al Partido Comunista, donde aspirarán a los puestos políticos de responsabilidad. Toda su vida transcurrirá entre el «trabajo político» y el social, la fábrica y la *Fizkultury*. Nacieron con la revolución y con ella irán creciendo. Si hoy tienen quince años, tienen la edad máxima que conocemos aquí entre los rusos. Clara

Zetkin misma no parece tener más de quince años. A estos viejos bolcheviques los hemos visto en la vida soviética alegres, juveniles, con su barba gris y su pelo revuelto rebosar optimismo, vitalidad. Hablando de esto nos han dicho ellos mismos, al preguntarles su edad, que no tienen más que quince años, porque su verdadera vida ha comenzado en octubre de 1917.

—¿Y antes? —les preguntamos.

—Aquello no era vida. Era una serie de incongruencias, como las que viven ustedes en los países capitalistas. La vida es creación y nosotros hemos comenzado a crear en 1917.

La época anterior pertenece al período clásico del bolchevismo. Se recuerda de una manera didáctica en los textos de las escuelas. Pero todo el mundo tiene aquí quince años. Ésa es la razón de que a veces encontremos ya lógicas ciertas cosas que al principio nos chocaban mucho. Veíamos alguna ingenuidad en las personas mayores y una extraña gravedad en los jóvenes. Quince años en un viejo de setenta resultan demasiado joviales y algareros. Quince años de creación revolucionaria en los que sólo tienen doce son una lección demasiado grave y profunda. La ausencia de vejez en la Unión Soviética es absolutamente cierta. Se comprueba en varios hechos. En España, lo mismo en la vida burocrática que en los círculos políticos y en los sectores de artistas, la lucha de generaciones es constante. Los jóvenes rechazan a los viejos. Éstos se refugian en su tiempo pasado y censuran a los jóvenes, contra los que los anima un feroz resentimiento. Hay siempre tres generaciones en guerra. Aquí, no. La compenetración de las tres es un fenómeno sencillo que se comprueba constantemente. Todos tienen los mismos derechos y los mismos deberes en relación con la construcción socialista, animados por el mismo entusiasmo. Sólo podría encontrarse una generación ante la cual se rinde todo el mundo: los «octobriata», los niños hasta los once o doce años. Son —como ya hemos anotado otra vez— los verdaderos tiranos de Rusia. Esos niños, en cuanto alcanzan la edad viril, se convierten inmediatamente en esclavos de los nuevos «octobriata». El niño aquí es un emperador: en la calle, en su casa, en el teatro. Si un niño de seis años quiere ir al otro extremo de la ciudad, puede hacerlo solo. Le bastará con llevar los diez kopeks del

tranvía en la mano. Un guardia rojo lo instalará en el tranvía correspondiente, en la plataforma anterior, donde no viaja nunca nadie, aunque el resto del vehículo esté atestado. Esa plataforma está reservada para las mujeres embarazadas y para los niños. En los parques tienen sus clubs. En los de los mayores tienen su biblioteca, con sus periódicos, libros de estampas y juguetes.

Las pioneras que hacen la guardia de honor en la cámara funeraria de Clara Zetkin han comenzado a vivir bajo el nuevo signo. Para ellas el zarismo, la socialdemocracia, dos formas de la explotación capitalista, pertenecen a la Historia. Son seres distintos, que con toda su fortaleza física y moral, en España, en Francia, languidecerían y se asfixiarían. Necesitan ya este ambiente. Nos cuesta trabajo reconocer toda la fuerza naciente representada por esas lindas muchachas. Nuestra educación también se resiste a comprender otras cosas; por ejemplo: esos retratos de Clara Zetkin, con su toquilla negra en torno a la cabeza proletaria, su ropa usada y su aspecto insignificante recibiendo el homenaje de cerca de doscientos millones de seres organizados en el Estado más fuerte del mundo. Un comunista nos diría que nos impresionan todavía los signos exteriores, las apariencias. Es verdad. La autoridad tiene en Occidente galones, charoles, levitas. Yo, que me consideraba totalmente curado de estas cosas, veo con asombro que aquí me sorprende, por ejemplo, ver vivir a un comisario del pueblo en ocho metros cuadrados, en un lugar que tampoco llaman aquí casa ni hogar, sino «espacio habitable».

Estábamos aún en la cámara de Clara Zetkin cuando nos sorprendieron tres fuertes descargas de fusilería. Cincuenta soldados dispararon en la plaza tres veces sus armas. Algunos viejos bolcheviques se estremecieron y comentaron riendo su propia sorpresa. Las pioneras no pestañearon, frías, inmóviles.

Al salir nos encontramos con dos vascos que nos quieren llevar a su teatro. Vamos allá. Son vascos de Georgia, un territorio del sur que antes se llamaba Iberia. Tienen la nariz fina, los labios muy delgados y andan un poco zambos, como los vascos españoles.

Antes de tomar el tranvía, esta muchacha que habla español y que nos escribe a máquina señala las banderas rojas que hay en todas

partes y que tienen la franja negra —de luto— alrededor.

—Mire usted —nos dice riendo—, rojo y negro. Se ha proclamado el comunismo libertario.

Luego explica a los otros lo que pasa en España, entre los obreros, con eso del «comunismo libertario». Ellos creen que es una broma y se ríen, sin tomarlo en cuenta.

LOS BANDIDOS, DE SCHILLER, CON CHISTULARI, MÚSICA RUSA Y LETRA GEORGIANA. CUENTO DEL BOLCHEVIQUE VIEJO

«Forma nacional y contenido socialista» es la fórmula de liquidación del problema político de las nacionalidades, ya resuelto desde los primeros años por Lenin. Todas las nacionalidades rusas —cerca de cincuenta— conservan sus maneras, su idioma, construyen su literatura, su cultura artística, incorporadas, sin embargo, entusiásticamente a la construcción soviética. Los georgianos tienen aquí su teatro, que es una inmensa sala reconstruida después de la revolución. Hemos visto la obra de Schiller *Los bandidos*. Los actores son de Tiflis. Gimnastas, danzantes y actores a un tiempo. En un entreacto hemos hablado con el director de escena, un joven de aspecto proletario, enteradísimo de las cuestiones teatrales de Europa. Le hemos preguntado si la escuela dramática georgiana es de inspiración intelectual, procede por fórmulas intelectuales, y en ese caso, de dónde procede y quién es su inventor.

—No es eso —nos dice—. Nuestro teatro es lo que él mismo quiere ser. Es folklórico. Sale de las formas populares. Los actores entienden a su modo georgiano la obra y la hacen. Yo sólo cuido de la armonía de los efectos dramáticos que ellos mismos encuentran.

—¿Tiene algún nombre genérico este teatro? Porque no es teatro realista, ni sintético, ni el que aquí llaman «teatro artístico».

—No, no —se apresura a explicar—. El nuestro es un teatro que podríamos llamar emocional, porque todo está subordinado a la expresión de las emociones más simplemente humanas. Por eso el teatro clásico alemán nos va muy bien. Los alemanes declamaban, sin más. Nosotros acoplamos la danza, la música e incluso el

atletismo. Vea usted que muchos gestos de los que hacen aquí los actores sólo los puede hacer un buen gimnasta.

El director artístico tiene razón. Nosotros añadiríamos: un buen gimnasta vasco. En España, cada región tiene sus tipos con sus maneras. Hasta esta noche no habíamos visto los gestos de los vascos consagrados en la escena con una calidad artística tan definida. Cuando después lo decimos al profesor de lenguas orientales —también vasco de Georgia—, se apresura a explicarnos que hay un especialista en etnografía muy conocido que se llama Marr y que tiene resuelta esa cuestión en un libro reciente. Se lo brindamos a los que en España se ocupan todavía del origen de los vascos. Ya sabemos que esta versión de Iberia-Georgia es conocida allá, pero yo no creo en esas versiones hasta que no las compruebo por mí mismo. Para mí es como si acabara de descubrirla. He visto en la escena a los mismos vascos de Bilbao con sus gestos un poco descoyuntados, un poco excesivos, de una teatralidad que no se sabe si es sincera en su dramatismo o si busca un efecto cómico.

En los entreactos hemos visto que abundaba entre el público el elemento georgiano. El teatro tiene grandes salas con orquestas, por donde pasea el público, seis o siete mostradores para las bebidas, una gran sala biblioteca, otra con un pequeño museo revolucionario, diario mural con noticias de Georgia; otra sala con muchos tableros de ajedrez, donde los jugadores dejan sus partidas empezadas para continuarlas en el segundo entreacto. Varios pianos de cola cerrados. Esto de los pianos de cola es una de las cosas que me ha sorprendido encontrar con tanta frecuencia.

El público pasea sobre la madera encerada y brillante. Es dueño de todos los lugares públicos de Moscú. Aquí, como en todas partes, tiene el aspecto del público de los domingos en los espectáculos madrileños de las barriadas obreras. En un mostrador hemos pedido *narzán*, el agua mineral del Cáucaso, que se bebe aquí en grandes cantidades. Nos han invitado, sin embargo, a probar el vino georgiano y hemos bebido a la salud de los vascos. Es un vino agridulce, frío, de bastantes grados. Cuando bebíamos, han llegado otros amigos, entre ellos dos viejos bolcheviques. Hemos vuelto a

beber. Uno de ellos cuenta un cuento. Vamos a contarlo también nosotros.

Cuando murió Lenin se dirigió al infierno. Preguntó por Satanás: «Soy Lenin —le dijo—. Supongo que es aquí donde debo venir». Satanás le dio con la puerta en las narices. Entonces Lenin fue al cielo, pero san Pedro se indignó ante la sola idea de poder aceptarle. Se quedó Lenin paseando, preocupado, entre el cielo y el infierno, cuando llegó un judío con un saco. Lenin le dijo lo que le sucedía y el judío, después de meditar un poco, le invitó a meterse en el saco. Lenin accedió. El judío se echó el saco al hombro y llamó en la puerta del cielo. San Pedro abrió.

—¿Está aquí el señor Marx? —preguntó.

San Pedro llamó por teléfono al cuarto de Marx:

—Aquí hay un judío que desea verle.

Marx bajó. El judío le preguntó:

—¿Es usted el que hizo *El capital*?

—Sí. ¿Qué desea?

Y el judío le dijo, entregándole el saco:

—Aquí le traigo los intereses.

Éste es el cuento. Lo cuentan para mí, porque lo conocen todos los demás. No tengo más remedio, por lo tanto, que reírme. Pero no es un cuento para reír, sino para sonreír y pensar en la alegre infantilidad que en sus relaciones particulares derrochan estos hombres dinámicos, capaces de una actividad y una energía increíbles. También este bolchevique, fuera de las tareas del partido, tiene quince años. Como aquel muchacho vagabundo —diez años escasos— que hablaba del fracaso de la socialdemocracia y de los aciertos de la línea general durante el segundo plan quinquenal. Aquel muchacho también tenía quince años. Aquí todo el mundo tiene la edad de la revolución.

Ese bolchevique, también georgiano, contaba el cuento como los cuentan los vascos en las tabernas de Bilbao o en las cervecerías de Madrid. Con cierta mala sombra que no deja de tener gracia.

EL TEATRO REALISTA DE MOSCÚ

Hay en Moscú una atención por el nuevo teatro soviético plenamente justificada, porque desde el punto de vista artístico y técnico el teatro ruso apasiona fuera lo mismo que en Rusia a todo el mundo. En general, se procura que el teatro sea en todos los casos teatro de masas. Esto, que en obras de carácter político muy acentuado, como *Razbeg*, de Stavsky; *Ruge, China*, de Tretiakov, o *Egor Bulychev*, de Gorki, es fácil, porque los factores principales los lleva en sí misma la concepción del autor, parece que no ha de ser tan sencillo cuando se trata de reponer obras clásicas alemanas, francesas o españolas. Sin embargo, basta con que los directores hagan destacar tal o cual matiz del conjunto para que, por encima de la letra de los diálogos, haya una interpretación política reclamando el entusiasmo y la pasión de las masas. Puede decirse, por lo tanto, que todo el teatro que se hace hoy en la Unión Soviética es «teatro de masas». Con gradaciones diversas, como es natural. Desde el grupo de *agit-prop* de una fábrica, hasta la gran compañía del teatro de Arte, o del Georgiano o del de la Revolución, la pasión revolucionaria se enciende, utilizando recursos muy variados.

A propósito de los grupos de *agit-prop* de las fábricas, talleres, *koljóses* y cuarteles, convendrá decir algunas palabras, porque quizá el lector español no tiene una idea exacta. Esos grupos son, a veces, de ocho o diez aficionados, que allí donde se encuentran —en el vestíbulo de un cine, en el parque, en el teatro de la fábrica— improvisan *sketch* o representan pequeñas obras, por lo general grotescas, de una intención política concreta: antirreligiosas, antifascistas, antiimperialistas. Sacan del bolsillo una cruz de cartón y purpurina, que se cuelgan al pecho, una peluca, unas narices de pasta, un bigote, una esvástica, se las colocan a la vista del público, mientras éste se congrega alrededor, y el espectáculo comienza. En los vestíbulos de los cines, en los parques, en todos los lugares donde puede reunirse el público, suele haber una plataforma de madera y cien o doscientos asientos alineados delante. Están destinados a los grupos volantes de *agit-prop*. Ése es, dentro de la limitación material de sus recursos, el que más propiamente se puede llamar «teatro de

masas». En el número 23 de *Le Th*éât*re International*, que se publica en Moscú en cuatro idiomas, dice W. Wandurski sobre el «teatro de masas»: «El "teatro de masas" se parece muy poco a los espectáculos de *amateurs* de la pequeña y la grande burguesía. El teatro obrero de masas se distingue no solamente por su contenido, sus temas, las peculiaridades de la expresión. Lo que lo distingue verdaderamente es su esencia misma como organización del proletariado». Y añade luego unas reflexiones sobre los autores, que transcribimos, porque tienen interés: «Los autores dramáticos pueden ser buenos o malos. Desgraciadamente, por regla general, en el "teatro de masas" el autor dramático es malo casi siempre. En la mayor parte de los casos no es más que un aficionado. La pobreza del texto es ordinariamente suplida por los trucos del director de escena; pero el autor confía demasiado en la habilidad del *regisseur*. Se da poca importancia al texto mismo, a su fuerza de expresión, creyendo que basta con que la obra lleve el sello de la actualidad política». Insiste el crítico en que la obra de masas debe ser algo más que un llamamiento, un manifiesto, un cartel. Y habla del «teatro de masas» que se puede considerar como gran espectáculo. En ese tipo de espectáculo, el género que más impresión me ha hecho y el que, a mi juicio, arraigaría mejor en España es el que llaman «Teatro Realista». El nombre define a un tiempo el género y rotula el edificio. El Teatro Realista es un teatro sin escenario, donde los actores carecen de un fondo y de decorado plano.

El Teatro Realista de Moscú se considera como un ensayo triunfante, que sigue teniendo, sin embargo, el carácter de tanteo y prueba. El éxito de sus representaciones es innegable. Siempre que quisimos ir tuvimos que proporcionarnos las entradas dos o tres días antes. La sala estaba totalmente llena. Carecía, como hemos dicho, de escenario. La representación se daba a un tiempo en cuatro o cinco lugares. No había confusión, porque los diálogos no se superponían. Mientras en un lado hablaban, en el otro alguien reía, o lloraba, o cantaban en grupo, o se hablaban al oído. Cada grupo, cada figura, compuestos con esa habilidad de los rusos para la dramaturgia, era una maravilla. No habrá que añadir que no existe el apuntador, lo que en el Teatro Realista es más natural que en todos

los demás teatros, donde, por otra parte, ese auxiliar molesto ha desaparecido también. En torno a la sala, una galería a la altura de la cabeza de los espectadores. El decorado, en la misma sala. Como se trataba de representar la vida en una granja, había árboles entre las butacas, grandes hileras de girasoles, puertas de cuadra y cochera. No entrábamos en el teatro, sino en una casa rural de labranza. A nuestro lado, delante, surgían de las sombras de la sala, bajo los reflectores que la cruzaban en todas direcciones, los actores. La galería circular, los pasillos laterales, todos los lugares adonde se trasladaba la acción, comunicaban con una plataforma central, donde se concentraban los acontecimientos de vez en cuando. Galerías, pasillos, plataforma y puente —había un puente que atravesaba la sala a una gran altura— estaban en distintos planos. Tan pronto el diálogo se desarrollaba a nuestro lado como en un ángulo altísimo, junto al techo. La estructura total de la sala cambia con cada obra.

El éxito del Teatro Realista es natural que repercuta en la periferia soviética. En Tiflis están construyendo un teatro que unirá a la técnica mecánica del Realista el estilo «georgiano», que es —como ya hemos dicho— un realismo de fantoches, al que han llegado espontáneamente, sin elucubraciones ni teorías. Yo he visto varias representaciones en la sala Vakhtangov verdaderamente sorprendentes: *El tren blindado*, de Ivánov, y *Los bandidos*, de Schiller. Ésta, dos veces. El teatro nuevo de Tiflis (Georgia) va a tener capacidad para cincuenta mil espectadores. Estará situado en el centro de un parque de «cultura y reposo», donde se encuentra el *stadium*, otros campos de deportes, una sala de conciertos, etc. Según gráficos que me han enseñado, la sala de espectáculos es circular, como nuestras plazas de toros, sin escenario. El lugar de la escena varía en cada obra. Nunca es uno solo, sino, como en el Teatro Realista, diferentes y variados. Habrá acción dramática al mismo tiempo en tres o cuatro planos, desde los altos pasillos circulares y los lugares intercalados entre las butacas hasta el círculo central o los segmentos abiertos en un costado. A estas conclusiones no han llegado únicamente por la intención realista, o sea, por un estímulo de orden estético, sino por la tendencia a evitar la diferencia de

categoría en las localidades, por una consideración de orden social. Es claro que dándose indistintamente el espectáculo en todos los planos y segmentos del enorme salón, cuya contextura, además, varía con cada obra, todas las localidades son iguales.

A ver si estas notas estimulan a los empresarios españoles a intentar alguna innovación. No a intentar durante las noches del verano en las plazas de toros teatro realista español, cosa que podría ser no difícil, ni siquiera a construir salas «sin escenario», ni a instalar en los agujeros medievales de los actuales plataformas giratorias que permitan al teatro español quince o veinte escenarios diferentes en tres horas, ni a introducir los juegos de luces que ya emplea todo el mundo fuera de España. Sino tan sólo a suprimir la concha central y a sustituir las candilejas por unos modestos reflectores.

POR PRIMERA VEZ VEMOS A STALIN DE CERCA. Y DESPUÉS, A LENIN

«¡Vsegdá gotov!». Es el grito juvenil de afirmación combatiente. Millares de manos se elevan en el aire. Son los mismos cientos de miles de hombres que vi en la Plaza Roja el día de *Fizkultury* y *Ótdyja*. Entonces iban casi desnudos, alegremente, cantando. Hoy van silenciosos, con sus ropas de trabajo. Bosques de banderas en apretado haz. La Plaza Roja —no hay nada en Europa parecido—, firme, severa, síntesis de Asia y de Europa, tiene cabida para más de un millón de hombres formados. En el centro, arrimado a las murallas del Kremlin, el túmulo marmóreo de Lenin. Es de proporciones sólidas y aplomadas. Dos soldados rojos dan guardia en la puerta. Cerca del túmulo de Lenin, en unas tribunas de piedra, nos acomodamos como podemos. Hemos encontrado a un joven comunista que vino con nosotros de Leningrado. Hablando de política con nosotros, los españoles, estos jóvenes resultan un poco sectarios. El mundo ha comenzado con ellos. La filosofía, con Marx. El espíritu..., ¿qué es eso del espíritu? La personalidad..., ¿qué es la personalidad? Materialismo dialéctico. Muy bien. Mi amigo no tiene quince años, sino treinta. Pero también cree haber nacido el año 17.

No es, físicamente, un «octobriata». Es de una palidez enfermiza; tiene un tic nervioso; balbucea al hablar. Se ve, a través de sus treinta años frustrados, el dolor, la tragedia viva de seis u ocho años de hambre, de sangre alrededor, de tensión nerviosa. Este hombre, como algunos otros que hemos visto en el mismo caso, debió morir. Hubiera dicho al intentar una empresa desesperada durante la guerra civil:

—Si muero, quisiera pediros una cosa.

—¿Qué?

—Que me consideréis del partido.

Y hubiera muerto feliz. Algo hay en él, sin embargo, que tiene quince años. Su ortodoxia ciega e incondicional, su fe totalizadora. Cuando encuentro en él los «quince años» ya me quedo tranquilo. La Plaza Roja está totalmente llena. Veinte, treinta bandas de música tocan a un tiempo una marcha fúnebre rusa. Llegan en apretadas filas varios piquetes con bayoneta calada.

Los jefes ordenan los movimientos sin hablar. Alzan el brazo —es la señal preventiva— y lo bajan en una dirección u otra. Los soldados se detienen en seco, desdoblan las filas con una gran precisión. Los mismos movimientos determinan otras tres descargas de fusilería, cuyo eco rueda por el río y se pierde en los bosques lejanos. Sobre el túmulo de Lenin se mueven silenciosamente unas sombras grises. Gorras proletarias, gorras militares. Aparece Stalin, con su tosca guerrera, sus polainas.

«¡*Fsegdá gotof*!», gritan aquí y allá y se alzan brazos y gorras.

Yo necesitaba verlo de cerca para acabar de formar criterio. He leído muchas biografías de Stalin. Me ha interesado mucho esa figura sobre la que hay tantas opiniones en Europa. Una primera impresión agradable: no es un intelectual. Al frente de las tareas de la construcción soviética un intelectual tiene muy poco que hacer. Están luchando con la misma fiebre que durante los peores años de la guerra civil, y al mismo tiempo tienen que construir el socialismo ante la hostilidad de todo el mundo. El intelectual suele ser un hombre que sacrifica la realidad a sus interpretaciones personales. Cree que el mundo no tiene otra finalidad que dejarse interpretar. Pero sus interpretaciones son inseguras, su mirada enturbiada por

prejuicios cultistas, su ánimo es tornadizo y variable. Una mano de hierro y unos ojos claros es lo que aquí necesitan. Un comunista enemigo de Stalin me decía en París: «Es un limpiabotas». El francés reacciona muy fácilmente hacia lo personal, como el español. Un alemán, también enemigo de Stalin, hablaba mal de él, pero con un sentido político. «Es un tirano oriental», decía.

Yo lo que veo en Stalin, así, de cerca, es lo mismo que veo en la calle y en la fábrica. Obreros que no se sabe nunca si son obreros o soldados. Gestos rudos y firmes. Una fe serena y profunda. Hay, sin embargo, algo también joven, de quince años, en ese tipo curtido y duro. Nuestro compañero comunista dice de él, personalmente, que es un hombre con una capacidad de trabajo increíble y con una firmeza de carácter asombrosa. Políticamente se le considera como el salvador de la *línea leninista* y el más firme y fecundo realizador socialista de la Unión. Decir que es un «tirano oriental» me parece una reacción de tipo intelectual burgués que no tiene sentido entre esta gente soviética. Decir que es un «limpiabotas», por su aspecto rudo y tosco, es una definición que no puede ser nunca, según mi opinión, acusadora ni ofensiva. Habría que decir algo más expresivo y certero. No he encontrado a nadie capaz de decirlo. Y quizá se pudiera decir.

Aunque no me interesaba ver el cadáver de Lenin, es una visita natural, casi obligatoria, y hemos entrado con el amigo comunista. Allí, ante la cabeza amarilla de Lenin, he encontrado esos quince años de Stalin. También en Lenin —el Lenin edificado después de la revolución— aparecen los quince años. Pero son quince años soviéticos, tan llenos de historia, de contenido, como quince siglos europeos. En Stalin y Lenin esos quince años aparecen como una medida nueva del tiempo. Son quince años abstractos, en los que cabe un universo. Ya veremos si existe. En los años sucesivos irá apareciendo todo su contenido. El espectáculo de Lenin yacente me disgusta. Tiene algo religioso. Mi amigo replica:

—De ningún modo. Precisamente, a los aldeanos todavía con los restos de la vieja superstición esto les demuestra que el cuerpo humano puede ser incorruptible, no por intervención de fuerzas

divinas, sino simplemente por intervención de un médico con una jeringuilla.

Suelto a reír. Mi amigo se queda un poco amoscado. Yo le digo que es una lógica demasiado rebuscada.

—Si me dijera usted —le advierto— que necesitan mantener el mito de Lenin, yo llegaría a aceptar esta exhibición.

—Bueno, en realidad, es eso. Para usted no hace falta el cadáver de Lenin expuesto bajo una luz graduada. Para usted el mito existe a través de la personalidad y de la labor teórica de Lenin. Pero hay muchos compañeros del campo, e incluso algunos de la ciudad, que carecen de preparación, y para construir el mito necesitan las formas exteriores, ¿comprende?

—Bueno, eso es otra cosa.

TODO EL PAÍS EN PERÍODO DE AUTOCRÍTICA. DÓNDE ESTÁ EL ENEMIGO

En los tranvías, en los parques, hemos visto muchas veces hombres o mujeres leyendo atentamente un pequeño librito rojo. Llegó a extrañarme el hecho de encontrar el mismo libro en tantas manos. Preguntamos y nos dijeron que era la historia del partido bolchevique. Luego aclararon:

—Es que se está celebrando la *Chistka* en toda la Unión.

—¿Qué es eso de la *Chistka*?

—Una nueva arma de la lucha de clases.

La *Chistka* es la depuración del Partido Comunista, hoy integrado por cerca de cuatro millones de ciudadanos soviéticos. Consiste en el examen de la conducta de todos los miembros del partido en las fábricas, en el campo, en los cuarteles. No sólo de su conducta, sino de su mentalidad. Se juzgan primero en asambleas públicas, donde todos los ciudadanos tienen voz y voto, las conductas de los hombres o mujeres que van a constituir los Consejos depuradores, según las candidaturas presentadas en los lugares de trabajo. Cuando los Consejos están formados, comienza la tarea de depuración, que dura varios meses. Todo el mundo puede acusar y defender. Las cuestiones de carácter personal no se aceptan ni las plantea ya casi

nadie. Sólo se analiza y juzga el trabajo social y político. Al final, el partido habrá *depurado* —excluido— a trescientos o cuatrocientos mil.

—¿En qué posición quedan?

—En la *estimación* —no se dice nunca *clasificación*, ni mucho menos *categoría*, palabras que consideran incorrectas— de candidato al partido o simpatizante.

En esa categoría hay unos seis millones de rusos de distintas nacionalidades soviéticas. En las Juventudes —Komsomol—, otros seis millones. En los pioneros, doce. A nuestras preguntas sobre el sentido de episodio de la lucha de clases que se da a la *Chistka*, nos dicen:

—La lucha de clases tiene muchas formas.

—Ya —advierto yo—. En el campo. En aquellas regiones donde todavía se resisten los *kuláks* a la colectivización.

Nuestro amigo niega:

—Eso no tiene tanta importancia. El trabajo de los *koljóses* acaba con ellos. El campo está colectivizado en su mayor parte, con centenares de miles de tractores, transportes bien organizados y socializado en los *sovjóses*, cuyo funcionamiento es bastante perfecto. Todo eso acaba con el *kulák*. Se liquida solo. Por el mismo procedimiento hemos acabado totalmente con la pequeña industria y el pequeño comercio libre, tolerados en los primeros años de la nueva política económica.

Nuestro amigo cree que este primer grado de socialismo —de auténtico socialismo dentro de la dictadura del proletariado— tiene en las masas una fuerza ascendente contra la que nada se puede oponer. Pero para eso es necesario seguir construyendo y avanzando siempre.

—Una de las razones —dice— por las que fue depurado —eliminado del partido— un viejo bolchevique como Zinóviev fue su declaración de que habíamos alcanzado ya un punto a partir del cual la revolución caminaría en cierto modo sola. Eso es muy peligroso, porque puede hacer que el proletariado pierda el sentido de la perspectiva en su lucha.

Estos días, Zinóviev ha rectificado y se habla ya de su reingreso en el partido. Volvemos a tratar concretamente de la *Chistka*.

—Habla usted de que el enemigo se puede encontrar entre ustedes. ¿Se han dado casos de oficiales blancos o de espías dentro del partido soviético?

—No se podría decir que ese peligro no exista hoy también. Pero la tarea principal de la *Chistka* se encamina a depurarnos a nosotros mismos. El burgués está a veces aquí —nuestro amigo se señala el pecho y añade—: En nosotros mismos.

Sigue explicándonos:

—Son depurados todos los militantes, los del Comité Central, el mismo Stalin. Yo no puedo menos de sonreír. Mi amigo se pone muy serio.

—No lo dude usted. No sólo puede ser depurado, sino que en su *depuración* pueden acusarlo compañeros sin partido. Claro está que se puede discutir y acusar o defender hasta que se llega a una resolución. Entonces hay que atenerse con toda disciplina al criterio de la mayoría.

Nos cuentan casos anecdóticos muy curiosos, que harían interminable esta crónica. Estamos en la Trionfale Ploshchad esperando un tranvía. Junto a nosotros comienza una hilera de puestos de flores que tienen un rotulillo de cristal encima: *Mostrop*, cooperativa. El público va y viene.

—Contra las resoluciones de las células y los radios se puede apelar al Comité de Región y al de la Unión. El último acuerdo es inapelable. Entonces, si los errores de los *depurados* son de buena fe, éstos pasan a la posición de candidatos. Si su mentalidad defectuosa es debida simplemente a la falta de preparación, son enviados a las escuelas y quedan en la posición de *simpatizantes*.

Nos ha explicado el amigo que las cuestiones personales que provienen del resentimiento no son tomadas en cuenta. Pero —pensamos— se puede reaccionar política y socialmente con móviles de índole personal privada. El que quiera perjudicar a otro encontrará fórmulas políticas para envolver en ellas sus cuestiones personales, como es natural. Hay una circunstancia de orden psicológico que lo dificulta, sin embargo. Todo el mundo tiene aquí

una intensa vida social. En España no se puede ni imaginar. Cuando uno hace una acusación falsa, hay cincuenta que pueden desmentirle con la misma autoridad. Por otra parte, acusaciones como la de alcoholismo o poligamia desordenada y viciosa no son tomadas en cuenta mientras el trabajo social, político, el rendimiento de producción en la fábrica, el taller o la oficina no se resientan. Esas cuestiones se combaten por la educación persuasiva. Por otra parte, es difícil que nadie se arriesgue a ser puesto en evidencia como un sentimental pequeño burgués.

Los Consejos analizan en público la historia de los militantes de conducta no satisfactoria. Su origen. La procedencia. Si fue burgués o hijo de burgueses; si actuó políticamente con el antiguo régimen y en qué sentido. Esto tiene mucha importancia aquí, sobre todo cuando se constituyen y actúan los tribunales soviéticos de justicia. Un individuo cogido en delito de especulación, si es un proletario, irá a la cárcel, donde tiene bibliotecas, periódicos, taller o fábrica con la jornada legal, gimnasio, parque y club. La reclusión tiene por objeto aislarlo hasta que se eduque. Podrá hacer vida sexual dentro de la cárcel. Si su conducta es buena, todas las semanas tendrá un día de libertad ilimitada y absoluta. Si el individuo cogido en especulación es hijo de *kulák*, irá probablemente a Siberia, donde se educará en el trabajo y en la vida social. Sin otra coacción que la de obligarle a desplazarse. Yo he visto periódicos de los deportados a Siberia donde hablan ya el lenguaje comunista con entusiasmo. Si de las averiguaciones resulta que es un oficial blanco que hizo la guerra contra los rojos, será fusilado. Nadie concede a esos hechos, que de vez en cuando se producen —quizá cada cuatro o seis meses—, ninguna importancia. Los periódicos no dicen una palabra. Se han enterado las organizaciones que han intervenido, los obreros o campesinos que han declarado. A veces, dos o tres mil hombres, y a veces —cuando en lugar de un especulador aparece en una célula un espía o un saboteador—, interviene toda la célula —hay células de diez mil hombres— y hasta todo el radio. Pero el hecho en sí carece de importancia, y ninguno de ellos vuelve a recordarlo ni a hablar de él.

Volvamos a la *Chistka*. La *Chistka* tiene por finalidad imposibilitar la filtración de enemigos y eliminar del trabajo y de la mentalidad los residuos burgueses. La mecánica de la *Chistka* es bastante curiosa. Mi amigo me dice que mañana tiene que ir al Soviet de Moscú a recoger el dinero y la documentación para ir a Leningrado, donde quiere intervenir en la defensa de un comunista que va a ser juzgado por su célula. El Soviet de Leningrado, de Minsk, de Kiev, proporciona viaje gratis y dinero a varios obreros que vienen aquí a plantear cuestiones contra compañeros con quienes han trabajado allí y que hoy pertenecen a organizaciones de trabajo de Moscú. Me dicen que la *Chistka* da excelentes resultados, como elemento de autocrítica constructiva. Estos días se libran grandes batallas teóricas. Todo el mundo quiere ser comunista. Yo pienso que quizá tiene ventajas económicas.

Mi amigo me dice:

—Cuando yo no estaba en el partido, ganaba hasta mil rublos mensuales trabajando en varios sitios. Estando en el partido no se puede tener sueldo superior a cuatrocientos rublos mensuales. Cualquiera que sea su trabajo y su capacidad.

En cuanto a la democracia de la *Chistka*, mi amigo todavía me insiste.

—Mire usted, si en Bakú —uno de los puntos más lejanos de Moscú — un obrero de los que trabajaron con el camarada Stalin dice que quiere venir a las tareas de la *Chistka* a Moscú, porque debe declarar contra él, el Soviet de Bakú está obligado a pagarle el viaje. El obrero vendrá y dirá su opinión con toda libertad, pertenezca o no al partido.

Parece increíble; pero está aquí en el aire, en las palabras de todo el mundo. Bien es verdad que ese obrero de Bakú hoy vive mejor que vivían ayer sus amos. En la fábrica tiene comodidades y lujos que ayer no tenían muchos burgueses.

Sobre la plaza del Triunfo pasan dos grandes dirigibles, con la estridencia persistente de sus motores. Sobre Moscú siempre hay algún dirigible o algún avión militar. Dentro van unos hombres que suelen hablar de política proletaria con la fraseología del campo o de la fábrica. Todo eso es también del obrero de Bakú. Lo siente y lo ve.

Lealmente hablando, yo no puedo imaginar qué es lo que un obrero auténtico podría decir contra Stalin.

VICIOS DE CONDUCTA: EL CIUDADANO SOVIÉTICO MEDIOCRE Y LA *CHISTKA*

Si os digo que en las tareas de la *Chistka* se combate la indisciplina, os parecerá lógico. La resistencia a someterse a un acuerdo de la colectividad o la tendencia a criticarlo con un punto de vista negativo es natural que sean causa de expulsión. Si os digo que también la ignorancia socialista es una razón para salir del partido, no podréis extrañaros. Pero si os dijera que en la nueva mentalidad comunista, consolidada después de la revolución, hay una serie de defectos y vicios todavía no valorizados en el mundo burgués y que en el estudio de estos defectos se alcanzan y prevén casi todas las posibilidades de acción y pensamiento del hombre, os quedaríais verdaderamente sorprendidos. Por ejemplo, he aquí que una de las cosas que preocupan a la *Chistka* es la liquidación de eso que llaman, con una gran exactitud, el practicismo limitado. Hay hombres que aprenden a hacer tornillos y que los hacen en su fábrica mejor cada día. No se preocupan de más, y basta con que los tornillos estén bien. Pero estos mismos hombres van a un cuartel y viven con los soldados; van a hablar a un teatro o un cine de una cuestión de actualidad. Después, a trabajar quizá en el comité de barrio o en el Sindicato. Estos hombres, sinceros revolucionarios y sinceros comunistas —muy preparados, teóricamente—, llega un momento en que hacen sus cosas mecánicamente, sin espíritu de creación. Pueden hacerlas muy bien. Aparentemente, su eficacia es la deseada. Pero no se trata de estabilizar las cosas, porque en la Unión Soviética nada permanece en su mismo ser una hora seguida, todo avanza sin cesar. Para esto es necesario que todo el mundo tenga el sentido de la creación. A la tendencia a estabilizarse, de raíces casi siempre burocráticas, le han puesto ese nombre: practicismo limitado. Lo cuelgan, como un baldón, sobre los que actúan mediocremente, sin personalidad activa, sin capacidad de creación. Eso de la mediocridad es lo que corresponde exactamente a la idea del

«practicismo limitado». La necesidad de actuar en comisiones y organizaciones, considerando como un fin el poner un sello en un papel, decir las palabras oficiales del trabajo social cincuenta veces por día, preocuparse más de la exactitud burocrática, de las atribuciones de un comité, que de la eficacia creadora de la labor de ese comité, eso es practicismo limitado. Mediocridad. Como fenómeno de organización, es la condición básica de la socialdemocracia; pero es un grave defecto entre los comunistas. Aquí se combate. La *Chistka* lo tiene muy en cuenta, porque no quiere entre los comunistas hombres inactivos. En la organización soviética hay trabajo trascendental para los ciento setenta millones de ciudadanos. Dentro de la línea general de la construcción soviética, el hombre menos capaz de iniciativa puede desarrollar en un sector adecuado una labor de creación. No quieren hombres mediocres. Es decir, quieren que los hombres mediocres por naturaleza puedan llenar su vida de contenido trascendental, infundiéndoles la conciencia del valor de su propio trabajo y de sus propias posibilidades creadoras en relación con la construcción socialista.

Otro vicio de conducta es el de emitir los juicios en el trabajo social o político sin acompañarlos de la perspectiva experimental en que se han formado. No se trata del dogmatismo; eso es cosa de la mentalidad, que se estudia aparte, sino de la conducta. La afirmación de Zinóviev, de la que hablábamos antes —por poner algún ejemplo —, puede ser una prueba. Si un militante dice en una asamblea de sindicato que a partir de este año, con mucho menos esfuerzo, todo marchará mejor, hace una afirmación incorrecta. En primer lugar, hay hechos concretos que referir y relacionar; después, números, estadísticas y fechas. Pero aun así, y pudiendo demostrar esa afirmación con todo género de documentos, no se debe hacer, porque mientras la Unión Soviética sea el único país comunista del mundo y tenga enfrente a las grandes potencias capitalistas, no se puede hablar de rendir un esfuerzo mediano o regular, pudiendo rendirlo mayor. Aquí el proletariado da el máximum a fuerza de organización, sin sentirlo, yendo a sus clubs, a sus regatas de remo, a los teatros. Pero trabaja en todos esos lugares por la revolución. El periódico que

ha leído por la mañana, el discurso de un compañero por la tarde, las discusiones en el comité o en la célula sostienen su ánimo en una tensión revolucionaria permanente mucho más activa que la de los obreros que luchan incesantemente en los otros países.

Podríamos señalar muchas modalidades de la conducta política que en la *Chistka* se consideran suficientes para que un militante salga del partido; pero seríamos muy extensos. Citaremos aún otra, a la que conceden importancia suma: la intemperancia, la necesidad de coaccionar que algunos sienten ante los que no están de acuerdo con ellos. Para que el lector se forme una idea del alcance de esta cuestión le referiré una anécdota. En Moscú se puede decir que no hay una iglesia. Llevamos cerca de mes y medio en la Unión y aún no hemos oído una sola campana. No hay culto religioso. Pero quedan unos rincones sombríos en algunas ciudades —en Leningrado— con arcos achatados y un pequeño cimborrio fuera con azulejos. A veces, un pope se pone la estola, y seis o siete viejas se arrodillan enfrente. Yo quería verlo —tengo la avidez de todos los viajeros—, y me acompañó un joven comunista. Ya en la iglesia, yo no pude menos de sonreír. El comunista me rogó:

—No se ría usted. No conduce a nada el provocarlas. Si le ven reírse, reaccionan con violencia y se aferran más a sus supersticiones.

Fían los comunistas en el ejemplo y en la persuasión. Hay libertad de cultos. Los escasísimos fieles que quedan pueden hacer sus prácticas con toda tranquilidad. Al lado, en casa, en el trabajo, en la calle, tienen a los revolucionarios, a los laicos. El ejemplo es más persuasivo. Claro es que si ese viejo pope se atreviera a intercalar en su plática una alusión de índole política contra el régimen soviético, cien manos proletarias aparecerían en el aire y lo triturarían entre sus dedos. Me preguntó el comunista qué hace en España la socialdemocracia en favor del laicismo. Yo le dije:

—En las aldeas andaluzas he visto dar el subsidio de paro a los campesinos por medio del cura, que les entrega los bonos en la iglesia después de decirles que este mundo es un valle de lágrimas y que no hay nada como la resignación. Eso no importa para que en las propagandas demagógicas durante las elecciones amenacen con no dejar un cura vivo.

LA EDUCACIÓN INTERNACIONALISTA. UN JOVEN UCRANIANO DEPURADO

El soldado rojo comunista debe saber cómo funciona su ametralladora y, además, cómo funcionan las que usan los ejércitos de los países capitalistas. El comité que se ocupa de la distribución del trigo en Moscú debe conocer la producción y el consumo cerealista en Europa, con los problemas de abastecimiento del campesino polaco o lituano. Un comunista no tiene nunca un punto de vista nacional sobre casi ninguna cuestión. Por el contrario, trabajan pensando en España, en Italia, en el Japón, en América. Lo que más sorprende a los extranjeros que vienen aquí es la cantidad de preguntas que les hacen en todas partes. Preguntas concretas. Uno de los franceses que vinieron conmigo —y que ya se marchó— estaba disgustado el otro día en el restaurante. Venía de un club de pioneros donde un muchacho de trece años le había preguntado qué piensa la burguesía francesa de la inflación y si irán o no a ella. No le había sabido contestar. Luego añadía muy compungido: «¡Cómo estudia esta gente!».

En una fábrica de cojinetes el obrero que atiende a la palanca menos importante conoce la línea general de la construcción industrial soviética, porque tiene detrás, en la pared, un gráfico; pero, además, sabe las condiciones en que trabajan los compañeros de la misma industria de otros países y hasta qué punto la perfección de su trabajo contribuye a la revolución mundial. Si por una razón cualquiera, y en un momento dado —en una asamblea de la fábrica—, ese obrero demuestra desconocimiento de esas cuestiones, el radio pide explicaciones a los militantes comunistas encargados de la educación internacionalista en la fábrica, y, naturalmente, esa incidencia sale a relucir en la *Chistka* en estos días. Si supiera ruso, me gustaría asistir a una de esas reuniones.

Hablando de esto con varios militantes, yo les pregunté si habían pasado ya por la prueba. Habían pasado dos. Uno, con éxito. El otro había quedado en la situación de candidato.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no supe explicar las características de los movimientos agrarios en Extremadura.

Yo le quise tranquilizar en broma:

—Tampoco lo saben allá los ministros de Agricultura.

—¡No es lo mismo!

Parecía decir con el gesto que un ministro burgués puede no saber nada de lo que lleva entre manos. Pero un comunista tiene la responsabilidad de su trabajo ante sus compañeros y ante su conciencia revolucionaria. Me preguntó si estaba yo informado.

—Hombre —le dije—, tengo una idea personal; pero, a lo mejor, no es la que usted necesita.

—¿Qué cree usted?

—Donde hay sindicatos de campesinos —le dije— tratan ingenuamente de colectivizar bajo el régimen republicano. En otros casos, con organización o sin ella, el hambre les empuja a la desesperada a apoderarse de los frutos. Esto crea cuestiones de orden público que ponen de relieve la incapacidad de la socialdemocracia para afrontar la solución agraria.

No pareció quedar del todo satisfecho; pero me hizo varias preguntas que poco a poco fueron resolviendo todas sus dudas. Entonces sacó un lápiz y sobre la cartera de cuero, sentado en el reborde de un escaparate, estuvo escribiendo un largo rato. Cuando terminó, me dijo:

—Aquí, los ucranianos comenzaron tomando la tierra para sí. La cultivaron. El Estado les exigió los frutos y se negaron a darlos. Se levantaron y acudieron los blancos en su auxilio. Pero lo primero que hicieron los blancos fue quitarles las tierras. Entonces, los campesinos se levantaron contra ellos, y su adhesión al régimen soviético ha sido ya permanente. La colectivización la han comprendido luego poco a poco.

Me preguntó cómo era el nombre exacto de la región en español, y lo apuntó en ruso para conservar la fonética. Quizá esperaba poderlo pronunciar en lo sucesivo mejor que el camarada que le había hecho la pregunta durante el Consejo de la *Chistka*.

Después de todas estas pequeñas experiencias, cuando veo en el tranvía a una mujer joven y guapa con el librito rojo en la mano

siento unos irreprimibles deseos de explicarle el problema agrario en Extremadura.

EL TRIÁNGULO DE LA CONSTRUCCIÓN SOVIÉTICA. UN CADÁVER EN LA CALLE

El Estado es en España el aparato de defensa de una clase. Tiene sus órganos de ataque y de resistencia. Sobre el Estado actúan tres fuerzas: la Iglesia, el propietario agrícola, en muchos casos con privilegios todavía feudales, y el banquero o la alta industria. Aquí el Estado es el mismo proletariado. Sus órganos no están en el comisariado ni en el aparato burocrático, sino en tres centros de actividad cuyas fuerzas se completan, perfectamente identificadas: el cuartel, la fábrica y el *koljós*. Todo lo demás es accesorio y secundario. El obrero tiene un fusil y tira al blanco cuando lo estima conveniente. Sabe manejar una ametralladora y conoce tres o cuatro clases de granadas. El soldado trabaja a veces en las fábricas. El obrero va de pronto a pasar dos meses a un *koljós*, en contacto con los campesinos. El soldado también deja su cuartel y va al campo a trabajar con el proletario y con el campesino y a explicar a este último la significación política de los últimos acuerdos del partido o de la Internacional. Obreros, soldados y campesinos están en relación permanente. Todo lo demás es de una importancia tan secundaria que apenas existe en la Unión. Fábricas, cuarteles y *koljóses* son una cosa y la misma. El trabajo se sujeta a una sola línea directriz. Es curioso advertir que en las aldeas los equipos de siembra o de recolección luchan entre sí por el honor de llevar la bandera roja sobre su tractor o sobre su *troika* de caballos —lo que da al equipo la calidad de «brigada de choque»—, con el mismo tesón y el mismo espíritu de la guerra civil.

Es necesario ver personalmente todo esto para advertir hasta qué punto la construcción revolucionaria en Rusia no sólo no podrá ya nunca retroceder, sino ni siquiera estacionarse. El obrero, el soldado y el campesino tienen un instinto de creación formidable. Desde España parece que es la iniciativa del Partido Comunista quien lo hace todo. Aquí se ve con cierta sorpresa que el Partido Comunista

no tiene otra misión que encarrilar la capacidad constructiva de las masas. El partido está en una posición que se podría llamar «de servidumbre». Los comunistas son aquí unos hombres que ganan sueldos casi miserables, que no se preocupan mucho de ir mejor o peor vestidos, y que estudian y trabajan increíblemente para mantener la «línea estratégica» revolucionaria de las masas en constante superación. Ante estas experiencias —que cualquiera que venga a la Unión Soviética puede comprobar con toda sencillez—, se pueden establecer algunas afirmaciones; pero la más sólida y firme es la de que no hay ya en el mundo fuerzas capaces de oponerse a todo esto. La construcción soviética sigue adelante y se impondrá a los reveses y a las incidencias que puedan surgir. Yo no sé si pensarán lo mismo los políticos de las potencias imperialistas europeas; pero si creen que la experiencia rusa se puede destruir o desvirtuar, no piensan en estos ciento setenta millones de hombres, dispuestos a no ceder un palmo de terreno, ni en el Partido Comunista, que tiene cerca de cuatro millones de hombres sagaces, capacitados, enterados al día del curso de la política mundial, y poseedores no sólo de la fuerza de una revolución en marcha, sino también de todas las armas y recursos morales e intelectuales que la experiencia de la política burguesa ha ido dándoles. Si la burguesía tiene un sistema económico sagaz, flexible, técnicamente perfecto, el partido ha creado otro más sagaz y flexible y perfecto aún, que le lleva de ventaja la solidez y la identificación con el espíritu combativo de todo un mundo de actividad y trabajo. Yo sé que a los comunistas no ha de gustarles lo que voy a decir, pero yo no escribo para ellos, sino para mí mismo y para dar a mis lectores una impresión completa y veraz.

Los comunistas han creado sus propias armas dialécticas, y con ellas también las ametralladoras y los cañones. Marx aprovechó la filosofía alemana burguesa, la experiencia económica inglesa y la capacidad política de creación francesa para la construcción de un nuevo sistema dialéctico. Los comunistas han completado la doctrina política de Marx —aportación de Lenin sobre el fenómeno imperialista— y han aprovechado lo mejor de los sistemas burgueses actuales para su edificación socialista. Los comunistas representan la

síntesis de todos los elementos de aglutinación, de organización y de defensa consagrados como verdaderamente eficaces bajo la experiencia burguesa. Si han construido ametralladoras mejores que las americanas, no sabemos por qué razón hay que hacerle ascos a ciertos recursos de captación y de organización y defensa que hasta ahora ha venido usando la burguesía a través de la Iglesia, cuando se trata de ponerlos al servicio del triunfo socialista. Aquí, ante el fenómeno soviético, se ve que las armas buenas, vengan de donde vinieren, si son útiles para la revolución, hay que sumarlas al parque de reservas o de actividad de este portentoso frente de lucha.

Pero las armas más eficaces por hoy son esas tres: la fábrica, el cuartel y el *koljós*. Sobre cada una de ellas se podrían escribir extensos libros. Y no sería menos interesante estudiar las relaciones entre las tres y la eficacia política de esas relaciones en el mantenimiento de la línea socialista. En la fábrica de tractores de Leningrado —toda una ciudad donde la actividad está maravillosamente racionalizada—, he oído hablar a los obreros con las mismas palabras que los soldados me han dicho en Moscú y en el Volga. Cualquier marinero las dirá también en las costas de Málaga desde la borda de su barco soviético. Los sabios geógrafos que avanzan en los barcos rompehielos por el círculo polar las repiten a su vez. Y los campesinos de Siberia y los obreros de Bakú. Yo puedo decir a mis amigos de España, a los obreros de Madrid, y de Sevilla, y Barcelona, que, cualquiera que sea su ideología, la construcción socialista va a pasos de gigante en la Unión Soviética, y que, cualquiera que sea el rumbo de los acontecimientos, esto no hay quien lo destruya, ni siquiera quien pueda interrumpirlo en su avance.

Llegados a esta conclusión, volvamos a insistir en los pequeños detalles. Recordemos hoy algunos de nuestra visita a la fábrica de tractores de Moscú. Por cierto que antes de llegar a ella, en una amplia avenida festoneada de árboles, donde lucía un sol esplendoroso, nos detuvimos un instante atraídos por un grupo que rodeaba a un hombre caído en tierra. El grupo era poco numeroso y se disolvió enseguida. Cada cual siguió su camino. Quedó el desgraciado de bruces. La gente, al pasar, evitaba tropezarse con él y

seguía adelante con indiferencia. Un guardia soviético observó al individuo y se dirigió a un teléfono inmediato del servicio policíaco. Después regresó al lado del hombre. Le hizo una o dos preguntas, que no obtuvieron respuesta. No sabemos si por un ataque de hemoptisis o por el golpe recibido al dar con el rostro sobre las piedras de la acera, tenía la nariz y la boca ensangrentadas. El hombre estaba inmóvil. Podría estar muerto. Vestía ropas que un día pudieron ser hasta elegantes. Iba descalzo y llevaba los pies muy sucios.

—Es desagradable. Vámonos —repetía mi amigo.

El guardia esperaba pacientemente. El público iba y venía sin detenerse. Yo pregunté a mi amigo si ese hombre estaba muerto, y me contestó:

—Es posible.

—¿Quién es? —insistí.

—Un burgués, un inadaptado, un desplazado. Prefieren llegar a eso.

Mi amigo tenía un aire sombrío. Me explicó en pocas palabras que esos hombres que lo habían perdido todo —familia, riquezas, ideas religiosas, equilibrio moral— estaban idiotizados o enloquecidos y vivían o morían lentamente agarrados a su dolor, cosa tradicional y típica de la vieja Rusia, que conocemos ya por su literatura anterrevolucionaria. Dostoievski era verdad. Andréiev, también. El hombre seguía con la boca contra las piedras, inmóvil. Nosotros continuamos nuestro camino.

Sobre el azul de la mañana, las chimeneas de las fábricas echaban humo gris. Mi amigo me preguntó si el espectáculo me había impresionado.

—He visto muchos como ése —le dije—. Las víctimas eran obreros bien dispuestos a trabajar por los demás. Morían con la inteligencia y el cuerpo jóvenes y fuertes. Y por la voluntad estúpida de un rey que jugaba a los soldados. Pero, en todo caso, yo preferiría que ese hombre, enemigo y todo de los Soviets, pudiera vivir o, por lo menos, tuviera una cama donde morir. Es la lucha de clases, ya lo sé. Todavía hay guerra. También en España. Poco antes de venir a Moscú estuve en una aldea andaluza que se llama Casas Viejas. Pero, de todas formas, me ha impresionado.

SIGUE LA MISMA IMPRESIÓN. EN LA FÁBRICA.
EL PODER DE LA LÓGICA SOVIÉTICA

Yo seguía preocupado. El compañero lo advirtió.

—Figúrese usted si es absurdo que sucedan esas cosas haciendo falta mano de obra en toda la Unión Soviética. Si ese desdichado conservara alguna lucidez, hubiera entrado a trabajar en cualquier parte, y automáticamente, con la carta de trabajo, hubiera tenido todo lo necesario para vivir.

Yo todavía insistía en que si estaba loco se le podía recluir. Mi amigo me explicaba que no es una verdadera locura, sino una manía de taciturnidad, que en determinadas condiciones se volvía agresiva. No se trataba de un caso individual, aislado, sino de un fenómeno social.

—Nosotros —concretó—, en cuanto terminó la guerra civil y comenzó el trabajo constructivo, hubiéramos querido que esta gente se nos incorporara. Muchos lo han hecho y trabajan y viven muy bien. Tienen la consideración de todos. Otros se han quedado al margen. Si pueden, sabotean o conspiran. Nosotros no vamos a matarlos, usted lo comprenderá. Queda planteada la cuestión de la siguiente forma: o se incorporan a la construcción soviética revolucionaria y comunista, o mueren por la imposibilidad material de vivir sin organizarse y trabajar.

Entrábamos en la fábrica, toda actividad, dinamicidad y alegría. Olvidamos pronto el incidente. Yo había observado que, al mirar el cadáver de aquel hombre, la gente lo hacía con los mismos ojos que mi amigo. En ellos se podía leer la misma lógica inflexible y serena. Los que se acercaron en el primer momento tardaron en marcharse el tiempo que les costó clasificar a la víctima socialmente. Por otra parte, aquí nadie piensa en sí mismo, y, por lo tanto, no tiene una idea sentimental del prójimo. Los más sentimentales suelen ser los más egoístas, porque reaccionan siempre por comparación. «A mí me podría suceder eso.» «Yo podría sufrir esa misma desgracia.» Aquí la gente da poca importancia a una vida, porque lleva siempre en la imaginación, en los sentidos, incorporada de una manera individual a sus propias pasiones, la «línea general de la edificación

soviética». Leyendo la *Pravda*, hay hombres que rompen a reír o a cantar ante la noticia de un éxito de la «industria pesada». Y hemos visto a una mujer llorar leyendo la *Izvestia*. Cuando le hemos preguntado qué le sucedía, nos ha enseñado unas cifras y nos ha dicho: «El segundo plan quinquenal se está superando».

Estas gentes no pestañean, en cambio, ante el cadáver de un hombre abandonado en la calle. Como se ve, la imagen de ese hombre no nos abandona fácilmente. Todavía mareamos a nuestro amigo con preguntas ya dentro de la fábrica. Es preciso entrar en las naves de trabajo, ver cómo se realiza aquí —con qué alegre tranquilidad— la jornada, advertir la camaradería de los obreros con los ingenieros soviéticos —obreros también— y con la alta dirección, la fusión de ocho mil voluntades poderosas, para olvidar por completo el incidente de la calle.

—Hemos venido un poco pronto —nos dice nuestro amigo—. Faltan veinte minutos para las doce, hora en que dejan el trabajo y van a los restaurantes a comer. Probablemente, ahora no nos atenderá nadie.

Prueba en diferentes naves —metalurgia, tornos, calderas, talleres de ajuste, donde hasta ocho o diez mil obreros trabajan con un rumor de hierro y motores— a hablar con alguno en diferentes ocasiones. Los obreros le contestan, sin mirarle: «Camarada, no molestes».

El amigo nos explica que hay que esperar a que toque la sirena. «Actualmente —añade—, la fábrica de Leningrado les aventaja en producción, y están furiosos. Quieren reconquistar el primer puesto. Si lo consiguen, verá usted una gran fiesta en la fábrica, con discursos, entrega de la bandera roja, izamiento en lo alto de la nave principal y discursos de los camaradas del Soviet de Moscú.» Recorremos veinte o treinta departamentos, hasta llegar a los almacenes, donde, después de probados sobre unos grandes soportes, los tractores se alinean por centenares. Tractores para Georgia y para Siberia, para remolcar quince toneladas por las carreteras y arar quinientas hectáreas de un pequeño *koljós*. La producción es formidable: un tractor en marcha cada cuatro minutos. Hay en la Unión tres fábricas trabajando constantemente con ese rendimiento medio. Y hacen falta más. Todos los días se inauguran estaciones de maquinaria, y los *koljóses* reclaman

segadoras, agavilladoras, tractores de remolque o de rejas fijas. A veces, un Soviet pide dos automóviles. O los piden de un comisariado general. De la fábrica contestan que no hay automóviles hasta que no se supere la cifra de maquinaria agrícola del mes anterior. Y un comisario tiene que pedir el automóvil de otra organización para un viaje, y los camaradas de los puestos más importantes deben ir en el tren y hacer en *troika* el resto del viaje.

—Cuando llegue el momento —dice mi amigo— inundaremos de automóviles la Unión. Pero por ahora hay cosas más urgentes.

Tractores y sus auxiliares en la línea general. Auxiliares de reserva, los tanques blindados. Los mismos obreros construyen el tanque y el tractor. El mismo soldado que lleva el volante del tanque conduce indistintamente un tractor o una trilladora mecánica en los *koljóses*. Se explica la saña con que fuera de aquí la burguesía organiza la propaganda contra la URSS. Esto es decisivo para el porvenir socialista de todo el mundo. Mientras llega la hora de dejar el trabajo, el compañero nos cuenta que en diferentes ocasiones periodistas norteamericanos enviados por grandes *trusts* de prensa para calumniar a la URSS han salido de aquí llenos de entusiasmo, y al volver a su país han perdido su situación privilegiada de escritores de la burguesía voluntariamente, por negarse a mentir. Hoy son compañeros de estos obreros, y desde los Estados Unidos trabajan por el socialismo, sufriendo todo género de privaciones y persecuciones.

—Es la fuerza de la revolución —dice sencillamente.

EN EL RESTAURANTE Y EN LA TERRAZA. LA PRIMERA PREGUNTA. INTERROGATORIO ABIERTO

Los espacios entre las naves —la fábrica ocupa algunos kilómetros— están llenos de vías, de grúas, de vagonetas. Por todas partes, gráficos de producción en colores y grandes carteles rojos con letras blancas. Tribunas de madera con restos de guirnaldas de hojarasca recuerdan solemnidades pasadas; grandes carteles sobre bastidores de cinco y seis metros de altura. Un *udarnik* con el martillo al hombro y la otra mano levantada, haciendo el saludo comunista.

Cuando suena la sirena estamos un poco alejados de las naves adonde tenemos que ir. Cuando llegamos están totalmente ocupadas. Pequeños compartimientos cuadriculan las grandes salas. Cada uno de ellos tiene sus cocinas, su servicio independiente. Multitud de mesas a las que hombres y mujeres se sientan a comer alegremente. En todas las mesas, flores. Orquesta. Agua mineral del Cáucaso o vino de Crimea, platos sabrosos con pequeños recipientes auxiliares llenos de salsas o ensaladillas. En cada mesa, una lista en papel cebolla con el menú escrito a máquina. Habrá unos treinta platos, entre los que eligen la mayor parte dos. Los precios nos dejan estupefactos. Si pudiéramos comer nosotros en un restaurante de fábrica, con los derechos de traducción de un libro podríamos quedarnos aquí un año. Salimos a la terraza. La orquesta toca música popular sencillamente magnífica. Unos artistas profesionales cantan a coro. Esto es soberbio. Los burgueses en Occidente, con sus «cenas americanas» y sus alardes de magnificencia, están muy lejos de la sana alegría y del bienestar de estos obreros. Oímos risas y aplausos y volvemos a entrar. Entre las mesas avanzan tres actores vestidos de campesinos —*rubasca* roja, calzón negro con bota alta y gorrilla dura, de visera—, tocando en sus pequeñas balalaicas y cantando dialogadamente algo que produce un gran regocijo. Mi amigo me lo traduce. Se quejan los tres de que sus mujeres ya no les cosen los calzones, van a trabajar a una fábrica y dicen que los maridos son lo último en su vida. Hacen también alusiones a la vida íntima muy cómicas, que hacen reír a mujeres y a hombres una vez y otra.

Media hora después los obreros comienzan a salir en grandes grupos a la terraza, fumando. Algunos con la copa del helado en las manos. Conocen a mi amigo y lo saludan. Se forma un corro, y mi amigo me presenta. Se arma enseguida la gran algazara: «Tovarich ispanski». La frase rueda de grupo en grupo y todos corren y se acercan. Me hacen preguntas en ruso y en un inglés defectuoso. Me estrechan la mano, me cogen del brazo para hacer que les atienda. La confusión es enorme. Por fin, uno reclama silencio, se me acerca y dice solemnemente dos o tres palabras de salutación en un francés macarrónico. Yo le contesto como si las hubiera comprendido, y mi interlocutor mira muy satisfecho a su alrededor. El amigo les habla

en ruso; les dice algo y todos asienten. Entonces me lleva a un extremo, donde hay una pequeña plataforma, y subimos. Trescientos, quinientos obreros quieren hablar a un tiempo. Mi amigo impone silencio y dice unas palabras. Hace mi presentación. Habla de Marruecos y del imperialismo francés y español. Un obrero pide la palabra y hace una pregunta. Mi amigo me la traduce:

—Dice que si peleó usted de parte de los moros o de parte de los españoles.

¡Vaya una pregunta! Menos mal que mi amigo tiene dotes polémicas. Dice que fui obligado a pelear contra los moros; pero que la experiencia me sirvió para acumular datos y escribir después contra el imperialismo francés y español. Los obreros se consideran muy satisfechos. Otra pregunta que nos es traducida:

—¿Por qué no han vuelto a producirse en el último año acciones de masas tan importantes como la quema de los conventos?

Pero esta pregunta no es sino el comienzo de un interrogatorio apasionado. Todos querían indagar y saber. Les contestamos. Hubo preguntas de mujeres y de hombres, de punta aguda y romas y también de doble filo. Mañana las referiremos.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS EN LA FÁBRICA. LA DEMAGOGIA Y EL AMOR

Aunque queríamos continuar estas crónicas sin grandes interrupciones, el propósito nos falla a menudo. Es necesario seguir visitando lugares de trabajo, haciendo algunos viajes, completar observaciones y datos. Durante estos días hemos hecho un viaje al sur. Debemos, sin embargo, continuar con las notas que hicimos a nuestro regreso de la fábrica AMO. Quedamos en que nos rodeaba un grupo de trescientos a cuatrocientos obreros.

He aquí algunas de sus preguntas:

—¿Por qué hay tantos socialdemócratas en España? ¿Es que aún no os habéis enterado de que son mencheviques?

Voces diversas salían de un lado y otro. Nuestro amigo nos las traducía. La palabra «menchevique» se repetía a menudo. Se extrañaban mucho de que, siendo «mencheviques» los socialistas,

los obreros siguieran a su lado. Yo les contesté con su dialéctica. Me hablaban de menchevismo y yo debía decirles que todavía no ha comenzado en España la transformación de la revolución democrática en revolución proletaria. Les hablé también de las dificultades en que se desenvuelve la organización del proletariado, de la fuerza de las represiones. Estaban perfectamente enterados, muchos de ellos, de lo de Arnedo y Casas Viejas. Nuestro amigo traducía mis palabras. Después de escucharlas atentamente se acercó una chiquilla, de trece o catorce años, y se quedó plantada delante. Habló con mi amigo, y éste me tradujo:

—Quiere decir una cosa importante y reclama silencio de todos.

La muchacha hablaba con toda su vida puesta en la mirada.

—Yo ya sé que los compañeros españoles padecen en las cárceles y luchan con las fuerzas reaccionarias ahora lo mismo que cuando tenían el zar. Los delegados que vinieron para el Primero de Mayo lo contaron a unas amigas mías. Los encarcelan, y a veces los matan apoyándose en una ley que llaman «de fugas». Yo te digo que voy a plantear en la reunión de las Juventudes la cuestión de que nuestros camaradas de la *Krásnaya Armiya* (los soldados rojos) vayan a ayudaros. Pero no lo digas a nadie.

Se ríen aquí y allá; pero la ingenuidad de esta muchacha es conmovedora. Yo le digo que guardaré el secreto y que la ayuda de la *Krásnaya Armiya* será muy importante para los obreros españoles. A estas chicas soviéticas, los obreros de los países capitalistas les inspiran una gran ternura, según nos dice nuestro amigo, porque se acuerdan de las luchas y los sufrimientos que los obreros rusos padecieron.

—Claro es —añade— que esa ternura no pasa desapercibida para muchos de los obreros que vienen sobre todo de los países del Mediodía, y en especial para los españoles. Hacen una terrible demagogia cuando les gusta una muchacha.

Nuestro amigo lo dice con una cordialidad, a la que está atenta, con su mirada risueña, la muchacha.

—Pero la mayor parte de las chicas soviéticas —le digo en broma— tienen una preparación política muy sólida. La demagogia parece que no debiera impresionarlas mucho.

Nuestro amigo hace un gesto decisivo:

—La de los españoles no falla nunca.

Nos hacen otras preguntas:

—¿Es cierto que hay muchos anarquistas en España?

—Sí, es cierto.

Los obreros hablan entre sí, discuten. Unos no lo creen, y otros, que se las dan de mejor informados, insisten. Mi afirmación ha decepcionado a muchos. Me preguntan cuál es la razón. No es fácil contestar. Creo no equivocarme al decirles que el proletario y el campesino de España, abandonados por el Estado a sus propios medios, han deseado educarse y hacerse una cultura que les permita una posición individual ante todas las cuestiones. Eso les ha llevado a asimilar como han podido lo más asequible y fácil de la cultura burguesa. Se han encontrado con que en esa cultura había cosas que, al parecer, les interesaban como tales obreros. Sin darse cuenta, su conciencia de clase asimilaba inmediatamente el idealismo burgués sobre el humanitarismo, la fraternidad, el bien público, el interés general, las cosas que individualmente y como clase humillada y explotada les convenían. Pero todavía no han comprendido que esa ideología existía ya durante los tiempos feudales entre los condes y los duques y los arzobispos, en las cámaras señoriales, en las iglesias. Y que han pasado los siglos repitiendo esas frases y esas ideas sin que la situación de los trabajadores varíe. Insisten en preguntarme cómo es posible que no se hayan dado cuenta aún, y yo les contesto que no lo sé. Es quizá un fenómeno de pereza mental, que en los países del sur, donde el sol es caliente, no tiene nada de raro.

No quieren razones psicológicas, sino políticas. Pero la verdad anarquista en España yo entiendo que es una verdad de psicología elemental. Si les hubiera dicho que había planos políticos interesados en cultivar en las masas la mentalidad anarquista, les hubiera satisfecho más; pero a mí me parece que esas razones políticas ya las saben ellos, y que es más interesante que yo les diga las cosas que probablemente ignoran. He aquí nuevas preguntas, incontestables:

—¿Cuándo haréis vuestro «Octubre»?

—¿Tú crees que los guardias civiles, como algunos cosacos, se negarán a luchar contra los obreros?

Y otras que no puedo transcribir porque no se podrían publicar en España. Sin embargo, tendrían mucho interés para reflejar con exactitud el ambiente proletario y la atención con que se sigue la política española. Preguntas de otro orden. Quieren saber cómo vive el obrero. Yo voy contestando: un peón gana en la ciudad cinco o seis pesetas. Un obrero calificado, hasta once o doce. Me preguntan cuánto me cuesta la camisa que llevo, y al ver que es el jornal de un día de un obrero calificado, reflexionan. Luego el precio del pan y de la vivienda. Después el número de los sin trabajo. Y de nuevo la pregunta, la misma pregunta otra vez:

—¿Por qué no hacen la revolución?

Los veo bien vestidos y afeitados en esta terraza, construida por un gran arquitecto europeo —el más autorizado en la arquitectura soviética—, tomando su helado, oyendo una orquesta. Un muchacho pregunta a mi amigo y escribe en un bloc. Está haciendo una información sobre mi diálogo con los obreros, para pegarla en el diario mural. Desde la terraza se ven otras terrazas, junto a las chimeneas, descubiertas o encristaladas. El eco de las últimas sirenas se oye en la lejanía.

EL CLUB DE LOS BARRENDEROS Y LOS TRANVIARIOS. EL ACORAZADO

Uno de los edificios más originales y más hermosos de Moscú es este Club de los Servicios municipales, donde se alojan dos ramos de actividad y dos sindicatos: los tranviarios y los servicios de limpieza de las calles. Los barrenderos de Moscú tienen un club mucho más original, más moderno e incluso mucho más confortable que el Casino de Madrid, con su cinematógrafo de iluminación indirecta, que recuerda el del Cine Barceló, de Madrid; su gimnasio y su gran biblioteca. Con dos inmensas rotondas de cristales dobles que en invierno reciben sol durante todo el día y en verano se cubren de frescas cortinas de lino. Macetas con palmeras, pavimento de madera bruñida, grandes patios con estatuas de piedra o de madera tallada. Nos aproximamos a verlas. Una es la típica cobradora del tranvía, con su bolsillo de cuero sobre el costado y el

aparato de los billetes adaptado a la correa. Está en tamaño natural y tiene una belleza fuerte y simple. Otra estatua, también del mismo tamaño, representa a un obrero que riega, inclinado detrás de la manga, con sus fuertes botas de aguas. En las paredes, gráficos de los servicios de tranvías y de la organización de la limpieza, tanques automóviles de riego con instrucciones sobre el radio de alcance del agua y la manera de regar rápidamente la plaza. En otro lado, el diario mural con información sobre el trabajo en las fábricas donde se construyen nuevos tipos de tranvías, las fechas de inauguración y los planos con las nuevas vías. Tiene un buen restaurante, un almacén en los sótanos, un bar arriba, en la última terraza. El trabajo de organización aparece constantemente en todos los detalles, y es por esa razón por la cual el confort, la comodidad y el buen gusto no llegan a tener un aspecto de lujo burgués. No hay nada ocioso. Todo sirve para facilitar el trabajo, la información, la educación. En el centro del patio de la primera planta, y en lugar preferente, hay un gran retrato. Preguntamos quién es. Tiene el aspecto de un joven obrero. Nos dicen que fue el secretario del Sindicato de Tranvías. Intervino en el movimiento de 1905; fue deportado a Siberia; cuatro años después consiguió escaparse; continuó haciendo trabajo ilegal, y en 1917 murió luchando en las calles de Moscú.

Después de recorrer todo el edificio entramos a las oficinas de la Administración. Es día de descanso —no sabemos si jueves o sábado, porque aquí nadie lo sabe nunca—, y en las oficinas no hay más que un obrero de unos treinta años. Está haciendo un paquete con revistas y libros y nos ruega que esperemos un instante porque tiene que enviar ahora mismo al correo ese paquete para que llegue al acorazado en la fecha determinada.

—¿A qué acorazado? —pregunto sorprendido.

—Al nuestro —responde el obrero tranquilamente.

El club patrocina un acorazado que lleva su nombre. La fábrica de automóviles protege a su vez un crucero, que también lleva el mismo nombre de la fábrica. Todas las fábricas, sindicatos y, en general, las organizaciones sociales o centros de producción tienen su submarino, su crucero, su dirigible, su torpedero, su sección de tanques o su escuadrilla aérea. La relación del club con el acorazado

es sistemática y constante. Tiene acordada una subvención mensual para la biblioteca del barco, y de vez en cuando, si el acorazado está en Leningrado o en Odesa, destaca un delegado que va a hacerles una visita y a llevarles materiales extraordinarios. He aquí que hace poco estuvo en Odesa y que el delegado vivió a bordo cinco días. El delegado no iba directamente de Moscú. Estaba pasando sus vacaciones en una casa de recreo y descanso a treinta kilómetros de Odesa. Para ir a esta ciudad tuvo que tomar un autobús. Había anunciado su llegada al barco a las diez, pero el autobús tuvo avería y llegaron a medianoche. No era hora de ir al barco y no conocía la ciudad. Anduvo buscando en vano el domicilio de la organización tranviaria de Odesa. Pero desde las diez y media los *Krásnaya Flot* le buscaban. Le encontraron por fin y lo hicieron ir al barco a la una de la mañana. Allí recibieron al barrendero de Moscú los tres comandantes del acorazado. Lo instalaron en el camarote del segundo. Durante los cinco días que estuvo a bordo hicieron prácticas en alta mar para que el barrendero las presenciara, le dieron informes minuciosos del trabajo a bordo, le explicaron las cuestiones técnicas más accesibles para un profano. El delegado transmitiría después esos informes a su sindicato y a una asamblea del club. A su vez les llevó a los marinos artículos sobre la línea general soviética para el diario mural, fotografías e informes sobre el trabajo del club. Dio tres conferencias sobre política internacional. Con eso y un informe crítico de la tripulación sobre el material que el club les envía, el delegado regresó a Moscú despedido cordialmente por los hurras de a bordo.

Ahora ese obrero de la limpieza preparaba su envío de folletos, libros y periódicos, que los marineros recogerían en Leningrado. Yo pregunté a ese obrero de qué clase procedía el comandante del acorazado.

—Bajo el zar era un obrero tornero en Leningrado. Luego le correspondió ser marino, en el servicio obligatorio. Como tal luchó en Octubre, y durante la guerra civil, del lado de los bolcheviques. Después, pensionado por los Soviets, estuvo estudiando en la Academia Naval, y ahora es el comandante.

Antes de marcharnos, el obrero hace un ruego, que estamos acostumbrados ya a oír en todas partes:

—Quisiera una interviú sobre España.

—¿Para dónde? —preguntamos.

—Para enviarla a nuestro acorazado. El día 8 debemos hacerles otra remesa para el diario mural. Si les enviamos información sobre España, será para nosotros un verdadero éxito.

Bueno. Nos sentamos dispuestos a contestar.

UNA CONFERENCIA EN LA BIBLIOTECA INTERNACIONAL. BAROJA, VALLE-INCLÁN Y UNAMUNO

En la plaza del Soviet hay un gran edificio que fue iglesia ortodoxa y convento. Hoy es biblioteca. Tienen todas las revistas y casi todos los diarios europeos importantes. Muchos libros de literatura extranjera, traducidos o no. Material abundante sobre todo género de cuestiones. Una gran biblioteca. Tiene su salón de conferencias, que en tiempos debió ser algo equivalente a las salas capitulares de los monasterios españoles. Allí hablé, en español, sobre literatura. Para hablar en una iglesia tenía que venir a la Unión Soviética. El salón, que es bastante grande, estaba totalmente lleno de público. Al principio nos resistíamos a creer que todos comprendieran español. Después, a la hora de los interrogatorios, pudimos comprobarlo con sorpresa.

El dirigente de la sección latina de la Unión Internacional de Escritores hizo una presentación generosa. Yo comencé a hablar un poco coaccionado por los letreros revolucionarios que sobre lienzos rojos cubrían las paredes, por el gran retrato de Lenin que tenía detrás; por todo este aparato que para nosotros representa la realidad viva de la ya legendaria Revolución de Octubre. Al final leí unas páginas de un libro, y todavía antes de terminar pidieron permiso a la presidencia para hacerme unas preguntas. Esas preguntas, como las de la fábrica y el club, revelaban una vez más una curiosidad febril por las cosas de España. No sólo en lo político. Como había entre el público especialistas de pintura y de arte general y todos querían aclarar datos confusos, completar referencias, el

interrogatorio duró cerca de una hora. Uno me preguntó qué escritores clásicos representaban mejor, a mi juicio, el espíritu español. Yo les dije que Rojas y Quevedo. Como había dicho que el *Quijote* es un libro de inspiración materialista y de honda intención revolucionaria, un muchacho me preguntó si creía que Cervantes no fue un escritor burgués de clase, producto de las condiciones económicas de su tiempo. Yo le dije que sí, pero que no se trataba de discutir sobre marxismo, sino de informar sobre los fenómenos particulares de la literatura española. El público acogió bien esta respuesta y el muchacho se dio por satisfecho. Había dicho que Cervantes intentó crear el gran mito nacionalista y no lo consiguió, porque su héroe le resultó una caricatura sarcástica del idealismo feudal y todavía hoy lo es del idealismo burgués. En ese aspecto, el libro podía ser una consecuencia de las condiciones del tiempo en que se produjo. De todas formas es un libro revolucionario. Esto desconcertó un poco a algunos. Un pintor me hizo preguntas sobre Velázquez y su relación con la naturaleza moral española. Yo le dije que esa naturaleza, si se puede expresar en la obra de algunos pintores, la encuentro mejor en el Greco y en Goya. El interrogatorio continuó. Había muchas mujeres. Una profesora de español me hizo también algunas preguntas concretas sobre literatura moderna. Yo le contesté y a mi vez pregunté también. Terminado oficialmente el acto, se formaron los corrillos de costumbre y continuaron los diálogos. Aquí está traducido con éxito el libro de Pío Baroja *Mala hierba*. Intentaron traducir últimamente *Los visionarios*, pero la editorial lo rechazó diciendo que sus críticas eran demasiado superficiales, que vieran si había algún otro libro de Baroja donde se atacara más a fondo el marxismo y el comunismo y lo publicarían inmediatamente. Yo no puedo explicarme bien esto último; pero respondo de que es absolutamente cierto. En cambio, una muchacha me pidió con gran interés un estudio lo más completo posible sobre Baroja para una revista de Ucrania. En Ucrania están traducidos gran parte de sus libros y se va a iniciar ahora una edición de sus obras completas.

Con Valle-Inclán sucede una cosa pintoresca. Tiene tres lectores que conocen toda su obra minuciosamente. Uno está en Siberia, en

una aldea. Otro, en un *aúl* del Cáucaso, en una *dacha* de madera colgada de un picacho en la aldea semibárbara. Otro, en Moscú. El de Moscú sostiene correspondencia con los otros y les envía datos biográficos, noticias personales, todo cuanto tiene relación con el autor de *Los esperpentos*. El entusiasmo de estos tres hombres es casi místico. Saben que hoy está Valle-Inclán en Roma y que se puso enfrente del Gobierno republicano Azaña. Con motivo de la traducción de *Tirano Banderas* se ha hablado mucho de Valle-Inclán. Los traductores pasaron verdaderas angustias. Tres veces rechazó el Comité de la Sección de Traducciones artísticas el original. Por fin, después de intervenir cinco traductores de español y de rehacer varias veces el trabajo, éste fue aceptado y publicado.

Al salir la primera edición, que ha quedado agotada en poco tiempo, comenzaron los especialistas de literatura española y americana a escribir sobre el libro y se entabló una interesante polémica sobre la diferencia entre el ambiente mexicano y la mentalidad española de su autor. Se enzarzaron en discusiones, algunos de cuyos extremos son verdaderamente curiosos, y se acordó que, siendo *Tirano Banderas* un libro español, su sentido crítico sobre el desarrollo revolucionario de México tiene puntos de vista estrictamente mexicanos y también que el libro recoge aspectos comunes a la descomposición de la burguesía mexicana y española.

En cuanto a Unamuno, se ríen y confiesan que no lo entienden.

LA CULTURA Y LAS NACIONALIDADES

En esto de la cultura, el aspecto más interesante para el lector español será el que ofrecen las literaturas no rusas —no de la Rusia Central ni de la Rusia Blanca—, que antes no existían apenas o estaban confinadas en círculos estrechísimos. Para que subsistiera esa anomalía bajo el Imperio había varias razones. No era simplemente la imposición del idioma. Regiones como Yakutsk, donde se habla el ruso, carecían en absoluto de prensa, de libros y casi de escuelas. El secretario del gobernador imperial, Hedenstrom, decía en un informe años antes de la revolución: «La región de

Yakutsk es uno de esos territorios donde la instrucción o la extensión de los conocimientos humanos sería más funesta que útil. Comparando su suerte a la de otros pueblos del mundo, los habitantes de ese salvaje desierto comprenderían su situación calamitosa, sin encontrar ningún medio para mejorarla». Ese funcionario era, como se ve, un casuista pintoresco. No es extraño que los caucasianos resistieran durante más de cincuenta años el despotismo de un imperio que afrontaba de esta manera las cuestiones.

Durante la guerra, la tradición de la cultura rusa —«granrusa», como decían desde Nicolás I— se resquebrajó bastante. Entendemos aquí «cultura» en el sentido general de civilización. En 1916 el zarismo tuvo que reprimir con sangre los movimientos separatistas de los turcomanos del Transvolga y del Asia Central. La guerra, con los fracasos del ejército imperial, hizo descender el crédito del Imperio y agudizó los pequeños nacionalismos. La Revolución de Febrero —Kérenski— no pudo afrontarlos. Socialistas y republicanos respetaron la tradición «granrusa» del zarismo, atreviéndose todo lo más a indicar la posibilidad de reorganizar el Turquestán en una especie de colonia. La Revolución de Octubre afrontó y resolvió la cuestión. Pasukanis dice en *Diez años de Constitución soviética*: «Basándose sobre la doctrina de Marx, Lenin ha demostrado la necesidad de crear un gran Estado proletario centralizado y único; ha indicado que en los Estados con nacionalidades múltiples, como Rusia, hacía falta crear la Federación; es decir, una unión de naciones iguales en derechos sobre un acuerdo común». Desde los primeros días del régimen actual, los Soviets declararon expresamente «los derechos de los pueblos de Rusia». Así quedaron constituidas poco a poco diecisiete regiones autónomas (Karachai, Kalmukia, Mordovia, etc.); diecinueve Repúblicas autónomas (Chuvasia, Kazajistán, Carelia, etc.); varias Repúblicas federadas transcaucasianas (Georgia, Armenia, Azerbaiyán); Repúblicas unidas (Ucrania, Rusia Blanca, Rusia Central, Federación Transcaucasiana, Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán). Pero, además, en lo que se refiere a las formaciones nacionales más pequeñas, basta con anotar que sólo en la que podríamos llamar Rusia Central —aquí se llama

RSFSR— existen doce Repúblicas autónomas y catorce regiones autónomas, diez distritos nacionales en el norte, noventa y siete departamentos nacionales y unos mil setecientos Soviets rurales nacionales. Esto último es algo parecido a lo que los anarquistas llamarían «municipios libres».

Todo esto es fundamental para comprender luego la extensión de las tareas culturales llevadas a cabo. Hay que añadir que el 30 % de esos pueblos hablaban idiomas que no habían sido traducidos en signos jamás. O sea, no conocían aún la escritura. Otros usaban un alfabeto turco o chino muy confuso. Hoy han adoptado el alfabeto latino setenta nacionalidades. He aquí algunos ejemplos concretos: la más joven de las nuevas Repúblicas, el Tayikistán. Durante el zarismo, el clero tenía monopolizada la lectura y la escritura y hacía de su enseñanza una industria. El número de analfabetos era tan crecido que resultaba sorprendente hallar a alguien que supiera leer y escribir. Para la enseñanza superior tenían que ir a Leningrado, a Moscú, a las grandes ciudades lejanas. Hoy reciben enseñanza gratuita millón y medio de niños y hay tres universidades, donde se educan, también gratis, ochocientos estudiantes. Durante el Imperio no había en todo el país ni un solo periódico, y hoy hay veintitrés diarios, de los cuales en una sola ciudad aparecen cuatro. Hay además treinta y seis cinemas, cincuenta estaciones de radio y treinta y cinco bibliotecas. Hay que añadir a estos datos centenares de clubs con sus pequeñas colecciones de prensa y libros de otras nacionalidades y millares de «rincones rojos». Éstos, cuyo carácter educador e instructor adquiere formas muy diversas, tienen por fin que la cultura se filtre en todos los casos y condiciones por la masa entera del país, dentro y fuera de los cuadros de la instrucción oficial. «Rincones rojos» hay en todas partes. En los clubs, en los vestíbulos de los teatros y cines, en los *koljóses*, en las fábricas y talleres, en los parques. En el de Moscú —Kultury Ótdyja— hay varias docenas. De su misión, a veces pintoresca, bastará con presentar algunos ejemplos. Siempre en el «rincón rojo» hay alguien dispuesto a evacuar consultas. Una enciclopedia a mano es indispensable. Yo he visto acercarse a un obrero a uno de esos rincones y preguntar, muy intrigado, qué distancia hay de la Tierra a la Luna. La respuesta fue

acompañada de una serie de explicaciones, muy sumarias, sobre astronomía. Otra vez, dos obreros que avanzaban por una avenida discutiendo se acercaron a resolver sus dudas a un «rincón rojo». Preguntaba uno de ellos si, una vez terminado el segundo plan quinquenal, los sindicatos y las cooperativas podrían sustituir ya al Estado y éste sería innecesario. Ignoramos cuál fue la respuesta, que se prolongó mucho. El obrero que les contestaba hacía números y dibujaba curvas en un papel; cogía libros del estante de cemento que tenía detrás y los abría sobre la mesita, también de cemento. Los obreros habían dejado de discutir y atendían con interés. Este sistema de educación directa, individual, no lo registran los Soviets en sus estadísticas, pero tiene una gran importancia.

EL PALACIO DEL LIBRO

El Palacio del Libro de Moscú está instalado en un antiguo hotel particular. Este hotel fue construido en 1818 por el arquitecto italiano Bové. A los dos lados del zaguán y el vestíbulo hay grandes columnas de mármol. En sus salones estilo Imperio, bajo los techos ornados con grandes flores heráldicas y amorcillos alados, bailaban los elegantes de la corte. Durante un siglo el hotel particular del bulevar Novinsky, habitado por una familia aristocrática, sólo albergó el aburrimiento muelle o las solemnes diversiones de la corte. Un siglo justo después de su construcción —en 1918— comenzaron a entrar por sus puertas estanterías, burós americanos y ficheros.

He aquí algo de lo que hemos visto en ese palacio a lo largo de galerías y pasillos, de grandes salas y de pequeños departamentos con las paredes materialmente cubiertas de estanterías y de libros. Nada de particular tendrá encontrar aquí las obras de Tolstói o las de Pushkin en el idioma ruso, o polaco, o ucraniano. Pero hay multitud de libros traducidos e impresos en lenguas que no tenían hasta 1917 tradición escrita ni literaria ninguna, porque no habían llegado a construirse un alfabeto. Es curioso que en lugar de imponerles el ruso los bolcheviques hayan estudiado esos idiomas y hayan creado

la escritura para traducirles el pensamiento y el arte ruso y occidental. He aquí algunos de esos idiomas: avar, adigués, kumyk, asirio —en caracteres latinos y árabes a la vez—, udmurto, darguín, dungán, ingusetio, kabardino, varios dialectos chinos, karaim de Crimea, karachai, laks, nogayo, osetio, romaní y decenas de otros no menos extraños. Las obras completas de Lenin, editadas en dos gruesos tomos, están traducidas a todos esos idiomas, a los dialectos caucasianos, al mongol, etcétera. Lo mismo el labrador de un escondido aúl del Cáucaso como el pastor de renos del círculo polar pueden leerlo sin necesidad de aprender un idioma diferente.

El Palacio del Libro nos ofrece una misma obra fundamental —el *Manifiesto*, de Marx; la historia condensada de la revolución, etc.— traducida e impresa en sesenta y dos idiomas, que no son, sin embargo, todos los que se hablan en la URSS. El que nos acompaña traza unas curvas sobre un mapa, abarcando el norte y el este del país. Ahora se hacen millares de ejemplares en otros idiomas, que saldrán en expediciones especiales y entrarán en los lugares de destino un día de fiesta, quizá con el tren de mercancías embanderado y adornado con hojarasca y flores. Centenares de miles de libros filosóficos, antirreligiosos, científicos; obras de estadística, de política, de literatura, de agricultura, de medicina, de sociología, de historias de la civilización. O el propio folklore de cada país impreso por primera vez después de las investigaciones cuidadosas de los especialistas.

La pequeña República de Abjasia, que tiene un pasado histórico parecido al español —antigua colonia de los romanos y de los árabes —, ha visto publicadas por primera vez, en 1930, las obras del gran literato popular Gulchs, de las cuales las poesías se conservaban de viva voz, y la prosa, en copias manuscritas. A veces la labor de adaptación o sustitución de unos manuscritos viejos por sus equivalentes en la escritura actual es muy compleja. Los enrevesados signos árabes del poeta daguestaniano Mahmud figuran, litografiados, al margen de su equivalencia en los signos actuales. Lo mismo se hace en sus ediciones cosacas o rusas. También nos han mostrado una obra china, cuyos jeroglíficos se conservan al lado de la traducción de los mismos sonidos en caracteres latinos, con los

que tratan de reemplazar poco a poco tanto la escritura china de Oriente como la árabe o la hebrea.

Nos sucedía ante esos primores de organización y ante lo racional y lógico de los métodos de difusión de la cultura lo mismo que ante otras manifestaciones de la vida soviética: todas las objeciones que podíamos hacer, y que a veces nos formulábamos desde el plano de la teoría socialista o desde cualquier otro, se desvanecían de pronto. Ante el empuje del trabajo constructivo de aquellos hombres no cabía sino dejarse contagiar, porque no hemos conocido ni se puede imaginar nada parecido. Las investigaciones de los eruditos españoles sobre los amarillos papeles medievales representan muy poco comparadas con la labor de traducción, ordenación y comentario que los especialistas en esas cuestiones —son muchos, naturalmente— realizan con toda escrupulosidad y también con toda sencillez, sin esperar las academias ni el provecho de las ediciones. Ni siquiera les anima una vanidad profesional, que sería explicable. En todo caso —algo tiene que haber para que se produzca el milagro —, la pasión política. La conciencia revolucionaria de su trabajo.

Vi en el palacio del bulevar Novinsky setenta y dos obras en el dialecto de una pequeña comarca montañesa de Kabardia. Cuarenta y cuatro en la lengua que hablan los lakos, pequeño y antiquísimo pueblo, que no tenía escritura, y otras diversas series de libros no menos curiosas, entre las que no faltaban treinta y siete libros de historia, de sociología y de amena literatura en el idioma de los darguines, pueblo nómada, de pastores de ganado lanar, como antes las había visto en el idioma de un reducido pueblo norteño —también nómada— de pastores de renos. Vimos ediciones de Gógol en el dialecto de los tártaros de Crimea; de Tolstói, en lezgui, avar, laks y otros muchos. Pero no consiste todo en traducir, comentar, anotar e imprimir los libros. Para introducirlos en las lejanas zonas adonde se destinan tienen que vencer la resistencia, a veces formidable, de los reaccionarios, que sobreviven más o menos descaradamente, y, sobre todo, del clero musulmán, de los *mullahs*, de los s*cheikhs*, que, como es sabido, no reconocen otro libro que el Corán, pero que, además, difunden la superstición contra los caracteres latinos. De todas formas, los pastores del Cáucaso, los cultivadores de algodón del Asia

Central y el cazador del extremo norte, dentro o fuera de la Unión Soviética, leen ya en sus idiomas a Pushkin, a Barbusse, a Gorki, etcétera. Tenía razón el gran poeta ruso cuando decía que llegaría un día en que su nombre sería pronunciado con respeto y orgullo «por el fiero vástago de los eslavos, / por el tuguz salvaje / y el calmuco amigo de las estepas».

NICHEVÓ. NADIE MIRA AL PASADO

En cada país hay palabras o frases que se nos cuelgan al oído al entrar y no nos dejan ya hasta que nos marchamos. Algunas perduran mucho tiempo pegadas a la memoria sensitiva. Nos decía un ruso que cuando hablamos los españoles repetimos la palabra *ustedes* muy a menudo y que es una palabra que le sonaba muy bien. Hablar en español es, para él, hablar «en usted». En Alemania hay dos: *bite* y *ach so*. En la Unión Soviética, otras dos. *Tovarich*, que es más bien —con el tiempo hemos ido ajustándola— *tavarich*, y, sobre todo, una frase que se oye constantemente en la calle, en el hotel, en la fábrica: «¡Nichevó!».

Hoy esa frase carece de sentido político; pero durante largos años de lucha, *Nichevó* era algo más que un comodín idiomático. Era una afirmación de seguridad y de fe. No había pan o lo había muy malo y escaso. La manteca había que buscarla en los rincones de los silos del *kulák*, donde la escondían los campesinos ricos, con la leche y la carne en conserva. El soldado rojo, el obrero, el campesino revolucionario se encontraban quizá sin lo indispensable. La frase *Nichevó* salía cien veces al día de sus labios. Luego la reorganización de la producción y del abastecimiento se concentró en torno al proletariado industrial. Los demás seguían diciendo *Nichevó*, atentos a las estadísticas de producción. Esto era lo único que importaba.

La lucha tenía entonces otros frentes. Se tropezaba con dos falsos comunistas que habían destruido unos planos en las secciones de la industria pesada o habían instalado defectuosamente la maquinaria. Comprobada la mala fe, se les juzgaba como espías de guerra y se les fusilaba. Dos meses de trabajo perdido. Vuelta a comenzar. *Nichevó*.

Las tropas del capitalismo imperialista ocupaban una región del sur, detenían a veintiocho comisarios del pueblo en Bakú y los asesinaban en masa. La noticia llenaba de indignación a los ciudadanos soviéticos; pero, en cuanto a su trascendencia política, aparecía de nuevo la misma frase: *Nichevó*. Con ella entre los dientes, los obreros construían el material de guerra con más cuidado, la Policía política afinaba su organización y la política exterior su sagacidad. Si se volvía a pensar en la tragedia de Bakú no era para llorarla, sino para proyectar la experiencia hacia el porvenir. Nadie piensa en el día pasado, nadie tiene aquí recuerdos. Los recuerdos tienden a inmovilizarnos en el presente. Los recuerdos que merecen vivir ya viven incorporados a la experiencia política, técnica, en el trabajo de hoy y en el de mañana. Todas las dificultades, las quiebras inesperadas, las decepciones tropiezan aquí con esa frase: *Nichevó*.

Hemos conocido a un anarquista argentino que llegó huyendo de los Estados Unidos. Trabaja en una fábrica y vive, como sus compañeros, mucho mejor que el obrero calificado americano. No quiere oír hablar de volver a los países capitalistas. Como tal anarquista, no pertenece al partido ni a ninguna de las organizaciones de carácter político soviético. Cuando llega un decreto sobre el orden en el trabajo, ese obrero anarquista protesta entre sus compañeros y acude a la reunión de la célula, donde alborota contra el Comité Central del partido y contra el Comisariado. El secretario de la célula realiza individualmente con él una lenta labor de persuasión. El caso concreto que últimamente hizo perder los estribos a ese anarquista fue un decreto disponiendo que el obrero que faltara a su trabajo sin previo aviso perdería el puesto en la fábrica durante tres meses. El mismo anarquista, ya convencido, me lo explicó después:

—El trabajo está muy racionalizado, y un obrero que falte un día puede perturbar la producción de toda la fábrica. Basta con que avise que no va a poder ir para que se le sustituya y todo marche bien. Si es por razones de salud, el médico irá y lo dará de baja. Si necesita tres días para restablecerse, es seguro que le dará cinco. Pero debe avisar. A mí —añadía— me cuesta mucho trabajo aceptar esos decretos

tajantes; pero comprendo, a vueltas con el secretario de la célula, que tienen razón.

—¿Usted es anarquista?

—Sí; pero ante esto —se refiere a la revolución soviética— no hay sino ayudar. Es algo que ningún obrero de ningún país puede imaginarse. Por mucho que se hable, hay que venir a verlo. Ser proletario, ser campesino sin tierra, ser trabajador, es tener todos los derechos. Lo mismo da que uno sea ruso, checoslovaco, argentino o japonés. Aquí —añade bajando la voz y dando una gran fuerza a las palabras— somos los amos.

—Me decía usted antes que el secretario de la célula le convence siempre. ¿Cómo es eso?

—Lo que me hacía renegar de la dictadura del proletariado era la idea de un partido político en el poder. Pero aquí he visto que no es cierto. El poder no lo tiene el Partido Comunista, sino nosotros, los obreros y campesinos. Ya ve usted que el secretario de la célula de mi fábrica es un cargo político de los primeros de Moscú. La célula tiene seis mil miembros. Es un hombre que se ha jugado la piel muchas veces, que fue perseguido por la Policía del zar, que las ha pasado negras durante treinta años. Bueno, pues ahí le tiene usted quince años después de tomar el poder haciendo la jornada en la fábrica, trabajando luego otras tantas horas en tareas de educación política, de información, de organización, leyendo dos horas cada día en dos o tres idiomas para estar al tanto de todo lo que sucede en el mundo, durmiendo cuatro o cinco horas diarias, flojo de salud y viviendo en una casa peor que la mía.

—¿Qué significado político da usted a esos hechos?

—Que aquí todas las ventajas del poder las tenemos nosotros. El partido sólo tiene las responsabilidades.

—Es curioso oír hablar así a un anarquista.

—Y lo soy —insiste nuestro amigo—. Pero la única manera de ir a una sociedad libre, sin clases, es ésta. No hay que darle vueltas.

En la misma casa del argentino vive un profesor de Economía política de la Escuela Leninista. También gran personalidad bolchevique y hombre de una capacidad de trabajo formidable.

Pertenece al partido desde mucho antes de la revolución. Al amigo anarquista le impresionan mucho los argumentos sentimentales.

—¿Quiere usted creer —me dice— que yo, como obrero de fábrica, vivo mucho mejor que él? Ganamos aproximadamente lo mismo —añade—, él en su universidad y yo en mi fábrica. Pero yo tengo el restaurante de la fábrica y una cooperativa baratísima y con artículos de primera. Y ese hombre es un sabio. Trabaja en diversos comités, hace trabajo de educación y de instrucción política en fábricas y cuarteles. Bueno, pues ¿quiere creer que a veces me entero por casualidad de que no tiene azúcar o mantequilla para el desayuno, porque en su cooperativa las tienen racionadas? Yo le digo: «Camarada, eso no está bien». Y le doy de lo mío. ¡Que yo, un anarquista, tenga que dárselo a él, un veterano comunista, estando el partido en el poder!

—¿Y él qué dice?

—Nada. Termina de vestirse cantando, y sale precipitadamente a comenzar una jornada agobiadora. «Los artículos de primera son para ustedes. Sin ustedes podría fracasar todo.» Y siempre lo mismo: *Nichevó*.

Nuestro amigo concluye apasionadamente:

—Yo no soy comunista; pero he visto cómo trabajan estos hombres y doy la vida, si hace falta, por ellos y por lo que representan.

DOSTOIEVSKI ESTÁ LIQUIDADO

En el ambiente intelectual hay cosas curiosas. Por ejemplo, Dostoievski, a quien tanto admiran en Europa, está «liquidado». Es un escritor ultraburgués, cuyo talento no es útil a la revolución y que, por lo tanto, no interesa. Más liquidado aún que el autor de *Los hermanos Karamazov* está Andréiev, el de *Sascha Yegulev*. Éste fue «un blanco». Su infancia desvalida y atormentada, su suicidio frustrado en la juventud son cuestiones sentimentales que sólo a él le competen y que carecen de valor ante la fuerza ascendente y serena de la construcción socialista. Reaccionó contra la Revolución bolchevique y no hay más que hablar. A Tolstói le admiran con una

especie de compasión que quizá provenga del hecho de verlo toda su vida dedicado a conmover con la ternura y el bien, con la virtud cristiana y la bondad, a la pequeña burguesía de todo el mundo. A quien admiran y respetan mucho es a Kropotkin. Tiene una calle y una estatua. Tiene también, como Tolstói, un pequeño museo.

Dostoievski no es, sin embargo, «subestimado» —otra palabra política— desde el punto de vista literario. Nadie le niega no sólo el talento, sino el genio. Pero es un fatalista, un hombre que se deja arrastrar por la vida pensando que hay ocultos designios que es inútil querer descifrar. Reacciona contra la religión de una manera metafísica. El ruso, cuando recuerda a Dostoievski, siente la comezón de interpretar la inmovilidad de la expresión de un antiguo *mujik* como un hecho trascendental, y trata de valorar esa observación desde un punto de vista racial. Ve Smerdiakovs, Raskolnikovs, Karamazovs por todas partes. Y el ciudadano soviético no puede aceptarlo, no quiere pensarlo siquiera. Son realidades subjetivas, para los poetas, que hay que destruir si es que existieron.

Pero la lucha contra los fantasmas de Dostoievski y también contra las sombras silenciosas de Andréiev hace pensar en la posibilidad de que todavía esas sombras y esos fantasmas subsistan. A un extranjero que desconoce el idioma le ha de ser muy difícil encontrarlas, y yo renuncio ya de antemano, porque es más atrayente el espectáculo de seiscientas mil muchachas en *maillot* cantando en la Plaza Roja. Y, sin embargo, quince años no bastaron nunca en la Historia para sustituir el fluido motriz de las pasiones de un pueblo. Aunque esas cuestiones psicológicas no interesan en lo más mínimo, y me consta que nadie piensa en la Rusia de Dostoievski ni mucho menos en la de Andréiev, a veces recibo la impresión de que la vida soviética está organizada técnicamente teniendo en cuenta, entre otras cosas, esos antecedentes y tratando de imposibilitar su permanencia. Por ejemplo: aquí las viviendas, más que tales viviendas, son «lugares de dormir». Ya sabemos que la crisis de «espacio habitable» se da simplemente en Moscú. En Leningrado hay habitaciones vacías, grandes palacios apenas ocupados por pequeñas oficinas y talleres. Pero Moscú es la síntesis de la vieja Rusia y el laboratorio central de la nueva vida. Como tal síntesis, los

fenómenos que se dan aquí pueden tener un valor totalizador. Aquí la crisis de la vivienda parece —como ya hemos dicho otra vez— un factor previsto para la educación individual. El individuo tiene quizá cuatro metros cuadrados de espacio con una pequeña cama. Participa en el usufructo de un lavabo, de una ventana y una mesa escritorio. También de un amplificador de radio. Pero en su cuarto no puede hacer sino dormir. Las ocho horas de reflexión del funcionario de Gógol, del médico de Andréiev y de los neuróticos de Dostoievski son imposibles ya. El ciudadano soviético va al club de la fábrica, a la biblioteca pública, al restaurante del taller, a los gimnasios públicos si quiere leer, escribir, ver a un amigo, enterarse de alguna cuestión. Incluso en esos pequeños detalles que encuadran al individuo y le prestan cierta personalidad —como los pequeños burgueses cuando cuelgan un cuadro, instalan un perchero o una librería—, la organización de la vida en Moscú tiende a la educación colectivista. El individuo no tiene interés en acumular baratijas o muebles valiosos en su rincón habitable. Va adquiriendo la conciencia de que es suya la biblioteca del club, la estatua del *hall*. Si apetece algo para completar la comodidad y el buen efecto exterior de su cuarto, piensa que lo puede conseguir mejor sin gastar ningún dinero, pidiéndolo en una asamblea de su club y disfrutando con sus camaradas en el club mismo. Como estos centros son tan abundantes —cada sindicato, cada taller, cada fábrica tienen el suyo—, no se observa aglomeración en los servicios de los clubs. Quizá estudiando el promedio de ciudadanos que en un instante coinciden en los centros sociales y lugares públicos se podría llegar a la conclusión de que, si a cada uno le corresponden en su casa ocho metros cuadrados, en la vida en común le corresponde un espacio tres veces mayor. Pero ya es «en sociedad», en lugares donde naturalmente se desarrolla y educa el instinto social. Y, sin embargo, Gógol es cierto, y Chéjov, y Dostoievski, y Andréiev, también. Nadie duda, por ejemplo, de que Gorki dice la cruda verdad de los explotados antes de la revolución. Y Gorki, antes y después, tiene reacciones mentales, como Dostoievski, y era llamado maestro en los primeros tiempos por Andréiev.

Si es así, algo continúa y permanece aún. Yo lo veo a veces en la mirada que pone la gente para decir: «Nichevó». O sea: «No importa».

EL NEGLINNAYA, QUE QUIERE DECIR EL RÍO SIN ORILLAS

La traducción es «sin arena». Esto no es exacto en castellano. Si estuviera incorporada al castellano una palabra altoaragonesa con la que designamos la piedrecilla caliza mezclada con arena que hay en las orillas de los ríos, podríamos traducirlo así: «el río sin glera». Pero con estas explicaciones queda ya dicho lo que le sucede al Neglinnaya. Es un río subterráneo; sale un instante a la luz para verter en el Moscova, gran río titular de Moscú. Da su nombre a una calle europea céntrica, de grandes edificios, donde apunta a veces la sugestión del lujo de la vieja aristocracia del Imperio. Esa calle se llama Neglinnaya porque el río la sigue a todo lo largo, por debajo. Al enterarnos hemos mirado en las cuatro direcciones, nos hemos detenido un instante a ver las caras de los que pasaban, sus ojos ausentes bajo la visera, y nos hemos dicho: «Ya suponíamos que en Moscú había algo subterráneo, pero vivo y dinámico, que no podíamos descifrar».

No se trata de la organización política, que no puede ser más diáfana, ni del instinto social que anima a los individuos en relación con esa política. Se trata simplemente de algo temperamental y psicológico. No podemos identificarlo con Dostoievski, ni en general con la Rusia zarista que conocemos a través de la literatura. Tampoco es el nuevo espíritu de las juventudes revolucionarias de Europa. Ni mucho menos el romanticismo revolucionario de fines del siglo pasado. Quizá hayamos visto algo parecido en los campamentos marroquíes, en la manera de mirar y de hablar de los soldados. Quizá, también, en las asambleas de los sindicatos y en los mítines. O en los campesinos andaluces de las aldeas. Desde luego, y más concretamente, es la mirada ausente del hombre en creación. La gente que va y viene, los obreros en sus fábricas, el soldado en el cuartel o en el *koljós*, tienen la nervosidad activa y febril del que sabe

que está elaborando un universo nuevo. Pero esto no basta. Hay algo más. Todavía queda el Neglinnaya sin orillas, el río subterráneo cuyo cauce no se ve. Sabemos dónde desemboca; pero ¿por dónde va? ¿Por qué no tiene arena ni árboles en las orillas? ¿Y la luz? Eso de un río sin luz no lo entendemos aún.

La gente dice ahora, repite luego: «¡Nichevó!».

Yo podría acordarme, al oírlo, de cualquiera de esos grandes novelistas deliberadamente ignorados por las nuevas generaciones, a mi juicio con plena justicia. Pero me acuerdo simplemente del río con el cauce en sombras, sin árboles. Nos han dicho que a veces, en la época de los deshielos, el Neglinnaya crece monstruosamente. Alguna vez —los hombres de cuarenta años dicen que durante su vida ha sucedido en tres ocasiones— el río crece tanto que rompe las defensas y aparece en plena calle. Sucedió dos veces antes de la revolución y una después. Me hubiera gustado estar entonces aquí. Estoy seguro de que ahora lo comprendería todo muy bien...

UN ESCRITOR EN LA CÁRCEL. *NICHEVÓ*

La cárcel aquí no es la celda con puerta blindada, ni el patio vigilado por los guardianes, ni la sensación de indefensión y de inferioridad que produce un aparato policíaco y burocrático encaminado a la represión, al castigo. Aquí la cárcel es un lugar donde se aísla temporalmente al individuo para educarlo de manera que su convivencia no sea dañina para la organización social. El individuo encarcelado no siente en ningún momento la presencia del aparato de defensa del Estado. Las cárceles son lugares donde trabaja, juega, hace cultura física, reposo obligatorio después de comer. Si su conducta es buena, una vez cada seis días sale y dispone de veinticuatro horas de absoluta libertad. Antes de que termine ese plazo, el recluso vuelve solo a la cárcel. Las cárceles son aquí más bien sanatorios y escuelas. Tienen su periódico mural, su teatro. No son cárceles. Habría que sustituir con otra esa palabra.

De París hemos recibido una carta en la que un escritor nos dice: «No sé si estará usted enterado de que Víctor Serge, compañero

francés que estuvo en Barcelona y ha escrito sobre España, se encuentra en la Unión Soviética. Por aquí circulan rumores de que está en la cárcel. Si quisiera usted enterarse y decírnoslo, lo estimaríamos mucho». Efectivamente, conozco el nombre de Víctor Serge y su significación política, aunque he leído solamente algún artículo suyo. Decir en Francia que un escritor está en la cárcel es verdaderamente dramático. Decirlo en España puede ser, en ciertas circunstancias, más dramático aún. Estar en la cárcel significa aquí estar privado de libertad política simplemente. Víctor Serge, en la cárcel, tiene una vida más confortable que yo con toda mi libertad. Libros a mano, orden y método en las comidas, tiempo para escribir, lugares de recreo, vida social. Después de visitar una cárcel yo he preguntado a uno de los que me acompañaban qué había que hacer aquí para ir a la cárcel.

El escritor francés o el obrero de conducta reprobable lo único que no pueden hacer en la cárcel es perturbar la marcha de la construcción socialista. No pueden hacer agitación política. Pueden hacer toda la crítica positiva creadora que quieran, pero la crítica negativa que presta argumentos a la burguesía dentro y fuera de la Unión se les prohíbe en nombre no de un partido político —es necesario repetirlo, porque es una de las evidencias más poderosas de la Unión—, sino de una clase que tiene el poder como arma de lucha todavía. Es esto lo que he contestado aproximadamente al compañero de París.

—Es cierto. Está en la cárcel.

Si le hubiera dicho estas palabras, hubiera mentido, porque la cárcel de la que me habla mi compañero francés se desconoce en la Unión Soviética. Yo, que en un país capitalista hubiera sentido profundamente esa incidencia y que si se produce algún día protestaré al lado de Víctor Serge y de cualquier otro escritor, aquí, después de ver una cárcel, no puedo protestar. Me hubiera costado poco trabajo decir las frases de ritual, salir del paso con palabras neutras. Pero yo no debo mentir.

—Víctor Serge no está en la cárcel. Está imposibilitado de hacer agitación y crítica contra los Soviets. Nada más.

Pero nuestro sentido de la solidaridad profesional no llega al extremo de podernos indignar contra la posibilidad de que un escritor llegado a la Unión Soviética vaya a una cárcel, a una auténtica cárcel, suponiendo que existiera. Habiendo visto cómo se trabaja y se lucha, cómo se acumula y se coordina el esfuerzo de los trabajadores para la instauración del socialismo; conociendo los frutos de ese trabajo, los avances rápidos de la revolución, su firmeza y su seguridad, aceptamos todas las posibilidades, las más desfavorables para un escritor de Occidente. Para nosotros mismos. También nosotros diríamos como los rusos: «Nichevó».

Y seguiríamos construyendo. Construir, en la cárcel, sería capacitarse para trabajar en común al salir.

LA LUZ, LA LLUVIA, EL AMOR Y OTROS METEOROS

Entre las observaciones más o menos sistematizadas sobre un aspecto determinado de la vida soviética quedan pequeñas notas desperdigadas, que se obstinan en huir o en ocultarse por los bolsillos. Son fugaces impresiones, muchas de las cuales no merecen la pena. Unas se refieren a Moscú, otras a Leningrado y al campo. Trataremos de dejarlas liquidadas en esta correspondencia. Las hay de carácter político o social y también de carácter literario. A veces no es la literatura ni la política lo que ha dejado su huella en nuestros papeles, sino una cosa tan importante como los meteoros. No hemos liquidado aún la impresión de la luz rusa, del sol norteño sobre los linderos del círculo polar.

No hemos dicho, por ejemplo, que la luz es más fluida al sur. A medida que se baja hacia el Volga, la luz se hace más ligera. Si subiéramos en ferrocarril a Leningrado y avanzáramos en avión hacia Múrmansk, iríamos viendo cómo la luz se densifica hasta adquirir una cohesión y firmeza que la hacen impenetrable para las sombras. En Leningrado no hay noche. Pero de Múrmansk para arriba, dentro del círculo polar, la luz se solidifica ya por completo en el blanco de los glaciares y de las nieves sin fin. En Moscú todavía la luz es densa y pesada. Hacia el medio Volga se hace ligera y diáfana,

como en Andalucía, con sombras negras que endurecen las perspectivas.

Pero lo más interesante nos lo ofrece el espectáculo del sol en las lindes del círculo polar. Al mediodía es amarillo y claro. Cuando descansa en el horizonte tiene el tamaño de la luna grande y roja del atardecer en verano. El sol permanece toda la noche inmóvil sobre la raya del horizonte. La luz no procede entonces del sol, sino de las casas, de las rocas, de los glaciares convertidos en extraños reverberos. A las cinco o las seis de la mañana el sol comienza a subir, sin llegar al cenit. Hacia el mediodía retrocede por el mismo camino para recuperar el mismo lugar sobre el horizonte. Y así durante varios meses.

En estos territorios donde el día es permanente, las banderas dan todo su rendimiento mejor que en el sur, donde las sombras absorben la llamarada inquieta del rojo, que no es un rojo cualquiera, sino el rojo denso de las arterias bajo la presión política.

No podemos explicarnos aún por qué el régimen de lluvias en verano resulta aquí tan violento como en cualquier país tropical. Una pequeña nube se extiende en menos de una hora y descarga con furia, convirtiendo en ríos las calles. Quizá sea por esa identificación entre la ciudad y la naturaleza libre, que aquí se manifiesta de mil maneras distintas. Si Moscú lleva un río en las entrañas —el Neglinnaya— y lleva terciado otro gran río titular, necesita torrentes y avenidas para alimentarlos y no deja esa misión a las montañas ni a las vaguadas lejanas. Cada diez, doce días, sus calles son lavadas por la lluvia torrencial. Los ríos crecen y la ciudad queda fresca y limpia.

Esa identificación con la naturaleza libre la encontramos en otros detalles de la vida de la gran ciudad. En Moscú, como en las ciudades occidentales europeas, hay una división postal por distritos. Además hay otra política —por radios—, pero a la que se atiene todo el mundo es a la geográfica. Es frecuente que os digan: «Vivo en el valle de Rasdbet». Que quiere decir en el valle de las flores. Si vais al valle de las flores, os encontraréis con una gran plaza en el fondo de una hoya, a la que afluyen un par de avenidas y multitud de callejuelas. Pero además os pueden decir también que viven en el cerro o en la colina del Sokol —Halcón—. Se sustituye la noción del barrio por la

del valle, la colina y hasta la estepa. En las afueras, hacia el sur, hay una llanura, que debió ser esteparia y que hoy está habitada. La ciudad es amiga de la naturaleza libre.

No sabemos si incluir entre estas notas un fenómeno observado en el corazón de Moscú, que pide lugar entre la luz, la lluvia, el valle de la Flor y la colina del Halcón. La unidad urbana en Moscú no es la casa, sino la manzana. Cada manzana tiene varias entradas en distintas calles: pequeños pasadizos cubiertos, que van a dar a patios interiores, donde se abren puertas en una y otra dirección. La ciudad donde más difícil es encontrar la casa de un amigo es Moscú. Nosotros vivimos en un hotel que enlaza con la calle de Gorki por medio de otra calle sin salida. El hotel se une en la misma manzana a varias casas colectivas. Entre ellas hay espacios abiertos, rinconadas con césped y árboles, donde se amontonan maderas cortadas. Convivimos con un centenar de familias en el mismo edificio, que tienen su campo de acción en este barrio, y con otras que tienen el taller o lugar de trabajo dentro de la misma casa. Tiene la vida de estas familias que viven en el corazón de Moscú algo de la vida de campo. Nuestra manzana, con sus rinconadas verdes y sus patios abiertos, da a veces la impresión —a pesar de la radio, que se hace oír a través de todas las ventanas— de una pequeña aldea. La desenvoltura graciosa de las muchachas del campo se encuentra aquí en las chicas más hechas a la vida urbana. Nosotros llegamos al hotel en mayo, cuando comenzaba a apuntar la primavera. La nieve todavía estaba cerca, y el frío obligaba a los viandantes a usar sus pieles y sus gorros con orejeras. Al oscurecer oíamos un alarido gutural, que al principio no podíamos identificar, pero que días después vimos que correspondía a una muchacha de unos catorce años. El alarido, en otras circunstancias, hubiera resultado misterioso y hasta dramático. Desde el primer momento advertimos que se trataba de una muchacha que llamaba a alguien, y relacionamos la lejana respuesta, de acento visiblemente viril, con el amor.

Todas las tardes la muchacha lanzaba alegremente su canción de dos notas: «¡A-cú-u!». El eco rodaba por los patios interiores y salvaba las ocho o diez manzanas inmediatas, para regresar segundos

después en otro eco de respuesta. El sosiego del atardecer les servía de vehículo. Como el reclamo amoroso de los animalitos en los bosques de los alrededores de Moscú, el de mi joven vecina, para quien esta primavera era quizá la de su iniciación, se escuchaba cada vez más espaciado; la respuesta llegaba antes, y, por fin, ya no se les oía. Cogidos por la cintura irían a los parques o al río.

No sabemos por qué razón incluimos esta nota entre los fenómenos de la naturaleza; pero el amor en la Unión Soviética tiene algo de meteoro, como la luz y la lluvia.

EL CAMPESINO Y EL ZAR

Sobre el amor en la Unión Soviética escribiremos más despacio. Vamos a seguir liquidando esas pequeñas notas que se esconden entre los papeles inútiles. Días pasados llegó a mi mismo hotel una delegación de campesinos de un *koljós* que venían a resolver dificultades con la estación de maquinaria en relación con la campaña próxima de la siembra. En mi hotel hay una administración y en ella una vieja rubiácea con aire verdaderamente decidido. No sabemos por qué nosotros vemos en ella a una mujer no sólo antisoviética y anticomunista, sino monárquica y más concretamente partidaria de Alfonso XIII. Es un fenómeno curioso que tengo que analizar. El día que yo exigí una habitación en el hotel para mí solo, puso el grito en el cielo. Armamos un regular escándalo cada cual en su idioma, todavía no sé con qué fin, porque al darnos cuenta de que no nos comprendíamos nos callamos los dos, nos sentamos y esperamos la llegada del «camarada responsable», que la convenció de que yo tenía razón. Cuando la encuentro en los pasillos tengo la impresión de que todavía no se ha convencido. Me saluda con una expresión maligna que me deja la sospecha de si estará conspirando para introducir en mi cuarto un par de delegaciones del Turquestán. Ante esa mujer, cuyo mal humor tiene quizá la explicación biológica de los cincuenta y tres años, hubo de comparecer la delegación del *koljós*. Los delegados mostraron su documentación y ella la rechazó indicándoles de mala manera otro hotel. Los hombres, naturalmente,

no le hicieron caso. El altercado se reprodujo. «¡Camarada Vasilieva!» —era lo único que entendía—, por un lado. «¡Tovarich Christianki!», rugía ella. Los delegados estaban desconcertados ante aquella mujer burócrata con más finas maneras que ellos y con una elocuencia envolvente. Hubo que llamar otra vez al camarada responsable. Los delegados estaban anonadados. El responsable lo observó y salió de pronto con ellos. Al día siguiente me enteré de que los delegados habían sido instalados en las habitaciones que ocupaban el zar y su familia, en el Kremlin. Durmieron en las camas de los príncipes y del mismo zar. Por cierto que, según me contaron, el más viejo de los delegados —tendría sesenta y cinco años—, al decirle que la habitación donde se encontraba la había ocupado el último Romanov, instintivamente se persignó. Cuando los demás se burlaron de él, el campesino respondió:

—Ya sé que el zar era muy malo y que está bien muerto. Pero, de todas formas, era el zar.

Hubiera aprendido ruso de buena gana para decirle a la Vasilieva que los campesinos habían dormido en la alcoba del zar. Estoy seguro de que de momento era lo más desagradable que se le podía decir.

TRES CARTAS

Antes de salir de Madrid recibimos una carta de una muchacha que decía que me envidiaba por ir a la Unión Soviética y que tenía el propósito de comprar con sus ahorros de varios meses un ramo de claveles rojos para que yo lo llevara a la tumba de Lenin. Como esa muchacha olvidó poner en la carta sus señas, yo no pude contestarle. Quiero hacerlo en estas líneas. Traer claveles españoles a Moscú tenía varios riesgos. Aparte de las dificultades de seis días y seis noches de tren, del intervalo en Berlín, donde los claveles españoles encuentran el aire enrarecido y el agua envenenada, a mí no me gusta complicar la acerada curiosidad del viajero en la URSS con estímulos sentimentales, ni me ha parecido nunca razonable honrar a los muertos con flores o con antífonas. He aquí la razón por la cual

no compré por mi cuenta esos claveles para traerlos a Moscú. Pero traje la carta, y las muchachas del Komsomol la han hecho traducir, la han puesto en varios diarios murales y han comprado en las cooperativas unas flores rojas muy parecidas a los claveles españoles. Esas flores han ido a la tumba de Lenin, en nombre de la muchacha proletaria de Madrid. Las han llevado unas chicas estudiantes. El dinero con que las han comprado no han tenido que ahorrarlo poco a poco, privándose de carmín para los labios o de crema para la cara. El tocador de las chicas de Moscú es el gimnasio, la piscina, el aire húmedo y fresco de las alamedas del Moscova. El dinero que ellas reciben —con el cual han comprado las flores— no se lo dan sus padres el domingo, sino el Estado soviético cada mes. Porque el Estado, que les regala los libros, las matrículas, les paga además por estudiar. Realizan un trabajo necesario para la sociedad. Lo mismo que les procura libros y habitación y les da un sueldo, les proporciona en los institutos y universidades salas y jardines de infancia con amas secas o húmedas y médicos para que cuiden de sus niños, si los tienen. Porque hay estudiantes madres, de dieciocho años o de cuarenta.

Otra carta aquí, en Moscú. La firma un industrial de Haro y la han recibido en la radio. Este industrial debe tener un excelente aparato receptor, y entre sus satisfacciones de aficionado a la radio figura muy en primer lugar esa de «coger Rusia». Como hay emisiones en español, donde se advierte a los radioyentes que deben escribir indicando las condiciones técnicas en que han podido oír el programa de Moscú, este industrial escribe a la emisora; pero no se limita a las condiciones técnicas, sino que incluye un artículo de los que he publicado en España, y dice: «Les agradecería que me aclararan si lo que se dice ahí es cierto, porque en ese caso yo tengo que manifestarles que no podría vivir ahí. Es una vida muy diferente de la española, y no va bien con mi manera de ser». La carta lleva un membrete de almacén de coloniales. En el artículo se dice que el comercio libre no existe en la Unión Soviética. Eso debió impresionar al industrial de Haro. En la radio le contestarán atentamente. Yo le anticipo en estas líneas mi creencia personal de que en la revolución

rusa no han tenido en cuenta quizá los intereses de los dueños de almacenes de ultramarinos.

La tercera carta es de un intelectual catalán que ha estado unos días en Rusia. La dirige al «camarada Stalin, "presidente" de la República de los Soviets». Y viene a decir: «Habiendo tenido noticia a mi regreso a España de que se me han enviado a Moscú cartas y periódicos que no han llegado a mi poder, te escribo estas líneas, camarada Stalin, para que exijas a la organización postal las responsabilidades debidas y hagas que esos casos no se repitan, para bien de la revolución». El intelectual catalán pide también documentación sobre los crematorios y «una lista de libros sobre la nueva ética».

He aquí tres cartas de España que han llegado a Moscú y han producido efectos bien diferentes. La primera, una alegría conmovida. La segunda, el regocijo de un buen chascarrillo. La tercera, cierto estupor. Eso de que a un intelectual catalán sólo le interesen los crematorios y la ética no se comprende bien aquí. Yo pienso que se debe a que los rusos desconocen nuestra tradición mística y metafísica. Prometo llevarle al intelectual catalán, a mi vuelta, fotografías de los crematorios. En cuanto a la ética, ¿dónde se podrán lograr fotografías de la ética?

LA SEÑORA ÉTICA EN EL RESTAURANTE DE LUJO

Hay un restaurante que se llama Lux; pero pronunciándolo en francés, y no en latín, resulta «lujo», en lugar de «luz». Cualquiera de esas interpretaciones le va bien. Es el mejor restaurante de los tiempos del zar. Se conserva con todo su aparato de grandeza. Lo administra el Sindicato de Artes Blancas. Resultaría un restaurante de lujo en París, en Londres y en Berlín. Rasputín venía aquí a ver bailar a las zíngaras y a las caucasianas y a beber con los aristócratas el vodka en cristal helado. Aquí se dan productos de lujo. Como a los obreros les sobra dinero todos los meses y el ahorro no tiene objeto —no se puede comprar una casa, ni revender artículos, ni prestar con interés—, de vez en cuando vienen aquí con su compañera, sus hijos

y sus amigos, ocupan dos grandes mesas despojados de la chaqueta y comen en loza y cristal de Bohemia. No comen mejor que en su fábrica, pero les gusta esta suntuosa broma del Lux. El restaurante está mucho más cerca de mi hotel que el de los escritores. El ambiente —todo el mundo obrero— es más agradable, por otra parte, porque no hay riesgo de que nadie le hable a uno de Goethe.

Ayer estuve allí cenando. Suelo sentarme, solo, en una mesa de dos plazas, cerca de un gran estrado donde cantan coros de Ucrania o de Rusia Blanca, o hacen entremeses musicales dialogados y danzados. A poco de sentarme apareció una vez entre las mesas una señora de unos sesenta años, que desplegaba sus impertinentes para mirar en una y otra dirección en busca de un lugar libre. Tenía una actitud firme y gallarda, a pesar de los años. Vestía un traje oscuro, de seda, que le cubría el pecho y parte de la garganta. Se veía que usaba dentadura. La gente sonreía al verla con una traza tan burguesa. No había más sitios libres que el de mi mesa, y después de preguntar con un gesto, se sentó. La elegante vieja hablaba muy bien el francés. Inmediatamente se puso en una actitud confidencial, casi servil. Tenía un punto de vista personal muy espiritual sobre todas las cosas. Se sentía por encima del ambiente. Yo le contestaba con monosílabos. Insistía en darme a entender que ella tenía ideas propias muy elevadas, y, sin embargo, debía convivir con toda aquella gente. Y no es que no aceptara la política comunista; pero los dirigentes no se daban cuenta de que poseía una elegancia espiritual, sin la cual la revolución no podría llegar a su fin.

—Estoy con ellos —añadía—, y lo mío tiene verdadero mérito, porque no he sido nunca proletaria.

Todo le parecía bien; pero echaba en falta los salones de belleza. En Berlín había especialistas magníficos. Y en París. Para conservar su belleza no le bastaba, como a las jóvenes, el baño y el deporte. Si se bañaba con agua fría, agarraba un reúma o un resfriado, y si se bañaba con agua caliente se le arrugaba la piel.

Ésta es la señora Ética —me decía yo, acordándome del intelectual catalán—.

Yo había terminado de comer. La señora también había acabado con un ligerísimo condumio. Señaló con un gesto de gran distinción

el pan que me había sobrado y preguntó: «¿Va usted a tomarlo?». Le dije que no. Se lo guardó en su elegante cartera. El camarero llegó y recogió los platos, vertiendo el salero sobre el mantel. La señora ahogó un grito, cogió, ya de pie, un pellizco de sal y lo vertió precipitadamente sobre sus hombros. Repitió tres veces esa maniobra, se inclinó versallescamente y se fue mirando a derecha e izquierda con los impertinentes. Antes me había dicho que en aquel salón celebró ella su fiesta de esponsales.

Ya no me cabe ninguna duda. Era la Ética. La señora Ética. Desde aquí la presento al intelectual catalán que tanto se preocupa por ella.

LA CAMARADA PAIDA, EN EL PARQUE

En el parque de Kultury Ótdyja conocí a una muchacha mongola que se llama Paida. Joven, alegre, con los ojos oblicuos y la piel sonrosada. Me explicó después esa contradicción diciendo que su padre era turco y su madre china. Fumaba unos cigarrillos muy delgados, con gesto pícaro. Hablamos y hasta discutimos, entremezclando, como podíamos, palabras alemanas, francesas y rusas. Escribió su nombre, en chino, en la arena de arriba abajo. Luego le rogué que me hablara un poco en su idioma y estuve escuchando una retahíla de sonidos breves y agudos como los de un gorrión. Era media tarde. Subía del río el vapor de agua dorado en la altura por un sol amarillo. Le pregunté su trabajo, y ella me preguntó el mío. No podía yo comprender, en ningún idioma, cuál era su profesión. Por fin dibujó en la arena a una muchacha con una sombrilla abierta en la mano, pasando la cuerda floja. Yo señalé las líneas defectuosas con que había dibujado unas piernas casi monstruosas, y ella se plantó delante y me mostró unas piernas irreprochables. Luego borró con los pies el dibujo, me preguntó la hora, le dije que no tenía reloj y consultó el sol. Decía algo que no comprendía. Me agarró de la mano y marchamos juntos a las avenidas centrales del parque.

Allí está el circo. Entramos y nos sentamos. Hasta que llegó su número estuvo a nuestro lado, haciéndonos confidencias sobre su

vida con gestos, miradas y alguna que otra palabra alemana. Confidencias sencillas, a las que ella tampoco daba gran importancia. El circo estaba lleno de chiquillos. Seríamos una veintena las personas mayores. La luz era filtrada por las altas lonas, que a veces tremolaban produciendo un rumor blando. Sobre ellas se proyectaban y se entrecruzaban sombras de palomas.

Cuando le llegó el turno hizo su número. Era una escultura perfecta, escueta y firme. Iba alegremente de un lado a otro, despacio, de prisa, andando, dejándose deslizar, siguiendo la música con pasos de danza. La veía, alegre y feliz, navegar en la luz color topacio, complicando con el equilibrio y la física su coquetería de mongola. Cuando terminó, después de obtener las ovaciones cerradas de toda la chiquillería, volvió a nuestro lado y salimos. El parque tenía tintas desvaídas, como si acabara de llover. Sobre el azul y el verde, cada vez más débiles, se alzaban los postes metálicos, negros y agudos, con la cabeza doblada y la gota de luz roja en lo alto. Más arriba aún se abrían otros postes de hierro en racimos de pequeños reflectores que comenzaban a parpadear sobre las arboledas.

En la avenida central los altavoces daban una música con contrapunto metálico, de bielas y motores. Hablábamos del té. A mí no me gusta. Ella juraba que el té que ella hacía, al estilo de su país, tenía que gustarme. Hubo que volver hacia su casa, en el mismo parque. Me hizo esperar en la puerta y salió con un pequeño paquete.

—Vamos a hacerlo a tu hotel —me dijo.

Tomamos un tranvía B que lleva hasta la Trionfale Ploshchad, junto a la calle de Gorki. Cuando llegamos estaba oscureciendo. Antes de entrar vi a través de un gran portal inmediato que conducía a un patio interior descubierto a una muchacha que corría con la melena al aire. Poco después se oía, como todos los días: «¡A-cú-u!».

¿QUIÉNES SON LOS OFICIALES? NO ES LA GUERRA

En la Casa Central del Ejército, en la calle, en los campamentos que lejos de la ciudad preparan a los soldados política y militarmente, es muy difícil distinguir un soldado de un oficial y hasta de un general.

Todos van vestidos lo mismo. Un pequeño distintivo rojo en el cuello diferencia las clases y las categorías técnicas. En la vida del cuartel o del club todos andan juntos, y se ve a un soldado discutir o jugar al ajedrez con un comandante, de graduación equivalente a un general español. Las señales exteriores de disciplina no existen. Esa «autoridad» que reside en el saludo, en la actitud de firmes ante el superior, en la imposibilidad de contestarle y mucho menos de discutirle, aquí no se conoce. La camaradería que hemos visto en la fábrica, en el taller, en el campo, se prolonga en el cuartel, y en esta Casa Central del Ejército Rojo, que parece más bien un lugar de cultura política y social. Diarios murales, salones de conferencias, cine y teatro, bibliotecas, cuadros estadísticos de producción, de colectivización agrícola. El soldado y el general trabajan aquí juntos en las mismas cuestiones políticas. En lo técnico, cada uno tiene su misión y su responsabilidad; pero, fuera de ahí, las categorías y las clases desaparecen.

¿Cifras sobre el volumen total del Ejército? Lo que menos interesa aquí es el volumen. Atendiendo a las cifras globales, el Ejército imperial del zar era el más numeroso del mundo, y, sin embargo, su eficacia fue nula en la guerra europea. Sin embargo, si queremos hacernos una idea aproximada, bastará que recordemos que con cualquier motivo —una fecha memorable, una inauguración— desfilan por la Plaza Roja quinientos y seiscientos tanques blindados con cuatro cañones cada uno, una nube de aviones que oculta el sol y surcan el aire espeso y cálido ocho o diez dirigibles. En una sola ciudad. Podremos anotar también que los modelos de aviación pesada han superado hasta ahora en radio de acción a los mejores modelos italianos y americanos. Que, en un momento dado, sólo una fábrica de Leningrado puede poner en acción doscientos tanques, con artillería gruesa, al mes.

Además, hay que tener en cuenta que la instrucción técnica del soldado, del obrero y del campesino para la guerra es superior, en muchos casos, a la de los oficiales europeos. En los ocios de la fábrica hemos visto a los obreros discutir sobre el rendimiento de una ametralladora americana —la que se usa en España—, que conocían perfectamente.

Hablando con un comandante —todos se llaman comandantes, desde el cabo de escuadra al mismo Voroshílov—, le preguntamos:

—Con todo este aparato guerrero, ¿cómo pueden mantener los principios pacifistas del comunismo?

—Todos nuestros soldados —respondió— son pacifistas. La propaganda pacifista más intensa se hace dentro de las organizaciones militares. Claro es que tenemos un sentido distinto de la paz. Combatimos la guerra imperialista. Defendemos y apoyamos la guerra de clases. Todo este aparato guerrero no es para la guerra, tal como la guerra se entiende por ahí fuera. Para nosotros, la guerra es la revolución. Nuestros soldados no irán a la guerra contra tal o cual país, sino en apoyo del proletariado de tal o cual país contra sus explotadores, del mismo proletariado que circunstancialmente hayan podido movilizar contra nosotros.

—¿Hasta qué punto eso se puede comprobar?

El comandante se encogió de hombros:

—Si hablara usted ruso lo vería enseguida. Bastaría con que se mezclara con los soldados y hablara con ellos. Pero, además, tenemos ya experiencias vivas y palpables. Hace cuatro años, en la frontera china...

LLENARSE DE RAZÓN. LAS PROVOCACIONES. EL AVANCE HACIA HALIAR. TREVOGA

Hace cuatro años, el Ejército Rojo, concentrado en Oriente para salvaguardar las fronteras con China, comenzó a sufrir las provocaciones de los generales feudales que habían invadido los territorios lindantes con Siberia y hostilizaban todos los días a las tropas soviéticas. El Ejército Rojo se llenaba de impaciencia y de deseos de tomar la ofensiva. Muy superior en medios de combate, resistía, sin embargo, las provocaciones mientras la diplomacia trataba de resolver pacíficamente la situación. Los jefes chinos, con la simpatía franca y el apoyo indirecto de los países capitalistas de Occidente que tienen intereses en China, siguieron hostilizando, y, por fin, el Ejército Rojo intervino. La ocupación de cinco poblaciones chinas, más que una acción de guerra, fue un fácil simulacro. La

Krásnaya Armiya avanzó hacia Haliar, población central, sin dificultades. En el camino de Hailar cogieron a tres mil prisioneros chinos. Para que se advierta la mentalidad de esas tropas y el ambiente moral en que el Ejército Rojo debía desenvolverse, conviene recordar que muchos de los prisioneros se suicidaron hurtándose a la vigilancia de las tropas rojas, porque temían que se siguiera con ellos la conducta habitual entre las fracciones guerreras en Asia: la decapitación. Antes que comparecer ante la divinidad sin cabeza, circunstancia que les priva de la felicidad eterna, preferían matarse. Para convencer a los restantes de que debían internarse sin miedo en territorio soviético y someterse a la organización de guerra, hubo que prometerles que en caso de muerte sus cuerpos quedarían enteros y serían entregados a las tropas enemigas para que fueran transportados al lugar donde yacían los restos de sus familiares, condición que en sus contratos de reclutamiento figuraba siempre muy en primer lugar, y sin la cual muy pocos se hubieran avenido a movilizarse. Para demostrárselo prácticamente, hubo que instalarlos en los trenes vagones chinos de los que tradicionalmente se dedican a ese transporte.

Los prisioneros fueron, por fin, internados. Tres días después hacían vida común con los soldados, y la confianza y camaradería eran absolutas. En cuanto a las ciudades chinas, seis horas después de la ocupación aparecía un diario, que se repartía gratuitamente, titulado *Trevoga* —alarma—, en el dialecto chino que se hablaba en la comarca. Ese diario lo escribían los soldados rojos y se imprimía con material adecuado que llevaba consigo la columna. He aquí las primeras titulares de la primera página: «No queremos vuestra tierra, ni vuestras riquezas, ni vuestras vidas. Venimos a ayudaros a luchar contra vuestros opresores».

—¿Pero los mismos soldados escribían en chino?

—No. Eso era cuestión de los camaradas de agitación y propaganda de la sección política.

—¿Qué es eso de la sección política?

—Una organización que va comprendida dentro de la *Krásnaya Armiya*. Para que tenga verdadera eficacia, está constituida por elementos que hablan los idiomas necesarios y que están en

condiciones de desarrollar la labor más oportuna en cada caso. Tienen una educación internacionalista, carecen de influencias localistas y nacionalistas y, en medio de las pasiones y del ambiente de una guerra, se desenvuelven atentos estrictamente al contenido revolucionario de las condiciones políticas del enemigo. Su contacto con el Ejército es permanente. Los miembros de la sección política, que son en muchos casos también soldados, dan conferencias, redactan los diarios de campaña, que aquí son públicos, y están en relación directa con el Estado Mayor técnico. Lo primero que se hizo en Hailar fue apoderarse de los víveres que el Ejército chino había robado a la población y de los que los grandes propietarios conservaban porque el Ejército chino los había respetado. Se depositaron en unos locales colectivos y se organizó la distribución bajo el consejo de los soldados rojos, pero con la administración y la organización de los mismos campesinos y proletarios chinos, a los que la sección política adiestraba. Inmediatamente después se convocaron grandes mítines en todas las poblaciones ocupadas. Las banderas rojas y las inscripciones revolucionarias se veían en todas partes. La guerra, que en aquellas regiones se había recordado siempre como una calamidad devastadora —saqueos, incendios, asesinatos—, tenía de pronto el aspecto de una fiesta popular. Los periódicos chinos editados por el Ejército Rojo, las proclamas, se sucedían. ¿Qué se decía en esos periódicos, en esas proclamas? ¿Y en los mítines?

UN ENEMIGO DESCONCERTANTE.
LA PROPAGANDA EN LAS REGIONES OCUPADAS

Como la historia de la Unión Soviética es tan reciente y las primeras experiencias tienen un gran valor para el porvenir, se organizan museos y se cuidan los nuevos archivos con esmero. De la guerra en la frontera china se conserva un pequeño museo con ejemplares de los periódicos, copias de las resoluciones adoptadas por los campesinos y obreros chinos en sus asambleas, bajo la orientación de las secciones políticas. Se ven allí cosas verdaderamente sorprendentes. Los ejércitos de los países capitalistas van a tener que

tomar en cuenta esas nuevas armas de guerra, tan poderosas como los aviones y los gases. La levadura para transformar la guerra imperialista en guerra de clases la llevan consigo las secciones políticas y saben hacerla fermentar a tiempo. En esas proclamas se dice en primer lugar que la Unión Soviética odia la guerra, y sólo cuando las condiciones la obligan a defender los intereses de los obreros y campesinos rusos contra el enemigo capitalista, lo hace teniendo en cuenta que los obreros y campesinos del lugar invadido son hermanos suyos, cuyos intereses de clase tiene que defender también. Comienzan a organizar la requisa de víveres del Ejército enemigo —que hacen los soldados rojos—, y del Estado y de los terratenientes chinos, que hacen los mismos obreros y campesinos chinos, con la protección del Ejército Rojo. Luego se constituye en asamblea popular el primer Soviet. Las secciones políticas son un lazo de unión entre el Ejército combatiente y los nuevos Soviets. Esas secciones intervienen en todos los actos de las nuevas organizaciones, evitan que las asambleas se malogren por desviaciones personalistas, procuran que los trabajos tengan la máxima eficacia en cuanto a la organización social y repiten constantemente que el enemigo lo tienen en el capitalismo imperialista y en la burguesía china. Toda esa tarea de organización parte de dos hechos sociales: el hambre y la indignidad moral que padecen los obreros y los campesinos de aquellas regiones. Darles el pan y el poder no es un acto sentimental, sino una ciencia. A través de esos pequeños museos se advierte hasta qué extremo la región de Hailar será ya siempre una prolongación de la Unión Soviética, donde el imperialismo chinoeuropeo no tiene nada que hacer.

Los tres mil prisioneros chinos internados en un campamento de concentración recibían a diario la misma instrucción política. Les hablaban no sólo los comunistas del Ejército rojo, sino obreros alemanes, franceses, japoneses, cuyas conferencias eran traducidas. Se les daba así la impresión exacta del carácter internacionalista de la guerra desde el punto de vista soviético. Uno de los obreros que hablaron en aquella ocasión fue Thälmann, el jefe comunista alemán.

—¿Pero el hecho de retener a los prisioneros en un campamento de concentración no significa la aceptación moral de la guerra de

fronteras entre nacionalidades burguesas?

Es una pregunta que se le ocurre a cualquiera. Nos dijeron:

—Pudimos haberles dejado en libertad; pero esa libertad era sólo, en el terreno de la verdad, lejos del idealismo pequeñoburgués, la libertad de morirse de hambre. O de volver a ser reclutados por nuestros enemigos.

En el campamento de concentración, el Estado soviético vestía y alimentaba a los prisioneros exactamente igual que a los soldados. Hay en estos museos copias de resoluciones donde los soldados rojos, reunidos en asamblea, acordaban prescindir de algunas vituallas y recaudar dinero para proporcionar a los prisioneros una comida mejor aún que la de las tropas, y libros y distracciones. La educación política se realizaba usando todos los procedimientos: las controversias públicas, las charlas sobre cuestiones económicas y sociales latentes en la comarca, los periódicos redactados en el dialecto de la región, el cine documental.

Cuando hubo que devolver a los prisioneros, después del pacto de paz, los tres mil soldados chinos, que al principio se negaban a internarse, celebraron una asamblea. Hubo una fracción que quería quedarse, que se negaba a abandonar la compañía de los soldados rojos. La mayoría acordó que era necesario volver a China para trabajar por la «revolución». La Unión Soviética devolvía con esos tres mil hombres otros tantos agitadores y organizadores comunistas. Después de las dos primeras expediciones, el Estado Mayor chino declaró que no era necesaria la devolución de los restantes.

UNA PELÍCULA. UNA CARTA DEL *DUTSHUM* DE JABÁROVSK

Con los tanques blindados, las baterías, los morteros de trinchera y las ametralladoras de caballería van las imprentas, los equipos quirúrgicos y los camiones de cine sonoro para tomar películas documentales. De la ofensiva sobre Hailar se hizo una película, que hemos visto. Aparece allí, naturalmente, lo bueno y lo malo. Se trata

de que constituyan un documento vivo y una lección. He aquí lo que nos dijo un oficial:

—Al principio, la película resultaba demasiado bien. Tenía «literatura» e intervenían dos soldados que han trabajado en el teatro de la *Krásnaya Armiya*. Dos actores. Al pasarlas ante los compañeros se hizo una crítica de masas, y resultó que, efectivamente, la película tenía varios defectos. Una tendencia «monumentalista» —conmemorativa— que había que evitar y algo de composición de tipo heroico verdaderamente absurdo. Se cortó todo eso y dejamos únicamente lo documental.

Allí lo que se veía no era una guerra, sino una revolución. La revolución de 1929 en Hailar y Jabárovsk.

En el mismo museo hay una carta en chino, que nos tradujeron. Es del que tenía en Jabárovsk el cargo de *dutshum* [sic] —alcalde— cuando llegaron las tropas rojas. Dice que no puede unirse a las manifestaciones de júbilo del pueblo; pero que al retirarse las tropas rojas un deber de conciencia le obliga a agradecerles todo lo que se ha hecho en beneficio de la población. Añade que abomina de las guerras y que comprende que al Ejército soviético le anima el mismo espíritu. Finalmente, confiesa que gracias a la invasión roja la población, que estaba esquilmada por el Ejército chino, no ha perecido de hambre. Tiene que resultarnos incongruente eso de que un *dutshum* chino comprenda el pacifismo de un gran Ejército enemigo preparado, naturalmente, para la guerra. A nosotros nos extraña menos; pero a los que no conozcan personalmente todo esto, les ha de resultar verdaderamente extraordinario. Esa carta podía costarle la vida al alcalde de Jabárovsk. Debe ser uno de esos hombres sin intereses directos de clase y con un fondo moral que conservan desde pequeños de buena fe. Esto les permite ver limpiamente —ingenuamente— todas las cosas, aunque les impida tomar partido decididamente por ninguna.

LLEGADA A LENINSKI PAT. LECTURA DE *KRETIÁNSKAIA GAZETA*

Al apearnos del carruaje que nos llevaba desde la estación sacaron de un doble fondo del coche unas carteras con papeles y varios paquetes de prensa. Éstos fueron abiertos inmediatamente. Habría en cada uno ocho o diez ejemplares. Miré a mi alrededor. Un poblado pequeño. Dos casas de ladrillo y un amplio cobertizo con techumbre de madera. En lo alto, la bandera roja un poco desteñida por la lluvia. Grupos de campesinos bromeaban con el conductor. Un periódico desplegado mostraba su título negro sobre la hoja pajiza: *Kretiánskaia Gazeta* (*Diario de los Campesinos*). Se edita en Moscú y tira actualmente 2.300.000 ejemplares.

A doscientos metros de ese pequeño poblado se alzaban cuatro casas de madera, una de dos pisos, con molduras un poco barrocas y pintadas de colores claros. Los campesinos hablaban de la *isba*, refiriéndose, al parecer, a esa casa. Mi compañero de viaje me dijo que, en general, se llaman ahora *isbas* los locales habilitados en el campo para bibliotecas. Entre los paquetes llegados con el correo vi uno de revistas ilustradas, dos de las «juventudes» con un libro y varios folletos. Mi amigo me hizo observar un sobre certificado y me dijo:

—Eso es periodismo, seguramente.

Artículos de carácter político e información de una sección de una fábrica con la que el *koljós* estaba en relación constante. El *koljós* correspondía enviándoles también noticias sobre su desenvolvimiento. Pero además había una relación económica permanente por medio de sus cooperativas de producción y de consumo.

—Esa información —me dijeron— la reciben puntualmente cada quince días y pasa al diario mural. En la sección de la fábrica hacen lo mismo con la correspondencia que reciben del *koljós*.

Nos rodeaban seis o siete campesinos, con los que hablaba mi amigo. A mí me miraban con curiosidad. Su aspecto era el de los campesinos medios de mi tierra —Aragón—, confiados y satisfechos. Me acordaba de los jornaleros de Andalucía, con el hambre pintada

en el rostro, o de los pequeños labradores de la montaña, extenuados y tristes. Hablaban todos con Stavsky en un diálogo vivaz. El carruaje siguió hacia el pueblo, que estaba a tres kilómetros, y nosotros nos dirigimos en grupo a la isba.

Había una amplia sala —en la planta baja— con mesas de pino sin pintar, cubiertas de periódicos. Un armario con unas seis docenas de libros. Algunos campesinos, de pie o sentados, leían. El silencio era religioso. Hablábamos en voz baja. Me acordaba de tantas bibliotecas o salas de prensa donde había recibido esa misma impresión. En los mismos vestíbulos de los cines y los teatros, donde el público pasea, charla y ríe, hay departamentos a veces inmensos con los periódicos y revistas importantes. Pueden ser cien o doscientos los lectores. El silencio es el mismo. Allí donde hay alguien que lee se crea inmediatamente un ambiente de silencio casi solemne. El respeto al papel impreso raya en superstición. Subimos por una escalera de madera al piso superior. La casa parecía nueva. En una sala que correspondía a la de abajo había una cantina y mesas, algunas con tableros de ajedrez. En un rincón, una mesa de billar con cuarenta o cincuenta bolas de marfil abandonadas sobre el tapete. En las paredes, los mismos rótulos blancos sobre tela roja, con consignas y frases de Lenin. Un busto de Stalin en escayola pintada de bronce. Esta sala tenía unos taburetes sin respaldo en lugar de las cómodas sillas de la biblioteca. En invierno debe ser más fría que la otra, y en verano, más caliente. Son detalles que tienen su valor. Seis o siete campesinos discutían agitando el número recién llegado del *Kretiánskaia Gazeta*. Mi amigo me presentó. Las expresiones, rudas, se animaron con un gesto de natural cortesía.

Habían visto que el *koljós* Oktobriá krasna, próximo a Leninski Pat, había roturado cien hectáreas nuevas y obtenido por eso un préstamo de veinte mil rublos. Un campesino iba exponiendo datos. Mi amigo le hacía callar de vez en cuando para dar tiempo a traducirme sus palabras. Se veía que estaban un poco defraudados. Poco a poco fui conociendo el motivo. Ha pasado un mes desde entonces y aún no he salido de mi asombro. He aquí lo que sucedía: El *koljós* Leninski Pat había recibido una proposición del Estado en los siguientes términos: espontáneamente el Banco Agrario les

ofrecía cincuenta mil rublos en préstamo si se comprometían a adquirir «dos motores» y un semental vacuno y a aumentar la superficie cultivada en una tercera parte. El Soviet local esperaba el acuerdo de los campesinos del *koljós* para tratar la cuestión e informar. Y todavía no había acuerdo. Aquello era vergonzoso, porque entretanto los compañeros de la explotación vecina habían roturado y ampliado la producción por sí solos y después habían solicitado un préstamo que no era ni la mitad de lo que a ellos les ofrecían de antemano. Aquella situación de favor les avergonzaba.

—¿Qué garantía material exige el banco al hacer ese ofrecimiento?

—El trabajo —me contestaban—. Nuestro trabajo. No hace falta otra garantía.

Trataban de la necesidad de reunirse y tomar acuerdo inmediatamente para comunicar al Soviet la aceptación del préstamo; pero añadiendo voluntariamente nuevos compromisos. Se comprometerían a aumentar en un 35 % la producción del *koljós*.

—Lo que hay que tratar con cuidado es el plazo que nos señalamos para alcanzar ese aumento —decían aquí y allá.

El mismo campesino explicaba, dirigiéndose a mí:

—Porque en el campo no sucede como en la industria, que el aumento y la perfección de los medios de producción dan frutos enseguida. Aquí las mejoras tienen un período muerto hasta que se educa la tierra.

Otro campesino puntualizaba:

—Según, según. Una parte de ese préstamo irá al transporte.

Los campesinos se pasaban el periódico y volvían a leer aquella línea de una larga relación, donde sólo decía: «Oktobriá krasna, 20.000 rublos».

BREVE HISTORIA DE CUATROCIENTAS HECTÁREAS. UNA CONSIGNA GENERAL

A pesar de la presencia de unos carteles muy patéticos donde se hace propaganda antialcohólica, nos sentamos y trajeron sendas copas de vodka. Un viejo campesino de aspecto sagaz nos contaba particularidades del trabajo agrícola. Con la afición de los viejos a

hablar del pasado, hacía historia de Leninski Pat. Eran doscientas cincuenta hectáreas antes de la reforma de 1905, que pertenecían a un solo señor. Sobre el resto de ese terreno —ciento cincuenta hectáreas más—, el propietario tenía extraños derechos, sin ser suyo. Esos derechos impedían la roturación. Cuando se le hablaba de roturarlo decía que era mala tierra y que no sacaría los gastos. El pueblo entero estaba a merced de ese propietario. Le cultivaban las doscientas cincuenta hectáreas los viejos y los niños. La gente moza se iba a las ciudades o emigraba a América. La población era menor que hoy. Habría unas cuarenta familias.

Después del levantamiento de campesinos de 1905, se hizo una reforma agraria que, como todas las que se les ocurren a los regímenes capitalistas, no tiene para nada en cuenta al campesino sin tierra, a pesar de su inspiración demagógica. Se creó una burocracia nueva y se movilizó al pequeño rentista, creando las condiciones necesarias para que éste saliera ganando sin perjudicar al aristócrata ni al gran terrateniente. El campesino pobre no entraba a contar en las decisiones del Estado. No sabemos lo que ocurriría en otras partes; pero en estas tierras de Leninski Pat sucedió que las cuarenta familias formaron la primitiva *obshchina* —hermandad— y obtuvieron, con compensaciones, las ciento cincuenta hectáreas y algunos otros terrenos. Los roturaron y cultivaron con un esfuerzo ímprobo. Al final, cuando se habían dejado en esas tierras sus últimos entusiasmos, derrotados e incapaces de seguir luchando, tuvieron que sucumbir ante el propietario de las otras, que las recibió ya en explotación y realizó, en definitiva, con la reforma agraria, un buen negocio. La *obshchina* quedó como un recuerdo y un intento de emancipación frustrado. Las cuarenta familias volvieron a verse a expensas de la piedad del gran propietario.

—Ahora —decían— vea usted esas cuatrocientas hectáreas. Con ellas vivimos setenta familias tan bien como vivía aquel «usurpador». Esto —añade señalando la casa donde estamos— era una «ladronera».

La palabra «ladronera» —*vorovskaia*— la repite varias veces. Yo pregunto cómo se hizo la revolución en la aldea, y me dicen que con esa propiedad el Estado hizo, como con centenares de miles de

propiedades que pertenecían a una sola mano y que estaban en buenas condiciones de cultivo —ganado, maquinaria—, lo mismo que con las fábricas. Las tomó directamente bajo su control. Formó un pequeño *sovjós*. Éste, unido a otra gran propiedad que había en Saagon y en otros puntos de la comarca, constituía una especie de *trust*. Las cuarenta familias entraron en el Sindicato de Campesinos y el Sindicato se entendía con el *trust*.

—¿Trabajaban a jornal? —pregunto.

—Sí.

—¿No hubo nadie que quisiera la tierra para sí?

Los campesinos se miran, sin comprender. Uno dice:

—La tierra toda del *sovjós* era nuestra. No se hacía nada en ella sin tratarlo con nosotros y sin nuestro consentimiento. El *trust* tenía sólo una misión, se puede decir que técnica. El sindicato era quien lo acordaba todo, asistencia, socorros, jornales. Ya hubo quien por tener un caballo y dos arados viejos quiso tierra para él y su familia. Se la dieron y se moría de hambre. Algunas familias de Saagon que tenían cuatro o cinco hijos mayores y buenos aperos tomaron tierra por su cuenta y la labraron.

—¿Qué ha sido de ellos? —pregunto.

—Se organizaron después con el *koljós*. Hubo una familia que acabó *kulák*.

Eso de «acabar *kulák*» es una desgracia en Leninski Pat. Sin derechos políticos, sin el «socorro campesino», sin las cooperativas de consumo y de transportes, el *kulák* se vio primero aislado y luego arruinado. Si no hubiera sido por los *sovjóses* —repetían—, ¿qué hubiera sido de los campesinos pobres que no teníamos aperos ni siquiera brazos bastantes en casa para el cultivo? Pero el Estado nos lo daba todo. Nosotros lo garantizábamos con la organización y el trabajo».

—El *sovjós* —añade el viejo— nos enseñó a sacarle a la tierra hasta cinco veces más producto del que antes daba. Mejoró el sistema de riegos, de comunicaciones, nos trajo dos motores, buenas semillas, abonos y se llevó a tres chicos del pueblo —uno de ellos hijo mío— a una «casa del campesino», donde aprendieron en poco más de un año más de lo que nosotros aprendíamos sobre la tierra en toda

nuestra vida. A los cuatro años de funcionar el *sovjós*, cuando ya habíamos aprendido a cultivar la tierra sin descanso por procedimientos intensivos, y dábamos, además del cereal, remolacha y trébol y legumbres, todo quedó bajo nuestra completa responsabilidad, y llevamos así ya ocho años.

La «ladronera» quedó maltrecha cuando la guerra civil. Fue reconstruida y mejorada, y es hoy un lugar de recreo y de descanso. En la habitación donde estamos quedan aún, sobre el muro, las huellas de purpurina de unas coronas a medio destruir. Debían ser iconos pintados. Encima, un zócalo rojo a lo largo de la pared, y sobre él, en letras de tela blanca recortadas, la siguiente inscripción, que me traducen: «Después de vencer en la guerra civil debemos vencer también en la producción, si queremos conservar el triunfo».

UN CHICO. UN INGENIERO. CANCIONES. HACIA EL PUEBLO

Hemos observado en el campo español que al regresar del trabajo sólo canta la gente joven. Aquí cantan también los viejos. También hemos visto que esa separación y lucha entre las generaciones, que en el campo español adquiere mayor virulencia, aquí no existe. Viejos, jóvenes y niños —también los niños— tratan las cuestiones de trabajo y las cuestiones políticas juntos. Aún no hemos podido comprender cómo los niños, disfrutando una tolerancia sin límites, son aquí tan comedidos. En la puerta de la isba pregunté a un chiquillo de unos doce años si sabía leer y escribir. Se echó a reír y me contestó:

—Aquí saben ya todos. Antes, los camaradas más viejos no sabían; pero vinieron soldados rojos cuando la guerra y les enseñaron.

Me dicen que el chico hace dibujos en el diario mural. Le pregunto si trabaja, y me contesta negativamente. Añade:

—Soy muy joven. A los dieciocho años comenzaré a trabajar. Ahora, dentro de dos, pasaré a la Escuela Técnica.

—Tenéis que crecer de prisa —le dice alguien—. Antes, una hectárea de trigo pedía veintiocho *deñ* —jornadas—. Ahora, con el cultivo intensivo, pide más de cuarenta.

Sigo hablando con el chico, pero de pronto éste mira a su alrededor. Hay tres muchachos más. Les pregunta algo y sale corriendo. La gente comienza a marchar en grupos hacia el pueblo. Quedan cuatro con nosotros. Llegan unas troikas con arados que habíamos encontrado en el camino. Los campesinos cantan. De pronto, el chico vuelve con otro, al que trae del brazo:

—Pregúntele a éste —me dice.

—¿Por qué?

—Es el más listo del pueblo.

Le pregunto al interesado si cree que efectivamente es más listo que sus compañeros. Los campesinos se ríen. Todos atienden al muchacho y éste se encoge de hombros. Los chicos dicen que irá a estudiar a Leningrado y que será ingeniero.

—Como éste —añaden señalando a un joven de unos veinte años.

Ese joven está terminando la carrera de ingeniero y dentro de dos años habrá terminado e irá a Siberia para los trabajos de colectivización. El año pasado fueron mil trescientos allá. Ese estudiante tiene exactamente el mismo aspecto de los campesinos que vuelven con los arados. Viste igual. Es de una familia que no tuvo nunca un palmo de tierra. El Estado le costea los estudios, le da un sueldo que le permite pagar en la ciudad su restaurante y su habitación, y, además, abona al *koljós* y a la familia, por partes iguales —en forma de descuento al primero y de subsidio a la segunda—, las jornadas que corresponderían al muchacho por su trabajo en la aldea. Por este resquicio asoma una vez más la asombrosa organización del Estado soviético.

—¿Qué ventajas tiene el hecho de ser ingeniero?

—Ninguna. La satisfacción moral del trabajo científico. Por lo demás, allí donde vaya comerá con los campesinos, vestirá como ellos. Si entra en el partido, ganará quizá menos que muchos de ellos, por la limitación del sueldo.

Queda en el poblado del *koljós* un equipo que tiene a cargo la casa de lectura, los animales y la maquinaria. En el pueblo, en la Casa del Soviet, tienen otra biblioteca, con los consabidos tableros de ajedrez. La del *koljós* está para los días en que la lluvia o la nieve impiden trabajar. Me dicen que aquí las nevadas duran poco tiempo. Camino

del pueblo, adonde vamos a pie, los campesinos y campesinas cantan y ríen. Hay luna en el horizonte y la brisa es fresca y húmeda. La mayor parte habla del trabajo del día. Una muchacha, a quien hemos visto antes montada en el caballo central del arado de choque, nos mira a los forasteros y habla con sus amigas. Tienen los mismos movimientos viriles de los hombres, y la feminidad sólo se denuncia en los ojos, casi siempre dulces. Un campesino canta algo que debe ser muy divertido, porque ríen aquí y allá. Más de la mitad de las notas las da en falsete. A veces le interrumpen con agudos gritos. La chica del arado de choque adapta su paso al ritmo de la canción y alza la mano derecha en el aire. Todos llevan en el rostro la alegría de un trabajo sin servidumbre.

Vamos a la aldea, donde van a cenar y a dormir, para volver a comenzar mañana. Nosotros también nos quedaremos allí. Mi amigo me dice:

—¿Los ve usted tan contentos? Es que todo se lo han hecho ellos. Tienen la sensación de su propia obra realizada. En el primer período del *sovjós* ellos mismos lo administraban y lo regían ya todo. Ahora es más: saben que es suyo. Han visto cómo su trabajo, el trabajo de sus brazos, con un control técnico y el auxilio del Estado, hace milagros. Tienen la seguridad y la confianza de su propia obra.

El genio de Lenin vuelve a aparecer. Estos campesinos analfabetos, sin tierra, se lo han hecho todo. Ellos mismos. Por sí mismos. Equivocándose, creando ciencia revolucionaria sobre la propia experiencia, es natural que el paso que han dado no lo pierdan ya nunca.

Vamos al pueblo. Mañana volveremos al *koljós*.

DIÁLOGO EN LA PLAZA. ACORDEONES Y DANZA

Antes de la revolución, los jóvenes no se avenían a la vida de aquella aldea miserable y se iban a las ciudades a buscar trabajo mejor retribuido. El trabajo lo hacían los niños y los viejos. Ahora precisamente son los niños y los viejos quienes no trabajan. Los jóvenes, hombres y mujeres, realizan toda la actividad agrícola de la

aldea. Estamos sentados a la puerta de una casa donde hemos de comer y dormir. Al lado está la del Soviet. En esta casa hay unas cocinas muy grandes, y las habitaciones de la planta baja están unidas —tiraron los tabiques— y han hecho dos grandes salas. Una de ellas se prolonga en la casa de al lado. Son comedores colectivos. Muchas familias prefieren seguir haciéndose la comida en su casa. Sobre todo, aquellas donde hay mujeres viejas, que quieren tener sus pilones de azúcar, el jamón en la despensa, el cesto de legumbres y verlo y saber que es suyo. Nosotros estamos invitados a comer en el restaurante colectivo. Tampoco la vivienda nos costará nada. Es una hospitalidad sencilla y sin ceremonia.

La plaza es irregular. A nuestra derecha, en una piedra adosada a la pared, se ha sentado un viejo de unos setenta años, con un gran acordeón sobre las rodillas. La gente moza acude riendo. Es de noche. La luna hace palidecer dos o tres lámparas de alumbrado eléctrico. El chorro de una fuente se oye entre el rumor de los diálogos. Preguntamos si tienen el agua en el pueblo y nos dicen que sí, que hizo la canalización el Soviet a los dos años de recibir la tierra del *sovjós* para la explotación colectiva. Yo miro las bombillas y pregunto, muy satisfecho de poder hablar en ruso, sin forzar el diálogo: «¿Y la luz?».

La respuesta tienen que traducírmela. La luz es, como el agua, gratuita. La paga el Soviet a un *trust* que abarca casi la mitad meridional de Rusia. Nos dicen que antes no había luz eléctrica en el pueblo. No la tenía ni siquiera el terrateniente. También son gratuitos todos los servicios de asistencia social. Tienen una pequeña *apteka* —farmacia— y un médico. Para el ganado hay dos muchachos prácticos en veterinaria, que se educaron en la Casa del Campesino de la comarca. Yo escucho pensando en lo que sería esta aldea en tiempos de los zares. Toda la miseria que conocemos por la literatura, la tristeza fatalista y resignada, ha desaparecido.

El viejo comienza a tocar el acordeón. Otros campesinos cantan y acompañan el ritmo con palmadas. La luna comienza a asomar sobre los tejados. Del grupo se levantan nubecillas de polvo; alguien protesta y dejan de danzar para regar el suelo. Luego vuelve la danza. Yo miro al viejo, sumido quizá en los recuerdos de aquella misma

música que otros viejos tocaban quizá cuando él bailaba de mozo. Aún lleva en el rostro la sombría resignación de sus cincuenta y cinco años bajo el zar.

—Ese viejo —afirmo, preguntando—, ¿no trabajará ya?

—No. Además de los seguros de vejez e invalidez, están los fondos de beneficencia del Soviet y la asistencia del Socorro Campesino, institución que ha alcanzado un volumen increíble y en la que se ha puesto de manifiesto el gran espíritu de solidaridad de los campesinos rusos.

Hay muchos chiquillos de cinco a diez años; lo hago observar, y el campesino que nos informa, miembro del Ejecutivo del Soviet, nos dice:

—El año 1932 hubo una defunción y diecinueve nacimientos. ¿Qué le parece?

A ese paso, las cuatrocientas hectáreas de Leninski Pat serán pronto insuficientes. La superficie en condiciones de cultivo aumenta constantemente. Desde el año 26 se han puesto en condiciones de colectivización treinta y cuatro millones de hectáreas de tierra nueva, roturada por el Estado. Se calcula que pueden absorber a más de cuatro millones de campesinos.

—Pero, entonces —advierto—, ¿estos chicos irán a trabajar quizá a sitios lejanos? La familia, que, según veo, todavía tiene una gran fuerza entre los campesinos, se disgregará.

—Sobre esto se ha meditado mucho, y hay ya una legislación que lo tiene resuelto. El desplazamiento se hace por pequeñas colonias, casi siempre constituidas por familias completas. En el campo, la ley no hace sino estimular las condiciones sociales naturales en el campesino. Aun así, apenas interviene en el campo. Tenía razón Lenin cuando confiaba, más que en las previsiones de la ley, en el espíritu de solidaridad y mutuo acuerdo de los campesinos sin tierra. Lo único que saben de la legislación agraria estos campesinos, como la mayoría de los de la Unión, es que hay en el Código un artículo que castiga severísimamente los casos de explotación.

—¡Eh! —pregunta el miembro del Soviet—. ¿Conocéis el artículo 132, camaradas?

El interrogado ríe y contesta:

—Eso era antes, cuando los *kuláks*.

LA CENA. POR LA MAÑANA, EN EL SOVIET

Cenamos una sopa de hierbas, con acelgas, zanahorias, remolacha y otra hortaliza desconocida. La sopa tenía un color rojizo, sabor dulce y estaba abundante de grasa. Entre las legumbres vimos un trozo de carne. Luego, dos lonchas de ese jamón del Báltico, que no es jamón, sino pescado, y al mismo tiempo, en una especie de lavafrutas, una ensaladilla con rabanitos, pepino y patata y salsa mayonesa. El comedor estaba lleno. En nuestra mesa —sin mantel, pero muy limpia— comían con nosotros dos campesinos. En la de al lado se apiñaban cinco o seis hombres y cuatro muchachas. Una de ellas pedía, cada vez que pasaba una gruesa campesina que servía:

—*Pirosni*.

No le hacían caso. Repetía su demanda, y, por fin, la cocinera se detuvo y gritó de mala manera:

—*Niet pirosni*!

Los demás soltaron a reír. La chica quería pasteles. Los compañeros de nuestra mesa nos explicaron que, cuando se fue el *kulák*, abandonó en la aldea a su madre y a un niño de seis años. El chico tiene ahora diecinueve y ya lleva algún tiempo trabajando en el *koljós*. Los viejos todavía le tienen cierta prevención; pero el muchacho se ha incorporado muy bien al trabajo. La madre, naturalmente, carece de las ventajas que las campesinas viejas tienen: socorro mutuo, seguros y beneficencia. Pero fabrica unos pasteles muy sabrosos que vende a la cooperativa y que les gustan a estas muchachas. Seguramente —deducimos—, la cocinera decide en el Comité del restaurante y éste no compra esos pasteles a la Cooperativa por no favorecer a la vieja. Quién sabe qué antiguas humillaciones o qué irreparables perjuicios sufrió esta cocinera rencorosa o alguno de los suyos bajo el poder feudal. O quizá no sea sino un resentimiento profesional entre reposteras.

En una misma habitación, abundante en cortinillas blancas sobre las maderas dobles de las ventanas, dormimos. Por la mañana

salimos y vimos la casa del Soviet. Nos daba la impresión de la casa municipal de cualquier aldea española, con la diferencia de que todo estaba al alcance de la curiosidad del primero que llegara. No había funcionarios. Un campesino poco avezado a la escritura tenía varios blocs impresos, en donde había hojas escritas en lápiz tinta, por duplicado, con calcos. Yo quería conocer los presupuestos del Soviet, y en líneas generales nos lo explicó ese campesino. Se veía que allí todo era sencillo y simple, como la misma vida rural. Un 68 % del presupuesto se invertía en instrucción. Más que nada, en instrucción técnica. Las primeras letras y la educación social se las transmitían los chicos entre sí.

El régimen interior de la escuela lo acordaban ellos. El maestro era un «trabajador técnico» al servicio de los muchachos.

Pero para la educación técnica —agrícola— hacía falta material y no bastaba el maestro. Se traían especialistas, que daban pequeños cursos; se compraban revistas y libros. El Soviet cuidaba también de que los chicos tuvieran educación militar y política. A propósito de la educación militar, ese campesino nos decía:

—De la herencia que les dejamos, eso es lo más importante. Mientras sepan defender la revolución con las armas no hay cuidado. Lo demás se lo dejamos hecho nosotros. Luego venía en el presupuesto la parte sanitaria con partidas especiales, separadas de los demás servicios —agua, luz, orden—. En la parte sanitaria figuraba la *apteka*, el médico, los prácticos veterinarios, la limpieza pública, los análisis regulares del agua y el cuidado de una especie de enfermería y sanatorio donde vivía el médico. Quedaba el 10 % para las atenciones corporativas del Soviet —auxilios a la beneficencia, ayudas a las organizaciones antirreligiosas, antialcohólicas, etcétera —. Yo preguntaba:

—¿Cuántos miembros del Partido Comunista hay en el Soviet?

El campesino le contestó:

—Ahora, ninguno. En el pueblo hay tres o cuatro candidatos.

COOPERATIVAS, COOPERATIVAS, COOPERATIVAS.
¿Y AQUEL SUICIDIO?

En mis observaciones de estos tiempos en Rusia yo he encontrado muchas veces algo que parecía individualismo, y en algunos casos concretos la solera individualista que ya conocemos en España. Pero la han hecho compatible con el socialismo. No sólo hay paradojas en España. Lo que hemos podido comprobar es que ese individualismo se daba siempre en hombres o mujeres viejos, educados bajo las antiguas condiciones. En las generaciones jóvenes es muy difícil que se dé, como no sea con carácter morboso. Desde pequeños hacen vida social, se les acostumbra a la idea de que por sí solos no son nada y de que sus buenas condiciones, si carecen de utilidad social, son vicios. No tropiezan con la dureza de una lucha por la vida que les obligue a una posición sistemática de defensa, ni con una religión con tendencia a aislarles en el ensueño.

Pero el que ayer fue país del individualismo anarquista, nihilista, místico, acomoda hoy todos los aspectos de su vida a una red extensa y tupida de cooperativas. Se divierte, trabaja, vive en comunidad. El *koljós* es, ni más ni menos, una cooperativa de producción.

—¿Cómo vende sus productos? —preguntamos.

—Una parte, directamente, a las cooperativas de consumo de las fábricas. El resto, a excepción de la parte que hay que entregar al Estado, y que en relación con la producción total es insignificante, va al *Selskosoyus*, que tiene ramificaciones en todas las aldeas donde existe el cultivo colectivo, que es decir ya en toda la Unión Soviética. Por lo que he visto —nos dijo nuestro amigo—, aquí los cultivos más fuertes para el mercado son la remolacha, el trigo y la avena. Lo demás se queda en el pueblo en gran parte o se vende en los mercados libres de las casas del campesino. El *Selskosoyus* es la central cooperativa que regula la vida mercantil del campo. A través de ella y de sus millares de ramificaciones, la producción se distribuye y va a los lugares de consumo. Para surtirse en las aldeas de los artículos de la industria y de los alimentos complementarios de que carecen existe una organización cooperativa recíproca, que se llama el *Centrosoyus*. Agrupa a más de doscientas mil cooperativas.

La correspondiente en la aldea, que es una especie de central comarcal, está instalada seguramente en lo que antes era templo. Esta tarde lo podemos ver.

Vamos otra vez hacia el *koljós*. Los campesinos han marchado mucho antes. La mañana es fresca, a pesar del sol y del cielo limpio. Los troncos de un bosquecillo de abedules, con sus grandes anillos blancos, hacen efectos graciosos sobre la tierra rosácea y el cielo azul.

Todos estos campesinos tienen buen aspecto, viven bien; pero ¿sucederá esto en todas las repúblicas? La prensa de los países capitalistas habla todavía de casos de antropofagia y de muerte por inanición en Ucrania.

Mi amigo se detiene y se me queda mirando. Luego dice:

—Precisamente van a localizar esos hechos fantásticos en las regiones más prósperas. En el norte del Cáucaso, en Ucrania y en el Medio Volga, el estándar de la vida es bastante elevado. Eso son maniobras de la política imperialista sobre esos sectores, que consideran los más fáciles para una invasión armada. Les ayudan en la propaganda los católicos. El papa y los obispos salen de vez en cuando con unos *manifiestos* —es su palabra— donde claman por la piedad de toda la Iglesia en favor de los hambrientos de Ucrania y el Cáucaso.

Se ríe, y añade:

—Pregunte usted a estos hombres. Hasta aquí llega la fama del esplendor del campo ucraniano.

Después de una pausa, yo recuerdo, no sé por qué, un acontecimiento reciente, y le pregunto:

—¿Sabe usted por qué se suicidó días pasados ese comisario de Ucrania?

—¡Bah! Una enfermedad mental.

Sé que no dirá más. En realidad, ¿qué relación puede tener el suicidio de un comisario con el estado económico y social de un pueblo? Puede tenerla o no, es verdad. Y, sin embargo..., nosotros tenemos sobre la propaganda burguesa con vistas a Ucrania y el Cáucaso otras versiones, adquiridas en Moscú, y relacionadas con la situación interior de Ucrania. El suicidio del comisario es algo más que un episodio aislado. Esas versiones son las siguientes: En la

parte occidental de Ucrania, los *kuláks* han llegado a adquirir poder económico. Son muchos. Es el único territorio soviético donde ese problema no está liquidado aún. La lucha del Partido Comunista par la colectivización y el bloqueo económico de esa clase campesina, enemigos declarados de la revolución, es intensa y ha tenido dificultades. Saben los *kuláks* que es una lucha a muerte. Vencidos, les espera la sumisión a los acuerdos de sus criados o la emigración y el hambre. La inmensa mayoría no se resigna. Alguno puede que haya sido encontrado muerto de hambre al lado de un camino. Estos *kuláks* mantienen en sus reductos la religión, la explotación, la usura. Tienen fuera sus aliados mejores en la alta burguesía y la Iglesia católica. Desde las archidiócesis o desde el mismo Vaticano creen ayudarles con esos llamamientos al mundo «en favor del campo ucraniano», y, por extensión, del «norte del Cáucaso». Pero la lucha contra los últimos reductos burgueses en Ucrania, que es, sin violencia aparente, sorda y tenaz, pone a prueba a las mejores inteligencias de la sección ucraniana del partido. Hace poco se descubrió un complot de *kuláks*. El descubrimiento se hizo un poco tardíamente, sin poder evitar que realizaran la destrucción de algunas cosechas de este año y la evasión de algunos depósitos de la cosecha anterior. El comisario responsable se suicidó. La prensa de Moscú añadía a la noticia: «No se trataba de un comunista. Un comunista no llega nunca, por ningún motivo, al suicidio. Era un hombre débil, un enfermo».

Esas versiones adquirí en Moscú por conductos autorizados, no oficiosos.

UN INCENDIO EN LA ALDEA. CONFIANZA EN LA ORGANIZACIÓN

En el *koljós* dedicamos el día a seguir viendo cómo trabajaban y cómo descansaban, de qué modo tenían organizados los servicios en el campo y cómo comían los campesinos en la isba. Todas nuestras observaciones reforzaron la impresión que hemos expuesto en las anteriores líneas. Nos había dicho nuestro compañero, volviendo voluntariamente sobre la cuestión de Ucrania:

—Hace unos años vino un sacerdote católico italiano, que se había preocupado de las cuestiones del campo desde un punto de vista social cristiano. Aunque esa posición es incomprensible para nosotros, su curiosidad era respetable. Recorrió toda Ucrania, aprendió una mezcla de ruso y ucraniano y se entendía muy bien con los campesinos. En los países capitalistas ese hombre, según declaraba, no podía tomar una posición de lucha de clases, sino de colaboración; pero aquí no encontraba planteada la cuestión en esos términos. Encontraba en Ucrania el interés colectivo ya desarrollado y no representaba para él ninguna violencia el aceptar aquellas de nuestras organizaciones que encontrara justas. Estuvo dos años estudiando la organización del campo soviético. Al final declaró que no había en el mundo nada que más se acercase a la perfección humana posible, y, como hombre docto en cuestiones socialagrarias, escribió un interesante estudio. Leyendo ese libro, de un militante católico, podrían ahorrarse esas campañas calumniosas, si fueran de buena fe.

No volvimos a tratar de esa cuestión, entre otras razones, porque mi impresión era ya suficiente. En el *koljós* los campesinos —cada uno de ellos— se sienten dueños de las cuatrocientas hectáreas, sin olvidar, naturalmente, que son del Estado. Cultivadas racionalmente, con el asesoramiento de los especialistas, rinden una cantidad de riqueza que, explotada en común, permite vivir a cada una de esas familias con un bienestar quizá superior al que disfrutaba el antiguo propietario. En el pueblo no hay más motivos de inquietud que la emulación con los *koljóses* próximos y la educación y capacitación social y política.

A media tarde llegaron dos muchachos del pueblo, corriendo. Fueron a los campos donde se trabajaba y sembraron una noticia alarmante:

—¡Un incendio en el pueblo! ¡Un incendio!

Volvieron adonde estábamos nosotros, con la misma palabra repetida nerviosamente: *Poshar*, *poshar*. Pero los que se encontraban en el poblado miraban tranquilos hacia la aldea. Pedían noticias del fuego. Las acogían con tranquilidad:

—Ahora no es como antes, que ardían todas las casas. Ya no hay techos de paja. Y quedan todos los días en el pueblo compañeros jóvenes para esas contingencias. El agua está cerca.

Seguían tranquilamente guardando los aperos, encerrando el ganado. Les preguntábamos, y repetían:

—Estamos seguros de nuestros camaradas.

Terminado el trabajo, llegaron algunos con noticias tranquilizadoras. El fuego se había atajado y los daños fueron de poca importancia. Todos reconstruirían la casa quemada como si fuera propia. Al interesado, que estaba allí, no le inquietaba aquello más que a los otros. En la isba comenzaron a recordar los tiempos del zar, cuando llegaba el fuego y lo arrasaba todo. Un grupo de mozalbetes improvisó un *sketch* antirreligioso con una gracia innegable. Tres de ellos imitaban muy bien el sonido de las campanas alarmadas por el fuego, y otros dos, con las manos cruzadas sobre el vientre y sacando una voz de hartura y de cómica piedad, cantaban invocando la misericordia del Señor. Ponían en aquello una seriedad y un arte admirables. A veces, entre las carcajadas de los campesinos —y las nuestras—, no se les oía.

PASAJE CONDICIONADO PARA MOSCÚ POR EL RÍO

En Gorki —en una estación próxima, porque el ferrocarril no pasa por la misma ciudad— nos separamos mi amigo y yo, porque me había propuesto tomar pasaje en el *Vostok —Oriente—* para regresar a la capital de la Unión Soviética por el Moscova. Tengo ya los papeles —aquí los piden en todas partes— con los sellos necesarios. El barco no hace servicios regulares de transporte. Es un barco de recreo, como otros muchos que hay en estos caudalosos ríos. Se dedica a hacer excursiones. Constantemente va y viene cargado de obreros, funcionarios, intelectuales. Los unos tienen su día de descanso cada cinco fechas; los otros, cada seis; casi todos los días es fiesta para alguien. Se organizan viajes de veinticuatro horas, excursiones colectivas de dos días, a precios muy baratos, pero con la condición de que los mismos excursionistas se hagan la comida, la

cena, las sirvan, limpien los platos, etc. Los víveres y la vajilla los da el barco. Por diez rublos —la equivalencia de diez pesetas— se hace la vida completa de dos días y un viaje por el río de doscientos kilómetros. Como yo me embarco sólo para el regreso, me cuesta cinco rublos. Me preguntan qué sé hacer a bordo. Ofrezco lealmente someterme al acuerdo de los excursionistas. Puedo mondar patatas o secar los platos al lado de la ciudadana que actúe de fregatriz. En el fondo, tengo la oscura confianza de que, por ser extranjero, me releven de esos servicios.

Una chica me lleva a un extremo de la cubierta, bajo una toldilla, donde hay dos jóvenes que abren un libro y apuntan mi nombre. Lo primero que se ve en todas partes es el diario mural. Aquí está debajo del puente, en el centro de la cubierta. Tiene dibujos en colores. Los jóvenes se sientan en una mesa y hojean un bloc. Van viendo en qué se me puede emplear. Me lo preguntan muy sonrientes, y yo no doy con un oficio que me cuadre. En cuanto saben que soy español me relevan de toda actividad. Iré como turista. Me presentan a varios extranjeros. Es agradable advertir, al poco tiempo de estar en un país desconocido, que comienza uno a encontrarse casualmente a conocidos y amigos. Así me sucedió con la compañera Kuster, de origen alemán, responsable de una sección de una editorial. Estaba en el barco. Yo había tenido una entrevista con ella, hace un mes, en las oficinas donde trabaja. Vino a mi lado y llamó a otros excursionistas, entre los cuales había un famoso novelista húngaro, cuyo nombre no digo porque en la alegría casi infantil de aquel día le tocó morir sobre la cubierta de un pinchazo y media estocada tendida. Pero esto es anticipar los hechos. El barco es grande y está muy limpio. Tiene una instalación eléctrica espléndida. Desde que he entrado suena sin cesar un acordeón, con una musiquilla que debe ser algo así como la Internacional de los acordeones. La he oído a los pescadores de Orán que iban con sus parejas a Cabo de Agua (Marruecos), y también la he oído, por la noche, en París, en los cafetines del Sena.

Poco antes del mediodía, el barco suelta las amarras y comienza a navegar hacia arriba, contra la corriente. Este río baja hacia el Volga y lleva, con él, sus aguas al Caspio. Nosotros navegaremos hasta ver

las torrecillas doradas del Kremlin, como las hordas de Gengis-Khan hace siete siglos. El barco no será mucho mayor que los de entonces. Las únicas variantes visibles son quizá el alumbrado eléctrico, en lugar de las teas, y las ruedas de babor y de estribor —anchas ruedas de paletas—, en lugar de los remos.

Estos barcos de ruedas no los habíamos vuelto a ver desde los dibujos de las ediciones de Jules Verne. Por eso me resultan un poco románticos.

ENCONTRAMOS A UN POETA. ANARQUISTA Y DIRECTOR DE UN GRAN PERIÓDICO

Esa mujer que trabaja en la Editorial del Estado —la camarada Kuster— nos ha hecho una revelación sensacional. En el barco está Bagritski, el poeta de *Majnó*. Hemos estado varias veces en casa de Bagritski. Es una casa singular; no se olvida fácilmente. Tiene dos habitaciones. En el cuarto donde trabaja y duerme no hay apenas espacio para sentarse. Todo lo ocupan unas cajas de cristal alineadas en los muros, llenas de agua y de plantas marinas. Esas cajas están iluminadas por dentro con unas bombillas de colores, en los que predomina el amarillo, y entre las plantas —extrañas de forma y color— navegan unos diminutos peces. En el centro de la habitación, más cajas como vitrinas sobre soportes de hierro. El balcón siempre abierto. Bagritski padece de asma. Está, además, enfermo del corazón. Sin embargo, fuma constantemente. Un día me preguntó:

—¿Qué edad cree usted que tengo?

Yo miré su pelo blanco, su tez descolorida y rugosa.

—Cuarenta y ocho años...

Tiene treinta y cinco. Su compañera es rubia, lleva el pelo crespo, como el halo con que dibujan a las vírgenes bizantinas. Tiene un hijo de ocho años. Le gusta hablar de Majnó, el caudillo anarquista, célebre por la época de bandidaje desordenado y generoso que va unida a su nombre. Bagritski peleó a su lado dos años contra las tropas blancas, por un lado, y por otro, contra las rojas. Aquella época resume toda su vida. La ha vuelto a vivir en los versos de su epopeya *Majnó*, de la que se han hecho varias ediciones, algunas de

lujo, verdaderamente magníficas. Habla de sus tiempos de lucha en las filas anarquistas con un entusiasmo no político, naturalmente, sino novelesco y romántico. A veces se interrumpe para toser, con el rostro congestionado. Los ojos parece que le van a saltar. Luego se levanta y nos lleva ante un dibujo en colores que tiene en la pared:

—Mire usted —nos dice—, este sistema de ametralladora lo empleábamos nosotros. Luego lo ha adoptado el Ejército Rojo.

Tres o cuatro caballos arrastran una pequeña plataforma, como en las cuadrigas romanas. En la plataforma, apuntando en dirección contraria a la marcha, una ametralladora. Después vuelve a sentarse y me hace varias preguntas sobre España.

En el barco, el encuentro con Bagritski es una verdadera fortuna. Habla francés, como la compañera Kuster, y es, a pesar de su asma, un charlador infatigable. Me hace contarle mis impresiones del *koljós*. Sonríe y afirma con satisfacción ante los detalles que voy exponiendo. A veces me interrumpe y dice moviendo la cabeza con vivacidad:

—Es el único camino. No hay otro.

Porque Bagritski confiesa que es anarquista. «Nosotros —dice refiriéndose a los del oficio— no podemos ser otra cosa.» No en el sentido político —*anarquista* no es una palabra con sentido político —, sino en el moral. Quizá tenga razón, pero no se trata de una posición moral, sino de algo biológico más simple y al mismo tiempo más definidor. Así como somos vertebrados y mamíferos, debemos ser alguna otra cosa. En realidad, un racional vertebrado y mamífero no se juega la vida mil veces con Majnó a sabiendas de que en todos los casos la va a perder. No lo abandona antes de su fracaso para colaborar con el Partido Comunista. Puesto a colaborar, no escribe este poema admirable dedicado a Majnó, desde Moscú. Podría estar, como Majnó, en París, lejos de la lucha por la construcción socialista, hablando con mujeres perfumadas de los últimos poemas de Paul Valéry. Estando tan enfermo, no se obstinaría en seguir en Moscú trabajando incansablemente por el comunismo. Siendo anarquista, no tendría una ametralladora en un cuadro. Habiendo hecho la guerra civil, y no de cualquier manera, sino como un héroe, no tendría esas peceras iluminadas por dentro, esas pequeñas plantas

de colores, que a quien no conozca a Bagritski le dan una impresión de decadentismo. Claro que el héroe militar puede ser un decadente. Pero Bagritski no fue un «héroe militar», ni lo fue Majnó. Fueron unos auténticos bandoleros. Unos bandoleros geniales.

Cada tres días sale en Moscú la *Literatúrnaia Gazeta*. La dirige Bagritski. En el barco todo el mundo lo conoce y lo admira, como poeta. Pero su gran placer es esperar a que lo rodeen cuatro o cinco muchachas de las Juventudes Comunistas, con la guerrera caqui y la correíta terciada, y hablarles de su anarquismo incorregible.

CONVERSACIÓN FRUSTRADA CON LA CAMARADA KUSTER SOBRE EL AMOR

Nada más estúpido que teorizar sobre el amor con una mujer burguesa de tipo medio, entre otras razones, porque casi nunca son sinceras. Y tienen que ser muy inteligentes o muy guapas para que sus mentiras tengan un interés dialéctico. Con esta compañera Kuster es otra cosa. Tiene treinta y cinco años. Es morena y fuerte. No es demasiado guapa, y se ve que carece de preocupaciones eróticas en relación consigo misma. Como mujer, resulta un poco «deshabitada» y ausente, pero como amiga y como «documento teórico» está muy bien. Es muy inteligente.

Después de comer hace calor. En el mar, bajo el sol, los barcos tienen un olor acre. Este *Vostok*, barco de río lavado con agua dulce, huele a madera rusa, tiene el mismo olor de Moscú a abedules cortados. Nos tumbamos aquí y allá, bajo las toldillas. Hay balalaicas, acordeones y armónicas. Pero no se reúne ni convocan ese coro espontáneo que surge de improviso con cualquier pretexto. A mi lado está la compañera Kuster, que ha hecho de camarera durante la comida. Yo pienso en su apellido, de raíz latina, y busco una etimología pintoresca, no a través de ningún grave documento, sino recordando un aparato extintor de incendios que he visto muchas veces en España con el nombre de *Kustos* en grandes caracteres. *Custos* quiere decir en latín «vigilante», «guardián». El apellido de mi compañera de excursión puede venir de ahí. Le pregunto si ha tenido algún antepasado que trabajara de guarda nocturno o de

guarda forestal. Se ríe y dice que también en el ruso se conserva esa raíz latina, que aparece en español: custodiar, custodia. Ella encuentra que mi apellido en inglés quiere decir «remitente». Hablamos así, por llenar el tiempo. Dos muchachos llegan al grupo de al lado a reclamar el trabajo de alguien que se olvidaba, ladinamente, de ayudar a fregar. Yo siento su proximidad como un peligro. Se lo digo a ella y me promete por su apellido de vigilante —sagaz— y de custodio —protector— que no fregaré. Efectivamente, todo ha salido bien.

Y hablamos del amor.

—¿Cómo entienden ustedes el materialismo en el amor? —le pregunto.

—¿Todavía tiene usted necesidad de hacer esas preguntas?

Se está burlando; pero yo quiero seguir con el tema:

—Es que he encontrado en la Unión Soviética personas que tienen un sentido místico del amor.

—Será del amor abstracto.

—No, no. Del amor sexual.

Molesta mucho a las muchachas que llegue alguien de fuera y advierta defectos. Los hombres se interesan mucho por esas observaciones, pero a las mujeres les hiere una escondida vanidad política. La compañera Kuster tarda en contestar, pero dice por fin:

—Puede que haya místicos del amor, pero allá cada cual con sus vicios.

Después de otra larga pausa, añade:

—En las generaciones que llegan, eso se ha acabado ya.

—¿Por qué?

—No encuentran ya dificultades ni barreras. El atavismo de la vieja moral desaparece con nosotros. ¿Qué impresión tiene usted del amor aquí?

—Es una pregunta complicada. Desde luego, la impresión primera, y a mi juicio la que más se ajusta a la realidad, es que este país es el único donde, sobre la base de una libertad completa y de una moral instintiva sana y fuerte, el encuentro de un hombre y una mujer puede ser, mejor que en ninguna otra parte, el amor.

—¿Qué amor? —pregunta.

—No hay más que uno. Parte de los instintos; pero los pueblos más sanos y menos pervertidos por la cultura espiritualista llegaban por los instintos a la solución de todas las cuestiones morales. Si no podían con todas, creaban dioses. El instinto en los animales es ciego. En nosotros es clarividente y lo alcanza y lo comprende todo. La mecánica de los instintos crea realidades superiores mucho más abstractas y más altas y más puras que los tristes fantasmas del viejo espíritu.

—Pero eso parece misticismo también, y en cuanto al de aquí usted no ha podido comprobarlo, porque no habla ruso.

—No hace falta. Se ve en los ojos de algunas mujeres, en la voz, en las canciones y en las danzas. El «estilo» amoroso es una de las cosas que antes se conocen en los países más extraños. Por mil pequeños detalles.

La «compañera Kuster» va cediendo. Medita un poco y llega a decir:

—Puede ser. En realidad, son cuestiones que afectan a esa parte del individuo a la que el sistema no llega. Pero me gustaría saber, por lo menudo, dónde ve usted el estilo erótico a través de las danzas y las canciones. Luego van a cantar y seguramente bailarán. Me lo explicará usted.

Le digo que no hacen falta los ejemplos vivos y que se lo voy a aclarar enseguida. Explayo una teoría caprichosa sobre los colores, los ritmos, la música emocional y afectiva, los dúos, las sextas, los movimientos de la danza, donde lo mecánico se sublima, y unas veces resulta religioso y otras se queda en mito sensual. Cuando la compañera Kuster se da cuenta de que hablo en broma, se ofende profundamente y se va. Al poco rato vuelve con dos helados en unas copas azules y se sienta otra vez.

—Pero ahora —dice— hablaré del amor yo.

—Bueno.

DANZAS DEL CÁUCASO Y DE LA RUSIA BLANCA. ACORDEONES HASTA MOSCÚ

Las balalaicas y los acordeones se concentraron, se hizo un gran corro y rompieron a tocar. Todos nos reunimos alrededor. Todo era alegre y vivo, menos la música. Muy movida, de ritmo alegre, tenía, sin embargo, una tristeza escondida e infecciosa. Tocaban unas canciones rusas —de la Rusia Central— muy conocidas. Cantaban aquí y allá. Uno dejaba el hilo de la melodía y lo cogía otro. El barco seguía marchando y el agua removida por las ruedas a los costados producía un rumor también musical. El sol había bajado y sólo iluminaba lo más alto del mástil. Después tocaron una canción «de los blancos», una canción aristocrática. En ella había una tristeza culta y letrada mucho más intolerable. La anterior, siquiera, podía ser la tristeza poderosa de los campesinos bajo la esclavitud. Ésta era la tristeza de los dandis en los salones del Imperio, una tristeza italianizante de divos y tiples. Yo pedí a continuación que tocaran la *Partizanskaya*, canción que surgió sola de las tropas rojas, sin que nadie la escribiera. Allí ya cantaron todos. Ritmo de marcha, melodía simple, que se repite a menudo, y cien voces cantando en distintos tonos, con el remate final en dos octavas, lleno de brío natural. Sin darse cuenta, habían acomodado la música al rumor del agua en las dos bandas. El barco entero marchaba bajo el himno, con el himno.

Luego vino una danza caucasiana. Pregunté y me dijeron que era de un compositor famoso, Ivánov. Yo la había oído antes, no sé dónde. A los pocos compases salió una muchacha al centro y se puso a bailar. Era una chica de unos veinte años, alta y flexible. Pregunté si era bailarina profesional, porque verla saltar al centro y levantar los brazos era ya una delicia. Los más pequeños movimientos tenían que ser resultado de una intuición genial o de un estudio acabado y minucioso. Me dijeron que había muchas que bailaban como ella. Tenía una alegría armoniosa, natural, que le rebosaba sin exceso, sin desentonar. Y, sin embargo, en el fondo de la música había melancolía también. Son cosas que aún no he podido conciliar del todo, como el feroz resentimiento de algunos escritores clásicos rusos, unido siempre a un dulce humanitarismo. La muchacha

bailaba primorosamente, con las manos bajo la barbilla, los brazos doblados formando una sola línea con el hombro. Los extendía inclinándose a un costado; daba vueltas lentas o rápidas sobre sus pies o en círculo. Un joven salió a bailar también. Entonces los movimientos se completaban; pero los del hombre eran gimnásticos simplemente, con una armonía vulgar que hacía que destacara más la de la mujer. Los tripulantes, la mayor parte de los excursionistas, daban voces y palmoteaban a compás.

Trajeron vasos de té y una gran fuente con azúcar partido en gruesos terrones irregulares. Iba anocheciendo. Se encendió la iluminación complementaria, la de los días de gala. El barco resplandecía sobre la lámina gris del agua. Nos acercábamos a Moscú. La danza caucasiana había terminado, y los músicos comenzaban con unas canciones para danza colectiva. Treinta o cuarenta parejas se cogieron en corro de las manos. Danzaban, separándose de pronto, las mujeres con la mano derecha en alto y la izquierda sobre el talle. Aquello era lo primero que oía sin topar con un segundo o tercer trasfondo melancólico. Cuando comenzaron a verse las torres del Kremlin entre el nimbo de las calles iluminadas de Moscú, todavía duraba la danza. Bagritski me hacía observaciones muy sagaces sobre la adaptabilidad de los jóvenes para las danzas colectivas.

Al tocar tierra cerca del puente, en unos grandes muelles, bajamos Bagritski, la compañera Kuster —esto de «camarada Kuster» es aquí un tratamiento diplomático, correcto y frío— y yo. Los demás se quedaban a cenar y a seguir bailando en el barco. Acabábamos de marcharnos cuando tendieron un cable eléctrico desde tierra, y el mástil y las jarcias se cubrieron de graciosas guirnaldas de luz. Desde el puente oíamos aún los acordeones, las balalaicas y las voces de los danzantes.

Tomamos un 18, que nos llevó hasta la Strasnaya. La camarada Sonia —hubo que apear el tratamiento— me dijo que dentro de tres días debe reunirse el Comité de la Sección Latina de la editorial para tratar del programa de publicaciones españolas para el año próximo. Quería que estuviera yo presente. Esto no va a ser posible —y bien lo siento—, porque me marcho pasado mañana. Nunca he tenido la

sensación de «marcharme» de ningún sitio con tanta anticipación ni tan intensamente.

DE UNA CARTA SOBRE LA ACTITUD MORAL ANTE RUSIA

He contestado a un amigo de España, hombre liberal y católico, que me hace preguntas peregrinas, y de la carta saco los siguientes párrafos:

Aquí —le digo— hay dos cosas totalmente diferentes del resto del mundo: el sistema económico y la moral que de él se desprende como un fenómeno subsiguiente inseparable. No deja de ser curioso que las dos cosas verdaderamente fundamentales que ofrece Rusia sean las que no os inspiran curiosidad a vosotros.

La mayor parte de los católicos —cuyo catolicismo es muy respetable—, al pensar en Rusia, piensa, sin quererlo, en San Agustín. Todo debe ser simple y sublime, fácil y perfecto. Si se enteran de que hay hombres que piden limosna se consideran en el caso de no aceptar ya discusión sobre el régimen soviético. Relacionar la mendicidad con la moral pública es algo que pueden hacer, sin embargo, todos los hombres menos los que viven dentro de la Iglesia, ya que en ella hay órdenes mendicantes. Si reaccionan por espíritu de «corporación», no deben olvidar que en Rusia hay libertad de cultos y que nadie se atreve a molestar, ni siquiera con un comentario o una sonrisa irónica, a los que están en los templos entregados a sus prácticas religiosas. Entre los católicos, y en general entre las clases conservadoras, está muy generalizada la idea de que en un país donde se ha suprimido el capitalismo todas las cosas deben haber alcanzado un grado de perfección extraordinario. Exigen de Rusia un estándar de bienestar muy superior, por ejemplo, al de Inglaterra y Alemania. No se dan cuenta de que eso representa la aceptación expresa de la responsabilidad del capitalismo y de sus defectos como sistema.

Estos hombres que miran a Rusia con una curiosidad tan rara tienen un sentido de la revolución socialista poco actual. La ven con menos claridad de la que podría verla desde su tiempo —trece siglos

antes de Jesucristo— el profeta judío Amós. Este importante personaje del Antiguo Testamento lanzaba terribles anatemas contra «los que se hacen dueños de los pobres con la plata y de los necesitados y descalzos con un par de sandalias». Anunciaba un reino en el que los habitantes «edificarán las ciudades y las habitarán, plantarán viñas y beberán vino de ellas, harán huertos y comerán las frutas de ellos». Ya en el Antiguo Testamento encontraremos muchos hombres que tenían de la revolución el mismo sentido idealista y religioso. Mucho antes también de Jesucristo decía Isaías, dirigiéndose a los ricos: «El robo hecho a los pobres está en vuestra casa. ¿Por qué golpeáis a mi pueblo y moléis las caras de los pobres? Y dijo el Señor de los Ejércitos: ¡Ay de los que juntan casa con casa y añaden tierra a tierra hasta el término del lugar. Ellos serán colocados solos en medio de la tierra». Pero no son sólo Amós e Isaías. Ezequiel, los apocalípticos y por fin Jesús hablan de una revolución éticorreligiosa y de un reino de paz y de justicia donde «las espadas se convertirán en hoces y las lanzas en arados». Choca mucho observar que la mentalidad revolucionaria éticorreligiosa del Antiguo Testamento continúa durante la Edad Media y se prolonga en la Moderna de diferentes maneras, pero perdiendo siempre su virulencia de origen.

En los poetas aparece más a menudo desligado lo religioso del idealismo simplemente humanitario:

Ninguna valla separaba los campos, ni marcas ni linderos
dividían cuadros de litigiosos terrenos,
sino que todo era en común.

Es Virgilio, en las *Geórgicas*. A medida que se avanza hasta el utopista inglés Tomás Moro, el sentido religioso va desapareciendo, y cuantos hablan de la supresión del interés material privado coinciden mejor con los poetas. Es una especie de presentimiento socializante con música y con el metro de moda en cada época. Pero todavía el sentimiento revolucionario éticorreligioso aparece en algunas sociedades contemporáneas, sobre todo en la española. Cuando los católicos intransigentes se cansan de discutir contra

Rusia, terminan diciendo: «En definitiva, ¿qué? Más comunista era Jesucristo».

Es ese comunismo el que exigen de Rusia, sin darse cuenta. Pero olvidan que el mismo Jesús les dijo que «no era de este mundo». Y que ese socialismo utópico, éticorreligioso, acaba siempre convirtiéndose en un arma de la clase dominante. En la *Historia del socialismo británico*, de Mr. Beer, se dice: «Hay un espacio de más de dos mil años entre Platón y sir Tomás Moro. En ellos encontramos la *Vida de Licurgo*, de Plutarco; el ensayo de Cicerón sobre el Estado, y la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, con alguna otra cosa, que al hablar de la República ideal aluden a un tiempo confuso y remoto en el pasado cuando los hombres eran virtuosos y felices». Esa regresión a un pasado inaccesible o el sueño en un porvenir ideal y remoto «fuera del mundo» tienen el mismo fondo religioso. Cuando se sitúa en el pasado suele ser poesía y mito. En el porvenir, ilusión viva y combatiente. Los conservadores de hoy oponen siempre lo remoto y confuso a la realidad inmediata y diáfana: no quieren ver que el fenómeno más importante en los últimos veinte siglos es la aparición del capitalismo industrial y, con él, de un sistema social superior. La técnica acaba haciendo más feliz al hombre, quiera éste o no quiera. Trata de salvarnos por el trabajo y la sabiduría positiva, cosa que no habían previsto ni los profetas ni los poetas.

Donde ya se puede reconocer alguna lógica es en los intelectuales que soñáis con la *República* de Platón. Se encuentran en Rusia realizadas muchas de las aspiraciones del filósofo griego, a las que no se ha ido expresamente, sino que se han producido como consecuencia de las nuevas condiciones económicas. «Será mejor conducida la ciudad —dice Platón— en que los ciudadanos apliquen en mayor proporción las palabras "mío" y "no mío" simultáneamente a los mismos objetos.» Hay otras previsiones de Platón que hoy se cumplen en Rusia. Sería curioso ir enumerándolas. Pero podía prestarse a confusión. Platón propugna un comunismo aristocrático, regido por intelectuales y filósofos. Parte de la inteligencia pura y no de las necesidades materiales de los hombres. Aparece la utopía en la declaración de que «se propone sólo —no es nada— dar la felicidad a los hombres». Los intelectuales que al pensar en Rusia os acordáis de

Platón no olvidáis tampoco que Platón os reservaba el papel de providencia orientadora y conductora. Pero, además, en la concepción platónica queda un margen cuantioso para eso que entre los filósofos de hoy se llama la «elegancia». Por ese camino se llegaría al despotismo de una minoría de hombres débiles y vanidosos como damas de alcurnia. Y en todo esto es en lo que la *República* de Platón discrepa de Rusia. Nada importa que encontremos en ese libro coincidencias sobre los sistemas de enseñanza y educación —«nada se debe enseñar al niño ni al joven por coacción»— o en el régimen familiar donde se aspira a que todos los padres vean en todos los niños posibles hijos suyos y todos los niños traten a los hombres todos como si efectivamente fueran sus padres. Platón queda en lo utópico éticorreligioso también, porque no puede presumir la aparición de la alta técnica ni las consecuencias económicas y morales que habría de tener.

De todo esto se puede concluir que casi todos los hombres de clase media acomodada, y desde luego los hombres adinerados o los que por influencia del ambiente, sin razones económicas, son a un tiempo conservadores y católicos intransigentes, cuando piensan en Rusia lo hacen con una mentalidad en la que no ha entrado todavía la esencia de nuestro tiempo. Sus puntos de vista sobre las posibilidades revolucionarias de Rusia parten del Antiguo Testamento, y en los casos de mayor agilidad llegan hasta el socialismo utópico de Tomás Moro, que no se diferencia en lo sustancial de la *Ciudad de Dios* ni de las profundas vaguedades de Plutarco, a pesar de producirse dos mil años después. Y en Rusia no hay nada de eso. Todo está fundado sobre la técnica y la economía. Su historia no comienza con Licurgo, ni con Platón, ni con Isaías. Comienza con el desarrollo del capitalismo industrial en Europa.

DE OTRA CARTA SOBRE LO SECUNDARIO Y LO PRINCIPAL

Al mismo amigo le habíamos escrito otras dos cartas —su curiosidad febril nos llegaba casi a diario en el correo—. Es un joven culto, pequeñoburgués. En la segunda le decíamos: Si nos damos cuenta de

que vivimos una etapa capitalista y de que estamos obligados a conocer, siquiera por la experiencia de cada día, el sistema económico que nos rige, veremos que debemos plantear en un plano más actual la cuestión rusa y atenernos a él. Destruir el capitalismo para resucitar las sociedades primitivas es una estupidez. El capitalismo nos ha dado un excelente arsenal de cultura técnica, de conocimientos y de experiencias de organización. El capitalismo es mucho mejor que las sociedades que le han precedido. Por otra parte, es algo real y vivo que nos rodea. En cambio, las utopías de Platón, de San Agustín y las más recientes de Tomás Moro, han nacido y muerto en el cerebro de un hombre con una intención negativa, de protesta individual ante la verdad en marcha de los demás hombres. En Rusia no destruyen un mundo para crear otro al capricho de un resentimiento alucinado. Es más sencillo. Aprovechan los mejores elementos del capitalismo para dar a la civilización un camino más seguro. Pero para ver las cosas así es necesario estar emplazado en una atalaya por encima de los prejuicios y ser además un producto de nuestro tiempo, de la etapa capitalista que vivimos. Ya se ve que esto no es igualmente fácil para todo el mundo. Lo sentimos más fácilmente los que no hemos tenido riqueza explotable, ni posibilidad de unir a los beneficios de nuestro trabajo los de otros hombres.

En estas condiciones, sin una necesidad de retención y de conservación, es natural que cualquier hombre esté desinteresadamente abierto a todos los avances que signifiquen perfección del sistema en que vive. Estamos emplazados en el instante de ahora y no en el que recibimos la propiedad o los títulos de nobleza o se fundaron otras condiciones básicas de nuestra vida. Pero aun en el caso en que las condiciones sociales de un individuo no sean favorables para mirar a Rusia sin prejuicios, la cultura impide ya al hombre medio desconocer que los fenómenos sociales nuevos ya no se pueden ver desde planos morales éticorreligiosos. Estamos viviendo bajo el capitalismo. Es el sistema cumbre al que la humanidad ha llegado después de muchos siglos de lucha y avance lento.

Con el tiempo se verá el comunismo no como la destrucción del capitalismo, sino como una consecuencia y una superación del capitalismo. Esto sucederá, naturalmente, cuando el estándar de vida —el tipo medio de bienestar— haya alcanzado en Rusia y en los países que sigan su camino un nivel superior al de Inglaterra y Alemania. Si el socialismo científico nace de las experiencias del capitalismo, no conserva de él, sin embargo, sino la técnica. Todas las cuestiones morales, todas las que al individuo y a la sociedad se le plantean en ese terreno están resueltas de antemano, sustituyendo el plano éticorreligioso de nuestros países por el materialismo dialéctico, que es la verdad subconsciente del capitalismo que han descubierto los socialistas. Esto parece, dicho desde aquí, una afirmación difícil de comprobar. El que viene a Rusia se encuentra enseguida con ese fenómeno. El que venga e ignore lo que es el materialismo dialéctico no se explicará nada de lo que vea. Recibirá además una impresión angustiosa. Esa impresión será en cierto modo verdadera. Pero esto no es culpa del sistema.

Aunque el período del comunismo de guerra pasó ya, lo cierto es que hoy no encontramos aquí un país despreocupado y alegre, que construye su propio porvenir con una sensación de triunfo. Encontramos un país inquieto, nervioso y alerta siempre, que está adaptando un sistema social nuevo en medio de constantes peligros y amenazas. Eso hace que la esencia del sistema, el «materialismo dialéctico», no sea todavía una solución en la que descansar. En realidad, «soluciones en las que descansar» no las hay en el terreno político. Las nuevas juventudes están perfectamente acomodadas al materialismo en el amor, en las relaciones sociales, en el sentimiento político. El plano dirigente esgrime el materialismo todavía como un arma. Se diría que aquí el materialismo «no es confortable». Es cuanto un viajero inteligente puede decir. Tiene razón, además. Pero eso no consiste en el materialismo, sino en su condición de elemento de combate. Lo que no es confortable aquí ni en ningún sitio es la guerra.

Las generaciones que se formaron bajo el Imperio o crecieron en los años de la guerra civil, bajo la duda, en el cruce de dos sistemas, han asimilado con dolor el materialismo. Son varias las ocasiones en que

hemos oído hablar de la necesidad de «sacrificar una generación». Estas palabras tienen un sentido poco dialéctico, aunque se pronuncien con una gran indiferencia. Nos suenan a misticismo. Pero además la generación que se sacrifica es la misma que edifica la revolución. El materialismo como arma es para ellas un poco arduo. Como solución, para los que han nacido ya bajo el signo soviético, es ya otra cosa; pero lo cierto es que el tono de la vida actual en las grandes ciudades no lo dan ellos todavía. Lo da la generación que a sí misma se sacrifica.

Pero estas pequeñas cuestiones adquieren los caracteres más diversos y se plantean en la vida soviética constantemente. El materialismo como arma, llevado siempre políticamente más lejos de su justo medio humano, da a la vida exterior un aspecto poco confortable. Detrás de este fenómeno —que no deja de ser secundario— vive, palpita y se desarrolla poderosamente el nuevo sistema económico, que es lo verdaderamente asombroso. Ese sistema no es la negación del capitalismo, sino su consecuencia dialéctica. Un día llegará en que desde el plano comunista estudiará todo el mundo la técnica capitalista con elogio, reconociendo sus avances, sus conquistas y su condición de plano y etapa fundamental de la revolución. Esto, que es elemental, a ti te parecerá extraordinario.

TODAVÍA OTRA CARTA SOBRE ECONOMÍA, PERO SIN NÚMEROS

No sólo se han aprovechado —decimos en la tercera carta al mismo curioso amigo— las experiencias del capitalismo, sino que se han adoptado aquellos órganos de producción y cambio que bajo el capitalismo han rendido mayor eficacia. Los *trusts* industriales y los sindicatos, la banca y los seguros sociales constituyen lo más visible de la herencia capitalista. Una herencia en la que se conserva la técnica, cambiando su naturaleza. En los *trusts*, en los bancos, sólo hay dos grandes accionistas, y son accionistas impersonales: el Estado y las Cooperativas. He aquí lo que dicen de los *trusts* los delegados de las Trade Union británicas en un informe de 1926: «El

trust es una amalgama de varias instalaciones convenientemente localizadas en la misma rama industrial o una combinación de instalaciones diferentes que producen diferentes artículos entre sí». Algo así en el primer caso como la federación de industria.

Los *trusts* fueron creados para reconstruir la industria y el comercio nacionalizándolos sobre una base mercantil. Cada fábrica actúa con absoluta independencia de las demás en su producción y en su administración interior. Para relacionarse con otras fábricas o con los mercados, para comprar su utillaje o para vender, tiene que someterse a la mecánica del trust, que es quien lleva el control directo de la parte mercantil. Hay *trusts* «centrales», que son organizados por el Consejo Superior de Economía Nacional con irradiación sobre toda la Unión Soviética. Hay otros *trusts* locales que dependen de los Consejos Regionales de Economía. Por decretos aprobados en 1923, los *trusts* y los Consejos de Economía actúan con una gran independencia respecto del Estado, si bien los beneficios netos del *trust* van a parar al Estado y a aquellas cooperativas que posean acciones. Antes se separa de los beneficios un tanto por ciento para la amortización y un veinte por ciento como «fondo de reserva».

Cualquiera puede advertir que los fundamentos básicos de esta organización se encuentran en el capitalismo. La diferencia es que no existe interés privado, que el capital ha perdido su naturaleza y el trabajo ha dejado de ser también una mercancía. El capital ya no es una fuerza independiente. Es un instrumento de crédito que se apoya directamente en el trabajo. El trabajo lo reglamentan, en sus relaciones con los *trusts*, los sindicatos. Son las asambleas de los sindicatos quienes imponen a los *trusts* el régimen económico interior. En cuanto a la fábrica, el trabajo lo reglamentan las asambleas de fábrica, en cuyas discusiones intervienen todos los obreros. El *trust* tiene, pues, una misión técnica y administrativa y representa una facilidad para el Estado. Representa, en cierto modo, la descentralización de la economía.

En las fábricas y, en general, en el régimen de producción, tanto industrial como agrícola, existe, por lo tanto, el capital. Los *trusts*, cada uno de ellos, representan un volumen de capital que en sí

mismo carece realmente de valor, porque no pueden especular libremente con él. Ese capital se ha dividido en dos partes: básico y de trabajo. Huimos deliberadamente de las designaciones técnicas, que oscurecerían más estas ligeras referencias. El capital básico está representado por los edificios, la maquinaria y los equipos. No puede ser en ningún caso objeto de especulación. Sobre este capital, los *trusts* no pueden hacer ningún género de transacciones ni operaciones de crédito, porque socialmente pertenece a todos los obreros y económicamente al Estado. El capital que constituye la base del crédito es el trabajo, la capacidad de producción representada por las estadísticas y por el fondo de reserva. Los beneficios salen de la diferencia entre el coste de la producción y su valor en el mercado, lo mismo que en el mundo capitalista; pero esos beneficios sólo van a las cooperativas o al Estado, o sea, que revierten sobre el obrero y el campesino inmediatamente. De ahí que para el obrero hayan cambiado también radicalmente los fundamentos de la vida. Utiliza el dinero sólo como un papel convenido para cerrar las pequeñas transacciones de cada día. Ni representa un estímulo para adquirir propiedad —que es imposible—, ni un arma del enemigo para someterlo a las condiciones de la propiedad ajena. A veces las mismas cooperativas accionistas de la fábrica donde trabaja —de su propia fábrica, cuya base económica, cuyo capital, lo constituye su propio trabajo— le resuelven todas las cuestiones, desde la habitación y el vestido a la alimentación y a la asistencia, incluidos los recreos, la cultura física, etc. En conclusión, se va a parar a que el obrero saca de su trabajo todo el rendimiento, que en el mundo capitalista se queda entre los derechos natos y autónomos del capital privado, del Estado, de las instituciones de orden y defensa del capital.

Todos los *trusts* son miembros de la bolsa y tienen la obligación de registrar públicamente sus operaciones. Los *trusts* de una misma rama industrial se unen en un sindicato que está formado por agentes de los *trusts*. No necesita capital ninguno ni tiene otro fin que facilitar la coordinación en la compra y venta. Estos agentes, como los miembros del *trust*, son obreros. Desde el momento en que hay capital básico y de trabajo, accionistas y bolsa, hay dividendos,

como es natural. En la determinación de ellos interviene todo el personal del *trust* y de los sindicatos, y sus acuerdos deben tener la aprobación de las asambleas de fábrica por un lado, y por otro, del Consejo Superior de Economía Nacional. Además de este consejo y de los consejos locales, hay una Comisión Técnica de Proyectos de Estado, que trata, con un punto de vista siempre nacional y general, de mejorar el planteamiento de la industria y el comercio. Según Zimand, tratadista americano que ha escrito mucho sobre esta cuestión concreta —*Capitalismo de Estado en Rusia*, Nueva York, 1926—, la influencia de esta comisión en las normas económicas generales es muy grande.

En la economía soviética aparece constantemente la técnica del capitalismo europeo. La terminología financiera y comercial de Alemania, de Inglaterra, se oye por todas partes. Ya se ha visto dónde está la diferencia fundamental. Pero todo esto debe hacer pensar a los intelectuales de Occidente que sueñan con las utopías de Platón, de San Agustín o de Tomás Moro que el fenómeno comunista ruso no es ni puede ser la destrucción del capitalismo, sino su superación sobre las conclusiones de la técnica económica del mundo burgués, que, naturalmente, es la mejor a la que ha podido llegar hasta hoy la humanidad. Pero en Rusia no han llegado a la situación actual fácilmente. Al principio, las dificultades se acumularon. Carecían de precedentes para todo, en todos los momentos se les planteaban situaciones totalmente nuevas. Quisieron ir directamente a la perfección socialista, proceder en la organización, como en la guerra civil, por violentas revulsiones. Lenin se dio cuenta de que navegaban en la utopía. Se volvió atrás con la Nueva Política Económica —retroceder construyendo el camino para volver a avanzar de nuevo—. Antes de llegar a la situación actual hubo que hacer concesiones sin límites. He aquí lo que decían las Trade Union en los primeros tiempos de la NEP[7]: «La empresa privada está cumpliendo la función que se le ha asignado, esto es, actuar de piloto de la empresa de Estado y abrirle paso. Pues la nueva política económica está fundada en el convencimiento de que los principios de la revolución social y el predominio de los obreros estarán suficientemente asegurados si el Estado retiene el mando de la mayor parte del capital industrial y de

crédito, así como de su comercio exterior. Sin embargo, deja a la empresa privada un margen de competencia con la oficial. En esta competencia, la empresa privada abre nuevos campos comerciales, los rotura y fertiliza, y cuando ya están en plena producción, con mercados naturales organizados, el Estado impulsa otra vez a la empresa privada hacia otros campos y se apodera suavemente de los anteriores».

En aquellos tiempos, todo el mundo estaba atento a explicar los menores fenómenos de la nueva economía en relación con la revolución. El comercio exterior era un monopolio del Estado, y lo fue durante los nueve primeros años. Después pasó a los *trusts* y a las cooperativas y se eliminó una organización burocrática excesiva del Comisariado de Negocios Extranjeros. La *Izvestia* decía el 2 de enero de 1926: «En su lucha por el Socialismo, la clase obrera ha abierto la puerta al capital privado casi de par en par, pero nunca olvida sus objetivos principales de combate. Admite el capital privado para apresurar el desarrollo del sistema económico del país en ramas que todavía no han sido controladas eficazmente por el Estado ni por las cooperativas. Pero la clase obrera debe aprender en lo posible cómo se establece una organización comercial eficaz propia de ella que sea capaz de ir expulsando gradualmente del país el capital privado». Esto lo decía la *Izvestia* refiriéndose en su mayor parte al campo, a las industrias agrícolas y a la producción de la industria media. Al mismo tiempo decía Trotski: «El Estado suministra hoy los cuatro quintos de la producción industrial de nuestro mercado interior. El resto lo suministran los productores particulares. Los trenes y los barcos están totalmente en manos del Estado. El comercio de las cooperativas alcanza ya las tres cuartas partes del volumen total. Las instituciones de crédito son también un monopolio nacional centralizado. Pero estos *trusts* oficiales, que se defienden poderosamente, tienen la oposición de veintidós millones de pequeñas industrias agrícolas. Ése es el primer problema de hoy».

La liquidación de la NEP representó una concentración monstruosa de industria y comercio en manos del Estado. El Estado dejó al interés privado la organización de amplios sectores, que fue asimilando. Después, el problema consistía en la descentralización, y

se fue realizando por los *trusts* en la ciudad, por los *koljóses* en el campo. La alta técnica capitalista inglesa y americana fue asimilada por los Soviets y perfeccionada en muchos aspectos. La banca y los seguros ofrecen el ejemplo a los más curiosos tratadistas. El comercio exterior, el plan de producción y distribución de la industria pesada, la ligazón mercantil del campo con la ciudad ofrecen las características racionales del capitalismo en su período de mayor desarrollo. Claro que se trata de un capitalismo sin capitalistas, como se trata de bancos sin banqueros —sin accionistas privados—. En otro aspecto también se podría hablar ahora del fenómeno del ejército, el más fuerte y modernizado, el de mayor capacidad agresiva del mundo. Pero un ejército sin guerras. Un ejército pacifista donde los soldados se suben a los tanques de artillería para hablar a sus compañeros del «crimen de la guerra». Pues así son los bancos. Sin banqueros. Con unos dividendos extraños siempre a nombre de «personas» jurídicas formadas por mil, diez mil, veinte mil ciudadanos.

LA CUESTIÓN INTERNACIONAL A TRAVÉS DE UN SIMPLE PASAPORTE

Tenía sacado el billete para el avión Moscú-Berlín, hechas las maletas de manera que no rebasaran los treinta kilogramos. Más de cincuenta horas de tren —con dos noches— quedaban reducidas a ocho y media de vuelo. De Berlín a París, doce horas. Llegar a París era ya llegar a España. Estaba muy contento con un viaje tan cómodo. El visado alemán lo pedía «en ruta». De otra manera iba a ser muy difícil que me lo dieran. Así y todo, desde el aeródromo hasta la estación del Oeste, en Berlín, se encargaría de mí —viajero de la Unión Soviética— seguramente la Policía, lo que no me desagradaba del todo, porque en Berlín los taxis son muy caros. Con estas reflexiones llegué al edificio de la Embajada alemana. En un patio interior cubierto de cristales están las oficinas del consulado. Di mi pasaporte. El cónsul no hizo más que abrirlo y lo volvió a cerrar.

—No está en regla —me dijo devolviéndomelo.

Le hice observar que había visados alemanes anteriores. Insistía:

—No importa. No está en regla.

—Pero ¿por qué?

—Ése no es su nombre. Ahí pone José Sender Garcés, y usted es Ramón J. Sender.

Yo no había puesto mucho interés en rectificar un error de la documentación militar con la que tuve que sacar el pasaporte. Le enseñé una cédula de Madrid, donde está mi nombre completo; pero ya no esperaba, naturalmente, el visado, y sentía una súbita admiración por la Policía diplomática alemana. Los artículos que sobre Hitler había escrito desde Berlín tres meses antes habían llegado a la *Polizeipräsident*.

Me marché defraudado. Perdía el billete del avión y el viaje se iba a prolongar mucho más de lo que hubiera sido en ferrocarril por Berlín. Tenía que ir a dar la vuelta por Checoslovaquia y Austria. Me dirigí al Consulado austriaco.

—¿No va usted por Alemania? —me preguntó el cónsul, hojeando el pasaporte.

—No, señor. No quieren darme el visado.

Esto fue para el cónsul una recomendación excelente. Por cincuenta kopeks me llenó una hoja de sellos y estampillas, sin dejar de hablarme con una evidente simpatía.

—¿Qué tiempo quiere usted estar en Viena?

—Tres o cuatro días.

—Le pondré diez, por si acaso.

Me deseó buen viaje, me estrechó la mano y me hizo advertencias útiles sobre la vida en la ciudad. En el de Checoslovaquia me apresuré a indicar también la negativa del cónsul alemán, dejando entrever mi desdén por los Nibelungos. El cónsul, después de cerciorarse de que tenía ya el visado austriaco, dio una gran importancia a mi declaración. En un instante me despacharon por medio rublo.

En cuanto al Consulado polaco, no he visto en mi vida nada más misterioso, más precavido. Advertí entre los funcionarios algunos fascistas, partidarios de Hitler y de la *entente* con Alemania para «invadir Ucrania hasta Crimea». Tenían el mismo aire incierto y dudoso de Rosenberg. Otros eran los clásicos polacos enemigos

naturales de Alemania. Tardé hora y media en topar con uno de éstos; pero, en cuanto di con él, le solté el disco de la prohibición y todo se arregló inmediatamente.

Llamé por teléfono al Consulado francés, por si al regreso de la Unión Soviética exigían el visado. El cónsul, derrochando buen decir, me comunicó que podía ir a Francia cuando y como quisiera y permanecer allí sin preocuparme de nada todo el tiempo que el pasaporte me permitiera. Ya resuelto todo, regresé al restaurante, donde me esperaban para comer varios amigos. Les conté lo que sucedía. En un impreso del Consulado alemán dibujé, mientras nos preparaban la comida, una cabeza de huno, con los dos cuernos bien visibles. En el derecho llevaba atada una banderola, con la esvástica. Convinimos en que el huno tenía un aire verdaderamente bovino y se parecía algo a Hitler. Firmaron todos y me lo dejaron como recuerdo. Yo observé que la negativa del cónsul, a la que no daba otro valor que el de una incidencia pintoresca, me proporcionaba de pronto una aureola de héroe. Algunos de mis amigos me miraban casi como a un mártir. Temían quizá que en cada frontera hubiera un ser misterioso con un puñal entre las uñas esperándome. Pero donde pude verlo mejor fue entre las empleadas de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios. Iban de una oficina a otra comunicándoselo con aire inquieto, se formaban corros, donde se repetían las palabras del cónsul. Cuando me fui pensaba: «Y estas gentes han hecho la revolución, están sosteniéndola y defendiéndola. En España se oye a un obrero revolucionario decir con indiferencia: "A mi hermano le han salido diez años de presidio; yo llevo un *chinazo* en la pierna que no acaba de cerrar. A los del grupo Horizonte los han llevado conducidos por carretera en cuatro jornadas". Y se oye también con indiferencia. Debe ser el realismo español. O la cacareada "crueldad española". De todas formas, esto es madurez».

Una vez más veía en esa admiración y esa inquietud el alma infantil de los rusos, que uno no acaba de conciliar con las jornadas de octubre.

No pude marcharme el mismo día, y por la noche estuve comiendo con un soldado rojo, cuya mujer habla francés y nos servía de intérprete. He dicho un soldado. Aquí es igual. Un general. Hablamos incansablemente de muchas cosas. Es un espíritu fino y sencillo, sin ese aire obstinado y cerril de otros militantes comunistas. Cuando quisimos darnos cuenta, la luz del día entraba por el balcón abierto. Nos despedimos; pero mi hotel estaba muy lejos y yo no sabía el camino. Salieron a acompañarme y seguimos hablando. Al salir, un enorme perro lobo que estaba en el vestíbulo comenzó a retozar. Quería venir con nosotros. El general lo agarró del collar. Luego, en la calle, lo soltó. Las calles estaban desiertas. La luz del amanecer es en Moscú cristalina y diáfana, más que en España. A lo largo de la conversación y de la noche habríamos bebido quince o veinte copas de vodka fuerte, pero exquisito. La compañera del general no bebió menos. A ninguno de los tres nos hizo más que tonificarnos para la madrugada. Bien es verdad que alternábamos con vasos de *narzán*, agua mineral muy digestiva. En esto de beber, fumar y trasnochar por cualquier motivo sólo ganan a los españoles los rusos. Éstos lo hacen fríamente, sin ese arrebato de extravagancias que le da al español después de la medianoche.

Yo he estado casi siempre en la Unión Soviética en una posición de crítica, sobre todo con los miembros del partido que yo suponía que tenían alguna responsabilidad. Aquella noche había hecho muchas observaciones desagradables y había tratado de señalar algunas contradicciones. El general se detuvo ya cerca de la Plaza Roja, a la salida de un amplio puente que va a dar a las espaldas de la catedral bizantina de San Basilio.

—Quisiera que me dijera qué es lo peor que ha encontrado aquí, lo que le ha impresionado más desfavorablemente.

Sobre las torres del Kremlin brillaban las cruces ortodoxas bañadas en oro.

—Lo más desagradable ha sido encontrarme en el ambiente intelectual una posición servil en relación con la cultura burguesa de Occidente. Esos poetas que imitan las extravagancias burguesas y

occidentales de Maiakovski sin atender a su genio ruso no tienen la menor fe en que de todo esto pueda salir un camino nuevo para el mundo. Su ideal sería que les tradujeran al francés tres libros, con los cuales poder vivir en París y vestirse de *smoking* por la noche. Y a nosotros, a los que venimos asqueados de todo aquello, sabiendo que a las inteligencias jóvenes lo único que puede ilusionarles es la posición intelectual soviética, nos defrauda un poco.

—Bueno —vacila mi amigo—; pero ¿qué quieren ustedes que hagamos?

—Todo menos admirar el espiritualismo de Maeterlinck, el monumentalismo de D'Annunzio y el lirismo de Paul Valéry. En el mismo sentido yo he encontrado un fenómeno político parecido.

Mi amigo espera con una mirada recelosa. Yo continúo:

—A veces, y a través de la manera de hablar muchos comunistas sobre la burguesía de los países capitalistas, yo he visto una especie de complejo de inferioridad. Consideran a la burguesía mucho más inteligente de lo que es en realidad. Le atribuyen posiciones y previsiones mucho más sagaces de lo que son. A veces, esas previsiones se quiebran de sutiles. Eso puede llegar a dar la impresión de que consideran más capacitada para ejercer el poder a la burguesía de los respectivos países que al proletariado y de que la fe en sí mismos, en la fuerza física de la revolución, decae. Piensan en la burguesía fuerte, poderosa, serena e inflexible, y en los pobres obreros que no hacen más que recibir sus puntapiés y los disparos de sus guardias. En esa posición yo veo cierto fatalismo nada dinámico ni creador.

Nuestro amigo nos contesta con los argumentos oficiales. Sí, sí; lo sabemos. Conocemos ya todo eso, pero... Estamos en la Plaza Roja. La tumba de Lenin, enfrente. A esta hora, totalmente desierta, con la luz primera sobre el adoquinado blanco, en este ombligo del proletariado mundial, es bueno hablar con claridad. Habla mi amigo:

—Usted ha dicho otras veces que la construcción soviética se desarrolla en un frente de lucha que es universal, que es el mismo de Alemania, y Francia, y España.

—Es verdad; y lo sostengo. Pero la lucha en cada uno de esos países tiene formas totalmente diferentes, como la revolución el día de

mañana habría de tenerlas. No tan diferentes entre sí como entre esos países y la Unión Soviética, por la sencilla razón de que en Rusia se ha pasado del feudalismo a la dictadura del proletariado; es decir, casi sin existir el proletariado. En esos países se pasaría, dentro de la dictadura del proletariado, a formas socialistas más avanzadas, porque las condiciones capitalistas se han cumplido ya antes de la revolución.

—Conformes; pero no veo adónde va usted a parar.

—Todo eso está relacionado. Las secciones europeas de la Internacional informan procurando asimilarse exactamente la mentalidad del militante comunista ruso. Y la mentalidad de ese comunista, muy bien adaptada a la etapa en que se ha formado, actuó sobre las capas sociales del feudalismo. Para él, las condiciones de la lucha en aquella etapa son las de todo el mundo. Sin embargo, entre esa mentalidad y las condiciones de la lucha en Alemania y Holanda, por ejemplo, donde el capitalismo está plenamente desarrollado, hay alguna diferencia, creo yo. Pero es difícil que se tenga en cuenta al señalar la línea general, porque muchos de los delegados de los países europeos no se atreven a ponerla de manifiesto. Se limitan a adular, quizá, al partido ruso, que tiene la experiencia del triunfo, y a asimilarse su visión subjetiva de las cosas.

Mi amigo me mira compasivamente.

—Si le oyera a usted... —dice señalando con la cabeza el mausoleo de Lenin.

—Quién sabe. No hay nada más antileninista que imponer las conclusiones de Lenin en todos los casos y en todos los rincones del mundo. Seguramente, si Lenin viviera, se opondría a eso, lo consideraría una monstruosidad. Para poder decir a las masas comunistas holandesas, por ejemplo, que tienen radio en su casa, subsidio de paro y abonos para el teatro, «por el pan, por la paz y por la libertad», es necesario esperar a que antes tengan guerra, hambre y esclavitud. Mientras no la tienen, hay que decirles otra cosa. Esa cosa la deben inventar en la misma Holanda. Si sale de aquí, será la consigna para un tiempo feudal, de esclavitud.

Discutimos largamente. Su mujer actúa de traductora y acoge con espanto algunas de mis irreverencias. El perro se aleja corriendo cien

o doscientos metros, ladra en una esquina y vuelve a todo correr. Aparece un soldado de los que prestan servicio de vigilancia nocturna —sin armas ni otro signo de autoridad que el barbuquejo puesto—. Se dirige al general:

—Camarada, llame al perro y llévelo sujeto; si no, le impondré una multa.

El general obedece. Los dos van de uniforme. Seguimos andando hacia la calle Gorki.

EL MIEDO A LA GUERRA. UNA PREGUNTA Y UNA CONFIDENCIA IMPRUDENTE DE LA TRADUCTORA

Veo, con sorpresa, que los comunistas dan a veces una impresión de actuar sobre perspectivas políticas falsas. Por ejemplo: la guerra. El miedo a la guerra, no por la guerra en sí, sino por los peligros que podría correr la revolución. Yo les dije que no hay ningún país en el mundo que pueda llevar un ejército crecido —ni siquiera mercenario — contra la Unión Soviética, y que, además, mercenario y todo, la mitad desertarían o se pasarían al «enemigo». La movilización general —cupos atrasados— contra la URSS es absolutamente imposible hoy en ningún país europeo. El miedo a la guerra en la Unión Soviética es algo que podría ofender a la conciencia de clase de los obreros de los demás países. Han olvidado, al parecer, los comunistas que la escuadra francesa del mar Negro se negó a disparar contra las costas soviéticas; han olvidado, quizá, que compañías enteras inglesas se pasaban a las columnas rojas. Pero los que no han podido olvidarlo son los gobiernos capitalistas.

—¿Entonces, usted cree que no es probable una ofensiva armada contra la URSS?

—¿No ha de ser probable? La estamos viendo todos los días dentro de cada país. Obreros comunistas, perseguidos, encarcelados, muertos. Prensa perseguida y suspendida. Ésa es la ofensiva general que únicamente pueden realizar. La otra me parece, por ahora, imposible.

Un largo silencio. Seguimos andando. El general me pregunta:

—¿Usted cree que el Ejército Rojo debía intervenir en el caso de Alemania?

—Creo, como muchos, que en determinadas condiciones debería intervenir.

—¿Y qué condiciones habrían de ser?

—Pues... las del año 1918, por ejemplo.

Aunque el general no puede opinar, se ve su conformidad en el gesto. Tiene ganas de hablar; pero no hablará. Retiene con fuerza el perro, que se quiere escapar, y no con menos esfuerzo su deseo de hablar sin frenos. Pero poco después nos despedimos.

Al día siguiente volví a ver a la compañera del general. Recordando nuestras palabras de la noche anterior, me dijo:

—No crea, que en el fondo piensan casi todos como usted. Lo mismo N. —aquí el nombre del general— que otros muchos preferirían morir dentro de un año de oficiales del Ejército rojo alemán a vivir cuarenta años más de generales de la *Krásnaya Armiya*.

Yo recordaba también a aquellos soldados que ante unos gráficos, en la Casa central del Ejército, me decían con una gran serenidad:

—Para organizar Alemania..., doce días, a lo sumo.

No para conquistarla, sino para «organizarla». Yo he visto un buen sentido revolucionario, un aplomo y una firmeza de criterio, una ausencia de complejos intelectuales, admirable en casi todos los comunistas rusos que he tratado. En aquellos en donde aparecía el contrasentido ese del misticismo se daba no como una posición alucinada en la vida, sino como una concentración de energías sencillamente asombrosa, que todo lo subordina al postulado marxista y que realiza milagros cada día. Verdaderos milagros en hombres a veces de complexión menos que débil, de poco o ningún vigor natural, que se multiplican en el trabajo social, político, después de su jornada ordinaria, que no duermen porque no tienen tiempo, ni comen porque no se acuerdan, ni usan calcetines porque el sueldo no les llega —gastan mucho en prensa y libros—. Pero he conocido también a dialécticos europeos que trabajan en la Internacional y que con una lamentable congestión marxista, finchada y huera, ofrecían todas las taras de la pequeña burguesía

intelectual de nuestros países. Ante esos tipos yo me he explicado a veces cosas que desde España me resultaban bastante confusas.

EN LA ESTACIÓN. GPU. LES PRESENTO A USTEDES AL COMPAÑERO DE VIAJE

A las nueve salía el tren para la frontera. Toda la tarde tuvimos en el hotel amigos que venían a despedirnos. Mil encargos de periódicos, de revistas, de libros para traducir, de datos biográficos de escritores. Los compañeros de la MORP me traen una edición rusa de *Don Quijote*, en dos tomos. Edición Academia. En octavo, encuadernado en piel con papel brillante color ocre, grabados franceses en acero; un primor. Es un verdadero regalo. Otro me trae un ejemplar de *Mala hierba*, de Baroja, para que se lo entregue al autor. Un empleado del hotel llama a la puerta:

—¿Se va usted?

—Sí.

Le enseño el resguardo de la Administración, donde he pagado. Cuenta las mantas, las sábanas, manipula el aparato de radio, la lámpara de la mesa y, por fin, me dice: «De acuerdo». Hace un garabato en mi resguardo y me lo vuelve a dar. Después me da la mano y me desea feliz viaje.

A las nueve estoy en la estación. He llegado con el tiempo justo, porque he tenido que volver tres veces desde la conserjería al teléfono. Me llamaban para decirme adiós. Un amigo me advierte:

—Pensaba ir a la estación, pero es mejor para usted que no vaya. Como tengo puestos de responsabilidad, si voy a la estación damos a la despedida un carácter político. Eso es peligroso para usted. Aunque nuestra GPU es todo lo perfecta que puede ser una organización, se han dado casos de espionaje en las estaciones. Ese espionaje tiene sus redes fuera de la frontera y trata de dificultar luego el desenvolvimiento del que se va.

En la estación y, sobre todo, en estos trenes de las fronteras, todo es GPU. El mozo de equipajes, el conductor, el jefe de tren, los empleados del restaurante, los revisores. Nada más entrar nos cogen las maletas y nos indican, con una seña, que les sigamos. Quedan

nuestros amigos en el andén. Ya instalado, vuelvo a bajar. Viaja muy poca gente. En lugar de una gran marquesina cubriendo todas las vías, hay varios andenes con marquesinas rectangulares muy largas para cada uno. Unos faroles eléctricos muy poderosos producen aquí y allá sombras angulosas nada vulgares, sombras Eisenstein. Hay una limpieza, un orden, una frialdad casi dramática. Nuestros amigos miran el reloj. No hablamos. Es ese momento en el que ya no hay nada que decir. Yo estoy extrañado de mi indiferencia. No me emociona lo más mínimo la marcha.

—Aquí os quedáis, muchachos —les digo.

Me compadecen porque vuelvo al mundo de las contradicciones y de la falta de sentido. Les digo que no me doy cuenta de que me voy. Uno me advierte que donde me daré cuenta será en la frontera.

—Eso —el vagón, la GPU, los compañeros de viaje— es soviético aún.

Es verdad. Nos despedimos. El tren comienza a marchar y yo busco mi vagón. Es un coche cama de dos plazas. La ventanilla la ocupa un viajero de unos cuarenta años con la cabeza afeitada, de aspecto poco inteligente. A mi saludo contesta también en ruso y me ofrece una botella que ha dejado sobre la mesita. Vodka. En vista de que no quiero, él bebe un largo sorbo. Luego saca dos o tres clases de cigarrillos y me ofrece. Tomo uno y deja los demás a mi alcance. Tiene ganas de charla.

—¿Es usted ruso? —le pregunto.

—No. Soy turco. Pero puedo hablarle una mezcla de italiano y francés. Voy a Viena y desde allí a Turquía.

Después de un silencio añade:

—¿Por qué se va usted de Rusia? Yo, a lo mejor, me vuelvo desde la frontera.

—¿Y eso?

—¿Quiere usted decirme qué podemos hacer dos personas decentes en ese cochino mundo adonde vamos?

—Pues es verdad. No lo sé.

GORKI EN BIELMORSTROI. UNA PRUEBA DE LEALTAD

Seguimos en el tren. Leemos la edición francesa de una revista rusa, cuyo primer punto del sumario es: «Máximo Gorki os presenta a algunos criminales de Bielmorstroi». Estos residenciados de Bielmorstroi constituyen la colonia de delincuentes más numerosa. Todos fueron sentenciados por los tribunales soviéticos a varios años de «residenciamiento». No correccional, sino educador. Son las diez. Pronto aún para acostarse y tarde para iniciar un conocimiento con un compañero de viaje en el que, por otra parte, no había mucho que conocer —en cuanto nos dijo «buenas noches» nos lo había dicho todo ya—, me puse a leer. Bielmorstroi tiene estos días una gran actualidad. Son los residenciados de esa colonia los que acaban de construir el canal navegable que une el mar Báltico con el Blanco —más de doscientos kilómetros en menos de dos años—. Gorki, que asistió a la inauguración y se quedó algunos días viviendo con los delincuentes, dice que la terminación de esas importantes obras es uno de los factores que muestran con mayor claridad «el éxito del sistema de educación». De esa colonia han salido algunos millares de obreros de choque —antes eran ladrones y criminales—, a los que se les condonó el resto de la pena, y hoy disfrutan de todos los derechos de los ciudadanos soviéticos. He aquí cómo describe Gorki los primeros choques entre los instructores comunistas y los delincuentes hace poco más de un año:

> Muchos centenares de residenciados, la mayor parte por delitos de sangre, rehusaban trabajar y declaraban que sería inútil cuanto se hiciera para convencerlos. Se pasaban el día cantando, riñendo o jugando a las cartas. De vez en cuando el aburrimiento los enfurecía, quemaban los camastros, rompían los cristales. Después de esas revueltas —durante las cuales nadie intervenía para evitarlas— un «terrible *chekista*» iba a su encuentro. Sus camaradas le advertían: «Ten cuidado, te pueden matar». «Eso no importa», decía, y se metía entre ellos sin armas. Lo recibían con silbidos, con insultos. Se le reían en las narices. «¿Vienes a convencernos para trabajar? Pierdes el tiempo; puedes largarte.» El comunista esperaba a que se cansaran y se hiciera el silencio. Entonces les hablaba. «Está visto que de ningún modo y en ningún caso queréis trabajar. Respeto vuestra conducta;

pero no la comprendo. Los «contra» —se llama así a los contrarrevolucionarios—, esas gentes que han sido siempre más delincuentes, más ladrones y más criminales que vosotros, trabajan. En cambio, vosotros estáis resueltos a seguir comiendo gratuitamente el pan que producen vuestros hermanos los campesinos, a vestir la ropa que fabrican los obreros. Estáis dispuestos a seguir viviendo parasitariamente del esfuerzo de los obreros y campesinos soviéticos. ¿Queréis seguir así de parásitos, como las ratas? Sois jóvenes, tenéis toda una vida por delante. ¿Por qué no dais pruebas de inteligencia? ¿Por qué no reflexionáis? ¿Es que no sois capaces? ¿Y es ésa la razón por la cual habéis escogido el camino del crimen al margen de la ley soviética, de la ley de los obreros y campesinos?

Pocos eran los que habían pensado en esto —sigue diciendo Gorki—. En cuanto alguno pensaba en ello dos veces seguidas los educadores no lo dejaban ya de la mano. Conversaciones particulares, charlas en grupo. Algún tiempo después, estos hombres, que no habían temblado ante la muerte, tenían miedo de ser puestos en el «cuadro negro», de que sus nombres aparecieran en el periódico del canal, *La Forja*, como «gallinas mojadas», o sea, hombres contemplativos y vagos, que veían trabajar a las otros.

Estos reportajes de Máximo Gorki son impresionantes. Presentan a varios tipos de criminales redimidos por el trabajo, especializados hoy en construcciones técnico-hidráulicas, ya libres de pena —amnistiados—, que van a trabajar al canal del Volga orgullosos de haber dado a su vida ya un punto de referencia elevado. Se consideran autores de esa gran obra de unir dos mares, de modificar las condiciones de la naturaleza convirtiendo una isla en una península para beneficio y provecho de todo un país. La vida de esos hombres ha debido adquirir una gran dignidad.

Nos acostamos a dormir. Al día siguiente despertamos hacia las ocho. El sol lo inunda todo. El turco me espera para ir al restaurante a desayunar. En el vagón restaurante mi compañero sacó un manojo de rublos y los contó. Había que dejarlos allí, entre otras razones, porque fuera de Rusia carecían de valor.

—¿Y usted? —me preguntó.

Lo tenía previsto y había gastado en Moscú los restos de mi dinero. Me quedaban tres rublos y los invertí en un copioso desayuno. Mi amigo iba comprando todo lo que vendían en el tren. Cajas de cigarrillos, botellas de vino, agua mineral. Volvió al departamento con un cargamento muy variado. Yo, asomado a la ventanilla, veía las chimeneas de la Rusia Blanca, las últimas banderas rojas en lo alto de las estaciones. La mañana no era calurosa y, sin embargo, esplendía de sol.

En la aduana soviética, el turco, más fuerte que yo, cargaba con las maletas suyas y con la más grande de las mías. Iríamos juntos hasta Viena. Esa compañía prolongaba, en cierto modo, el ambiente soviético, atenuaba la sensación de marcharse. En Moscú, una amiga que tenía cargos de confianza me había dado una carta cerrada con el ruego de que le pusiera un sello en la estación de Varsovia y la echara. «No tiene más fin —me había dicho— que evitar el retraso de veinticuatro horas de la censura soviética de fronteras.» Me pareció aquello muy natural y la guardé en mi cartera. Después, en el tren, pensé en que mi acción tenía la apariencia de un pequeño sabotaje de la organización policial soviética. Aunque mi amiga me inspira todo género de confianzas, una vez hecha esa reflexión ya no pude menos de sacar la carta y dejarla en un maletín de manera que los aduaneros la encontraran nada más abrirlo. Confieso a mi amiga desde aquí esa deslealtad. O esa prueba de fidelidad. Quizá era esto último lo que ella quería. Si era así, mejor. Hemos quedado satisfechos los dos.

ADIÓS A LA UNIÓN SOVIÉTICA. UNA FAMILIA DE *KULÁKS*

Ya en el tren polaco, nos pusimos pronto en marcha hacia los veinte kilómetros de estepa gris sin dueño. La zona neutral. Pasamos de nuevo bajo el arco metálico por donde entramos hace más de dos meses. Las últimas banderas rojas, tremolando bajo el cielo, nos despedían. Yo pensaba casi en voz alta: «Ahí queda ese enjambre afanoso de hombres nuevos con la misión abrumadora de edificar otra humanidad. Todas las miradas del mundo están concentradas

en su trabajo. Unos los miran con temor; otros, con odio; otros, con entusiasmo. Nadie con indiferencia. Eso es la mayor gloria para un hombre, para una sociedad organizada. El hombre en creación tiene que suscitar pasiones a su alrededor. Triunfará o morirá. Y aun su muerte, si llega, en la lucha será ejemplo y aliento. Ahí quedáis con vuestras máquinas, con vuestras leyes, con vuestros campos colectivizados. Trabajad, construir. Cada vez que claváis el azadón en la estepa tiembla el campo andaluz, se agitan las espigas en Egipto y la vibración llega al cogollo financiero de Nueva York. Cada vez que estalla un barreno en Siberia se estremecen las cajas blindadas de los bancos en Inglaterra, en Alemania, en Francia. Trabajad con esa alegría de muchedumbres que es una alegría organizada, una alegría política, y, sin embargo, es espontánea y nace y muere en cada individuo. He visto vuestros campos y vuestras fábricas, conozco vuestro Ejército y vuestros aviones, vuestros barcos. He asistido a vuestras asambleas, he advertido el gozo con que el pionero limpia en su casa el fusil del padre y recuenta las cápsulas y bruñe la bayoneta. Y el chico sabe que la guerra es un crimen. Pero ese fusil no irá a la guerra, sino a librar de la guerra a los obreros y campesinos de otros países. Yo he visto la alegría de las multitudes en los parques, la seguridad simple y confiada de las madres en los jardines de infancia; he visto a los obreros haciendo la guardia armada en un cañonero mientras la tripulación visitaba las fábricas o pasaba con los obreros que fabrican los cañones y los blindajes ocho días de camaradería. He visto cómo todo se une y confunde, cómo todo es lo mismo y es diferente. Conozco el aliento que los anima y la pasión que los sostiene. Y por eso puedo decir sin ninguna exaltación, con toda serenidad: Seguid tranquilos trabajando. No hay en el mundo quien pueda ya con todo eso. Nadie es capaz de oponerse. El triunfo será vuestro».

Hace rato que se han perdido en el horizonte las últimas señales soviéticas. Estamos cerca de Polonia. En el departamento inmediato va una familia que ha salido de la Unión Soviética con nosotros. Son marido y mujer y tres chicos. El más pequeño, de unos cuatro años, se arrastra medio desnudo, con las piernecillas flacas y los pies

doblados hacia adentro. Para andar apoya en tierra los tobillos. Tiene las caderas descoyuntadas y un rostro de vejez, de persona mayor. A veces asoma como un pequeño monstruo y sonríe, queriendo agradar. Pero uno retira la mirada.

Los otros dos representan diez o doce años y llevan las señales del raquitismo en su gran cabeza y en sus ojos inmóviles. El padre va en mangas de camisa, con el chaleco desabrochado, cruzado por una gruesa cadena. Es un tipo pequeño y cetrino, casi sin frente. El pelo le nace de las mismas cejas y se hace a un lado en una crencha brillante. Lleva grandes bigotes engomados pegados a la mejilla. Hay rasgos de cretinismo en sus gestos. Debe ser petulante y aparenta esa crueldad estúpida del que se ha hecho «un mediano pasar» sacando la piel a sus iguales. La mujer es anémica y arrastra su vejez prematura como puede. Va adherida a un gran canasto, de donde saca de vez en cuando algo que comer. El marido, cuando sale al pasillo, suele llevar un cigarro puro en los labios. Aunque para mirarnos tiene que levantar la cabeza, lo hace con la insolencia y la satisfacción de sí mismo de un bulldog.

Mi compañero estaba muy intrigado con esa familia, que salía de Rusia, como nosotros, y no pudo menos de entrar y trabar conversación. Al poco rato llegaba dando voces en francés e inglés.

—*Chien kulák! Son of a bich!*

—¿Qué pasa?

—¡Una familia de *kuláks*! Los han echado por especuladores.

—¿No son rusos?

—No. Son búlgaros. ¿Sabe usted qué me decía? Que va a vivir muy bien hablando mal de Rusia. Como si la burguesía pagara a imbéciles como éste.

Mi amigo estaba indignado. Paseaba y descargaba puñetazos en el aro de las ventanillas:

—¡Antes de llegar a Viena yo mato a ese hijo de perra!

¿QUÉ TENDRÁ QUE VER UN JEFE DE *WAGON-LIT* CON UN VAGABUNDO? MUSTAFA KEMAL, REVOLUCIONARIO

Comimos juntos en el restaurante, y para pagar yo tuve que cambiar marcos y mi amigo dólares. Queríamos cambiar, naturalmente, lo indispensable, porque en estos cambios se quedan con comisiones fabulosas. En cuanto vieron que mi amigo llevaba dólares se propusieron hacerle cambiar una cantidad fuerte. Pero mi amigo estaba sobre aviso, y yo le pisaba el pie por debajo de la mesa a cada nueva proposición del elegante *maître*. Se cerró a la banda.

—Yo doy un dólar —decía— y ustedes me dan los cambios en *eslotis*.

El *maître* lo miraba con una mezcla de desdén y de afabilidad. Quería convencerle de que entre gentes bien educadas era necesario dejarse desvalijar. Por fin, con cierto despecho, acabó llevándose el dólar y dejándole unos céntimos de *esloti*. Mi amigo comenzó a contar de memoria; luego, con los dedos.

—Me han robado un *esloti* y cuarenta y cinco *grosze*.

Repartió una mirada de odio por el vagón y le soltó al *maître*:

—¡*Brigand!* Me ha robado un *esloti* y medio. ¡Es usted un *brigand*! En estos cochinos países todo el mundo se entrega al bandidaje.

El *maître* se acercó muy correcto:

—Haga el favor de bajar la voz. ¿Qué desea el señor?

—¿Qué es eso de señor? —gritaba indignado mi amigo—. Aquí todo el mundo es señor. ¡Señor *merde*, digo yo! ¡Un *escroc* es usted! ¡Un gran *escroc*!

Insistía en el *esloti* y medio. Cuando se iba el *maître* le espetó aún, silabeando:

—*Vagabond*!

Los viajeros miraban al *maître* y disimulaban la risa. Mi amigo se llevó al vagón los restos del vino, las dos botellas. También se llevó todos los palillos. Cruzaba el comedor repitiendo sin cesar:

—*Brigands*! *Vagabonds*!

Llamar vagabundo al *maître* de un *wagon-lit* es un alarde de imaginación. Quizá sea, por otra parte, el insulto que más pueda dolerles, porque parecen muy preocupados por dar la impresión de

que son unos productos de urbanidad y civilidad perfectos e intachables.

Yo le pregunté a mi amigo qué tiempo había estado en Rusia. Me dijo que un año, y que sentía que ya no podría vivir en ninguna otra parte.

—¿Qué hacías en Rusia?

—Arquitecto; pero no de los que hacen planos y los firman. Resultó que era un albañil calificado. Pertenecía a un grupo que fue a estudiar las condiciones sociales y técnicas de las viviendas colectivas de campesinos. Hizo sus investigaciones trabajando al mismo tiempo. Aquella delegación tenía carácter semioficial, porque Mustafa Kemal es muy amigo de los Soviets.

—¿Es legal en Turquía el Partido Comunista? —le pregunté.

—Sí. Pero, además, Mustafa Kemal está creando las condiciones capitalistas para la revolución. Ha impedido que arraigara allí ningún imperialismo. A los ingleses se les trata como a perros. Ha destruido la religión y las viejas costumbres. Las fronteras soviéticas son sagradas. Ya no hay un solo turco que se atreva a hablar mal de los armenios ni de los georgianos. Ha llenado el campo de máquinas y las ciudades de fábricas. Y no habrá después de Mustafa Kemal ningún otro gobernante burgués. De él a los Soviets.

Mi amigo está plenamente convencido de esto. Me insiste en que en diez años ha avanzado Turquía dos siglos de civilización.

—Si no se muere a su tiempo —dice de Mustafa Kemal—, habrá que matarlo. Pero, entretanto, es el revolucionario burgués más grande que ha tenido el mundo en muchos siglos.

Seguíamos solos en el vagón. Asomó el *kulák* a la portezuela. Con un palillo entre los dientes y el cigarro puro en la mano cruzó con mi amigo unas palabras en ruso. Mi amigo le habló de sus hijos, esos pequeños monstruos que no se podían mirar sin repugnancia, a pesar de las reflexiones morales que nos hacíamos. Le dijo algo terrible en relación con el día en que los engendró. El *kulák* lo interpretó como una broma de buen gusto, rió y escupió por el colmillo. Luego, como vio que no le contestábamos, se fue.

EN LA ESTACIÓN DE VIENA. COMIENZA LA COMEDIA SIN ÉXITO

Llevábamos el turco y yo billetes para Praga; pero, como nos habíamos propuesto seguir de un tirón hasta Viena, no habíamos hablado de Praga en nuestro plan de viaje. Ya dentro de Checoslovaquia —al día siguiente—, después de dormir muy bien en un departamento de primera clase que iba vacío, apareció el revisor. Le dimos nuestros billetes, donde iba el sello con la hoz y el martillo en seco. Nos disponíamos a pagar la diferencia de clase, diciéndole que habíamos entrado allí dos estaciones antes, cuando el revisor se anticipó:

—Pueden seguir aquí hasta las diez, que me relevan.

Saludó sonriente y se fue. A las dos horas volvió.

—Van ustedes a Praga, ¿verdad?

—Sí. Es decir, vamos a Viena sin detenernos en Praga sino lo indispensable.

—¿No tienen nada que hacer allí?

—No.

—Entonces podían ustedes cambiar de tren tres estaciones más adelante y tomar otro que llega directamente a Viena a la una de la tarde. Dependerá de que puedan enlazar. A veces no da tiempo para transbordar.

En ese caso había un problema. No tendríamos tiempo para sacar el billete en la estación. El revisor se quedó pensativo un momento, nos pidió los billetes, volvió a examinarlos y trazó con lápiz tinta unas palabras en la última hoja. Luego nos dijo:

—Tomen el tren sin billete, y al revisor le dicen que vea esto. Entonces le pagan el billete. Se les dará sin recargo.

Seguimos en nuestro departamento de primera. Mi amigo hablaba de la *solidaridad* internacional, emocionado. Cambiamos de tren sin contratiempos. Arrancó enseguida, y una hora después estábamos en la frontera austriaca. El revisor, a quien habíamos mostrado nuestro billete, nos dijo que esperásemos y nos daría el nuevo billete hasta la frontera. Llegamos a la frontera sin que volviera a aparecer. Nos salió el trayecto gratis. En la estación internacional mi amigo quería bajar

a sacar billete hasta Viena. Yo le decía que no se precipitara, pensando que el revisor austriaco nos lo daría en ruta.

—En Austria son unos *cochons* católicos —gruñía— y nos cobrarán recargo. Tú haz lo que quieras, pero yo voy a bajar.

Efectivamente, lo intentó; pero aparecieron ocho o diez policías aduaneros por distintos lugares, gritándole en alemán:

—¡Adentro! ¡No se puede bajar del tren!

Subió mascullando insultos:

—*Verboten!* ¡Siempre *verboten*! (prohibido).

Se decidió a no sacar billete.

Después de la inspección aduanera, el tren se puso en marcha. Dos horas después apareció el revisor. Vio nuestros billetes con la hoz y el martillo. Le explicamos lo que había sucedido y le pedimos el billete en ruta. Le pareció muy bien, y nos rogó que esperásemos. No le volvimos a ver hasta Viena. Al detenerse el tren nos saludó desde lejos, en el pasillo, y se apeó. Pero enseguida apareció otra vez junto a la portezuela:

—Va más atrás, en otro vagón, una familia de aspecto miserable, que viene de Rusia.

Mi amigo se deshizo en denuestos. Creíamos haberlos perdido de vista en el cambio de tren. Bastó una palabra para que nuestro amigo lo comprendiera todo.

—*Kuláks*.

Se fue. Luego lo vimos hablar con otros empleados de la estación. En el andén, mi amigo estaba más emocionado aún con la solidaridad de los ferroviarios centroeuropeos. Íbamos saliendo cuando oímos angustiosas voces en el centro de un corro. La gente se detenía. El *kulák* lloriqueaba:

—Ayúdenme a cargar este saco. Vengo de Rusia, de donde hemos tenido que huir para no morir de hambre. Nobles caballeros, ayúdenme a recoger esa cesta, y si alguno quiere decirme dónde está el Consulado de Bulgaria, Dios se lo premiará.

El *kulák* se había puesto una chaqueta andrajosa. Uno de los chicos llevaba rasgado el pantalón, que antes estaba nuevo. Las noches en el tren y la miseria fisiológica daban a aquellos rostros un aire desgarrador. La gente seguía su camino, mal impresionada. Algunos

empleados se acercaron. Mi amigo quería dejar las maletas e ir a matar al farsante. Pero los empleados estaban advertidos. Ordenaron al *kulák* de mala manera que saliera de la estación. En vano repetía las palabras «hambre, Rusia, mis pobres hijos». Nadie le hacía caso. En vista de eso, se cargó el saco y arrearon hacia fuera. Yo tuve que meter a mi amigo en un taxi a la fuerza para evitar una tragedia verdadera.

EL DANUBIO LÍRICO, EL PEQUEÑO DOLLFUSS Y EL *MALADROIT*

Viena es una ciudad todo prados, jardines y palacios. Hay por las calles muchos sacerdotes, no pocas mujeres galantes y unos mendigos bien peinados y limpios que esperan, de pie o de rodillas, a un lado de la acera, con las manos juntas sobre el pecho en actitud de oración. Estas tres cosas se suelen ver siempre juntas. En Viena todo el mundo habla de Dollfuss, el pequeño canciller. Unos le llaman Mit-Metternich —medio Metternich—, y otros, por alusión a Hitler, A-dollfuss, nombre que va bien con el escudo del águila que conservan desde Carlomagno y con las siguientes letras lapidarias: «Imperator». Pero «Adollfuss imperator», en esta ciudad deliciosa de los palacetes negros y los jardines, resulta una fórmula poco seria. De todas formas, Viena es la ciudad de aspecto más confortable que conocemos, y ese confort llega a lo político también. Todo es ligero y como en broma; pero, además, da cierto aire ligero a una cosa tan grave como el fascismo alemán, que no puede alcanzar el *Anschluss*. Dollfuss, pequeño canciller de un pequeño país —mucho más pequeño que cualquier provincia alemana—, ha conseguido, burla burlando, algo tan serio en la historia de la próxima guerra como poner de acuerdo a Inglaterra, Francia e Italia. Esto ha llenado de perplejidad a Goebbels y a Hitler. Y en esa perplejidad están, mientras Dollfuss, con el aire de un chico travieso, se retrata para los magazines.

Con el amigo turco nos instalamos en un hotel casi suntuoso y muy barato de Mariahilferstrasse. En Austria, la crisis de la gran industria está patente a todas horas. Los productos lo inundan todo y no

encuentran mercado. Si, por un fenómeno paralelo, a los funcionarios y a los obreros y empleados no les hubieran bajado los sueldos, la vida sería hoy en Viena baratísima. Cinco *Schillings* son unas seis pesetas. Con esa modestísima suma —descontada la habitación del hotel— se puede vivir desahogadamente en Viena dos días. Y aun cada vez que salgáis del restaurante, el dueño correrá a ofreceros sus respetos, y los camareros, formados en ala junto a la puerta, os despedirán con un «adiós» complicado y múltiple. Esas fórmulas mercantiles —la cortesía es un factor de la competencia— a mí me desagradaban; pero al turco le enfurecían:

—*Chiens!* —mascullaba entre dientes.

El Danubio es un río lírico. No hemos visto otro río tan azul, con unas riberas tan suaves y verdes. El Sena es melodramático. Moscú tiene dos. Uno místico —el Neglinnaya—, que se sabe que pasa por debajo de la ciudad, pero no se ve. Otro neorrealista, el Moscova. Más abajo está el Volga épico. El Danubio es un río lírico, transparente y limpio, que recorre en silencio media Europa, sin que sea posible imaginar en sus aguas la botella vacía del borracho ni la lata de sardinas. Y, sin embargo, es lógico que haya a lo largo de su cauce más de un centenar de estaciones depuradoras de aguas residuales. (Con esto no queremos votar contra los valses.) Todo se presta aquí, en Viena, al abandono, al reposo; todo es fácil y suave. La política tiene algo de patriarcal y aldeano. Dollfuss, con su porte de militar, no es el *Feldmariscal*, sino el cornetín de órdenes; un cornetín que «sopla» en las cantinas, y que antes de soplar en la corneta pide permiso al arzobispo y al embajador italiano.

Este país da la impresión de poseer una cultura más humanizada que Alemania. En Alemania la técnica ha hecho de sesenta millones de hombres sus esclavos. Aquí el hombre está por encima de la cultura y de la técnica. Quizá sea debido al gran número de judíos o simplemente a que nos acercamos al Mediterráneo. Ya es sabido que Austria ha sido casi siempre un país lleno de alegorías y símbolos, que ha prestado una gran atención a lo exterior y aparente —cortes fastuosas, aristocracia brillante, sentido decorativo y suntuario de la historia—; pero no ha dejado de dar la impresión de que se encontraba por encima de todo eso. O de que no podía con ello. Es

algo natural, que sale de oscuras razones biológicas. En los salones políticos de Europa, Austria ha sido el país de las grandes torpezas. Un país *maladroit*. Pensábamos esto ante el monumento coronado por la estatua de Schwarzenberg, príncipe y mariscal de principios del siglo pasado, que arregló en París la boda de Napoleón y María Luisa y les ofreció después una fiesta —era embajador del emperador Francisco—, durante la cual se quemó la casa y faltó poco para que los novios murieran abrasados. A partir de ahí, el emperador Francisco y Napoleón riñeron, y el mismo Schwarzenberg tuvo que ponerse al frente del ejército contra el duque de Ragusa.

El año 14, en una ciudad que había sido austriaca —Sarajevo—, fueron asesinados el archiduque y su mujer. Ese incidente casi doméstico arrastró al mundo a la guerra europea. Decididamente, en la política europea Austria es un país *maladroit*. Ahora, Dollfuss parece obstinado en demostrar al mundo lo contrario; pero no hay que fiarse. Cualquier día tropezará al pasar por la cancillería, derribará sobre el agregado militar alemán un busto francés de la LIBERTAD y comenzará de nuevo la guerra.

LA CALLE. LA TRASCENDENCIA DE PASEAR. A SUIZA

He aquí algunos detalles de la vida en la ciudad. Estábamos esperando un tranvía, bajo la marquesina de una parada. Llovía mucho. Llegaron dos o tres completamente llenos y continuaron sin detenerse. Estábamos tres aguardando. Dos hombres y una mujer. El desconocido se dirigió a mí y me preguntó si iba a Hofburg. Le dije que sí, y me propuso tomar un taxi a medias. En éstas se acercó la mujer, dijo que llevaba la misma dirección y que si lo permitíamos vendría con nosotros. Íbamos a pagar el taxi entre los tres. Nos saldría casi como el tranvía. Eso no era obstáculo para que la muchacha tuviera el aspecto de una estrella de cine. Detuvieron un taxi. Una precaución innecesaria, pero explicable en una ciudad desconocida, hizo que rehusara aquel coche, con el pretexto de que era pequeño. Detuve yo otro cualquiera y marchamos. Iba pensando: «La crisis aproxima a las gentes en la calle, y además es

internacionalista. Aquí, por lo menos, la crisis no exacerba el nacionalismo».

Al día siguiente, en el tranvía, el cobrador se dio cuenta de que yo era extranjero. Al darme el billete se inclinó y me dijo algo. Yo no lo entendía. Lo repitió, y por fin caí en que me preguntaba si tenía sellos de correos usados. Se marchó y rebusqué entretanto los sobres que llevaba en los bolsillos. Le recorté varios sellos españoles y dos o tres rusos. Cuando volvió se deshizo en cumplimientos y excusas. El tranvía se detuvo para dejar paso a un cura que llevaba el viático rodeado de un cortejo destocado. El cobrador se quitó también la gorra. La pequeña burguesía y el proletariado de mentalidad pequeñoburguesa de todos los países europeos que he recorrido pueden dividirse en tres grandes sectores: fascistas, católicos liberales y coleccionistas de sellos. Algunos pequeñoburgueses, los mejores, los «superdotados», reúnen en una sola esas tres personalidades. Claro es que en lugar de católicos liberales son católicos de tipo feudal. Por lo demás, ni el viático, ni los mendigos bien peinados, con las manos juntas sobre el pecho, ni la profusión de mujeres galantes, ni la filatelia pueden extrañar a quien recuerde que Viena es la ciudad histórica de los concilios.

En ninguna ciudad el hecho de pasear puede tener tanta trascendencia como en Viena. En Berlín hay que irse a los parques, a las afueras, a los bosques y lagos de Grunewald. Pasear por la calle, por Kunfürsterdam, por Unter den Linden, a pesar de lo amplio y bello de esas avenidas, no resulta, porque se nos vienen encima los rótulos de los comercios, los postes de señales. A cien metros el horizonte está cerrado por *Konditoreien*, por cúpulas verdes, por columnas de piedra oscura en todas direcciones. Aquí el horizonte azul, fluido, se intercala entre los palacios, aparece entre los árboles y los puentes. Los jardines y los parques ocupan la mayor parte de la superficie de la ciudad. La burguesía carece de la rigidez estándar de la burguesía berlinesa. Las mujeres, con la lozanía vegetal de la mujer alemana, tienen, en cambio, la personalidad y la gracia de las francesas. Es una delicia verlas en los parques, en el autobús, con sus libros bajo el brazo o el morral de las excursiones a la espalda, con su alegría estilizada en los restaurantes y en los cafés. Pasear en Viena

es una delicia. Ir al Prater dispuestos a merendar y pasar la tarde en grupo con muchachas es de una simplicidad trascendental que le hace a uno querer a la ciudad ya para siempre.

Cuando nos fuimos de Viena lo sentimos como si estuviéramos identificados con la ciudad a través de largos años de permanencia. Nuestro tren iba directo a París, por la Suiza alemana. El compañero turco se quedaba todavía dos días. La separación le dolía, porque le dejaba un poco a merced de la gran ciudad donde antes contaba con mi ayuda, cosa más importante de lo que ustedes pueden creer, porque ya hemos dicho que después de un año en la Unión Soviética le molestaba todo, y por esa razón suscitaba incidentes de cuyo peligro a veces se daba cuenta. El día siguiente al de nuestra llegada vinieron a despertarnos al hotel dos agentes de policía. Estaban muy finos; pero yo oía a mi amigo en el cuarto de al lado protestar y dar voces. Tuve que pasar a apaciguarlo. Afortunadamente, los agentes no comprendían aquella mezcla de francés e italiano en la que trataba de explicar violentamente la razón por la cual no quería darles el pasaporte. Al marcharme de Viena yo tenía la impresión de que mi amigo no tardaría más de dos o tres días en ser expulsado. El tren salió a la una. A media tarde entrábamos en Suiza, por Maienfeld, y subíamos hacia Zúrich. El tren, que al principio iba abarrotado, comenzó a quedarse vacío. En mi departamento quedaron dos muchachas estudiantes, una austriaca y otra húngara.

Hablábamos sin cesar, como podíamos. A veces, cuando faltaban palabras y era imposible seguir, yo hablaba en español y ellas en sus idiomas. Nos comprendíamos muy bien, y además resultaba bastante divertido.

LAGOS A MIL METROS DE ALTURA. ROCA TAJADA Y TORRENTES. POR LA MAÑANA, EN PARÍS.

Al atardecer comenzaron a empañarse los cristales de las ventanillas. El tren subía por la Suiza alemana en plenos Alpes. Verde oscuro y azul y una limpieza y transparencia maravillosa en el aire: Junto a la vía se despeñaban torrentes de agua azul en suaves rampas de varios kilómetros. El rumor de las aguas apagaba el ruido del tren.

Asomados a la ventanilla, era una delicia cortar el aire frío y limpio. Cada cinco minutos el paisaje se renovaba y nos daba nuevas sorpresas. Se sentía la necesidad de apearse en la estación próxima y la extrañeza de no haberse apeado en la anterior. Pero había que seguir. Recordaba a Schiller: «Sigo un sendero abierto en los peñascos, en el cual no me es posible retroceder, porque sobre mi cabeza se eleva la roca tajada y a mis pies bulle el torrente azul». Claro es que a mí no me era posible detenerme ni retroceder por razones diferentes. En tiempos de Guillermo Tell bastaba un hacha y una lanza para andar por estas tierras. Si no se podía retroceder era porque había caminos que sólo servían para avanzar. Ahora hay trenes eléctricos, y en lugar de la lanza y el hacha hay que llevar cartas de crédito para algún banco de Zúrich. Tenía la impresión de que si bajaba me iban a ofrecer un muestrario de paisajes con precios. «Por contemplar la sierra con niebla baja, por el lado del torrente, durante diez minutos, 25 francos suizos.» Y no tiene nada de extraordinario. Yo no los pagaría ya por ver *Guillermo Tell*; pero me parece muy bien que los exijan a los millonarios por contemplar estas cumbres, y yo mismo, si pudiera, los pagaría a gusto. Es barato.

El tren iba casi vacío. De madrugada, la estudiante húngara —la otra se había apeado poco antes de medianoche— me llamó la atención sobre el paisaje. Íbamos bordeando un lago de unos cinco kilómetros de anchura y —según nos dijo— unos cien de longitud. Las aguas no estaban quietas. El oleaje, menudo y constante, chapoteaba en las orillas. El agua seguía siendo el agua azul de Schiller. Al otro lado del lago se elevaba, cortada a cuchillo, una altísima cortina de montañas. Como amanecía detrás, eran negras en el contraluz. Desde el interior teníamos la impresión de andar sobre las aguas, que a veces llegaban a la misma vía. El lago cambiaba de forma con frecuencia. Lo que no variaba era la cortina de montañas del otro lado, en cuyas sombras se veía a veces una luz. El silencio y la soledad nos daban la impresión de que todo aquello no tenía otra misión que dejarse sentir por nosotros, cosa que resultaba emocionante. Mi compañera no parecía tan abstraída. En cuanto yo me puse a contemplar el paisaje, ella sacó su tocador y se puso a restaurar la cara contra la luz cruda del amanecer. Cuando nos

despedimos en el andén de Zúrich, a pesar del maquillaje, yo tuve la evidencia, de pronto, de que estaba tuberculosa. La piel, transparente; los ojos, claros y mortecinos; el pelo, amarillo. Tenía una belleza estática y pasiva. Me pidió el pasaporte, riendo. Yo le pregunté si era policía; pero ella insistió, y tuve que enseñárselo. Lo miró y me dijo:

—Ya sabía que venía usted de Rusia.

—¿Por qué?

—En sus maletas hay unas etiquetas con letras rusas.

—Bueno, ¿y qué?

Me estrechó cordialmente las dos manos y me dijo que ella querría ir también algún día. Habíamos hablado mucho de Budapest, que debe ser una de las más hermosas ciudades del mundo, y me había hecho declarar que no formaría criterio cerrado sobre la belleza de Viena mientras no conociera Budapest. Al despedirnos me rogó que no fuera ya a Budapest por lo menos hasta fines de invierno, que estaría ella. Allí la Policía política «era terrible». Lo decía con un gran romanticismo. Me dio su dirección y quedamos en que antes de ir le escribiría. Era probablemente una socialdemócrata de izquierda. Le regalé una cajita de madera de abedul, toscamente pintada, que había comprado en un bazar de Moscú, y se puso muy contenta.

El tren volvió a arrancar. Hacía frío y la niebla subía por las laderas y envolvía al lago. Pronto salió el sol. Poco después entrábamos en Francia. Amanecía y oímos cantar a un gallo en una aldea. Un gallo ronco y bien poco gallardo, en realidad. El agente de las aduanas, al oírlo, miró por la ventanilla hacia oriente. Sí, el sol salía ya. Tenía algo de gallo también. Y el agente, de «gallina mojada». Por eso lo miraba.

Comenzaron a subir viajeros y a llenarse los vagones de una algarabía de gallinero. Abundaba mucho el hombre pequeño de grandes mostachos que hablaba muy fuerte, pero con un aire indolente. Y la solterona que tiene una cartilla con once mil francos y por esa razón siente un respeto supersticioso por los organismos y las instituciones.

A media mañana llegábamos a París.

LOS DISIDENTES DE PARÍS. UNA REUNIÓN. EL *COMMUNARD*

En los días que estuvimos en París todo el mundo se esforzó en demostrarnos que la Rusia soviética se estaba liquidando, que todo perecía a manos de Stalin y de la Tercera Internacional. Que diferentes aspectos de la misma crisis que asolaba al mundo estaban clavando sus garras en la entraña del régimen y que en estos momentos la revolución rusa estaba en un momento crítico y corría el mismo riesgo que la *Commune* de París. Los que me decían todo esto eran intelectuales franceses que habían pertenecido al Partido Comunista o alemanes fugitivos del fascismo y de Hitler. Estaban nerviosos y agitados. Celebraban reuniones, a una de las cuales yo concurrí. Se hablaba de «un nuevo Zimmerwald[8]», de donde saldría, rutilante, la Cuarta Internacional. Entre estos hombres los había muy inteligentes y no faltaban algunos revolucionarios de buena fe. Pero dominaba en el ambiente un espíritu intelectual francés, en el que no faltaba ninguno de los prejuicios burgueses, incluso el del nacionalismo. Tuve que escuchar un *rapport* sobre la situación en Rusia. Lo hizo un antiguo comunista francés, sentado en una cama turca, debajo de un retrato al pastel donde aparecía él mismo en una actitud indolente, con un libro abierto en la mano. En aquel *rapport* había una posición negativa, sistemática. Como estaba hecho apasionadamente, las mentiras frecuentes de la prensa industrial sobre Rusia aparecían a menudo. Yo no podía aguantar aquello —me parecía muy falso— y me marché. Aun suponiendo que lo hicieran sinceramente, ¿por qué en lugar de perder el tiempo en esa tarea intelectual, despegada de la realidad política inmediata, no se iban a organizar a los obreros de Limoges o del «cinturón» de París, o, por lo menos, no dedicaban aquellas reuniones al análisis de las sesiones del Congreso de la socialdemocracia francesa que se estaba celebrando? Pero, además, no podía vencer en ningún modo la posición crítica en el contraste entre la vida soviética y la de París. Por todas partes aparecía el malestar de lo falso y de lo ilógico.

—¿Pero en qué quedamos? —me preguntaban—. ¿Tú estás de acuerdo con la Internacional?

—Antes que con vosotros, sí —les decía.

Si alguna discrepancia hay que señalar con la Internacional, no es precisamente entre los intelectuales franceses. Cuando dejaban de divagar y pasaban a lo concreto, me daban la impresión de pequeñas peleas entre funcionarios. Claro es que una de las maneras de evitarlas —quizá la más directa y segura— sería acabar con el funcionarismo, que reseca y enquista.

También había asistido a una asamblea organizada por los anarquistas para protestar contra la conducta del Gobierno español. Esto no fue entonces, sino en los días que estuve en París al ir a Rusia. Había un individuo de grandes melenas que venía a ser el punto fuerte del programa. Todos aguardaban con interés su discurso. Comenzó con voz tonante y teatral. Vamos a recoger un solo detalle que vale por todo su discurso. Hubo un momento en que le ahogaba la emoción: «El corazón quiere salirme por los labios cuando recuerdo lleno de ira y de dolor la tragedia de Casas Viejas». Al llegar aquí hizo un paréntesis amable y sonriente para pedir perdón si, como buen francés, no pronunciaba correctamente el nombre del pueblecito andaluz, y volvió inmediatamente a elevar el tono, ahogado por la emoción, y a lanzar sobre la asamblea su corazón hecho pedazos. Había tal histrionismo y tal vanidad intelectual pequeñoburguesa que me marché también decepcionado.

En la puerta me presentaron a un *communard*, un superviviente de la Comuna de París. Viejo, con su melena blanca al aire, sus barbas apostólicas. Llevaba la pipa entre los dientes. Estaba rojo y apoplético, sin ser demasiado gordo. Este buen viejo va a todos los actos anarquistas, comunistas, a lanzar enronquecido, delirante, su grito de los quince años: «Vive la Commune!».

A su lado yo me acordaba de la Unión Soviética, me reconciliaba con la avenida de la Ópera, con el *boulevard* Saint-Germain y hasta con la torre Eiffel. Era lo más leal y sincero que había visto en París. Bien es verdad que el hombre al gritar «¡Viva la Comuna!» vitoreaba su propia juventud, encendida y poderosa. Y que esa sinceridad no es más que cierta lealtad biológica a sí mismo. Pero no crean ustedes que es tan poco como parece.

1 Se refiere a su libro *Krieg* (1928), del que hay disponible edición en castellano: *Guerra. Un soldado en la Gran Guerra 1914-1918*. Traducción de Natalia Pérez-Galdós. Prólogo de Fernando Castillo. Madrid, Fórcola, 2014 (N. del E.).
2 Intourist: Agencia de viajes creada en 1929 como agencia estatal de turismo internacional de la Unión Soviética, que controlaba todos los hoteles donde se permitía alojarse a los extranjeros.
3 *Imán*, Madrid, Editorial Cenit, 1930.
4 MORP: siglas de la «Meshdunarodnoe Obyedinenie Revolusionnykh Pisateley», «Unión Internacional de Escritores Revolucionarios».
5 VOKS: siglas de la «Vsesoiuznoe Obshchestvo Kul'turnoi Sviazis zagranitsei» («Sociedad de Relaciones Culturales con el Extranjero»), una entidad creada por el Gobierno de la Unión Soviética en ١٩٢٥ para promover el contacto cultural internacional entre escritores, compositores, músicos, cineastas, artistas, científicos, educadores y atletas de la URSS con sus homólogos de otros países.
6 GPU: siglas de la «Gossoudarstvénnoïe Polititcheskoié Oupravlénié», «Dirección Política del Estado».
7 NEP: siglas de la «Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika», Nueva Economía Política, promulgada por decreto en ١٩٢١ por iniciativa de V. Lenin.
8 Zimmerwald es un pueblo cercano a Berna, en Suiza, donde en septiembre de 1915 se celebró una conferencia donde la Internacional Socialista debatió y se opuso a la Primera Guerra Mundial.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Achille-Delmas, François 87
Adame, Serafín 13
Agustín, san 22, 242, 243, 245, 251
Alba, Santiago 10
Alberti, Rafael 5, 12
Alejandro I, zar de Rusia 15
Alfaraz, Sebastián 17, 18
Alfonso XIII, rey de España 202
Alonso Trilla, Gabriel 13
Álvarez del Vayo, Julio 14
Amós, profeta 242, 243
Andréiev, Leonid 16, 21, 171, 194, 195, 196
Avilés Ferré, Manuel 28
Azaña, Manuel 12, 184
Azorín 8
Bagaría, Luis 12
Bagritski, Eduard 235, 236, 241
Balbontín, José Antonio 12
Barayón, Amparo 7
Barbusse, Henri 190
Baroja, Carmen 12
Baroja, Pío 8, 9, 12, 21, 84, 134, 182, 183, 261
Baroja, Ricardo 12
Beer, Max 243
Benavente, Jacinto 12
Bizcarrondo, Marta 11, 29
Blasco Ibáñez, Vicente 14
Boncour, Paul 38
Bové, Osip 187
Brüning, Heinrich 66
Bullejos, José 13

Buñuel, Luis 5
Camus, Albert 25
Carlomagno, emperador 272
Carlos V, emperador 96
Catalina II, emperatriz 71
Caudet, Francisco 29
Céline, Louis-Ferdinand 10
Cervantes, Miguel de 183
Chaves Nogales, Manuel 9, 14
Chéjov, Antón 196
Chopin, Frédéric 72
Chueca, Ángel 6
Cicerón, Marco Tulio 243
Codovilla, Victorio 13
Collard, Patrick 27
Comín Sagüés, Jesús 6
Conrad, Joseph 10
Coon, Félix 51, 90
Cortés, Hernán 96
Cruz, Rafael 28
D'Annunzio, Gabriele 257
Davis, Norman 38
De los Ríos, Fernando 14
Díaz, José 13
Dollfuss, Engelbert 12, 272, 273, 274
Dos Passos, John 25
Dostoievski, Fiódor 16, 21, 171, 193, 194, 195, 196
Dueñas Lorente, José Domingo 28
Edison, Thomas 103
Eisenstein, Serguéi 262
Elorza, Antonio 11, 29
Espina, Concha 12
Essad Bey, Mohammed 96
Estruch Tobella, Joan 28
Ezequiel, profeta 243
Ferrer, Francisco 35

France, Anatole 37
Francisco I, emperador de Austria 274
Galán, Francisco 12
García Lorca, Federico 12
Gengis–Khan 95, 96, 234
Giménez Caballero, Ernesto 14
Goebbels, Joseph 51, 52, 61, 273
Goethe, Johann W. von 206
Gógol, Nikolái 189, 195, 196
Gorki, Máximo 97, 116, 151, 190, 196, 263, 264
Goya, Francisco de 183
Greco, el 183
Grimaldos, José María 9
Guillermo II, káiser de Alemania 43
Guzmán, Eduardo de 11
Hedenstrom, Matvéi 185
Hernández, Jesús 13
Hidalgo, Diego 14
Hikmet, Nazim 5
Hindenburg, Paul von 45, 46, 61
Hitler, Adolf 12, 19, 39, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 52, 55, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 73, 121, 254, 255, 272, 273, 279
Ibárruri, Dolores 12, 13
Isaías, profeta 22, 242, 243, 245
Iván el Terrible, zar de Rusia 95, 288
Ivánov, Mikhail M. 240
Ivánov, Vsevolod V. 154
Jesucristo 242, 243
Johansen, Ernest 64
Juana de Arco 19, 36, 37, 38, 40
Kalinin, Mijaíl 134
Kelyin, Fedor 92, 119
Kemal Atatürk, Mustafa 268
Kérenski, Aleksandr 185
Koestler, Arthur 25
Kropotkin, Piotr 194

Lenin, Vladímir 15, 20, 95, 113, 116, 127, 148, 150, 155, 156, 157, 169, 182, 185, 188, 204, 218, 224, 226, 251, 257, 258
León, María Teresa 12
Licurgo 22, 245
Líster, Enrique 25
Llopis, Rodolfo 14
Lough, Francis 28
Ludkiewicz, Zdzisław 117
Luxemburg, Rosa 7
Machado, Antonio 12
Machado, Manuel 12
Macho, Victorio 12
Macià, Francesc 35
Maeterlinck, Maurice 257
Mahmud 189
Maiakovski, Vladímir 21, 89, 256
Majnó, Néstor 235, 236
Maldonado, Antonio G. 28
Malraux, André 5, 10
Marañón, Gregorio 12
March, Juan 10
María Luisa de Austria 274
Marr, Nikolái 149
Marx, Karl 150, 155, 169, 185, 188
Maurín, Joaquín 27
Metternich, Klemens von 272
Moro, Tomás 22, 243, 245, 251
Mussolini, Benito 63
Napoleón I, emperador de Francia 40, 274
Navarra, Andreu 29
Nicolás I, zar de Rusia 185
Nicolás II, zar de Rusia 203
Nonoyama, Michiko 27
Olarte y Jáuregui, Juan Ignacio de 26
Oltra, José Miguel 28
Orwell, George 25

Papen, Franz von 61
Pasukanis, Evgeny 185
Pestaña, Ángel 14
Pi y Margall, Francisco 35
Pilsudski, Jozef 70, 73
Pini, Donatella 27
Platón 22, 243, 244, 245, 251
Plejánov, Gueorgui 111, 116
Plutarco 243, 245
Potemkin, Gregorio 71
Primo de Rivera, Miguel
Pueyo, Juan 17
Pushkin, Aleksandr 93, 188, 190
Quevedo, Francisco de 36, 183
Rasputín, Grigori 206
Ragusa, Auguste Marmont, duque de 274
Remarque, Erich Maria 64
Renn, Ludwig 64
Río-Hortega, Pío del 12
Roces, Wenceslao 12
Rojas, Fernando de 183
Roosevelt, Eleanor 25
Rosenberg, Alfred 254
Sáinz de la Maza, Regino 12
Sánchez Román, Felipe 12
Schiller, Friedrich 148, 149, 154, 277, 278
Schlageter, Albert 60, 61, 64
Schwarzenberg, Carlos Felipe de 274
Sender, Manuel 7
Serge, Víctor 198, 199
Soriano, Rodrigo 14
Stalin, Iósif 15, 96, 116, 155, 156, 157, 160, 162, 205, 218, 279
Stavsky, Vladimir 118, 119, 151, 217
Tácito 40, 42, 43
Thälmann, Ernst 214
Tolstói, Lev 21, 188, 189, 194

Trotski, León 6, 7, 252
Unamuno, Miguel 21, 182, 184
Uribe, Vicente 13
Valéry, Paul 236, 257
Valle-Inclán, Ramón María del 8, 9, 12, 21, 121, 182, 184
Velázquez, Diego 183
Verne, Jules 101, 234
Virgilio 243
Vived Mairal, Jesús 27
Voroshílov, Kliment 210
Wandurski, Witold 152
Weisburg, Federico von 43, 44, 45, 47
Zetkin, Clara 131, 145, 146, 147, 148
Zimand, Savel 250
Zinóviev, Grigori 159, 164
Zola, Émile 120
Zuazo, Secundino 12
Zugazagoitia, Julián 14
Zúñiga, Toribio 6

Esta primera edición de *Madrid-Moscú*,
de Ramón J. Sender, se terminó
de imprimir el 23 de enero de 2017,
en el aniversario del nacimiento del director
de teatro y cine ruso
Serguéi Eisenstein (1898-1948).



La *fórcola* es la parte más rara y hermosa de la góndola veneciana, realizada en madera, en la que el gondolero apoya el remo para maniobrar. Una auténtica fórcola se talla, de forma artesanal, sobre la curvatura natural del árbol, por eso no hay dos fórcolas iguales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. En cualquier caso, todos los derechos reservados.